Enfoques y herramientas analíticas para Relaciones Internacionales en el siglo XXI

Universidad Nacional Autónoma de México
2017

Directorio
Universidad Nacional Autónoma de México

Enrique Luis Graue Wiechers
Rector

Leonardo Lomeli Vanegas
Secretario General

Leopoldo Silva Gutiérrez
Secretario Administrativo

Mónica González Contró
Abogada General

Joaquín Díez Canedo Flores
Director General de Publicaciones y Fomento Editorial

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Angélica Cuéllar Vázquez
Directora

Arturo Chávez López
Secretario General

José Alejandro Santiago Jiménez
Secretario Administrativo

María Eugenia Campos Cázares
Jefa del Departamento de Publicaciones

Enfoques y herramientas analíticas para Relaciones Internacionales en el siglo XXI

*María del Consuelo Dávila Pérez
Teresa del Socorro Pérez Rodríguez
(compiladoras)*

Universidad Nacional Autónoma de México
2017

Esta investigación, arbitrada a “doble ciego” por especialistas en la materia, se privilegia con el aval de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

*Enfoques y herramientas analíticas para Relaciones
Internacionales en el siglo XXI*

Primera edición: 22 de marzo de 2017

D.R. © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, CDMX.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Circuito Mario de la Cueva S/N, Ciudad Universitaria,
Delegación Coyoacán C.P. 04510, CDMX.

ISBN UNAM: 978-607-02-9166-1

Corrección de estilo y cuidado de la edición:
Clara Isabel Martínez Valenzuela

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio,
sin autorización escrita del titular de los derechos de autor.

Impreso y hecho en México/*Made and printing in Mexico*

Índice

Introducción	7
1. Teorías tradicionales	11
El Neorrealismo	13
El Neoliberalismo	31
2. El orden internacional del siglo xxi	51
Más sobre el debate acerca de la globalización	55
Metáforas de la globalización	73
Seis ideas falsas sobre la globalización. Argumentos desde América Latina para refutar una ideología	103
Regionalismo vs. Globalización: ¿Es posible un multilateralismo por bloques?	137
Hacia la regionalización del mundo en el contexto del orden internacional del siglo xxi	159
El nuevo regionalismo	179
Teorías políticas de la integración.....	195
3. Enfoques contemporáneos	219
Posmodernidad y ruptura epistemológica en las Relaciones Internacionales	221
La modernidad, un proyecto incompleto	237
Historia, teoría y política internacional, hoy.....	253
El Feminismo en la teoría de Relaciones Internacionales: un breve repaso.....	263
¿De qué se habla cuando se habla de Constructivismo? Revisión de sus clasificaciones y categorías.....	273

Introducción

La disciplina de Relaciones Internacionales está próxima a cumplir sus primeros 100 años, y en este tiempo ha creado un cuerpo teórico y epistemológico en el que sustenta la explicación y dinámica de los sucesos en el mundo. Sin embargo, la constante evolución de la política internacional ha generado nuevas perspectivas para entender el mundo.

Durante la mayor parte del siglo xx, las relaciones internacionales estuvieron marcadas por la Guerra Fría y el enfrentamiento ideológico entre el Este y el Oeste, por tanto, las vertientes explicativas giraban entorno a dicha relación de poder; no fue sino hasta la caída del Muro de Berlín y la desintegración del bloque socialista que adquirieron relevancia vertientes explicativas cuyos fundamentos o elementos base diferían del paradigma estatocéntrico y la búsqueda de poder. Fue en ese momento cuando la disciplina experimentó un nuevo debate teórico que ha hecho necesario reflexionar, analizar y exponer vertientes teóricas más adecuadas para explicar el mundo del siglo xxi.

A la par de los cambios en la política internacional, también ha de añadirse la transformación de los vínculos sociales y económicos gracias al desarrollo de la tecnología y de las telecomunicaciones, lo que ha incidido en los métodos educativos, así como en las herramientas y recursos para acceder y conservar el conocimiento.

En la UNAM, gracias a un grupo de profesores interesados en la enseñanza de las Teorías de Relaciones Internacionales se han creado varias obras de apoyo para la impartición de las clases teóricas como *Lecturas básicas para la Introducción al estudio de Relaciones Internacionales*, *Compilación de lecturas básicas para la discusión de las Relaciones Internacionales contemporáneas*, *Aportaciones teóricas de la escuela estadounidense a Relaciones Internacionales* y *Temas introductorios al estudio de Relaciones Internacionales*, entre otros. En un afán de continuar con este esfuerzo, la presente obra recopila algunos de los textos que consideramos más importantes y que mejor explican los cambios de la política internacional en los últimos años del siglo xx

e inicios del xxi, y que exponen los nuevos enfoques para enfrentar los múltiples temas que constituyen la política internacional actual.

Para cumplir con el objetivo de hacer de esta antología un apoyo para la impartición de la asignatura de Teorías de las Relaciones Internacionales II que se imparte en la Licenciatura en Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, se decidió dividir la obra en los siguientes capítulos: *Teorías tradicionales*, *El orden internacional del siglo xxi* y *Enfoques contemporáneos*. Así, el primer capítulo comprende dos de las teorías tradicionales, Neorrealismo y el Neoliberalismo, como parte del paradigma estatocéntrico. Por un lado, la primera de estas teorías, el Neorrealismo, pretende hacer una revisión de los postulados del realismo político, por lo que esta vertiente encuentra en la teoría económica elementos explicativos de la realidad internacional, prioriza el papel de la seguridad, más que el de poder, considera a la política internacional como un sistema que se caracteriza por la interacción de sus unidades y las capacidades que éstas poseen. Por otro lado, está presente el Neoliberalismo que, al igual que el Neorrealismo, se esfuerza por hacer un replanteamiento sobre la manera en que se ve y estudia al mundo, priorizando así el papel que tienen los regímenes internacionales en la cooperación internacional entre los Estados. Por último, el debate que existía entre Realismo e Idealismo sufre una revisión con el debate “Neo-Neo” el cual encuentra los elementos de acercamiento que tienen estas dos teorías, a diferencia del Idealismo y el Realismo que se contraponían una con la otra. Este debate será capaz de demostrar cómo las unidades de análisis y la concepción del mundo pueden ser las mismas pero ser estudiadas desde jerarquías y categorías diferentes.

La segunda sección de la obra comprende textos sobre procesos como la globalización, los regionalismos y la integración como herramientas explicativas de las relaciones internacionales. Con este apartado se intenta ejemplificar y estudiar al mundo con el fenómeno que más ha caracterizado a este siglo xxi: la globalización. Más que una teoría debe entenderse como un proceso que tiene sus orígenes en la economía que ha tenido repercusiones en otros ámbitos de la vida social, ha trastocado la esfera social y cultural, transformando la comunicación y las interrelaciones humanas, políticas y culturales entre las sociedades y actores, por lo que podemos señalar que ha tenido un gran impacto en las relaciones internacionales. Los textos aquí utilizados hacen referen-

cia a cómo la principal unidad de análisis en Relaciones Internacionales, el Estado, pierde relevancia frente a los fenómenos que genera este proceso, aunque no desaparece.

En este mismo apartado se hace una revisión de los procesos de regionalización e integración que adquirieron mayor auge a partir de los años 90. El Regionalismo es aquel fenómeno que se caracteriza por la creación de alianzas y por la cooperación internacional entre países que, por lo general, comparten una misma región geográfica. Lo que caracteriza al proceso de Integración es la descripción de mecanismos que establecen los países para hacer posible una integración multidimensional, en sus ámbitos político, económico, jurídico, social, cultural, militar, entre otros.

Por último, el apartado dedicado a los *Enfoques contemporáneos* está integrado por lecturas que abordan las vertientes posmodernas o reflectivistas entre las que se encuentran: Posmodernidad, Posmarxismo y Teoría Crítica, Feminismo y Constructivismo, cuyos principios trastocan la manera en cómo se venía conceptualizando y explicando la realidad internacional.

Después de que el estudio en Relaciones Internacionales estuviera dominado por las escuelas y las universidades anglosajonas, el nuevo milenio ofreció cabida a estudios de otras escuelas de pensamiento académico, como la alemana, francesa y canadiense. Es por esta razón que el tercer capítulo de esta antología, incluye obras que permitirán al lector comprender al mundo y a las relaciones internacionales más allá de macro unidades de análisis, como son los Estados, las organizaciones internacionales, la paz o la guerra. En este capítulo se podrá encontrar al Posmodernismo, la Teoría Social Crítica, Feminismo y Constructivismo como esfuerzos por explicar el mundo actual, fundamentándose en las vertientes sociológicas que originan estos enfoques. En primer lugar, el Posmodernismo es considerado como la antítesis de la modernidad y, por ende, su estudio en Relaciones Internacionales se centra en la explicación de que existe una disociación entre el hombre y la vida y la naturaleza; asume que todo es producto de la ciencia y la tecnología y que la moral y los valores han sido remplazados por el mercado mundial. Impugna la utilización de un discurso retórico, y por ende utiliza la ‘deconstrucción de los conceptos’, para restar valor a la carga de sentido común que poseen los conceptos que intentan señalar verdades absolutas o totalidades conceptuales.

En segundo lugar, la Teoría Social Crítica, heredera del espíritu crítico, se esfuerza por explicar y señalar como viable un orden político y social diferente al orden imperante; asimismo, se centra en el análisis histórico sociológico de las estructuras del orden mundial existente, sus orígenes y su desarrollo. Explora e intenta generar un conocimiento parcial que pueda ayudar en la construcción del futuro.

Como parte de estos enfoques reflectivistas se hace presente el Feminismo, que pretende señalar que existen ciertas minorías, entre ellas el género femenino, que nunca han sido escuchadas para la creación y acción de la política internacional, argumentando que estas minorías sociales, en específico las mujeres, pueden contribuir a la ampliación de la base teórica en Relaciones Internacionales. Por último, presentamos una lectura sobre el Constructivismo, el cual basa su explicación en supuestos de otras teorías, intenta explicar cómo es que la estructura del sistema internacional se caracteriza por la anarquía y cómo los Estados, a través de la autoayuda, buscan protegerse a sí mismos. En este estudio se prioriza la función que tienen las identidades y los intereses de cada Estado en las relaciones internacionales.

La literatura aquí presentada no pretende ser exhaustiva, sino que busca ser una herramienta para acercar a los alumnos de licenciatura a las vertientes teóricas útiles para entender el mundo del siglo xxi.

Cabe señalar que esta obra es producto del proyecto PAPIME “Enfoques y herramientas para el estudio de Relaciones Internacionales en el siglo xxi” PE303412, aprobado por la Dirección General de Personal Académico de la UNAM.

Agradecemos también a las diversas instituciones y editoriales así como a los autores que apoyaron este proyecto al otorgar el permiso para la incorporación de sus textos en esta antología. De igual manera, hacemos un reconocimiento al trabajo desarrollado por los becarios del proyecto, Lucero del Carmen Rocha González, Benjamín Alejandro Moysen y Miriam Hernández Sandoval, así como a Ana Karen Zavala González, cuyo apoyo fue esencial para la elaboración de este material.

*María del Consuelo Dávila Pérez
Teresa del Socorro Pérez Rodríguez*

1. Teorías tradicionales

1.1 Neorrealismo

Sodupe, Kepa, “El Neorrealismo” en *La teoría de las Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI*, Universidad del País Vasco, 2009, pp. 79-94.

1.2 Neoliberalismo

Sodupe, Kepa, “El Neoliberalismo” en *La teoría de las Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI*, Universidad del País Vasco, 2009, pp. 118-135.

En el presente apartado se incluyen dos teorías que tienen un profundo arraigo en Relaciones Internacionales. A finales de los años setenta, y ante los cambios del ámbito internacional que no encontraban explicación a través del Realismo, teóricos como Kenneth Waltz consideraron necesaria una revisión de dicha teoría, además de responder a la necesidad de dar mayor cientificidad a la disciplina. De ello, Waltz propone una revisión en la que incorpora elementos como la estructura del sistema internacional, de ahí que también se le conozca a esta propuesta como Realismo estructural o Neorrealismo así como acercarse a la Economía política como variable explicativa a diferencia del Realismo Político de Morgenthau.

A la par, Joseph Nye y Robert Keohane hacen la propuesta de revisar la teoría liberal en Relaciones Internacionales, ya que en los años setenta y ochenta se crean organizaciones e instituciones por las que la vida internacional adquiere una nueva dinámica; éstas atienden diversos temas de los intercambios internacionales sean de índole económica, social o política, dando origen a un nuevo concepto como los Regímenes internacionales. Ambas teorías, cuyas raíces: realismo y liberalismo, en la disciplina eran contrapuestas, empezarán a tener en esta ocasión un acercamiento que transformará el debate entre ambas vertientes. Por esto último es que en la disciplina resulta fundamental destacar las semejanzas y diferencias entre ambas teorías.

El Neorrealismo*

.....Kepa Sodupe Corcuera**

El neorrealismo representa en nuestros días una parte muy importante del *mainstream* disciplinar. En buena medida, hablar de neorrealismo es hablar de K. N. Waltz y, en particular, de su libro *Teoría de la Política Internacional*. Esta publicación puede compararse, en cuanto a su importancia paradigmática, con la de H. J. Morgenthau *Politics among Nations*¹.

Entre sus críticos, las ideas de Waltz han merecido distinta consideración. Así, en un extremo estaría la opinión de J. G. Ruggie para quien *Teoría de la Política Internacional* es, pese a todo, una de las principales contribuciones a la teoría de las Relaciones Internacionales desde la aparición de otro libro suyo previo *Man, the State and War*². En el otro extremo, se encontraría el punto de vista de J. George. Este autor sostiene que solamente la ausencia de una capacidad reflexiva crítica en la disciplina permite que “se haya otorgado tan alto status a una obra de tan poca sustancia”.³

* Texto original: Sodupe Kepa, “El Neorrealismo”, en *La teoría de las Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI*, Universidad del País Vasco, 2009, pp. 79-94.

** Doctor en Ciencias Económicas por la Universidad del País Vasco, donde actualmente es Catedrático de Relaciones Internacionales. Entre sus publicaciones más recientes destacan *Poder e Interdependencia en el Sistema Internacional: Bases para un Estudio Cuantitativo*; *La Estructura de Poder del Sistema Internacional: Del Final de la Segunda Guerra Mundial a la Posguerra Fría*; *La Teoría de las Relaciones Internacionales a Comienzos del Siglo XXI*, entre otros.

¹ Guzzini, S. *Realism and International Relations* and *International Political Economy: The Continuing Story of a Death Foretold*, London, Routledge, 1998.

² J. G. Ruggie, “Continuity and Transformation in the World Polity: Toward a Neorealist Synthesis”, en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critics*, New York, Columbia University Press, 1986, p. 141.

³ J. George, *Discourses of Global Politics: A critical (re)introduction to International Relations*, Boulder, Co., Lynne Rienner, 1994, p. 119.

En cualquier caso, veinte años después de su edición, *Teoría de la Política Internacional* continúa siendo una referencia de primer orden para autores, tanto en el bando racionalista como reflectivista. Ha dado lugar a una infinidad de libros y artículos que han tenido su contenido como tema central de estudio. S. Guzzini afirma que si *Teoría de la Política Internacional* no hubiera sido escrita, la disciplina no habría tenido más remedio que inventarla.⁴ Puede decirse que las críticas dirigidas por un grupo de autores, como Ruggie, Ashley y Cox a la obra de Waltz representaron el germen del enfoque reflectivista. Más recientemente, en el libro publicado por A. Wendt *Social Theory of International Politics*, integrado en este enfoque, queda patente la influencia de Waltz. Este autor es uno de los principales exponentes del constructivismo, procede a desarrollar sus ideas, tomando como punto de arranque una exposición de los rasgos más fundamentales de *Teoría de la Política Internacional*.

Realismo tradicional y neorrealismo

La significación del neorrealismo reside más en la sistematización del realismo tradicional que en la elaboración de un nuevo tipo de teoría. El realismo tradicional adoleció quizás de una presentación poco rigurosa de sus postulados.⁵ H. J. Morgenthau y S. Hoffman, dos de los principales autores de esta escuela, nunca desarrollaron una visión ordenada de la misma. Frente a esta deficiencia, la pretensión de Waltz es la de imprimir a su obra un carácter científico. El término neorrealismo sugiere, al mismo tiempo, continuidad y diferenciación con el pasado. Transmite, por una parte, la existencia de vínculos con el realismo tradicional y, por otra, la aportación de algo nuevo, algo original. En el capítulo 2, con motivo de la descripción del paradigma estatocéntrico, se hizo una breve referencia a premisas que contribuían a dotarle de un contenido específico. Cabe quizás retomar aquí de nuevo a esta cuestión para poner de relieve las características que unen a todos los autores realistas. Estas son las siguientes:⁶

⁴ S. Guzzini, *Realism in International Relations ...*, op., cit., p. 126.

⁵ R. O. Keohane, "Theory of World politics: Structural Realism and beyond", en R. o. Keohane (Ed.), *Neorealism and its Critics*, op. cit., (New York, Columbia University Press, 1986), p. 169; J. A. Vasquez, *The Power of Power Politics: From Classical Realism to Neotraditionalism*, Cambridge University Press, 1998, p. 191.

⁶ En diversas obras se ha hecho alusión a una serie de rasgos comunes a todos los autores realistas, con independencia de cual sea su adscripción concreta: tradicional, estructural, etc. Ver:

1. El Estado es, sin duda, el actor central. La esencia de la realidad social es el grupo más que el individuo. Desde la paz de Westfalia, el grupo por excelencia es el Estado. Otros actores, como las organizaciones internacionales, están en una posición subordinada, debiendo operar en el marco establecido por este último.
2. La naturaleza de la vida política internacional es esencialmente conflictiva. Los Estados se desenvuelven en un medio anárquico, carente de una autoridad central, en el que las relaciones entre ellos se desarrollan “a la sombra de la guerra”.
3. La motivación humana primordial viene dada por el poder y la seguridad. Los realistas proclaman la autonomía de lo político con respecto a lo económico y social. Todos los demás objetivos quedan supeditados a la satisfacción de las necesidades de poder y seguridad.
4. Los Estados son actores racionales, autónomos y unitarios. Destacar aquí únicamente que por autonomía se entiende que los Estados son capaces de definir y perseguir sus propios intereses, con independencia del parecer de los grandes grupos de presión que se hallen dentro de los mismos.

Pero, como decíamos, el neorrealismo se distingue por determinadas aportaciones originales. La afirmación de que el neorrealismo no supone tanto la elaboración de una nueva teoría como la sistematización del realismo tradicional no puede dar a entender una excesiva coincidencia entre los postulados del realismo tradicional y del neorrealismo. Es posible destacar algunas diferencias significativas entre estas dos versiones del realismo. Enumeradas brevemente son las siguientes:⁷

R. G. Gilpin, “The Richness of the Tradition of political Realism”, en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critics*, op. cit. pp. 304-305; S. Krasner, “The Accomplishments of International Political Economy”, en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), op. cit., pp. 114-115; J. M. Grieco, “Realist International Theory and the Study of World Politics”, en M. W. Doyle and G. J. Ikenberry (Eds.), op. cit., pp. 164-66.

⁷ Sobre las diferencias entre realismo tradicional y neorrealismo puede verse: K. N. Waltz, “Realist Thought and Neorealist Theory”, *Journal of International Affairs*, Vol. 44, n° 1, 1990, pp. 29-37; S. Burchill, “Realism and Neo-Realism”, en S. Burchill and A. Linklater (Eds.), *Theories of International Relations*, 2nd ed., New York, St. Martin’s Press, 1996, pp. 85-86; J. N. Rosenau, and M. Durfee, *Thinking Theory Thoroughly*, Boulder, Co., Westview Press, 1995, pp. 9-13; R. L. Schweller and D. Priess, “A Tale of Two Realisms: Expanding the Institutional Debate”, *Mershon International Studies Review*, Vol. 41, n° 1, 1997, pp. 6-8.

1. Las fuentes en las que beben los autores de dichas versiones no son las mismas. El realismo tradicional recurre predominantemente a la sociología y la historia, mientras que el neorrealismo es deudor de la teoría económica.
2. El realismo tradicional considera el poder como un fin en sí mismo y establece como objetivo fundamental de la acción estatal el logro de su maximización. El realismo estructural, por su parte, contempla el poder como un medio. La preocupación que guía a los Estados no es el poder, sino la seguridad.
3. El peso explicativo de los comportamientos internacionales descansa, según el realismo tradicional, en el nivel individual, en la naturaleza humana. Frente a ello, el neorrealismo muestra su preferencia por el nivel sistémico, por la distribución de capacidades o recursos de poder.
4. El realismo tradicional puede entenderse como una teoría de la política exterior que tiene como foco esencial la distribución relativa de capacidades entre Estados o alianzas específicos. En contraste, el realismo estructural no es otra cosa que una teoría de la política internacional que toma como núcleo de la misma la distribución de capacidades en el nivel sistémico.
5. Entre los dos realismos hay discrepancias en torno al concepto de sistema. De modo contrario al realismo tradicional, el neorrealismo, como veremos enseguida con más detalle, deja fuera de dicho concepto las interacciones protagonizadoras por las unidades.

Pese al interés de esta contraposición de posturas, el rasgo que más diferencia al realismo tradicional del neorrealismo es la pretensión de este último de dar a los postulados realistas un mayor carácter científico. Como se ha dicho con anterioridad, el neorrealismo trata de sustituir el contenido metateórico del realismo tradicional por un conjunto de proposiciones muy precisas sobre “un pequeño número de cosas grandes e importantes”; trata de sustituir, como reza un conocido artículo de Waltz, el pensamiento realista por la teoría neorrealista.

La teoría sistemática de Waltz

Por esta razón, Waltz dedica el primer capítulo de la *Teoría de la Política Internacional* a dejar claro qué entiende por teoría. Para este autor, una teoría “es una descripción de la organización de un campo concreto

y de las conexiones entre sus partes”.⁸ La infinidad de materiales de un campo concreto puede ordenarse de formas enormemente variadas. Una teoría indica que algunos factores son más importantes que otros.

Waltz subraya que una teoría no es una ley o un conjunto de leyes. Una teoría se distingue por explicar las regularidades, las correlaciones estadísticas comprendidas en dichas leyes. Llama la atención sobre el hecho de que este uso del término no se corresponde con el que es habitual en la teoría política tradicional, más preocupada por la interpretación filosófica que por la explicación teórica.⁹ Encaja plenamente en la definición de teoría de las ciencias naturales y de algunas ciencias sociales, como la economía. Es pues claro el pronunciamiento naturalista de Waltz. Aunque reconoce que los objetos de estudio de las ciencias naturales y las ciencias sociales son profundamente diferentes, concluye que los criterios de selección de conocimiento así como el método a seguir, son coincidentes en ambos tipos de ciencias.¹⁰

Toda teoría debe aislar un campo del resto en orden a abordarlo intelectualmente. Esta es una importante abstracción. La cuestión para Waltz no es si es realista, sino si es útil. Así, pues, las teorías están conectadas sólo indirectamente con la realidad; representan *la* realidad.¹¹ En el proceso de elaboración de una teoría la simplificación es un aspecto clave, implicando la selección de única variable independiente sobre la que recaerá la carga de la explicación. La función de una teoría, insiste Waltz, no es lograr una *descripción* exacta de la realidad a través del empleo de un sinfín de variables, sino una *explicación* a través de la simplificación.¹² Esta última pone al desnudo los elementos esenciales en juego e indica las relaciones necesarias de causa a efecto.

Una vez construida una teoría, la confirmación o refutación de la misma resulta un paso vital. Antes de someterla a la prueba de los hechos, es preciso preguntarse si la teoría es internamente consistente y si pone de relieve aspectos de interés que habrían quedado ocultos sin ella.¹³ Satisfecho este requisito previo, las hipótesis que se deriven

⁸ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, Buenos Aires, GEL, (1979) 1988, p. 19.

⁹ *Ibidem*, p. 16.

¹⁰ *Ibidem*, p. 103.

¹¹ *Ibidem*, p. 20.

¹² *Ibidem*, p. 21.

¹³ *Ibidem*, p. 181.

de la teoría habrán de superar intentos de falseación, confirmación en condiciones de particular dificultad o comparación con otros campos con estructuras similares. Waltz es consciente de los problemas que encierran estos intentos. Nuestra propia teoría actúa como instrumento de selección de la información que consideramos relevante. Por ello, la credibilidad de una teoría, sobre la que nunca podrá llegarse a tener certeza absoluta, dependerá de la variedad y dificultad de las pruebas a las que haya sido sometida.¹⁴

El tipo de teoría en el que piensa Waltz es esencialmente sistémico.¹⁵ Establece una distinción, ya clásica, entre teorías reduccionistas y teorías sistémicas. Las primeras buscan explicar resultados o acontecimientos internacionales mediante factores o combinaciones de factores localizados en el plano nacional o subnacional.¹⁶ Entre estos factores se encuentran las formas de gobierno, los sistemas económicos, las instituciones sociales o las ideologías políticas. Escribiendo a finales de los años setenta, Waltz critica tanto a autores tradicionalistas como behavioristas porque sus teorías son predominantemente reduccionistas. Incluso años antes expresaba una idea similar en su obra *Man, the State and War*, al señalar que un gran número de teorías se encuadraban en la primera y la segunda imagen y no en la tercera.¹⁷ No cabe pensar, como sugieren las teorías asociadas a las dos primeras imágenes, en que pueda llegarse a entender la política internacional sumando simplemente las políticas exteriores y los comportamientos externos de los Estados.

El análisis de los atributos internos, que puede facilitar una descripción de los objetivos, las políticas y las acciones de los Estados, no

¹⁴ H. Mouritzen rechaza la caracterización de K. N. Waltz como un positivista clásico. En sentido contrario destaca las coincidencias que, en cuestiones de filosofía de la ciencia, presenta este autor con K. Popper. Ver su contribución: "Kenneth Waltz: A Critical Rationalist between International Politics and Foreign Policy", en Y. V. Neumann and O. Wæver, *The Future of International Relations: Masters in the Making*, London, Routledge, 1997, pp. 70-74.

¹⁵ Waltz contraponen las teorías sistémicas, por las que él se inclina, con las teorías reduccionistas. Como se verá más adelante, este autor, como consecuencia de la estrecha definición de sistema que defiende, tiende a confundir los conceptos de sistema y estructura. En realidad, hubiera sido más correcto emplear la expresión teoría "estructural" en lugar de la teoría "sistémica". En el texto se ha respetado la referencia a teorías sistémicas hecha por Waltz, pero sería útil tener en cuenta esta observación. A este respecto, pueden verse los comentarios de B. Buzan en el capítulo siguiente.

¹⁶ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, op. cit., p. 91.

¹⁷ K. N. Waltz, *Man, the State and War*, New York, Columbia University Press, 1959, pp. 159-238.

permite dar una explicación de las grandes continuidades observables en la política internacional.¹⁸ Al contemplar la historia, Waltz observa hechos un tanto sorprendentes: desde la Guerra del Peloponeso hasta la guerra fría, han hecho acto de presencia en la escena internacional distintas entidades políticas, han prevalecido distintos modos de organización interna y han sido proclamadas distintas ideologías, pero las pautas globales de interacción han permanecido constantes.¹⁹ La comprensión de las continuidades y repeticiones de la política internacional requiere un enfoque sistémico.

Una teoría sistémica se refiere a las fuerzas que están en juego no en el plano nacional, sino en el internacional. Waltz aísla un campo o dominio concreto a la hora de formular su teoría: el sistema político internacional. Concibe este campo o dominio como separado del económico, social, etc.²⁰ En una teoría sistémica, la parte principal de la capacidad explicativa se halla en la estructura. Ésta actúa como una fuerza que constriñe y condiciona y, precisamente por esto, las teorías sistémicas explican y predicen las continuidades dentro del sistema, no los cambios. Así, las teorías sistémicas explican por qué la variedad de los resultados, fruto de las interacciones entre Estados, se ve afectada por ciertos límites, por qué las pautas de comportamiento son recurrentes y por qué los mismos acontecimientos se repiten una y otra vez, aun cuando muchos de ellos no fueran expresamente deseados.²¹ Las continuidades en el sistema internacional responderán a un mismo patrón, mientras no tenga lugar un cambio estructural. Una transformación en la estructura supondrá una alteración de las expectativas acerca de los resultados generados por las acciones e interacciones de unidades políticas, cuya ubicación en el sistema ha variado con los cambios estructurales.²²

Un aspecto interesante del planteamiento de Waltz reside en cómo las estructuras manifiestan sus efectos sobre el comportamiento dentro del sistema. Esto ocurre a través de dos vías: la socialización y la competición entre los actores.²³ La primera de estas vías (*sic.*), la

¹⁸ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, op. cit., p. 98.

¹⁹ *Ibidem*, p. 99.

²⁰ K. N. Waltz, "Realist Thought and Neorealist Theory", op. cit., p. 30.

²¹ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, op. cit., p. 104.

²² *Ibidem*, p. 105.

²³ *Ibidem*, p. 111.

socialización, lleva a los miembros de un grupo, en este caso Estados, a comportarse con arreglo a las normas. Si algunos miembros del grupo consideran dichas normas restrictivas, adoptarán conductas contrarias a ellas. Pero las consecuencias negativas de este curso de acción pueden promover el retorno a la aceptación de las normas o el abandono del grupo. En ambos supuestos, la homogeneidad del grupo es preservada. La socialización reduce la gama de comportamientos posibles.²⁴ Las diferencias entre los Estados del sistema es mayor que las diferencias en sus pautas de conducta. La segunda vía, la competición, propende a implantar como general la “racionalidad” que se deriva de las acciones de los competidores con mayor éxito. Unos Estados pueden ser más eficientes que otros a la hora de satisfacer su seguridad. Aquellos menos eficientes deberán emular las acciones de los más eficientes, si no quieren verse en una situación desventajosa. La competición alienta a los Estados a ajustar sus políticas a prácticas sancionadas por el éxito.²⁵ Ambas vías, socialización y competición, reducen la variedad de comportamientos y resultados posibles en el sistema.

La estructura del sistema

Como subraya el propio Waltz, la idea de que la política internacional puede ser concebida como un sistema, dotado de una estructura definida con precisión, representa la diferencia fundamental del neorrealismo con el realismo tradicional²⁶. Pero, ¿cómo es definida la estructura?, ¿cómo es generada? Para Waltz, un sistema está compuesto por una estructura y por unidades que interactúan.²⁷ La estructura es la parte que permite pensar en el sistema como un todo. Una cuestión central para este autor es establecer una definición de estructura que deje aparte las características, el comportamiento y las interacciones de las unidades. Con ello se pretende eludir cualquier atisbo de reduccionismo. Una definición correcta de estructura requiere concentrarse en cuáles son las posiciones recíprocas

²⁴ *Ibidem*, p. 114.

²⁵ *Ibidem*, p. 116.

²⁶ La importancia que dentro de la teoría neorrealista tiene el enfoque estructural es puesta de manifiesto también por sus críticos. No obstante, autores como Ashley, después de establecer un paralelismo entre el estructuralismo, como corriente general de pensamiento, y el neorrealismo, subrayan los aspectos específicos que distinguen a este último. Ver por ejemplo: R. K. Ashley, “The Poverty of Neorealism”, en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critics*, *op. cit.*, pp. 263.

²⁷ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, *op. cit.*, p. 119.

de unos Estados con respecto a otros. Los criterios de organización de las unidades constituyen una propiedad enteramente sistémica.²⁸ A este respecto, Waltz distingue tres elementos principales en una estructura: 1) el principio con arreglo al cual se produce dicha organización; 2) la diferenciación de las unidades y la especificación de sus funciones; y 3) la distribución de recursos o capacidades entre ellas.²⁹

En cuanto al primero de estos elementos, el principio ordenador por excelencia es la anarquía. En contraposición a los sistemas estatales, que se distinguen por ser centralizados y jerárquicos, el sistema internacional se caracteriza por ser descentralizado y anárquico.³⁰ Formalmente, todas las unidades de dicho sistema son iguales. El segundo elemento, la diferenciación funcional, no es necesario para la definición de estructura internacional.³¹ Las unidades del sistema internacional no se encuentran diferenciadas por las funciones que desempeñan. La jerarquía supone relaciones de supra o subordinación entre las partes y, por tanto, su diferenciación. La anarquía supone relaciones de coordinación entre las unidades y, consecuentemente, la igualdad funcional de las mismas. En la medida en que la anarquía perdure, los Estados continuarán siendo unidades semejantes. No puede decirse lo mismo del tercer elemento, la distribución de capacidades. Este elemento adquiere un peso determinante en la definición de estructura. En un sistema anárquico, dada la ausencia de diferenciación funcional, lo que distingue primariamente a las partes consiste en sus mayores o menores capacidades para llevar a cabo tareas similares.³²

Debido a ello, el concepto de estructura tiende a concentrarse en la distribución de capacidades o recursos de poder. Diferentes estructuras o distribuciones de capacidades o recursos de poder, determinadas por el mayor o menor número de polos o grandes potencias, permiten distinguir entre sistemas internacionales distintos. Waltz, adelantándose a sus críticos,³³ indica que esta definición de estructura no le

²⁸ *Ibidem*, p. 120.

²⁹ *Ibidem*, p. 123.

³⁰ *Ibidem*, p. 132.

³¹ *Ibidem*, p. 139.

³² *Ibidem*, p. 145.

³³ Un buen número de críticas se dirigirán a este punto de la obra de Waltz. Entre ellas, ver: J. M. Gabriel, *Worldviews and Theories of International Relations*, London, Macmillan, 1994, p. 85.

hace vulnerable a la acusación de reduccionismo. Trata de aclarar que las capacidades o recursos de poder representan, en efecto, características de las unidades, pero que la distribución de capacidades o recursos de poder constituye una característica sistemática.³⁴

Es precisamente aquí donde se pone de manifiesto la ontología materialista de la teoría sistémica de Waltz. No hay cabida para las ideas en su concepto de estructura. De hecho, Waltz critica a autores como Aron y Hoffman por distinguir entre sistemas homogéneos y heterogéneos, distinción que pretendía tomar en cuenta, además de la distribución del poder, la existencia de afinidades o similitudes entre los Estados.³⁵ Cualquier referencia a las ideas en el planteamiento waltziano ha de incluirse en el nivel de las unidades.

Para responder a la pregunta de cómo son generadas las estructuras, el neorrealismo recurre a la teoría micro-económica. Razonando por analogía, Waltz entiende que el sistema político internacional, al igual que el mercado, es individualista en origen y está formado de manera espontánea y no intencionada. El sistema nace de la actividad de entidades egoístas, los Estados, cuyos objetivos y esfuerzos no están concentrados en crear un orden, sino en satisfacer sus propios intereses.³⁶ Las estructuras emergen de la coexistencia de Estados. Más concretamente, habría que decir que emergen de la coexistencia de un número pequeño de Estados: el de las grandes potencias.³⁷ Pese a su origen individualista y no intencionado, una vez formadas, las estructuras se convierten en una fuerza que pasa a constreñir y afectar el comportamiento de sus creadores.³⁸ En este punto aflora la ontología individualista del neorrealismo. No puede menos que reconocerse una cierta ambivalencia en esta cuestión. Las acciones de los Estados promueven la emergencia de estructuras, si bien éstas, una vez en pie, quedan fuera

³⁴ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, op. cit., p. 146.

³⁵ R. Aron subraya que además de las relaciones de fuerzas, las ideas y los sentimientos también influyen en el comportamiento de los Estados. Denomina sistemas homogéneos “aquellos en los cuales los Estados pertenecen al mismo tipo y obedecen al mismo concepto de la política”. Denomina sistemas heterogéneos, en un sentido muy distinto, aquellos “en los que los Estados están organizados de acuerdo con otros principios y proclaman valores contradictorios”. El sistema internacional a partir de 1945, por ejemplo, fue simultáneamente bipolar y heterogéneo. Ver: R. Aron, *Paz y Guerra entre las Naciones*, Madrid, Alianza Editorial, (1962) 1985, tomo I, p. 140.

³⁶ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, op. cit., p. p. 136.

³⁷ *Ibidem*, p. 109.

³⁸ *Ibidem*, p. 134.

del control de que aquéllos pudieran ejercer. No obstante, las críticas reflectivistas subrayarán la prioridad ontológica otorgada por Waltz a los agentes.

La teoría neorrealista establece una premisa respecto a la motivación que guía a los Estados. Asume que, lejos de buscar la creación consciente de estructuras o la maximización del poder, los Estados buscan asegurar su supervivencia.³⁹ Esto no quiere decir que los Estados tengan siempre presente este objetivo o que adopten las políticas correctas para alcanzarlo, pero la estructura recompensará o castigará aquellos comportamientos que se acomoden, más o menos, a lo que se requiere para tener éxito en un sistema anárquico. El sistema político internacional, como los mercados, está formado y se sustenta sobre el principio de auto-ayuda.⁴⁰ En condiciones de anarquía, la consecución de la seguridad depende exclusivamente de las acciones que los propios Estados puedan emprender. El principio de auto-ayuda está ligado a una situación de alto riesgo: el estallido de guerras. Waltz no confía en la creación de organizaciones internacionales para amortiguar este tipo de situaciones. Intentos en esa dirección fracasarán por la falta de capacidad de mantenimiento de la unidad del sistema. Es más, “la perspectiva de un gobierno mundial puede ser una invitación para una guerra civil internacional”.⁴¹ Cuanto mayor sea el poder del centro, más fuertes serán los incentivos para embarcarse en una lucha tendente a su control. En definitiva, las organizaciones internacionales no pueden tener una vida independiente de los intereses de sus principales miembros.⁴² Sin embargo, esto no supone que los Estados estén abocados fatalmente a la guerra. La anarquía no está exenta de “virtudes”. Ella misma gene-

³⁹ *Ibidem*, p. 136.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 164.

⁴¹ *Ibidem*, p. 165.

⁴² Lo acaecido con la OTAN tras la desaparición de la guerra fría hace que Waltz se ratifique en su tesis sobre el papel de las organizaciones internacionales. Para este autor, la supervivencia y expansión de la OTAN dice mucho sobre el poder y la influencia estadounidense y poco sobre las instituciones como entidades multilaterales. A su juicio, la capacidad de los Estados Unidos para prolongar la vida de una institución moribunda ilustra perfectamente cómo las instituciones internacionales son creadas y mantenidas por Estados fuertes para servir a sus intereses. Ver: K. N. Waltz, “The Balance of power and NATO Expansion” University of California, Berkeley (Center of German and European Studies), *Working Paper* 5.66, October, 1998, p. 5. En este mismo sentido, ver también su artículo: “Structural Realismo after the Cold War”, *International Security*, Vol. 25, nº 1, 2000, p. 20.

ra determinados mecanismos de inhibición. La posibilidad permanente de que la fuerza pueda ser usada, restringe la capacidad de maniobra, modera las demandas y sirve de incentivo para el arreglo de disputas.

Un aspecto relevante de la teoría de Waltz es que en un sistema anárquico, basado en el principio de auto-ayuda, la estructura reduce las posibilidades de cooperación entre los Estados de dos formas distintas.⁴³ La cooperación puede reportar ventajas innegables para todas las partes, si bien no en la misma medida. El neorrealismo prima las ganancias relativas en lugar de las ganancias absolutas de la cooperación.⁴⁴ Cuando dos Estados contemplan la posibilidad de cooperar para ventaja mutua, dadas las incertidumbres inherentes al sistema, deben preguntarse cómo se distribuirán los beneficios. La pregunta clave no es ¿ganaremos los dos?, sino ¿quién ganará más? Ni tan siquiera la perspectiva de lograr grandes ventajas absolutas estimulará su cooperación. El hecho de que un Estado se vea más beneficiado en términos proporcionales puede traducirse en el incremento de sus capacidades y, por tanto, en la aparición de una amenaza para el resto. Además, los Estados se preocupan por no convertirse en excesivamente dependientes de otros como consecuencia de las relaciones de cooperación o de los intercambios de bienes y servicios. Ciertamente, el bienestar general puede aumentar con el desarrollo de la decisión internacional de trabajo, por lo cual trae consigo una mayor interdependencia. Pero, a su vez, una mayor interdependencia engendra vulnerabilidades. Las grandes potencias tienden a controlar aquello de lo que dependen o a disminuir el grado de dependencia. Estas simples reflexiones explican mucho del comportamiento de los Estados: “sus impulsos imperiales para ampliar su grado de control y sus esfuerzos autárquicos para mejorar su autosuficiencia”.⁴⁵

⁴³ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, op. cit., p. 157.

⁴⁴ Con independencia de la exposición más detallada que se realiza al tratar la discusión entre neorrealistas y neoliberales sobre la cuestión de ganancias relativas-ganancias absolutas, pueden mencionarse algunos análisis más actuales de las relaciones de cooperación entre Estados que reflejan la posición de Waltz. Ver por ejemplo: M. Mastanduno, “Do relative Gains Matter? America’s Response to Japanese industrial Policy”, *International Security*, Vol. 16, Summer, 1991; S. D. Krasner, “Global Communications and National Power: Life on the Pareto Frontier”, *World Politics*, Vol. 43, April, 1992.

⁴⁵ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, op. cit., p. 157.

Equilibrio, bipolaridad y multipolaridad

La teoría del equilibrio de poder representa un desarrollo central de la teoría sistémica de la política internacional. Waltz descarta el *bandwagoning* –la práctica consistente en alinearse con el Estado más fuerte– como tipo significativo de comportamiento internacional alternativo al equilibrio.⁴⁶ La teoría del equilibrio asume que los Estados son actores unitarios que persiguen como objetivo mínimo la propia preservación y como objetivo máximo la dominación mundial. En la consecución de estos objetivos emplean medios internos –la potenciación de sus recursos de poder, entre ellos los militares– y medios externos –la formación o fortalecimiento de alianzas. Establecidas estas premisas, solamente se requiere una condición para que la teoría funcione: que dos o más Estados coexistan en un sistema de auto-ayuda.⁴⁷ La teoría describe las limitaciones que emanan del sistema creado por las acciones de los Estados e indica el resultado presumible: la formación de equilibrios de poder.

Waltz no excluye que el equilibrio pueda ser resultado de las políticas deliberadas de los Estados. Pero un punto central en su teoría es la espontaneidad de las situaciones de equilibrio. Lo que hace realmente original al neorrealismo es el recurso, de nuevo, a la teoría micro-económica para explicarlas. La teoría del equilibrio aspira a dar cuenta de un resultado, la formación recurrente de equilibrios, que puede tener poco que ver con las intenciones de los Estados, cuyas acciones se entrelazaron para producir dicho resultado. De acuerdo con ella, tienden a aparecer equilibrios de poder, bien porque algunos o todos los Estados tratan conscientemente de propiciarlos o bien porque algunos o todos los Estados pretenden lograr la dominación universal.⁴⁸ La teoría proporciona explicaciones generales, pero no puede dar cuenta de las políticas específicas de los Estados. Nos dice por qué cabe esperar ciertas similitudes de comportamiento en Estados que ocupan posiciones parecidas en la estructura. Las expectativas son sobre comportamientos

⁴⁶ Algunos autores han cuestionado que el equilibrio de poder haya sido el resultado sistémico más frecuente. P. Schroeder ha señalado, apoyándose en un análisis histórico, que el *bandwagoning* ha sido más común que el equilibrio, en especial en lo que concierne a los Estados pequeños. Ver: P. Schroeder, “Historical Reality vs. Neorealist Theory”, en M. E. Brown, S. M. Lynn-Jones and S. E. Miller (Eds.), *The Peril of Anarchy: Contemporary Realism and international Security*, Cambridge, M., The MIT Press, 1995, p. 430.

⁴⁷ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, op. cit., p. 173-174.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 176.

similares, no idénticos. Comprender las diferencias en las respuestas a las presiones estructurales, exige tomar en consideración la influencia de los contextos internos de los Estados en sus políticas exteriores.⁴⁹

Waltz dedica una parte notable de su obra a poner de relieve las consecuencias que distintas configuraciones estructurales tienen sobre el equilibrio, sobre la estabilidad del sistema internacional. A este respecto, la teoría neorrealista destaca las ventajas de sistemas con un reducido número de grandes potencias: “lo más pequeño es más bello que lo pequeño”.⁵⁰ Es posible diferenciar entre sistemas multipolares y bipolares. La sucesión de sistemas multipolares desde el siglo xvii, se vio rota a mediados del pasado siglo por la emergencia de un sistema bipolar. Para Waltz, en contra de la opinión dominante hasta entonces que privilegiaba las virtudes de la multipolaridad, es este tipo de sistema precisamente el que propicia una mayor estabilidad.⁵¹ En publicaciones posteriores, Waltz hace depender esta mayor estabilidad de la bipolaridad, pero también de las armas nucleares. Con ello reconoce la importancia de unos desarrollos que, a su juicio, se ubican en el nivel de las unidades.⁵² La más satisfactoria relación entre bipolaridad y estabilidad está fundamentada en consideraciones económicas y políticas.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 180.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 199.

⁵¹ Ya en los años sesenta, hubo una intensa polémica sobre cuál de las dos principales configuraciones estructurales, la multipolar o la bipolar, eran más propicias al mantenimiento de la estabilidad internacional. Entre las más notables aportaciones a esa polémica se encuentran: K. N. Waltz, “The Stability of a bipolar World”, *Deadlus*, Vol. 93, n° 4, 1964; K. W. Deutsch and J. D. Singer, “Multipolar Power Systems and International Stability”, *World Politics*, Vol. 16, n° 3, 1964; M. Haas, “International Subsystems: Stability and Polarity”, *American Political Science Review*, Vol. 64, n° 2, 1970. Precisamente en su libro *Teoría de la Política Internacional*, Waltz critica, aduciendo razones metodológicas, una de las contribuciones más relevantes del Proyecto *Correlates of War* por no refrendar enteramente su hipótesis sobre bipolaridad y estabilidad. Sobre esta contribución, ver: J. D. Singer, S. Bremer and J. Stuckey, “Capability Distribution, Uncertainty, and Major Power Wars, 1820-1965”, en B. M. Russett (Ed.), *Peace War, and Numbers*, Berbery Hills, Sge, 1972.

⁵² En un artículo escrito en 1993, Waltz afirma que “la paz más duradera que el mundo ha conocido descansó en dos pilares la bipolaridad y las armas nucleares”. Waltz siempre ha reconocido la importancia de las armas nucleares, aunque en su obra han ocupado una posición secundaria con respecto a la polaridad. Sin embargo, en sus últimos escritos parece reforzar el papel de las armas nucleares, alejándose así de una teoría estrictamente estructural. Ver: K. Waltz, “The Emergent Structure of International Politics”, *International Security*, Vol. 18, n° 2, 1993, p. 42. Para un comentario en esta misma dirección, puede consultarse H. Mouritzen, op. cit., p. 82.

Las consideraciones económicas apuntan, en lo sustancial, a que en un sistema bipolar la interdependencia económica entre las grandes potencias es más reducida que en un sistema multipolar. Cuando cambia la estructura del sistema, cambia, al mismo tiempo, el grado de interdependencia. También de manera opuesta a lo que constituye el pensamiento más habitual, Waltz entiende que la interdependencia no es un factor de paz. Al contrario, afirma que guerras civiles y contiendas internacionales han tenido lugar pese a la existencia de una profunda interrelación entre los participantes en ellas.⁵³ En un mundo bipolar, la interdependencia es inferior por una razón simple: cuando menor es el número de polos del sistema, tanto mayor es su tamaño y, consecuentemente, tanto mayor es su habilidad para satisfacer sus necesidades económicas internamente, sin recurrir a transacciones con el exterior.⁵⁴ El tamaño de los dos Estados dominantes durante la guerra fría permitió un cierto control sobre sus propios asuntos y redujo vulnerabilidades. La desigualdad de los Estados produjo “una situación de equilibrio a un bajo nivel de interdependencia”.⁵⁵ Para justificar la aseveración de que la interdependencia en la segunda mitad del siglo xx era menor que a principios del mismo siglo, algo que resultaba sorprendente a la luz de la abrumadora mayoría de opiniones en sentido opuesto, Waltz proporciona datos sobre la dependencia externa de las grandes potencias en uno y otro momento. La importancia del comercio exterior respecto al PNB para los Estados Unidos y la Unión Soviética en los años setenta fue mucho más pequeña que para Inglaterra, Francia o Alemania antes de la Primera guerra mundial.

Las consideraciones militares también avalan la mayor estabilidad de un sistema bipolar. En un sistema multipolar la posibilidad de formar alianzas confería una operatividad superior al equilibrio de poder. Éste podía surgir no sólo de los esfuerzos internos, sino adicionalmente de la conclusión de acuerdos con otros Estados. Pero, para Waltz, un mundo

⁵³ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, op. cit., p. 205.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 215.

⁵⁵ Veinte años después de la publicación de la Teoría de la *Política Internacional*, Waltz sigue manteniendo tesis similares sobre la cuestión de la interdependencia. Tanto bajo el régimen bipolar como bajo el unipolar de nuestros días, Waltz afirma que el grado de interdependencia ha declinado sensiblemente. K. N. Waltz, “Globalization and American Power”, *The national Interest*, Spring, 2000, p. 53. Para una referencia previa a la cuestión de la interdependencia, ver K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, op. cit., p. 235.

con un número crecido de grandes potencias es un mundo con mayores incertidumbres. La respuesta a preguntas como de quién procede la amenaza, quién se opondrá a quién y quién ganará o perderá como resultado de las acciones de otros Estados no aparece en absoluto nítida.⁵⁶ Las alianzas pueden ser un elemento de estabilidad, pero su formación y mantenimiento implican concesiones que restringen la capacidad de decisión y actuación de los Estados, en situaciones de interdependencia entre los miembros de una alianza y de competencia intensa entre alianzas, como ocurrió en los años anteriores a la primera guerra mundial, las acciones de determinados Estados pueden arrastrar al resto a conflictos no desencadenados directamente por ellos (*chaine-gagnging*). Es necesario mencionar que la formación de alianzas puede no resultar fácil. Ante la emergencia de un Estado poderoso, los Estados que perciben en este hecho un amenaza pueden adoptar una actitud pasiva, pasando la responsabilidad de actuar a otros Estados también afectados por la misma amenaza (*buck-passing*). Esto supondría en una situación de multipolaridad, el fracaso del establecimiento de equilibrios, un sistema bipolar obedece a un estado de cosas bien distinto. En este caso, dice Waltz, las incertidumbres son menores. La respuesta a las tres preguntas planteadas más arriba no deja lugar a demasiadas dudas. La interdependencia militar es incluso sensiblemente menor que la interdependencia sensiblemente menor que la interdependencia económica. Las dos grandes potencias de la posguerra, los Estados Unidos y la unión Soviética, dependieron fundamentalmente de sí mismos en cuestiones militares. La consecución del equilibrio supone emplear predominantemente medios “internos”, en lugar de medios “externos”, por lo cual dicho equilibrio merecerá un grado de confianza superior.⁵⁷ El sentido de las alianzas en un mundo bipolar –que tienden a ser considerablemente más rígidas– es totalmente diferente. En la medida en que no necesitan las aportaciones de sus aliados para garantizar su seguridad. Los dos Estados líderes pueden fijar su estrategia y tomar decisiones más libremente. No cabe, en el supuesto de bipolaridad, que se produzcan situaciones de *chain-ganging* o de *buck-passing*. En fin, dada la reducción de los niveles de incertidumbre, la posibilidad de que las grandes potencias comentan errores de cálculo es mucho menor.

⁵⁶ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, op. cit., p. 242.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 247.

Además, los sistemas bipolares propician un control internacional por parte de los grandes poderes que no se da en los sistemas multipolares. En los primeros, cabe registrar un cierto margen de maniobra para que los Estados preponderantes actúen en nombre del conjunto. Según el punto de vista neorrealista, en los sistemas de auto-ayuda las ganancias relativas son más importantes que las ganancias absolutas. Sin embargo, en un mundo bipolar “la preocupación por las ganancias absolutas puede reemplazar a la preocupación por las ganancias relativas”.⁵⁸ Esto se debe, por una parte, a la estabilidad de los equilibrios—estabilidad reforzada por las armas nucleares— entre los dos polos y, por otra, a la enorme distancia existente entre ellos y el resto de los miembros del sistema.

Dadas estas circunstancias, los Estados en posiciones de privilegio pueden estar dispuestos a suministrar bienes colectivos aun cuando otras entidades estatales ganen en mucha mayor proporción. Waltz ilustra esta cuestión utilizando la teoría de la acción colectiva de M. Olson.⁵⁹ Con arreglo a esta teoría, cuanto mayor sea el número de unidades en un grupo, menor será la posibilidad de alcanzar intereses comunes. De forma opuesta, cuanto menor sea el número de grandes potencias y cuanto mayor sea la disparidad entre éstas y el resto de los Estados, más probable será que las primeras actúen en nombre del sistema. Cuanto mayor sea el tamaño relativo de una unidad, tanto más identificará su interés con el interés del sistema. Un sistema bipolar acrecienta las oportunidades para que dos grandes Estados traten de manejar el sistema, mediante la realización de determinadas tareas. Estas tareas son: transformar o mantener el sistema, preservar la paz u ordenar la economía mundial.⁶⁰

⁵⁸ *Ibidem*, p. 284.

⁵⁹ Waltz recurre a la obra de M. Olson para justificar el hecho de que las grandes potencias puedan proveer determinados bienes colectivos. Es interesante señalar que también los neoliberales recurrirán a las ideas de Olson para explicar que no ya en sistemas con uno o dos Estados dominantes, sino en sistemas con un “grupo reducido” de Estados la cooperación es posible en orden a satisfacer determinados intereses comunes. La obra en la que se han basado, tanto neorrealistas como neoliberales, es: M. Olson, *La Lógica de la Acción Colectiva: Bienes Públicos y Teoría de los Grupos*, México, Limusa, 1992.

⁶⁰ K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, op. cit., p. 290.

El Neoliberalismo*

.....Kepa Sodupe Corcuera**

El globalismo experimentó un notable desarrollo en los años setenta. Este desarrollo fue quizás más notorio, no tanto en su vertiente mundialista como en su vertiente transnacionalista. Obras significativas del transnacionalismo fueron *Transnational Relations and World Politics* y *Power Interdependence*, ambas publicadas por R. O. Keohane y J. S. Nye en 1972 y 1977 respectivamente. En particular, la última de estas obras parecía llamada a ejercer un grado de influencia considerable. Muchos autores vieron en ella un ataque frontal contra el realismo, así como los cimientos de un nuevo paradigma.

Sin embargo, la relevancia de *Power and Interdependence* se vio un tanto oscurecida por dos circunstancias. La primera fue el giro dado por la política internacional a finales de los años setenta, con el inicio de un nuevo periodo de guerra fría. A la luz del nuevo clima político, los presupuestos realistas volvieron a ocupar posiciones de privilegio. La segunda estuvo constituida por la aparición de *Teoría de la Política Internacional* de K. N. Waltz. La conjunción de ambas circunstancias convertiría al neorrealismo waltziano en el enfoque dominante en la disciplina.

* Texto original: Sodupe, Kepa, “El Neoliberalismo” en *La teoría de las Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI*, Universidad del País Vasco, 2009, pp. 118-135.

** Doctor en Ciencias Económicas por la Universidad del País Vasco, donde actualmente es Catedrático de Relaciones Internacionales. Entre sus publicaciones más recientes destacan *Poder e Interdependencia en el Sistema Internacional: Bases para un Estudio Cuantitativo*; *La Estructura de Poder del Sistema Internacional: Del Final de la Segunda Guerra Mundial a la Posguerra Fría*; *La Teoría de las Relaciones Internacionales a Comienzos del Siglo XXI*, entre otros.

Con todo, el neoliberalismo o el institucionalismo neoliberal, denominaciones más frecuentes en nuestros días para referirse a las aproximaciones transnacionalistas, ha dado lugar a la creación de un cuerpo teórico de gran importancia en la disciplina: los regímenes internacionales. Hay que insistir en que el neoliberalismo no representa el ataque frontal al neorrealismo al que se ha aludido. El neoliberalismo no reniega del neorrealismo. Pero, en su relación con este último, va más allá de las críticas formuladas por autores de orientación realista. El neoliberalismo considera que el tipo de situaciones que el neorrealismo puede explicar, las relativas a la seguridad o al poder, son cada vez menos relevantes en el mundo actual. Los autores neoliberales proceden a ampliar los horizontes de la disciplina, incluyendo en ella las cuestiones de cooperación. A la hora de explicar la cooperación no bastará con recurrir a factores materiales como la distribución de poder. Además, será necesario tener presente la relevancia de las ideas.

Continuidades y rupturas con el neorrealismo

Desde el punto de vista ontológico y epistemológico, tal y como se puso de relieve en el capítulo 3, existen coincidencias muy apreciables entre neorrealismo y neoliberalismo. En el plano ontológico, en lo que concierne al eje individualismo-holismo, el neoliberalismo se decanta por una ontología individualista. En lo que atañe al eje materialismo-idealismo, el neoliberalismo quiere tender hacia la parte idealista del mismo. Es aquí donde pueden producirse las diferencias más sensibles entre ambos. En el plano epistemológico, al igual que el neorrealismo, el neoliberalismo es partidario del naturalismo, impulsando la aplicación del método científico a las Relaciones Internacionales.

Como acabamos de apuntar, una de las principales coincidencias entre neorrealismo y neoliberalismo se registra en el terreno epistemológico. Ambos se adhieren a una epistemología positiva o naturalista. El propio Keohane manifiesta que “el institucionalismo neoliberal... comparte algunos importantes compromisos intelectuales con el neorrealismo. Al igual que los neorrealistas, los institucionalistas neoliberales buscan explicar regularidades de comportamiento examinando la naturaleza del sistema internacional descentralizado”.¹ Es

¹ R. O. Keohane, “Institucionalismo Neoliberal: Una perspectiva de la Política Mundial”, en

cierto que pueden discernirse algunas diferencias. Por ejemplo, la obra de Waltz descansa en las ideas de Popper, mientras que la obra de Keohane toma como referencia las ideas de Lakatos. Son claras en Keohane las alusiones a los *Programas de Investigación* de este último. En buena medida, los programas de investigación de Lakatos constituyen una reformulación de la teoría del conocimiento de Popper, en respuesta al embate relativista de la obra de Kuhn. Esto permitiría quizás definir a los neoliberales como neopositivistas. Pese a ello, son muchas más las cosas que unen epistemológicamente a neorrealistas y neoliberales, como indicaba Keohane, que las que les separan. Tanto unos como otros están unidos por una concepción naturalista de la ciencia.

Asimismo, el neorrealismo y el neoliberalismo proceden a la “importación” de teorías de la Economía. En el caso del segundo, la importación de herramientas teóricas de la microeconomía es mucho más sofisticada. Gracias a ella, los neoliberales van a rechazar las pesimistas conclusiones a las que llega el neorrealismo sobre la cooperación. El propósito de los neoliberales, en concreto de Keohane, es construir una teoría funcional de los regímenes internacionales, en concreto de Keohane, es construir una teoría funcional de los regímenes internacionales. Para ello, se basa en la teoría de los juegos –sobre todo el dilema del prisionero– y en la teoría de la acción colectiva. Estas teorías muestran que, bajo ciertas condiciones, actores racionales, pese a existir un cierto grado de convergencia de intereses entre ellos, no pueden alcanzar un resultado óptimo. La razón de esta desfavorable situación, como también estas teorías subrayan, reside en que las barreras a la información la comunicación en las relaciones entre Estados pueden impedir la cooperación y crear desacuerdos, aun cuando haya intereses comunes.²

Además, los neoliberales también hacen uso de las teorías sobre el “fracaso del mercado”. Por fracaso del mercado, Keohane se refiere a aquellas situaciones en las que los resultados de las interacciones promovidas por el mercado son sub-óptimas, dadas las funciones de utilidad y los recursos a disposición de los actores. Es decir, la conclusión de acuerdos que serían beneficiosos para todas las partes no se reproduce. La responsabilidad de este hecho cabe atribuirla a la estructura del

R. O. Keohane, *Instituciones Internacionales y Poder Estatal: Ensayos sobre Teoría de las Relaciones Internacionales*, Buenos Aires, GEL (1989) 1993, p. 23.

² R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, op. cit., pp. 94-96.

sistema y a la ausencia de instituciones que le caracteriza. Los defectos institucionales tienen mucho que ver con los fracasos de coordinación. Con arreglo a esta argumentación, la aparición de instituciones persigue superar las deficiencias que imposibilitan cerrar acuerdos mutuamente beneficiosos.³ El sistema internacional es visto, pues, como algo análogo a un “mercado imperfecto”, es decir, presenta una situación de “fracaso del mercado político” y, en una lógica paralela, el surgimiento de regímenes internacionales apunta a resolver esas deficiencias, proveyendo, a través de la cooperación, las “esperadas ganancias”.

El neoliberalismo se propone desafiar al neorrealismo en su propio terreno y en sus propias “reglas de juego”. Los neoliberales entienden que es necesario dar cuenta, además de comportamientos conflictivos, de comportamientos cooperativos entre Estados. Desde este punto de vista, el neoliberalismo aglutina en su seno al neorrealismo.⁴ El neoliberalismo edifica su teoría sobre aquello que el neorrealismo no explica, las relaciones de cooperación partiendo de premisas claramente neorrealistas. Keohane y Nye afirman que el institucionalismo neoliberal “busca explícitamente construir una teoría de las instituciones, con lo que podrían ser consideradas implicaciones liberales, sobre premisas que son consistentes con las del realismo político”.⁵ En esta frase quedan reflejados dos aspectos fundamentales del neoliberalismo: por un lado, el notable grado de acercamiento al neorrealismo y, por otro, la adscripción profunda a la filosofía y valores que han guiado siempre a la tradición liberal.

En relación con el primero de estos aspectos, el notable acercamiento al neorrealismo, para algunos una mera “conversión”,⁶ es consecuencia de la asunción de las premisas neorrealistas. La primera de estas premisas viene dada por el hecho de que “los Estados son los actores cruciales... nuestro análisis de la cooperación y los regímenes internacionales, por tanto, se centra especialmente en los Estados”.⁷

³ *Ibidem*, pp. 82-83.

⁴ R. O. Keohane, “Institucionalismo Neoliberal...”, *op. cit.*, p. 35.

⁵ Keohane y Nye hacen este comentario refiriéndose a la obra del primero de estos autores *Después de la Hegemonía*. Ver: R. O. Keohane and J. Nye, “Power and Interdependence Revisited”, *International Organization*, Vol. 41, n° 4, 1987, p. 729.

⁶ Algunos autores, de manera un tanto exagerada, han llegado a colocar a Keohane y Nye dentro del neorrealismo. A este respecto ver: J. -F. Rioux, E. Keenes et G. Legare, *op. cit.*, p. 67.

⁷ R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, *op. cit.*, p. 41 e “Institucionalismo Neolibe-

Asimismo, los neoliberales adoptan, consciente y deliberadamente, otra premisa realista: el “egoísmo racional” de los actores, es decir, que los Estados persiguen racionalmente su propio autointerés. De modo premeditado, los neoliberales escogen jugar con las “reglas del juego” del neorrealismo, en el sentido de que dejan de lado motivaciones de tipo idealista o altruista que estimulen la cooperación. Como dice Keohane expresamente, “partiendo de premisas similares acerca de las motivaciones, procuro demostrar que el pesimismo realista con respecto al bienestar basado en una creciente cooperación es exagerado... (y) criticar en sus propios términos el sombrío cuadro que el realismo pinta: la inevitabilidad de la existencia de la hegemonía o el conflicto”.⁸ Los institucionalistas neoliberales intentan, consiguientemente, contradecir las previsiones neorrealistas en sus propios términos.

En tercer lugar, el neoliberalismo asume la relevancia del nivel de análisis sistémico. Con ello coincide, aunque sólo parcialmente, con el neorrealismo. Hay una diferencia entre el énfasis neoliberal en el sistema y el énfasis neorrealista en la estructura.⁹ Es cierto que los neoliberales parten del concepto de estructura neorrealista, pero efectúan una serie de precisiones importantes sobre el mismo. Señalan que dicho concepto les parece limitado y estrecho. Y ello por dos razones. De un lado, tal y como han destacado reiteradamente, porque juzgan excesivamente parsimoniosa la noción neorrealista de una estructura de poder “única” en el sistema internacional. Esto supone aceptar la premisa de la fungibilidad del poder, es decir, que los recursos de poder de los Estados pueden tratarse como si fueran homogéneos e intercambiables. En este sentido, los neoliberales se muestran partidarios de una noción diferenciada de la estructura de poder que ponga de manifiesto que en el sistema internacional pueden darse varias estructuras, diferentes según las áreas temáticas y según los recursos que, en cada una de ellas, sea posible movilizar para afectar los resultados.¹⁰ De otro lado,

ral...”, *op. cit.*, p. 23.

⁸ R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, *op. cit.*, pp. 46-47 y 113.

⁹ Una descripción interesante de lo que los neoliberales entienden por teoría sistémica es llevada a cabo en: R. O. Keohane and J. Nye, “Power and Interdependence Revisited”, *op. cit.*, pp. 745-748.

¹⁰ R. O. Keohane, “Theory of World Politics...”, *op. cit.*, p. 194. Este tipo de consideraciones sobre “estructuras por áreas” fue ya realizado por Keohane y Nye en *Poder e Interdependencia...*, *op. cit.* pp. 49-52. Como se ha señalado anteriormente, D. Baldwin efectuó también una conocida

los neoliberales plantean reparos al concepto de estructura neorrealista porque consideran que el sistema no está compuesto exclusivamente por elementos estructurales, sino también por otros elementos entre los que destaca el “contexto institucional” de acción. Este contexto institucional constituye una variable sistémica. Como observa adecuadamente Keohane, “lo que distingue mi argumentación del realismo estructural es mi énfasis en los efectos que tienen las prácticas e instituciones internacionales sobre la conducta estatal. La distribución del poder que acentúan los realistas es, por cierto, importante... Pero la actividad humana en el plano internacional también ejerce efectos significativos”.¹¹

En definitiva, el neoliberalismo subraya la relevancia de instituciones y regímenes internacionales creados por los seres humanos, sosteniendo –de modo coherente con la tradición liberal– que distintas condiciones sistémicas y, en concreto, diversos grados de institucionalización del sistema llevarán a los Estados a definir de manera diferente sus propios intereses y afectarán a los incentivos que motivan sus acciones. En estrecha relación con esto último, el institucionalismo neoliberal lleva a cabo una reflexión sobre las funciones que cumplen los regímenes internacionales como promovedores de la cooperación entre Estados. Entre otras cosas, los regímenes internacionales contribuyen a reducir la incertidumbre mediante la provisión de información y la disminución de los costos de transacción. Asimismo, facilitan las negociaciones y los acuerdos intergubernamentales mutuamente beneficiosos, cuando existen intereses comunes. Por ello, los Estados ven en los regímenes internacionales algo útil a la hora de satisfacer su propio interés, es decir, “actores racionales y egoístas” tienen incentivos para establecer y mantener –basándose en el auto interés– regímenes internacionales.

Al presentar el acercamiento entre neoliberales y neorrealistas no puede olvidarse el segundo aspecto fundamental mencionado más arriba: la identificación de los primeros con el pensamiento liberal. En efecto, quienes están asociados al pensamiento liberal sobre los asuntos mundiales comparten una serie de creencias: que las relaciones internacionales evolucionan gradualmente –aunque no necesariamente de modo fácil e

crítica a la premisa de fungibilidad del poder implícita en el planteamiento neorrealista.

¹¹ R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, op. cit., p. 42. Apreciaciones similares de este autor, en esta misma dirección, pueden encontrarse en: “*Theory of World Politics...*”, op. cit., p. 195 e “*Institucionalismo Neoliberal...*”, op. cit., pp. 15 y 24-29.

inevitable— en una dirección de progreso; que el mundo se encamina hacia condiciones de paz, bienestar y justicia; que dichas condiciones son logradas en gran medida a través de la cooperación internacional; y que todo ello ha sido generado y facilitado por una serie de fuerzas interrelacionadas, desatadas por las revoluciones científica e intelectual modernas, como el gobierno republicano o democrático, la interdependencia económica y social internacional, el progreso en los conocimientos y las instituciones internacionales.¹² En este orden de ideas, Keohane hace una clara afirmación de los principios liberales que guían su pensamiento al sostener que “de forma coherente con el liberalismo, me niego a sumir ya definiciones inmutables del interés en términos de ganancias relativas, ya modelos permanentes de conflicto entre los Estados. Para mí la política es abierta y potencialmente progresiva, más que desoladoramente cíclica”.¹³ Estas convicciones, precisamente, van a determinar el carácter diferencial de las hipótesis neoliberales a la hora de intentar explicar el fenómeno de la cooperación en situación de anarquía.

6.2 Regímenes Internacionales versus teoría de la estabilidad hegemónica

El neorrealismo no se limitó a la reflexión teórica sobre la política internacional. Amplió su esfera de interés a la economía política internacional. Un grupo de autores concentró sus fuerzas en buscar una explicación al fenómeno de la cooperación económica y, para ello, confeccionó la “teoría de la estabilidad hegemónica”. Cabe destacar una cierta contradicción en los planteamientos neorrealistas, dependiendo de si éstos se refieren a la política internacional o a la economía política internacional. El énfasis recae, en el primer supuesto, en modelos de equilibrio y, en el segundo, en modelos de hegemonía. Podría haber una cierta compatibilidad en la utilización de ambos modelos. Así en

¹² En torno a estas características del pensamiento liberal ver: M. Zacher and R. Matthew, “Liberal International Theory: Common Threads, Divergent Strands”, en C. Kegley (Ed.), *Controversies in International Relations Theory: Realism and the Neoliberal Challenge*, New York, St. Martin’s Press, 1995. Una obra reciente sobre la tradición liberal en las Relaciones Internacionales es: J. L. Richardson, *Contending Liberalism in World Politics: Ideology & Power*, London, Lynne Rienner, 2001.

¹³ R. O. Keohane, “*Institucionalismo Neoliberal...*” *op. cit.*, p. 28. Esta visión filosófica del neoliberalismo contrasta claramente con la tradición realista. Ver por ejemplo: R. Gilpin, “*The Richness of the Tradition of political Realism*”, *op. cit.*

un mundo bipolar, dominado por el equilibrio entre los dos polos, la teoría de la estabilidad hegemónica explicaría el porqué de la cooperación en el seno de los dos grandes bloques, especialmente en el seno del bloque occidental. La razón de dicha cooperación estribaría en la posición predominante de los Estados Unidos. Pero algunos autores neorrealistas han ido más allá, proponiendo un modelo de hegemonía, frente a uno de equilibrio, como instrumento de análisis de la política internacional.¹⁴ En contraste con una visión de la historia basada en la sucesión de equilibrios de poder, el modelo hegemónico sugiere una visión alternativa: la sucesión de periodos de auge y declive de grandes potencias. En este caso, resultaría prácticamente imposible reconciliar ambos modelos.¹⁵

Dejando a un lado esta posible contradicción, puede decirse que el neoliberalismo trató de desmarcarse de la teoría de la estabilidad hegemónica, en especial en lo que concernía a dos puntos esenciales de la misma. El contenido de esta teoría establecía que la presencia de un Estado hegemónico era una condición necesaria para el desarrollo de la cooperación internacional.¹⁶ En sentido inverso, el declive de dicho Estado estaba asociado a una quiebra de las relaciones de cooperación. Como sostienen algunos neorrealistas, el Estado hegemónico podría considerarse como la figura más próxima a la de una autoridad central en el sistema internacional. Durante determinados periodos de tiempo, al implantar una especie de centralización legítima de la fuerza, desempeñaría papeles propios de esta última. Esta circunstancia mitigaría la anarquía del sistema, haciendo

¹⁴ Éste es el caso de Gilpin, autor que propugna un modelo de hegemonía. Dicho modelo es útil, no ya para explicar la cooperación en el terreno de la economía, sino para explicar la política internacional en general. Ver: R. Gilpin, *War and Change in International Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981. Otros autores que asumen modelos hegemónicos en el estudio de las relaciones internacionales son: G. Modelski, *Long Cycles in World Politics*, London, Macmillan, 1987; P. Kennedy, *The Rise and Fall of Great Powers*, London, Fontana, 1989.

¹⁵ Para una descripción de ambas teorías puede verse: K. Sodupe, *La estructura de Poder del Sistema Internacional: Del Final de la Segunda Guerra Mundial a la Posguerra Fría*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2002, pp. 37-46.

¹⁶ Entre los autores que principalmente dieron forma a la teoría de la estabilidad hegemónica, se encuentran: C. Kindleberger, *The World in Depression: 1929-1939*, Boston, Little Brown, 1973 y “Dominance and Leadership in the International Economy: Exploitation, Public Goods, and Free Rides”, *International Studies Quarterly*, Vol. 25. N° 2/3, 1981; R. Gilpin, U. S. *Power and the Multinational Corporation: The Political Economy of Foreign Direct Investment*, New York, Basic Books, 1975; S. Krasner, “State Power and the Structure of International Trade”, *World Politics*, Vol. 28, April, 1976.

más probable la cooperación. J. Gowa ha indicado que los Estados que se encuentran inmersos en un subsistema dominado por una potencia hegemónica son bien autorizados o bien constreñidos a cooperar. Aquellos inclinados a cooperar pueden hacerlo con la certeza de que la potencia hegemónica no los explotará; aquellos inclinados a “desertar” se verán disuadidos de tal vía de acción ante la expectativa de ser sancionados por dicha potencia. En general, la presencia de polos dominantes en la política internacional tiende a promover más relaciones de cooperación de las que podrían darse en su ausencia.¹⁷

Los autores neoliberales reconocen que la hegemonía lleva implícita funciones que facilitan la cooperación, aunque ésta adopte una forma asimétrica. También reconocen que el Estado dominante puede decidir reforzar la cooperación mediante la creación de regímenes que respondan a su concepción de lo que debe ser el orden internacional.¹⁸ Sin perjuicio de estos reconocimientos, el neoliberalismo pretende establecer su propia aproximación teórica al fenómeno de la cooperación. R. O. Keohane escribe que puede haber cierta validez en la teoría de la estabilidad hegemónica, cuando ésta afirma que la hegemonía facilita una forma de cooperación. Pero, al mismo tiempo, manifiesta que hay pocas razones para creer que la hegemonía sea una condición necesaria o suficiente para la aparición de relaciones de cooperación. Más aún, dice Keohane, después de haberse creado regímenes internacionales, la continuidad de la cooperación no requiere necesariamente la existencia de un Estado hegemónico.¹⁹ Estas consideraciones recogen los dos puntos esenciales, a los que se ha aludido más arriba, que van a marcar las distancias entre neoliberales y neorrealistas. Primero, la hegemonía no es una condición ineludible para la emergencia de una cooperación significativa. Segundo, los regímenes internacionales, expresión de dicha cooperación, pueden mantenerse en el tiempo, pese a la transformación de la distribución concreta de poder que los hizo posibles. De esta manera, el neoliberalismo quiere apartarse de las sombrías perspectivas que el declive de la potencia hegemónica proyecta

¹⁷ J. Gowa, “Anarchy, Egoism and Third Images: The Evolution of Cooperation and International Relations”, *International Organization*, Vol. 40, n° 1, 1986, pp. 174-175.

¹⁸ De hecho, Keohane dedica una parte de su obra *Después de la Hegemonía* a analizar la posición privilegiada de los Estados Unidos en la posguerra. Asimismo, analiza los regímenes internacionales que, a impulsos de la misma, fueron creados. Ver: R. Keohane, *Después de la hegemonía...*, *op. cit.*, capítulo 8.

¹⁹ R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, *op. cit.*, p. 50.

sobre la cooperación, por no hablar del estallido de grandes guerras como mecanismo de tránsito de un periodo de hegemonía a otro.

Antes de entrar a desarrollar la argumentación neoliberal en torno a los dos puntos mencionados, es preciso detenerse en la definición de “régimen internacional”. No parece necesario insistir en que se trata de un concepto central en el desarrollo teórico del institucionalismo neoliberal. Tal concepto constituye un instrumento de primer orden para el estudio de formas de comportamiento gobernadas por reglas en el plano internacional. El grado de institucionalización a que dan lugar dichos comportamientos escapa en muchas ocasiones al marco formal de las organizaciones internacionales. Puede decirse que en la abundante literatura sobre regímenes internacionales existe un consenso en torno a su definición.²⁰ Dicho consenso data de comienzos de los años 80. En una conocida obra colectiva sobre regímenes internacionales, S. Krasner los definió como “conjuntos de principios explícitos o implícitos, normas, reglas y procesos de toma de decisión en torno a los cuales convergen las expectativas de los actores en un área dada de las Relaciones Internacionales. Los principios son creencias de hecho, de casualidad y de rectitud. Las normas son estándares de comportamiento definidos en términos de derechos y obligaciones. Las reglas son prescripciones o prohibiciones específicas de cara a la acción. Los procesos de toma de decisión son las prácticas prevalecientes para la formación y la implementación de las decisiones colectivas”.²¹ Con esta definición de regímenes internacionales, los neoliberales tratan de subrayar la significación del contexto institucional internacional, sin “denigrar el papel del poder de Estado”.²²

²⁰ Entre las contribuciones que ofrecen una perspectiva general de la Teoría de los Regímenes pueden mencionarse las siguientes: S. D. Krasner (Ed.), *International Regimes*, Ithaca, Cornell University Press, 1983; S. Haggard and B. Simmons, “Theories of International Regimes”, *International Organization*, Vol. 41, n° 3, 1987; A. Hurrel, “Teoría de los Regímenes Internacionales: Una Perspectiva Europea”, *Foro Internacional*, Vol. 31, n° 5, 1991; A. Hasenclever, P. Mayer y V. Rittberger, “La Teoría de los Regímenes Internacionales: Situación Actual y Propuestas para una Síntesis”, *Foro Internacional*, Vol. 39, n° 4, 1999.

²¹ Curiosamente, esta definición de regímenes internacionales fue propuesta por un autor considerado neorrealista. Ver: S. Krasner, “Structural Causes and Regime Consequences: Regimes as Intervening Variables”, en S. Krasner (Ed.), *International Regimes*, op. cit., p. 2. Esta definición fue tomada como referencia por las diferentes contribuciones contenidas en la obra editada por Krasner.

²² R. O. Keohane, “Institucionalismo Neoliberal...”, op. cit., p. 29.

Es necesario mencionar que el neoliberalismo, a través de los regímenes internacionales, contribuye a incorporar no sólo a fuerzas materiales, sino también ideas a la teoría internacional. Como se ha indicado con anterioridad, los préstamos de la teoría micro-económica son más intensos que los del neorrealismo. En el plano ontológico, en lo que concierne al eje individualismo-holismo, el neoliberalismo se decanta por una ontología individualista. Debe destacarse que, tanto en el caso neorrealista como neoliberal, el recurso a la teoría micro-económica es responsable de dicha posición ontológica. Pero ha de indicarse que, en el caso del neoliberalismo, la adopción de presupuestos micro-económicos produce resultados un tanto contradictorios y ello porque si bien, como acabamos de señalar, tales presupuestos son determinantes de una ontología individualista, al mismo tiempo permiten a los autores neoliberales desplazarse hacia la parte idealista del eje ontológico materialismo-idealismo. Los regímenes internacionales resultan de las acciones, en este caso intencionadas, de Estados con identidades e intereses dados. La explotación de la teoría micro-económica hace posible que actores racionales y egoístas contemplen la posibilidad de cooperar, de formar regímenes internacionales. El neoliberalismo, en consecuencia, se distancia de la ontología estrictamente materialista del neorrealismo. La estructura del sistema sigue compuesta de fuerzas materiales. Pero los neoliberales añaden las ideas como una variable sistémica, fruto de interacciones de los Estados, que actúa entre la estructura y el comportamiento de las unidades.²³ A diferencia de lo que ocurre en el neorrealismo, en el neoliberalismo los regímenes internacionales poseen un carácter autónomo, no representando un mero mimetismo con respecto a la distribución de poder material, ni estando estrechamente subordinados a la esfera de lo político.²⁴

²³ Es conveniente matizar esta incorporación de ideas en el planteamiento neoliberal. En ocasiones, dada la influencia de la teoría microeconómica, más que de ideas habría que hablar de la toma en consideración de meras expectativas. Como se indica más adelante, esto llevará a autores como J. G. Ruggie a calificar el racionalismo, incluido el neoliberalismo, de neoutilitarismo.

²⁴ Ese papel autónomo de los regímenes es claramente expuesto en una de las obras iniciales de lo que luego daría en llamarse institucionalismo neoliberal por S. Krasner, "Regimes and the Limits of Realism: Regimes as Autonomus Variables", en S. Krasner (Ed.), *International Regimes*, op. cit., pp. 355-368.

Retomando la primera de las cuestiones planteadas más arriba, que la hegemonía no es imprescindible para la aparición de regímenes internacionales, cabe decir que, en su contra, los autores neoliberales emplean dos argumentos principales. El primero de estos argumentos se basa en una nueva lectura de la teoría de la acción colectiva. Amparándose en la lógica de esta teoría,²⁵ el neoliberalismo sostiene que la hegemonía constituye tan sólo un caso especial de “grupo privilegiado”, es decir, de grupo capaz de suministrar un bien colectivo. Reconoce que, con arreglo a la teoría de la acción colectiva, la cooperación para la provisión de bienes colectivos en grupos grandes resulta extremadamente difícil. Si la contribución de cada actor individual respecto al valor total del bien es relativamente escasa, pero costosa para todos ellos, y si los no contribuyentes a dicha provisión pueden beneficiarse en cualquier caso del bien colectivo, los miembros del grupo optarán por ser *free riders*. Como todos ellos tienen incentivos para actuar de modo similar, el bien no será suministrado y todos los actores se encontrarán en una situación peor que la que se hubiera producido de proveerse tal bien.

Aun siendo esto así, los autores neoliberales afirman que la cooperación de unos pocos países para la provisión de bienes colectivos es perfectamente coherente. No sólo la hegemonía, sino también “los grupos reducidos” (*small groups*) constituyen grupos privilegiados según la teoría de la acción colectiva. En los grupos reducidos, los actores interactúan reiteradamente entre sí, con lo cual se hallan en una situación que cabe calificar de “interdependencia estratégica”. En ella, los actores son capaces de controlar mutuamente sus conductas. No puede utilizarse la teoría de la acción colectiva, escribe Keohane, para descartar la efectiva colaboración oligopolística entre unos pocos actores, en cuyo marco cada uno de ellos supervisa y reacciona ante la conducta de los demás. Aun cuando no exista un ente hegemónico, un número pequeño de actores significativos puede ser capaz de desarrollar las funciones que habitualmente se le atribuyen a aquél.²⁶ En la

²⁵ Ya se ha hecho referencia en estas distintas ocasiones a la obra de M. Olson, *La lógica de la Acción Colectiva. Bienes Públicos y la Teoría de los Grupos*. Sobre esta misma cuestión, puede también consultarse, T. Schelling, *Micromotives and Macrobehavior*, New York, Norton, 1978; R. Hardin, *Collective Action*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1982.

²⁶ R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, op. cit., p. 105. En un sentido similar argumenta: D. Sindal, “The Limits of Hegemonic Stability Theory”, *International Organization*, Vol. 39, n° 4, 1985, p. 598. En ambos casos, se hace referencia a la posibilidad de que, en ausencia

medida en que el número de Estados fuertes en el sistema internacional es pequeño, Keohane entiende que el escenario de “grupos reducidos” puede reflejar fielmente la realidad internacional.

La segunda razón que cuestiona el carácter inevitable de la relación entre hegemonía y cooperación, está basada en la teoría de los juegos. Las principales conclusiones a este respecto han sido obtenidas por R. Axelrod, utilizando el juego del dilema del prisionero iterado. La reiteración del juego crea una situación similar a la de interdependencia, en el cual los jugadores emplean una estrategia de reciprocidad (*tit for tat*). El primer jugador comienza cooperando y, a partir de ahí, cada uno de los participantes responde a defecciones con defecciones y a cooperación con cooperación. El resultado final es una cooperación mutuamente beneficiosa. Axelrod, pues, defiende que la cooperación puede emerger en un mundo de actores egoístas sin que exista un control centralizado, siempre que los Estados participen en ese mundo confíen en la reciprocidad.²⁷ Tanto en la teoría de la acción colectiva como en la teoría de los juegos, se ha señalado que las perspectivas para una cooperación efectiva disminuyen con el aumento del número de actores. Esto es así porque con dicho aumento se torna más difícil el control mutuo de los comportamientos y, por tanto, la posibilidad de evitar o, en su caso, sancionar las defecciones.²⁸ En definitiva, se está haciendo alusión aquí a los obstáculos que el incremento de los costos de transacción y las mayores deficiencias en la información representan para el desarrollo de la cooperación. Los regímenes internacionales se crean precisamente para responder a este tipo de situaciones. Los regímenes internacionales contribuyen a resolver los problemas de control de comportamientos y de sanción de conductas anómalas, ofreciendo estándares de eva-

de hegemonía, pueda haber mayores perspectivas no sólo de más relaciones de cooperación, sino también de que dichas relaciones sean más simétricas, con un reparto de los costos y beneficios más equitativo.

²⁷ R. Axelrod, “The Emergence of Cooperation Among Egoists”, *American Political Science Review*, Vol. 75, June, 1981, p. 317.

²⁸ Para una exposición de los problemas que en un mayor número de actores plantea para el logro de la cooperación que puede consultarse: K. A. Oye, “Explaining Cooperation under Anarchy”, en K. A. Oye (Ed.), *Cooperation under Anarchy*, Princeton, Princeton University Press, 1986, pp. 18-21. Contrastando con este punto de vista, Milner no considera necesariamente negativa la presencia de un número importante de actores. Ver: H. Milner, “International Theories of Cooperation Among Nations: Strengths and Weakness”, *World Politics*, Vol. 44, n° 3, 1992, pp. 473-74.

luación de las mismas y asignando responsabilidades en la aplicación de sanciones. Más concretamente, los regímenes internacionales hacen posible: el establecimiento de reglas explícitas que clarifican lo que es un comportamiento cooperativo y lo que no lo es; la provisión de información sobre el cumplimiento de dichas reglas; el desarrollo y mantenimiento de las reputaciones de los participantes; y, eventualmente, la creación de mecanismos de vigilancia específicos.²⁹ Estas cuestiones serán tratadas con más detalle en la sección siguiente que aborda las funciones de los regímenes internacionales.

6.3. Una Teoría funcional de los regímenes

Esta teoría considera que los Estados tienen interés en crear y mantener regímenes internacionales por los beneficios que su existencia les puede aportar. Estos beneficios provienen del marco favorecedor de la cooperación que establecen, haciendo posible dentro del mismo la consecución de acuerdos mutuamente provechosos. La teoría presupone la existencia de intereses comunes o complementarios que convierten en desechables dichos acuerdos a fin de obtener ventajas mutuas, es decir, de incrementar las ganancias absolutas. En términos de la teoría de los juegos estamos en presencia de “juegos de motivación mixta”.³⁰ Estos se distinguen porque, tanto los intereses de los participantes como los resultados del juego, pueden responder a esquemas bien cooperativos, bien conflictivos. La teoría de los juegos en la que se asientan los regímenes internacionales asume que la cooperación es deseable, pero no automática. En realidad, cada uno de los jugadores ganaría más desertando, es decir, eludiendo sus compromisos, pero si ambos jugadores cooperan lograrían beneficios mutuos que no obtendrían sin cooperación. Como se ha dicho, las posibilidades de cooperación mutuamente ventajosa aumentan en los casos de juegos reiterados, jugados más de una o unas pocas veces, ya que en estas circunstancias se valoran más

²⁹ R. Axelrod and R. O. Keohane, “Achieving Cooperation under Anarchy: Strategies and Institutions”, en D. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: The Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, p. 97.

³⁰ La expresión “juegos de motivación mixta” fue utilizada por T. Schelling. Estos juegos se caracterizan por una combinación “de dependencia mutua y conflicto, de asociación y competición”. Los participantes en ellos pueden beneficiarse de la cooperación, pero ganarían más engañando a sus socios. Ver T. Schelling, *The Strategy of Conflict*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960, p. 89.

nítidamente las recompensas futuras. Este estado de cosas se presenta con más frecuencia en situaciones de alta interdependencia. En ellas, dada la elevada densidad temática que las caracteriza, aumentarán los incentivos para crear regímenes. Éstos proveen con sus principios, normas y reglas ciertos “parámetros de coherencia” que hacen factible la firma de acuerdos, cuya consecución habría sido de otro modo más dificultosa. Además, los Estados tenderán a beneficiarse de las potenciales economías de escala, puesto que el costo marginal de lograr un acuerdo adicional será más bajo una vez puesto en marcha el régimen internacional.³¹

Según los autores neoliberales, los Estados, actores egoístas con intereses prefijados, deciden crear y mantener regímenes internacionales por su utilidad en la resolución de los problemas de fracaso del mercado político. La teoría del fracaso del mercado político ha sido utilizada por Keohane para abordar la cuestión de las funciones de los regímenes. Esta teoría achaca las dificultades que encuentran los actores para llegar a acuerdos cooperativos mutuamente beneficiosos a las imperfecciones institucionales, es decir, a las deficiencias del contexto institucional en el que se desarrolla la acción. La combinación de estos dos elementos, el valor potencial de los acuerdos y la dificultad para hacerlos realidad, otorga verdadera relevancia a los regímenes internacionales. Para cooperar en la política mundial más allá que de forma esporádica, los seres humanos tienen que crear instituciones. Los regímenes internacionales son útiles para los Estados en tanto en cuanto cumplen funciones correctoras de los defectos institucionales de la política mundial. La lógica de la teoría del fracaso del mercado permite centrar las reflexiones sobre dos defectos básicos: los costos de transacción y las imperfecciones en la información.³²

A través del establecimiento de principios, normas y reglas, los regímenes internacionales alteran los costos relativos de las transacciones, disminuyendo los de llegar a acuerdos legítimos y, simultáneamente, aumentando los de llegar a acuerdos ilegítimos. Los regímenes internacionales reducen los incentivos de violar sus principios. Afectan también a los costos de transacción en el sentido de que abaratan el que

³¹ R.O. Keohane, *Después de la hegemonía...* op. cit., pp. 108 y 121.

³² R.O. Keohane, “The Demand for International Regimes”, en *International Organization*, vol. 36, n° 2, 1982, especialmente los apartados 3 y 4, y *Después de la Hegemonía*, op. cit., pp.115-43.

los gobiernos se reúnan para negociar acuerdos. En tanto sus reglas y principios pueden aplicarse a una amplia variedad de puntos particulares, resultan eficientes: el establecimiento inicial de dichas reglas y principios torna innecesaria su renegociación cada vez que surge una cuestión específica. Así, los regímenes internacionales hacen posible que los gobiernos se beneficien de las potenciales economías de escala. Una vez que se ha establecido un régimen, sobre todo en las áreas de alta densidad temática, el costo marginal de cerrar un acuerdo sobre un tema adicional será más bajo de lo que resultaría si el régimen no existiera. En vista de los beneficios de las economías de escala no es sorprendente que acuerdos específicos tiendan a estar “insertados” (*nested*) dentro de acuerdos más generales. Por ejemplo, un acuerdo comercial sobre un producto concreto estará inserto en el GATT. El régimen comercial a su vez estará inserto dentro de un conjunto de acuerdos que incluirán las relaciones monetarias, la energía, la inversión exterior, etc. Estos regímenes de orden económico estarán, finalmente, relacionados con cuestiones militares y de seguridad. Éstas “estructuras de inserción” reducen los costos de transacción. La agrupación de temas dentro de un régimen facilita los pagos laterales entre dichos temas. Como dice Keohane hay más *quid potenciales disponibles para el quo*.³³ Sin dichas estructuras de inserción, los vínculos entre temas y los pagos laterales no serían posibles en la política internacional. Todo ello, por tanto, conduce a acuerdos más equilibrados entre los diferentes países, lo cual incrementa aún más las perspectivas de que la cooperación sea percibida como mutuamente ventajosa.

Desde el punto de la teoría del fracaso del mercado, las funciones de información de los regímenes internacionales son las más importantes de todas. Las carencias en la cantidad y calidad de información generan altos niveles de incertidumbre respecto al comportamiento futuro de socios potenciales. El principal problema reside en el riesgo de engaño y de conducta irresponsable —es decir, de desertión— por parte de dichos socios. Con anterioridad, se ha mencionado que el tipo de situaciones que contemplan los autores neoliberales son de motivación mixta. Esto quiere decir que los intereses de los partici-

³³ R.O. Keohane, *Después de la Hegemonía. Cooperación y Discordia en la Política Económica Mundial*, Buenos Aires, GEL, (1984), 1988, p. 122.

pantes pueden, tanto ser comunes como estar en conflicto. En este tipo de situaciones, las asimetrías de información se erigen en un obstáculo para la cooperación. Aquellos participantes en desventaja informativa pueden ver incrementado el riesgo de ser traicionados por socios potenciales que gozan de un superior conocimiento. En este sentido, los regímenes internacionales facilitan la cooperación mediante la reducción de la incertidumbre, factor clave que inhibe en muchas ocasiones su desarrollo. Este resultado es posible porque hacen menores “las asimetrías informativas, gracias a un proceso de mejora del nivel general de información disponible”.³⁴ La información requerida para eliminar incertidumbres no es tan sólo acerca de los recursos gubernamentales y las posiciones formales de los distintos participantes en una negociación. De manera adicional, la información tienen que ver con un conocimiento preciso de las posiciones futuras. En parte, se trata de estimar si los gobiernos cumplirán sus compromisos. Por ello, la reputación de un gobierno se convierte en un punto importante para persuadir a otros de que puedan pactar con él. Los regímenes internacionales ayudan a los gobiernos a evaluar sus respectivas reputaciones, al suministrar modelos de conducta con arreglo a los cuales la actividad de cada uno de ellos puede ser contrastada.³⁵ En este punto, Keohane llama la atención sobre la importancia de variables situadas en el nivel de las unidades. Me estoy refiriendo a los procesos de toma de decisiones. Gobiernos abiertos presentan ventajas en relación con países que cuenten con burocracias más cerradas. Aquellos gobiernos que no estén en condiciones de suministrar una información detallada y fiable sobre sus intenciones —porque sus procesos de toma de decisiones se hayan cerrados al mundo exterior— pueden no llegar a convencer a sus potenciales socios de la firmeza de su compromiso sobre posibles acuerdos.³⁶

Mediante las funciones reseñadas, los regímenes internacionales promueven la cooperación, ya que, utilizando la terminología de la teoría de los juegos, “alargan la sombra del futuro”. Al incrementarse

³⁴ *Ibidem.*, p. 126.

³⁵ *Ibidem.*, p. 125.

³⁶ *Ibidem.*, p. 126-127. Keohane señala que T. Schelling emplea un argumento similar al referirse a cuestiones armamentísticas. No cabe duda de la trascendencia que la transparencia en los procesos de toma de decisiones puede tener en acuerdos sobre cuestiones de seguridad. Naturalmente, Schelling se refiere a las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría. Ver: T. Schelling, *The Strategy of Conflict*, *op. cit.* p. 247.

las expectativas de futuro, se acrecienta la valoración de las mayores ganancias en el largo plazo en relación con las ventajas presentes en el corto plazo, con lo cual disminuyen los incentivos para defeccionar.³⁷ De todo lo dicho previamente, se deduce por qué los regímenes son tan apreciados por los Estados. Sin embargo, los propios inconvenientes que ellos contribuyen a corregir son obstáculos para su formación. Esto es, los costos de transacción y los problemas de información dificultan la concreción de los acuerdos que dan origen a los regímenes mismos. Debido a ello, es más fácil y menos costoso mantenerlos que crearlos, especialmente, cuando una vez creados comienzan a dar frutos demostrando su valor específico. Los Estados estarán dispuestos a preservarlos aun en el supuesto de haberse producido cambios en la estructura de poder que facilitó inicialmente su formación. En esencia, esta es la explicación que puede darse sobre la inercia de los regímenes heredados del tiempo de la hegemonía norteamericana. Asimismo, la confianza mutua entre los actores que participan en regímenes en un área temática puede facilitar la creación de nuevos regímenes en otras. En la medida en la que facilitan la vinculación de temas y pagos laterales, los regímenes favorecen la extensión de la cooperación a nuevas cuestiones no originalmente incluidas.³⁸ Esta es la forma en que los regímenes internacionales pueden generar incluso una intensificación de la cooperación, tras la desaparición de la estructura de poder hegemónica. Por tanto, para los autores neoliberales, es posible sostener que los regímenes tienden más bien a evolucionar, construyéndose unos sobre otros o extendiendo su ámbito temático, que meramente a desaparecer.

Antes de terminar esta exposición de los puntos más relevantes del neoliberalismo, debe decirse que autores de esta escuela, como Keohane, han tratado de justificar el por qué los Estados acomodan su comportamiento a lo establecido en los regímenes internacionales, incluso en circunstancias en que tal acomodación puede resultar particu-

³⁷ Con respecto a propuestas concretas de “alargar la sombra del futuro”, es decir, de establecer vínculos entre el presente y el futuro, consultar: K.A. Oye, “Explaining Cooperation under Anarchy”, *op. cit.*, pp. 16-18.

³⁸ Estas reflexiones tienen connotaciones marcadamente neofuncionalistas. En concreto, recuerdan los mecanismos de *spill over* que dicha teoría elaboró para explicar la integración en Europa occidental. Una breve síntesis de las tesis neofuncionalistas, que incluye una referencia a los mecanismos citados, puede encontrarse: E. B. Haas, *Beyond the Nation-State: Functionalism and International Organization*, Stanford University Press, 1964, pp. 47-50.

larmente desventajosa. Es posible que en ciertas ocasiones los propios regímenes contemplen algunos mecanismos para asegurar el cumplimiento de sus principios y reglas básicas, pero, como escribe Keohane, los regímenes internacionales son menos importantes como instrumentos que garantizan el cumplimiento de reglas que como instrumentos que favorecen acuerdos entre gobiernos. En cuanto que establecen referencias de comportamiento para los Estados y proveen medios para supervisar su desarrollo, los regímenes internacionales originan un sistema descentralizado para hacer cumplir las normas basado en el principio de reciprocidad.³⁹ El carácter descentralizado de este sistema quiere decir que las sanciones por la violación de normas deben ser implementadas por los propios participantes, posiblemente de manera coordinada. El propio régimen internacional, al facilitar información sobre la conducta de sus miembros, permite supervisar con más eficacia y detectar al infractor del código de conducta previsto en él. Así, el infractor se enfrenta al riesgo de ser sancionado por su conducta ilegal, a través de las represalias que tomen sus socios. Dado que un mismo régimen puede abarcar puntos diferentes, la violación de las reglas en uno de ellos puede comportar consecuencias negativas en el resto. Las repercusiones adversas, como consecuencia de las estructuras de inserción de regímenes, podrían extenderse a otras áreas temáticas en las que participarán los mismos socios. Debido a ello, los Estados, basándose en sus expectativas de ganancias a largo plazo, tenderán a respetar el contenido de los regímenes internacionales, a pesar de que cálculos egoístas, más a corto plazo, pudieran aconsejarles el incumplimiento de los mismos.

Es cierto que la toma de represalias, tanto individual como colectivamente, contra los infractores de un régimen internacional puede resultar costosa. Esto, sin duda, podría restar fuerza al temor a las represalias. No obstante, los Estados tienen importantes alicientes para respetar los acuerdos firmados. Conductas inconsecuentes con los compromisos adquiridos dañarían de manera significativa sus reputaciones. Como se mencionó al hablar de los problemas de incertidumbre la cuestión de reputación es para los Estados un elemento clave a la hora de

³⁹ R. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, *op. cit.*, pp. 295 y 303. En sentido similar, aunque utilizando prioritariamente una formulación de la teoría de los juegos, ver: R. Axelrod and R. O. Keohane, "Achieving Cooperation under Anarchy", *op. cit.*, pp. 109-111.

decidir con quien suscribir acuerdos. Una reputación sólida facilita la conclusión de acuerdos mutuamente ventajosos, mientras que el deterioro de dicha reputación transforma esta posibilidad en algo más difícil. Esto último, el deterioro de la reputación, resulta aún más grave en contextos de interdependencia estratégica. El hecho de que un Estado prevea la necesidad en el futuro acuerdos con los mismos socios con lo que hoy ha asumido compromisos, constituye un incentivo para que cumpla los acuerdos que ha suscrito, aun cuando esto pueda tener algún costo.⁴⁰ Así, el análisis costo-beneficio parece ser la razón última por la que los Estados deciden respetar los regímenes internacionales.

⁴⁰ R.O. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, *op. cit.*, p. 318. Para una argumentación más amplia sobre esta cuestión, puede verse esta misma obra, pp. 130-143.

2. El orden internacional del siglo XXI

2.1 Globalización

Ianni, Octavio, *Teorías de la globalización*, Ed. Siglo XXI/UNAM, México D.F., 1996, pp. 3-30.

Cid Capetillo, Ileana, “Más sobre el debate acerca de la globalización” en *Política y Cultura*, UAM Xochimilco, núm. 15, Primavera 2001, pp. 71-88.

Vilas, Carlos, “Seis ideas falsas sobre la globalización”, en John Saxe-Fernández (coord.) *Globalización: crítica a un paradigma*, México, UNAM-IIEC-DGAPA-Plaza y Janés, 1999, pp. 69-101.

2.2 Regionalismo e integración

Rosas, María Cristina, “Regionalismo vs globalización: ¿Es posible un multilateralismo por bloques?”, en *Relaciones Internacionales*, número 73, FCPYS UNAM, México D.F., enero-abril de 1997, pp. 43-54.

Rodríguez Suárez, Pedro Manuel, “Hacia la regionalización del mundo en el contexto del orden internacional del siglo XXI”, en *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, número 115, FCPYS UNAM, México D.F., enero-abril de 2013, pp. 129-145.

Björn, Hettne, “El Nuevo regionalismo”, en *Relaciones Internacionales*, número 73, FCPYS UNAM, México D.F., enero-abril de 1997, pp. 155-162.

Mariscal, Nicolás, *Teorías políticas de la integración europea*, Tecnos, España, 2003, pp. 14-41.

Uno de los procesos que más ha transformado la dinámica internacional desde mediados de los años ochenta, y con mayor énfasis durante los años noventa del siglo pasado, es el proceso de globalización. Si bien ha habido debate con respecto al surgimiento de este fenómeno, que algunos autores ubican desde 1492 por el descubrimiento de América y la interacción que se da entre las diferentes regiones del mundo, el proceso que nos interesa tiene sus primeras manifestaciones a finales de los años setenta y en la década de los años ochenta con

la creación de las computadoras, pero en los años noventa el internet, el flujo de información y la transferencia de capitales entre empresas así como el incremento de las telecomunicaciones y los avances tecnológicos revolucionaron la forma de hacer negocios y de comunicarse. Esta dinámica incluye hoy en día la portabilidad de información y comunicación a través de internet, con importantes repercusiones en la vida económica y social, incluyendo hoy en día a los ciudadanos y no sólo a las empresas. De tal manera que se han alterado los patrones de consumo e incluso la cultura de cada país. Si bien son muchos los que abogan por los beneficios de la globalización, también es cierto que las disparidades se han incrementado en determinadas regiones del mundo, además de lo que mencionamos antes, la modificación de patrones culturales y de consumo. De ahí que el debate sobre la globalización no sólo implique a la economía, sino que ha sido objeto de estudio en la política, la administración pública, la sociología, así como en la disciplina de Relaciones Internacionales. A raíz de la globalización se ha incrementado la participación de otros actores en la política internacional, la participación de las sociedades es cada vez más evidente.

A la par de este proceso, los años noventa se caracterizaron por el surgimiento de otro fenómeno, el regionalismo. El estancamiento de las negociaciones del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) favoreció la firma de acuerdos de libre comercio, como fue el caso del Tratado de Libre comercio de América del Norte, así como el fortalecimiento de otros esquemas regionales como la ANSEA, APEC, entre otros. En el caso de la integración europea se vivió un relanzamiento pero tras la caída del Muro de Berlín y la desintegración del bloque socialista, se imprimieron nuevas dinámicas al proceso de integración, que Björn Hettne identifica como un cambio en el modelo de regionalismo.

Si bien pareciera que el regionalismo y la integración son procesos similares, existen diferencias importantes entre las que se destacan que en el proceso de integración existe la cesión de competencias a instituciones supranacionales y la evolución hacia una integración política, pasando por un mercado común, una unión aduanera y una unión monetaria; aspectos que no necesariamente existen en un regionalismo. Consideramos importante hacer referencia a esta distinción en tanto que la Unión Europea ha consolidado instituciones supranacionales, en los

temas de comercio actúa y participa como un actor en el ámbito internacional, cuenta con una moneda única que es utilizada por 19 de los 28 países miembros, cuenta con un mercado común, un arancel común y un Servicio Europeo de Acción Exterior entre otros atributos, que hacen de éste un actor particular en el ámbito internacional. Sin embargo, lograr este avance ha sido producto del esfuerzo de más de cincuenta años, que no han podido ser explicados desde una sola perspectiva teórica, por lo que en este material se incluye un texto que resume las diversas vertientes que dan explicación a los diferentes momentos de la integración europea.

Más sobre el debate acerca de la globalización*

.....Ileana Cid Capetillo**

La comprensión de lo que ocurre hoy en el mundo plantea un reto al individuo particular, a la sociedad y, lo que nos incumbe directamente, a la disciplina de Relaciones Internacionales. En este texto se discute específicamente este último nivel, puesto que se constata que aún persiste un agitado debate respecto a la naturaleza, conceptualización y teorización sobre la realidad presente en estos albores del siglo xxi. Esa realidad es la globalización.

Introducción

En los últimos años del siglo pasado, o quizá en las dos más recientes décadas, tanto en la literatura como en los foros de discusión académica y en los discursos políticos dos temas se delinearon como dominantes: el del fin de la Guerra Fría y el de la constitución -o drástica manifestación- de la globalización. Finalmente ambos, por amalgamamiento histórico, se presentaron de tal manera que se llegaron a confundir en uno solo. Sin embargo, el primero, desde mi muy particular perspectiva, se subsume en el segundo, puesto que el desarrollo de los procesos que tendían a la formación de la política global se producen en el contexto del capitalismo desde que se delinean los rasgos

* Texto original: Cid, Ileana, “Más sobre el debate acerca de la globalización” en *Política y Cultura*, UAM, núm. 15, 2001.

** Profesora adscrita del Centro de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

principales de su crisis en la década de los setenta, la cual lo obliga a su readaptación, de suerte que el agotamiento del modelo del “socialismo real” se empata, a finales de la siguiente década, con esa situación, por lo que sus seguidores nacionales, al abandonarlo, se vieron arrastrados por el torrente de la economía de “libre mercado” que poco se parecía a la del siglo xix y que, por el contrario, tenía una connotación histórica muy particular en la globalización.

Una de la primeras cuestiones que saltan al abordar este tema en cualquiera de los tres foros antes enunciados, es la de la visión maniquea que divide a la sociedad entre aquéllos que no sólo la aceptan sino que la perciben como la oportunidad más atractiva y prometedora que se le pueda presentar al mundo en el momento actual (“globalifílicos”) y quienes, en el extremo opuesto, la visualizan como una acción voluntariamente ejecutada por el círculo más estrecho de los detentadores del poder con el objetivo de fortalecer las condiciones que le permitan afianzarla a expensas de las mayorías desprotegidas e inermes ante sus embates, por lo que esta política es el peligro más inmediato pudiendo ser desmantelada mediante una acción concertada (“globalifóbicos”).

La segunda cuestión que conviene revisar es la que plantea que la novedad, en cuanto a la presencia de la globalización, no es cierta, puesto que si la entendemos como un proceso éste se inicia por lo menos hace cinco siglos cuando la extensión de la sociedad europea por el resto del mundo provoca la diseminación del capitalismo por todo el planeta, entendido como el “globo”. En este sentido, el término en uso es totalmente incorrecto puesto que debe ser entendido como “mundialización”, la cual se ha desarrollado en un *continuum* desde que Enrique el Navegante promueve las expediciones portuguesas, a las cuales sucederán las de Cristóbal Colón, financiado por la Corona española, que llevan al conocimiento de América y de nuevas rutas para llegar a puntos distantes de Asia y África. La incorrección, se dice, deriva también del hecho de estar utilizando un término de uso común en un idioma ajeno al nuestro -el inglés- en el cual tiene sentido pero que al traducirse literalmente a nuestra lengua constituye un anglicismo “chocante”.

En una perspectiva más realista y, diríamos, objetiva, considero que frente a la primera cuestión no conviene ni interesa adoptar una postura de aceptación (idolátrica), ni tampoco de rechazo a ultranza. La globalización está presente y tiene condiciones objetivas que nos obli-

gan a estudiarla y entenderla incluso para definir y adoptar una línea de acción congruente y eficaz, y esto es válido tanto para quienes nos ubicamos en la academia como para quienes tienen una práctica política pública o privada, gubernamental o social.

Y, de cara a la segunda cuestión planteada, me parece que deberíamos precisar un conjunto de planteamientos analíticos que demuestren que en esas afirmaciones se incurre en equívocos que deben ser superados para permitir el avance en la discusión en la teoría de Relaciones Internacionales.

Por principio, coincido con Wolfgang Marschall cuando señala que la globalización es una etapa más del capitalismo,¹ esto es: desde que este modo de producción surge en Europa a finales del siglo xv, ha atravesado una serie de etapas que están contenidas en ciclos de largo, medio y corto plazo,² en los cuales se producen fenómenos, procesos y hechos históricos producto de la acción de los sujetos, actores o agentes que los conducen a través de estructuras, instituciones o instrumentos, los cuales están racionalizados de acuerdo con sus intereses y/o necesidades en un momento histórico determinado. La versatilidad con que se manifiestan, las máscaras con que se ocultan, la complejidad de interrelacionamiento de los sujetos, procesos y estructuras producto de la multiplicidad de combinaciones que pueden armar, tienden a nublar la visión para percibirlos en sus connotaciones más esenciales y, por lo tanto, a explicarlos.

Para facilitar el análisis, parto de la diferenciación de tres grandes etapas del desarrollo del capitalismo a fin de llegar a demostrar que la globalización sí existe y que tiene un conjunto de características que la diferencian de las etapas que le precedieron pero que la hicieron posible. La precisión de esas etapas radicará en nuestra

¹ Dice el autor: "La globalización [...] desde mi puntos (*sic.*) de vista no es otra cosa que la más reciente fase del capitalismo vuelto salvaje." Wolfgang Marschall. "Hacer la vida menos injusta. Una comparación de las formas de distribución de la riqueza", en Ileana Cid (comp.). *Diversidad cultural, economía y política*: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 2001

² Con respecto a la periodización de relaciones internacionales véase Rafael Calduch Cervera. "Capítulo 1. Concepto y método de las relaciones internacionales", en Rafael Calduch Cervera. *Relaciones Internacionales*: Ediciones Ciencias Sociales, 1991, pp. 19-41. Aunque es necesario señalar que aquí yo percibo el largo plazo con connotaciones definitivamente más amplias que las que Calduch señala y que, desde mi punto de vista, impiden visualizar procesos de alcance secular.

capacidad de distinguir entre mundialización, internacionalización y globalización, como momentos específicos en la evolución del capitalismo, y que lo que las distancia básicamente radica en la manera en que se produce el ciclo de acumulación y reproducción del capital. De ahí que rechazemos la idea de que la mundialización caracteriza a todo el larguísimo historial del capitalismo, de donde se pretende derivar la conclusión de que la globalización ni es nueva ni tiene que recibir esta denominación. En este sentido, nos apoyamos en la idea de Antonio Truyol y Serra, quien señala que de ninguna manera “debemos incurrir en el error metódico de confundir la parte con el todo, una fase evolutiva con la totalidad del fenómeno”,³ de tal suerte que las etapas previas a la conformación de la globalización pueden “parecerse” o contener algunos de sus elementos, pero están armadas o construidas sobre base, cualitativamente distintas, lo que nos obliga a reconocerlas como diferentes aunque inseparables pues, históricamente, una ha conducido a la otra.

La mundialización

La primera etapa de desarrollo del capitalismo corresponde a la de mundialización, la cual se distingue en que la forma básica de acumulación del capital radica en la riqueza que se obtiene de la propiedad y explotación de la tierra y del uso de los metales. Históricamente corresponde al proceso de expansión de la sociedad europea a raíz del descubrimiento, la conquista y la colonización de territorios extra-europeos, en los cuales se introducirán las formas de vida, trabajo, culturales y sociales propias de las metrópolis que detentan la capacidad de imponer su propia visión en la conducción de las relaciones entre las comunidades interactuantes y que están políticamente diferenciadas por la incipiente formación de los Estados-nación, aunque no como una forma generalizada de organización de las diversas sociedades que participan.

Debemos decir que lo que caracteriza a esta etapa es la función predominante de las *actividades de carácter primario* para la acumulación de la riqueza, de ahí que la división en clases sociales dominantes y dominadas se vea personificada entre el terrateniente, en el hacendado

³ Antonio Truyol y Serra, *Fundamentos de derecho internacional público*: Editorial F. Beix, Barcelona, 1955, pp. 113-115, citado en Ismael Moreno Pino. *La diplomacia: aspectos teóricos y prácticos de su ejercicio profesional*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1996, p. 62.

o aun en el landlord que sustenta su poder económico en la extensa propiedad de la tierra, y entre la explotación de un trabajador —campesino— demasiado arraigado al trabajo agrario lo cual, dicho sea de paso, aún proporciona a toda sociedad un altísimo componente rural.

El espacio en el que se realizan las actividades de intercambio y distribución es el del mercado mundial, al cual le corresponden una serie de superestructuras que empiezan a delinear el complejo aparato que todavía está en proceso primitivo de estructuración y que, a lo largo de todo lo avanzado en la larga historia del capitalismo, no va a “cuajar” en un gobierno mundial, puesto que la naturaleza de los componentes esenciales de este espacio ampliado deriva del carácter irrenunciable de la soberanía y del monopolio legal y legítimo de la violencia.

En los últimos cinco siglos, la humanidad ha estado inmersa en una etapa histórica a la que se conoce como modernidad. Este largo periodo se inicia en la segunda mitad del siglo xv y tiene como característica fundamental estar determinado por la influencia europea en todo el mundo. Los elementos que definen a esta etapa de la historia del hombre tienen, sin duda, una raíz europea.

Si queremos entender este periodo es necesario que ubiquemos tres elementos que no son producto de la casualidad sino que pertenecen a la Historia. El primero de ellos es que la huella del hombre europeo se extenderá por todo el planeta; el segundo se realiza cuando las fuerzas del capitalismo, en su etapa mercantilista, se empiezan a delinear, y el tercero es que esta expansión va acompañada de una concepción religiosa (la católica).

Como resultado tenemos que la faz de la Tierra tiene cambios numerosos y muy importantes. Para citar sólo algunos, podríamos mencionar que el efecto demográfico tiene connotaciones revolucionarias. El hombre europeo, antropológicamente hablando, se extiende por todo el mundo rompiendo con las barreras territoriales que las fronteras de su continente le habían impuesto, y no solamente va a poblar otras lejanas y distintas tierras sino que, además, va a modificar las características raciales de la mayor parte de los grupos humanos que encuentra —sea a través de un proceso de mestizaje, sea a través del exterminio, el desalojo o el enclaustramiento.

Por otra parte, cuando arriba a otras regiones, lo hace con toda una carga cultural, de lenguaje, pensamiento, organización, vestido, estilos y

formas de trabajo, de hábitos cotidianos que, por efecto de demostración o por imposición, arraigan en los nuevos territorios y en sus pobladores.

En los libros de texto es muy común que al estudiar el “encuentro de los dos mundos” se haga una amplia referencia a los productos que Europa introdujo en América y aquéllos que las culturas americanas aportaron a Europa y al mundo. Pero lo que no se señala es que estos segundos van a ser redefinidos, utilizados, consumidos e incluso producidos, desde la nueva lógica que poco a poco van imponiendo los incipientes capitalistas europeos, blancos y católicos.

Al iniciar el siglo xvi los mundos que hasta entonces habían permanecido cerrados, desconociendo la existencia de los demás, se vinculan y, por primera vez, en su sentido humano, de acción del hombre, el mundo se planetariza, alcanza toda la redondez de su existencia como globo terráqueo. Pero aparece también un fenómeno que impone características únicas a la organización mundial: los territorios recientemente descubiertos por los europeos son incorporados bajo el sistema colonial.

Esta primera etapa marca el proceso de mundialización, sus efectos se traducen en la existencia de un mercado mundial y, por lo tanto, del intercambio intercontinental de bienes y productos. Se define una división internacional del trabajo que es prácticamente dicotómica, los imperios europeos abastecen al resto del mundo de bienes manufacturados y las colonias aportan las materias primas para extender la producción y los metales que generan la riqueza monetaria.

Pero no debemos aquí soslayar la importancia que adquiere el derecho de gente, primero en la escuela española y después en la holandesa, que sientan las bases del derecho internacional que, como superestructura fundamental de carácter internacional, va a experimentar hasta nuestros días una evolución muy interesante tanto por cómo va ampliando y complejizando las áreas, procesos y fenómenos internacionales que regula (y la manera como lo hace) como por la naturaleza de los entes que va incluyendo como sujetos de su normatividad.

Los componentes estatales de esta incipiente sociedad internacional (que funciona más bien como un mercado mundial) son muy reducidos en número. Se destacan aquellos países europeos que habían logrado su unificación nacional muy tempranamente (Francia, España, Inglaterra), a los que se les suma Portugal (que ya tiene un imperio colonial configurado); el resto del continente está contenido en una

“unidad” de corte imperial cobijada por el Sacro Imperio. Pero de todas maneras, en las postrimerías de esta etapa, ya se percibe el cambio drástico que significa el paso de una polis a una cosmópolis; es decir, hay un cambio de conciencia de una ampliación de los espacios limitados de la ciudad, a la que están muy acostumbrados los europeos, a una “ciudad mundial”. La visión cosmopolita ya refleja la concepción de una política que se realiza a nivel del cosmos, de la Tierra.

La internacionalización

A partir de 1648, con la paz de Westfalia, se inicia el proceso de internacionalización que va a ser incentivado por la revolución industrial del siglo xvii, pero que sólo va a alcanzar su plena realización en el xix y principios del xx. Se señala 1648 como un parteaguas histórico, porque marca el nacimiento del Estado-nación como gran y primordial actor de las relaciones internacionales. El Tratado de Westfalia marca el surgimiento de un grupo de países centrales que van a dominar el mundo desde estas fechas hasta el inicio del siglo xix: Austria, Rusia, Prusia, Inglaterra, y las Provincias Unidas (Holanda y Bélgica). Lo interesante es que los países occidentales (Inglaterra, Francia y las Provincias Unidas) iniciaron un desarrollo propiamente capitalista con un especial aliento a la empresa privada lo que facilitó la emergencia de compañías comerciales y bancos; mientras que los del este (Prusia y Rusia) regresaron a las prácticas feudales.

Pero no hay que olvidar que entre esa fecha y la primera mitad del siglo xix ese fenómeno es exclusivamente europeo, y no es sino con las independencias de las colonias americanas cuando rebasa sus fronteras continentales y empieza su reproducción por todo el mundo. Para finalizar su plena internacionalización, en la segunda mitad del mismo siglo se produce una serie de transformaciones que darán cuenta de una novedosa forma de reproducción del capitalismo: la revolución del mercado mediante ya no sólo el intercambio de mercancías y de bienes, sino la inversión de capitales. Consiguientemente, se produce una rearticulación de la división internacional del trabajo. Todo ello se desarrolla en medio de conflictos y pugnas que preparan el escenario para la historia del siglo xx.

Lo que se subraya como elemento cualitativo que determina a esta etapa del desarrollo del capitalismo es que la reproducción de la

riqueza, del capital, se asienta básicamente en las actividades de carácter secundario; es decir, es la industrialización la que le imprime su novedosa naturaleza a la sociedad que sigue siendo capitalista pero que funciona de otra manera.

Digamos que en este periodo se produce una ampliación extensiva de la sociedad internacional, caracterizada por el incremento en el número de participantes de pleno derecho una vez que logran superar la barrera impuesta por su reconocimiento como estados, el cual les es otorgado por los miembros preexistentes. Como dijo Jacques Hutzinger, en este contexto histórico se constata una tendencia hacia la universalización del Estado-nación, la cual plasma con mayor fuerza que nunca antes la “fragmentación permanente de la humanidad en sociedades distintas y rivales, y el desarrollo continuo del sistema estatal”.⁴

Es decir que dos hechos distintivos de esta etapa son, por una parte, la multiplicación numérica de los participantes o actores de la sociedad internacional, extendidos por todo el mundo como producto, primero, de la incorporación de América, pero poco después por importantes regiones de Asia y África; y, por la otra, que la manera organizativa de los nuevos actores también es la del Estado-nación, y es precisamente esta institución la que es reconocida como el actor prioritario de las relaciones internacionales, hecho con el cual coinciden la mayor parte de los enfoques tradicionales de la disciplina que se encarga de estudiarlas.

Así, es interesante notar que en las que pueden ser consideradas como las principales conferencias internacionales que se producen entre los siglos xix y xx esas afirmaciones quedan empíricamente demostradas con los datos que consignamos a continuación:

- en el Congreso de Viena participan un total de 23 estados,⁵ la totalidad de los cuales son europeos, quizá por ello sólo tratan asuntos europeos;

⁴ Jacques Hutzinger. “L’Universalization de l’Etat-nation”, en Ileana Cid Capetillo (comp.). *Lecturas básicas para introducción al estudio de Relaciones Internacionales*: FCPYS, UNAM, México, 1999, p. 205 (traducción libre).

⁵ Si se cuenta a la Confederación Germánica como una, aunque sabemos que agrupaba a 38 estados confederados.

- a la Primera Conferencia para la Paz de La Haya, en 1899, concurrieron, 28 estados, entre los que sólo había dos americanos (Estados Unidos y México);
- en la Segunda Conferencia para la Paz, de 1907, se sumaron 44 estados, pero aquí ya encontramos 18 americanos y tres asiáticos (Japón, Persia y Siam);
- los miembros originarios de la Sociedad de Naciones, es decir aquéllos que firmaron el Tratado de Versalles, fueron 32, de los cuales 10 eran europeos, 13 americanos, cinco asiáticos, dos africanos y dos de Oceanía, claro que a éstos deben sumarse por lo menos otros 72 que se adhirieron después;
- en la Conferencia de San Francisco, de donde surgió la ONU, fueron 50 los países firmantes de la Carta constitutiva de esta organización internacional, la cual cuenta a la fecha con 189 miembros de todo el mundo, organizados bajo la figura del Estado-nación a pesar de que su forma de gobierno pueda ser muy variada.

Pero lo que me interesa enfatizar en este periodo es que el ámbito en que se realizan las relaciones internacionales ha rebasado con mucho la figura del mercado mundial para alcanzar la forma de sociedad internacional, la cual contiene a aquél como uno de sus elementos, importante por cierto, pero no único. Si la manera como se genera la reproducción del capital está asentada en la industrialización, es decir en el desarrollo de las actividades secundarias de la economía, entonces no debe extrañarnos que el sector de la burguesía que dirige y domina desde todos los reductos del poder es aquélla que se encuentra vinculada con las empresas monopólicas que se imponen y controlan la parte más dinámica y productiva del comercio internacional. Las innovaciones de carácter tecnológico ya alcanzan proporciones impresionantes y la capacidad de producción guiadas por los ideales de Henry Ford permiten una importante expansión del comercio y, por lo tanto, un aliciente para la economía. Ciertamente que ésta no está exenta de problemas que por periodos se agravan al extremo -como en la crisis de 1929 a 1933, que fue precedida por las de 1873 y 1900-1903-, pero su capacidad de readaptación nos permite constatar que el capitalismo todavía tiene grandes posibilidades de reproducción por la vía de la revolución

de las fuerzas productivas.⁶ Evidentemente las relaciones sociales no sólo no se modifican sino que se polarizan, y entonces el proletariado hace su aparición en movimientos que inciden en la historia a lo largo de los siglos xix y xx.

La nueva división internacional del trabajo, como lo constató en su momento la Teoría de la Dependencia y la del Imperialismo, abre aún más la brecha entre países ricos y países pobres. Aunque a veces se pierda la perspectiva en el análisis (a tal grado que no se percibe con claridad que la separación entre poseedores y desposeídos es más vertical que horizontal), la riqueza en los países del “Tercer Mundo”, “subdesarrollado” o “del Sur”, llega a tener condiciones que les permiten competir con sus similares de la otra parte del mundo.

Suponíamos entonces que las relaciones internacionales habían alcanzado sus múltiples determinaciones al incluir las de tipo político, económico y social en un espacio mundializado, pero lo que yo percibo es que en la etapa de la industrialización se agotan las posibilidades de extender el capitalismo por lo que se inicia un periodo de explotación intensiva, con lo cual se advierte -en sus manifestaciones más evidentes- el agotamiento de las estructuras que había hábilmente armado y la necesidad de sustituirlas por otras que sean más eficaces en las nuevas condiciones que se están dando.

Desde mi punto de vista, eso explica la agitación internacional que se produce como consecuencia del “fracaso” de las instituciones que se habían creado en la segunda mitad del siglo xx. Pero no es que hubieran fracasado, funcionaron muy eficientemente en las condiciones en las cuales surgieron, pero esas condiciones empezaron a cambiar cuando el capitalismo internacional entró en una fase de reproducción de la riqueza con base en las actividades de carácter terciario, es decir, los servicios que son el sustento de la globalización.

Sigue siendo el capitalismo que evoluciona del mercantilismo y de la industrialización y que aunque arriba a un estadio de su desarrollo que le impone nuevas condiciones, no deja de contener en su esencia las contradicciones que le son inherentes.

⁶ La participación de la industria bélica y de la espacial ha sido objeto de múltiples e interesantes estudios, y una reseña de su importancia, por más breve que fuera, rebasaría los objetivos de este texto.

La globalización

Los drásticos cambios, ya evidentes con toda su fuerza cuando el mundo está a punto de entrar en el tercer milenio, conmocionan a la sociedad y, de manera destacada a las ciencias sociales. El fuerte golpe que éstas reciben se explica por dos razones: 1) porque es en la sociedad (tanto en la nacional como en la internacional), que es el objeto de estudio de estas ciencias, donde se reciben las consecuencias del comportamiento de la naturaleza (cambio climático, desertificación, desastres naturales, en fin, todos los problemas del medio ambiente que hoy nos preocupan tanto), pero que no sólo son producto de la evolución misma, espontánea, de la naturaleza sino de la acumulación y continua manipulación que de ella ha hecho y hace el hombre (la sociedad); y 2) porque es en la misma sociedad en donde impactan los cambios de la ciencia y la tecnología que, nuevamente, ella realiza, aunque una vez producidos la asombren y, en ocasiones, hasta la horroricen (transformación genética -que, por otra parte, ha sido la obsesión de científicos y de literatos, por lo que extraña la admiración que genera ahora que se hace posible-, clonación, comunicación a distancia vía electrónica, con sus aspectos positivos en la información, la educación y la cultura, y con sus aspectos negativos).

Así, en la frontera del siglo xx y el xxi nos encontramos con que el mundo ha cambiado con respecto a toda su historia anterior, aunque lo que se percibe de manera más contundente es con respecto a la historia reciente de los últimos 55 años que estuvieron marcados por la Guerra Fría. Durante la década de los noventa la identificación de esta nueva sociedad se realiza a través de la denominación de “posguerra fría”, pero este nombre alude al periodo de corto plazo que recién se cerraba lo que da una visión de alcance limitado. Por ello al mismo tiempo que se empieza a recurrir a la figura de era “posindustrial” (la cual me parece más adecuada porque alude al cierre de un periodo del capitalismo en el cual la base de la economía se encuentra apostada en la producción industrial y la manera en que se trabaja, se produce y se intercambia) va a incidir profundamente en la organización de la sociedad, tanto en un sentido político como en uno social. Las crisis que acompañan a este fin de una era capitalista se producen con gran fuerza en el curso de la década de los setenta y se prolongan con diferentes connotaciones hasta el cierre del siglo xx y del tercer milenio: crisis del petróleo, monetaria, de hegemonías, de la deuda externa, de valores, etcétera.

La incertidumbre que generan los cambios, tanto por su naturaleza como por la velocidad con que se van sucediendo, conduce a cuestionamientos propios prácticamente de toda la actividad reflexiva del hombre y de la sociedad: en las ciencias como en las artes, en la cultura como en la ética. Y la discusión que se abre da cauce a dos corrientes (la posmodernidad y la globalización) que, aunque se abocan a problemáticas aparentemente distintas, en realidad están interconectadas y forman parte de la misma necesidad de encontrar respuestas a las interrogantes que, como hidra de mil cabezas, se multiplican cada vez que se corta (o se responde) a una.

En el debate sobre la confrontación entre modernidad (en proceso de superación) y posmodernidad (como pensamiento que tiende a sustituir a aquélla), la pregunta inicial es “¿Estamos en verdad más allá de la era moderna, realmente de una época (digamos) posindustrial?” Las respuestas se buscan desde los ámbitos más diversos: la arquitectura, la escultura, el discurso feminista, la sociología, las comunicaciones y muchos más.⁷ Pero aunque la discusión que se ha generado alrededor de este relevante tema en las ciencias sociales ha sido de gran riqueza e interés, no es nuestro objetivo detenernos en él sino precisamente en la otra corriente, es decir, la que se refiere a la globalización.

Como ya se señaló, en esta nueva etapa de desarrollo del capitalismo se reconoce que la característica más destacada que marca al mundo es la globalización.

Aunque aún hay mucha discusión respecto a la conceptualización, se puede decir que una de sus determinaciones esenciales es que la producción, comercialización y distribución de bienes y servicios se da de una manera más dinámica y estandarizada. Sobresale en este proceso la preeminencia que adquiere el tránsito de los servicios, los capitales y las personas en un sentido transnacional. Tenemos, así, que la economía encuentra en las actividades terciarias su motor, es decir, el sector que le imprime mayor dinamismo. Dentro de los servicios, los que se refieren a comunicaciones y financieros suelen ser ubicados en un nivel de importancia prioritario. De cualquier manera, lo que muchos autores resaltan como novedoso de esta etapa es el “achicamiento del mundo”,

⁷ Por citar sólo un ejemplo, véase Hal Foster, J. Habermas, J. Braudillard, et al. *La posmodernidad*. Traduc. Jordi Fibla: Kairós, México, 1988.

de ahí que, por ejemplo, Marshall McLuhan hable de una “aldea global”, pero lo que nosotros percibimos es, antes que nada, una nueva división del trabajo que, como veremos más adelante, se presenta aún más polarizada.

Uno de los efectos que, para fines del análisis de relaciones internacionales, interesa subrayar es que el tema que de entrada se somete a revisión es el referente al carácter y participación de los actores y/o sujetos internacionales, en los cuales el Estado es el primero en sujetarse a una feroz crítica. Las razones de ello son variadas pero principalmente se encuentran en el hecho de que en la etapa previa esta institución había tenido un protagonismo, un espacio de acción y un conjunto de capacidades de gran alcance pero, al arribar a la etapa de agotamiento de la industrialización y, por lo tanto, de la internacionalización, empieza a dar muestras de una preocupante incapacidad para adaptarse a los cambios y atender las demandas más apremiantes de la sociedad; además, contemporáneamente se incrementa el protagonismo de otros actores que, en la perspectiva de numerosos analistas, tienden a ganarle terreno al Estado, casi en una relación de suma cero. Entre estos actores, que incluso son visualizados como “nuevos”,⁸ se reconocen a las empresas transnacionales, a los organismos internacionales y, privilegiadamente, a las organizaciones no gubernamentales como a otros movimientos de carácter social, por ejemplo, los migratorios, nacionalistas, de minorías étnicas, sexuales, religiosos, etcétera.

Como ya se anotó, el debate de la globalización ha dividido a la sociedad, a los políticos y a los académicos en dos grupos extremos, hay quienes piensan que sus efectos son positivos (benignos) y quienes sostienen que son negativos (malignos), pero lo que identifica a ambos grupos es la creencia de que la globalización siempre es externa y que se le ha impuesto exógenamente al Estado.

Asimismo, se reconoce que este novedoso proceso provoca la tendencia a polarizar a la sociedad y a la economía; en un extremo se ubican los ganadores absolutos y en el otro los que sólo aportan pero no reciben ganancia alguna. La lógica que se impone es la del mercado y ahí es donde se definen las posiciones y oportunidades para acceder a las redes de comunicación o trabajo, a los estilos de vida y a la seguri-

⁸ Mi postura al respecto la planteo en “La discusión sobre los actores en el escenario internacional”, *Política y Cultura*, núm. 10, Departamento de Política y Cultura, UAM-X, México, verano de 1998, pp. 47-60.

dad de las identidades culturales: “Más que homogeneizar la condición humana, la anulación tecnológica de las distancias tempo/espaciales tienden a polarizarlas”.⁹ Y esto se percibe tanto en los ámbitos global como en los regionales y en el local. “La extendida noción de globalización alude simultáneamente a la homogeneidad de las fuerzas globalizantes y a la heterogeneidad de sus expresiones y efectos”.¹⁰

Ian Clark señala, respecto al tema de la presencia del Estado en la globalización, que “los estados, al mismo tiempo, actúan para, mitigar los efectos de la globalización y, aunque disparejamente, se reconstituyen a sí mismos para adecuarse al nuevo mundo que ellos han ayudado a crear, *La globalización es lo que los estados han hecho de ella, pero también tienen que pagar el precio*. Tal dinámica política, con su potencial de retiro y reversa, es altamente impredecible en sus manifestaciones futuras. Lo cual es válido para la visible volatilidad dentro de los estados individuales como dentro de grupos de estados, tales como los que son visualizados como los “perdedores” en el sur”.¹¹

El mismo autor continúa su análisis, muy en la línea de lo que han sido las preocupaciones centrales de las corrientes tradicionales de la disciplina (*mainstream*), y señala que si bien la globalización contiene un alto grado de heterogeneidad en su esencia social, esto sólo es posible en el contexto de la universalización de las relaciones de poder. Y reconoce asimismo que el problema se deriva de la ausencia de un control que se imponga sobre las tendencias desordenadas del mismo proceso. De hecho, su principal conclusión es que el Estado ha sido capaz de imponer cierto orden en las tendencias polarizantes de la globalización, pero que ésta, como las relaciones internacionales le preceden, es susceptible de ser guiada por la política. Este planteamiento nos conduce a reflexionar sobre un factor incidente que no habíamos señalado y que se refiere al hecho de que la globalización y el neoliberalismo son contemporáneos y que, en este esquema, el Estado asume una posición aparentemente marginal procurando que se la empresa y la lógica, que la guía, las que definan la naturaleza de la interrelación que se produce entre los participantes privilegiados de esta realidad globalizada.

⁹ (Bauman 1998:18) citado en Ian Clark. *Globalization and International Relations Theory*. Oxford University Press, Nueva York, 1999, p. 168 (traducción libre)

¹⁰ *Ibidem*, pp. 168 s.

¹¹ *Ibidem*, p. 169.

Cuando subrayamos que la marginación del Estado es aparente tenemos en mente que esta institución aún tiene muchas e importantes tareas que realizar, como indica Flores Olea y Mariña Flores:

Los estados nacionales continúan siendo responsables de la estabilidad de la moneda para asegurar una mínima fluidez de los ciclos de capital en el mercado interno. Para ello requieren vigilar y regular —en mayor o menor medida, según el grado de autonomía monetaria que conserven— los movimientos internacionales del capital por sus potenciales efectos desestabilizadores, a fin de tomar contramedidas que disminuyan la gravedad de los posibles quebrantos que puedan sufrir las economías nacionales. Además, los estados nacionales siguen encargados de garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo asalariada explotable por el capital, así como las condiciones en las que se lleva a cabo esa explotación; deben efectuarse inversiones sociales mínimas orientadas a mitigar los efectos más agudos de la pobreza, lo mismo que inversiones en infraestructura para apoyar las actividades del capital, la organización política estatal sigue siendo responsable del tratamiento y control de los movimientos sociales de distinta índole, y en general del mantenimiento de la estabilidad política adecuada para la valorización del capital en los distintos países.¹²

Por esas razones, entre otras, resulta muy dudoso que el Estado esté realmente entrando a una etapa de obsolescencia y que la globalización lo conduzca a un empequeñecimiento al reducirle los espacios de actuación y restarle las tareas que sólo él puede cumplir. De ahí que el planteamiento de los autores sea impecable: “Aun cuando en el proceso de globalización capitalista el Estado ha visto limitadas varias de sus atribuciones y facultades tradicionales, es previsible que prevalecerá como el ámbito central de las decisiones políticas y económicas y como pivote de la acumulación y de la mundialización capitalista impulsada por las decisiones y acciones de los estados concretos y de sus gobiernos”.¹³

La discusión se debe llevar, entonces, al nivel de los gobiernos que son, en última instancia, los que interpretan —aplican, mediante cauces diversos— y generan los instrumentos para cumplir con las

¹² Víctor Flores Olea y Abelardo Mariña Flores. *Crítica de la globalidad y liberación en nuestro tiempo*, FCE, México, 1999, p. 266.

¹³ *Ibidem*, p. 265.

tareas básicas del Estado: seguridad, administración de los recursos y bienestar de la población. Me parece que estamos frente a la vieja alternativa entre la “mano invisible” y la participación del Estado en la economía y, en este período, los gobiernos, deseosos de participar en la globalización, han optado mayoritariamente por la fórmula liberal. Por otra parte, el distanciamiento o la brecha que separa a los sectores de la sociedad que se benefician de aquellos que no reciben beneficio alguno es una característica inherente al capitalismo; sin embargo, se puede constatar con facilidad que conforme evoluciona y se complejiza este modo de producción, las distancias y la profundidad tienden a ampliarse. De ahí que el afianzamiento de la globalización, agravando las diferencias sociales, se produzca en un contexto de violencia social, nacional, que en los últimos tiempos ha adoptado las formas de luchas interétnicas, movimientos migratorios, desintegraciones nacionales, y más recientemente manifestaciones globalifóbicas que estallan en el lugar y en el momento de la realización de las principales conferencias y cumbres internacionales.

La globalización es producto de la revolución de las fuerzas productivas; es el desarrollo de la ciencia y de la técnica aplicada a la producción que la hace posible. Ese es un avance espectacular de la humanidad, las posibles que abre son infinitas y prometedoras. Donde el embudo se angosta es en la distribución de la riqueza,¹⁴ es decir en la capacidad de consumo y, por tanto, de acceso a los bienes que genera y a los beneficios que promete.

La conclusión a la que pretendo llegar es que el capitalismo evoluciona a partir de sus etapas primarias (el mercantilismo y la industrialización), que arriba a un estadio de su desarrollo que le impone nuevas contradicciones que le son inherentes desde su inicio. Por otra parte, para efectos de la teoría de Relaciones Internacionales es interesante anotar que, de acuerdo con Robert H. Jackson,¹⁵ hay una serie de condiciones que enmarcan obligatoriamente la comprensión de las relaciones internacionales en un contexto de globalización, entre las cuales, las más destacadas son las siguientes:

¹⁴ Este punto se vincula con los problemas de trabajo y salario que son precisamente los que no están siendo atendidos adecuadamente por la globalización.

¹⁵ Robert H. Jackson. “The Evolution of International Society”, en John Baylis y Steve Smith. *The Globalization of World Politics*, Oxford University Press, Londres, 1997, pp. 33-48.

1. Hay una notable ausencia de cultura común en la base de la sociedad internacional global, la cual a las más grandes civilizaciones y culturas. Eventualmente se podría pensar que los valores de libre mercado, derechos humanos, democracia liberal y la vigencia del derecho brindan ese sustento cultural, sin embargo, se debe recordar que un número considerable de estados que sustentan culturas no-occidentales rechazan esos valores y normas por considerarlos ajenos a su propia concepción.
2. Si el pacto global va a contar con apoyo en el futuro, éste dependerá de que sus normas y valores centrales atiendan a los intereses y preocupaciones de la vasta mayoría de los miembros de la sociedad internacional. Para tal fin se requerirá de que establezca una sana distancia con los valores y normas de una cultura particular, incluyendo la Occidental, para encontrar una justa correspondencia y equilibrio entre el conjunto de culturas que coexisten en el mundo.
3. Uno de los elementos que distinguen a la sociedad global es el de la diversidad que ha conducido a un pluralismo internacional basado en agrupaciones de estados, tales como la del Sudeste de Asia, la de Europa Occidental, la de América Latina, la de África, cada una de las cuales se ubica en una región geográfica y sus integrantes tienen afinidades culturales y una vida económica interconectada. Para adecuarse exitosamente a este pluralismo regional-cultural, el pacto global debe evitar encumbrarse con normas y valores extraños, provenientes de una cultural, especialmente la Occidental.
4. A partir de 1945 se ha fortalecido el respeto a las fronteras internacionales, pues se reconoce que la sociedad internacional está integrada por unidades soberanas basadas en la autodeterminación. Esto ha impedido que los estados poderosos se animen a realizar guerras de agresión tendientes al control de territorios de otros estados más débiles. Sin embargo, ello ha creado una barrera para la formación de nuevas jurisdicciones prohibiendo el reacomodo de ciertas jurisdicciones territoriales de la sociedad internacional en respuesta al cambio de las identidades socio-políticas y las subsecuentes demandas de autodeterminación nacional, como se pudo ver en los casos de Croacia y Bosnia-Herzegovina.
5. La doctrina de no intervención ha creado una inversión del tradicional dilema de seguridad en muchos estados, particularmente en los poscoloniales y en los poscomunistas. Hoy en ellos la amenaza a su

seguridad proviene sobre todo del interior: el patrón de estado de guerra prevaleciente es interno más que internacional.

6. La presente sociedad internacional global aunque está basada en la formal igualdad soberana del estado, de hecho tiene desigualdades sustanciales entre sus miembros, especialmente entre los ricos integrantes de la OCDE y los empobrecidos estados de Asia y África.
7. La sociedad internacional global puede estar evolucionando a una sociedad mundial, tanto organizacional como normativamente, la cual difiere en algunos aspectos importantes de las sociedades internacionales previas. Esta implica normas cosmopolitas, tales como derechos humanos; normas globales, el renacimiento de las minorías, un creciente protagonismo de las organizaciones no gubernamentales, entre otros.
8. Finalmente, esta tendencia de la sociedad internacional, en su evolución hacia una sociedad mundial, despierta importantes preguntas sobre la continuidad de la primacía de la soberanía estatal. Baste con señalar, a manera de conclusión, que ésta ha sido uno de los elementos característicos de la sociedad internacional en los últimos 350 años. Sin embargo, la soberanía estatal no es una institución dinámica y continúa evolucionando, como lo ha hecho en el pasado.

Me parece que, para cerrar estas reflexiones que pretenden contribuir al debate sobre la globalización, las precisiones de Jackson permiten esquematizar algunos de los problemas que hoy más preocupan a los estudiosos de las relaciones internacionales y, si bien ese autor no llega a ahondar en el aspecto esencial que da vida y razón a la globalización –la manera como hoy se reproduce el capital basado en el sector terciario-. Sí da cuenta de fenómenos que están vigentes en el contexto global del siglo xxi y que merecen una consideración especial.

Metáforas de la globalización*

..... Octavio Ianni**

El descubrimiento de que el mundo se volvió mundo, de que el globo ya no es sólo una figura astronómica, de que la Tierra es el territorio en el que todos nos encontramos relacionados y remolcados, diferenciados y antagónicos, ese descubrimiento sorprende, encanta y atemoriza. Se trata de una ruptura drástica en los modos de ser, sentir, actuar, pensar y fabular. Un evento heurístico de amplias proporciones, que estremece no sólo convicciones sino también visiones del mundo.

El mundo ya no es exclusivamente un conjunto de naciones, sociedades nacionales, estados-naciones, en sus relaciones de interdependencia, dependencia, colonialismo, imperialismo, bilateralismo, multilateralismo. Simultáneamente, el centro del mundo ya no es principalmente el individuo, tomado singular y colectivamente, como pueblo, clase, grupo, minoría, mayoría, opinión pública. Aunque la nación y el individuo sigan siendo muy reales, incuestionables y estén presentes todo el tiempo, en todo lugar, y pueblen la reflexión y la imaginación, ya no son “hegemónicos”. Han sido subsumidos formal o realmente por la sociedad global, por las configuraciones y los movimientos de la globalización. El mundo se ha mundializado, de tal manera que el globo ha dejado de ser una figura astronómica para adquirir más plenamente su significación histórica.

* Texto original: Ianni, Ianni, Octavio, *Teorías de la globalización*, Ed. Siglo XXI/UNAM, México D.F., 1996, pp. 3-30.

** Doctor por la Universidad de São Paulo, fue docente de la Universidad de São Paulo, Universidad Católica de São Paulo y la Universidad de Campinas. Dentro de sus obras destacan *La era de la globalización*, *Teorías de la globalización* y *Enigmas de la modernidad-mundo*.

De ahí nace la sorpresa, el encanto y el susto. De ahí la impresión de que se han roto modos de ser, sentir, actuar, pensar y fabular. Algo parecido a las drásticas rupturas epistemológicas representadas por el descubrimiento de que la Tierra ya no es el centro del universo según Copérnico, el hombre ya no es hijo de Dios según Darwin, el individuo es un laberinto poblado de inconsciente según Freud.¹ Está claro que el descubrimiento de la sociedad global que el pensamiento científico está realizando al declinar el siglo xx no presenta las mismas características de los descubrimientos mencionados, aun cuando son diversas y antiguas las instituciones e indicaciones más o menos notables de globalización. Desde que el capitalismo se desarrolló en Europa, siempre presentó connotaciones internacionales, multinacionales, transnacionales, mundiales, desarrolladas en el interior de la acumulación originaria, del mercantilismo, el colonialismo, el imperialismo, la dependencia, la interdependencia. Y esto es evidente en el pensamiento de Adam Smith, David Ricardo, Herbert Spencer, Karl Marx, Max Weber y muchos otros. Pero es innegable que el descubrimiento de que el globo terrestre ya no es sólo una figura astronómica, y sí lo es histórica, conmueve modos de ser, pensar y fabular.

En este clima, la reflexión y la imaginación no sólo caminan a la par sino que multiplican metáforas, imágenes, figuras, parábolas y alegorías destinadas a dar cuenta de lo que está sucediendo, de las realidades no codificadas, de las sorpresas inimaginadas. Las metáforas parecen florecer cuando los modos de ser, actuar, pensar y fabular más o menos sedimentados se sienten conmovidos. Está claro que hablar en metáfora puede implicar no sólo imágenes y figuras, signos y símbolos, sino también parábolas y alegorías. Son múltiples las posibilidades abiertas al imaginario científico, filosófico, y artístico, cuando se descubren los horizontes de la globalización del mundo, y éstos envuelven cosas, gentes e ideas, interrogaciones y respuestas, nostalgias y utopías.

La problemática de la globalización, en sus implicaciones empíricas y metodológicas, o históricas y teóricas, se puede plantear de modo innovador, propiamente heurístico, si aceptamos reflexionar sobre algunas metáforas producidas precisamente por la reflexión e

¹ Sigmund Freud, Obras completas, 3t., traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. III, cap. CI: "Una dificultad del psicoanálisis".

imaginación desafiada por la globalización. En la época de la globalización, el mundo comenzó a ser taquigrafiado como “aldea global”, “fábrica global”, “tierra patria”, “nave espacial”, “nueva Babel” y otras expresiones. Son metáforas razonablemente originales, que suscitan significados e implicaciones y llenan textos científicos, filosóficos y artísticos.

Llama la atención en esos textos la profusión de metáforas utilizadas para descubrir las transformaciones de este final de siglo: ‘primera revolución mundial’ (Alexander King), ‘tercera ola’ (Alvin Toffler), ‘sociedad informática’ (Adam Schaff), ‘sociedad amébica’ (Kenichi Ohmae) ‘aldea global’ (McLuhan). Se habla del pasaje de una economía de *high volume* a otra de *high value* (Robert Reich), y de la existencia de un universo habitado por ‘objetos móviles’ (Jacques Attali) que se desplazan incesantemente de un lugar a otro del planeta. ¿Por qué esta recurrencia al uso de las metáforas? Estas metáforas revelan una realidad emergente aún huidiza en el horizonte de las ciencias sociales.²

Hay metáforas, así como expresiones descriptivas e interpretativas fundamentadas, que circulan combinadamente por la bibliografía sobre la globalización: “economía mundo”, “sistema-mundo”, *shopping center global* “disneylandia global”, “nueva división internacional del trabajo”, “moneda global”, “ciudad global”, “capitalismo global”, “mundo sin fronteras”, “tecnocosmos”, “planeta Tierra”, “desterritorialización”, “miniaturización”, “hegemonía global”, “fin de la geografía”, “fin de la historia” y otras. En parte, cada una de estas y otras formulaciones abre problemas específicos también pertinentes. Todas ellas suscitan ángulos diversos de análisis, y priorizan aspectos sociales, económicos, políticos, geográficos, históricos, geopolíticos, demográficos, culturales, religiosos, lingüísticos y otros. Pero es posible reconocer que varios de estos aspectos son contemplados por metáforas como aldea global, fábrica global, ciudad global, nave espacial, nueva Babel y otras, que son emblemáticas y están formuladas precisamente en el clima mental abierto por la globalización. Dicen algo respecto a las distintas posibilidades de proseguir las con-

² Renato Ortiz, *Mundialização e cultura*, São Paulo, Editora Basiliense, 1944, p. 14.

quistas y los dilemas de la modernidad. Contemplan las controversias sobre la modernidad y la posmodernidad, y revelan que es sobre todo desde los horizontes de la modernidad como se pueden imaginar las posibilidades y los callejones sin salida de la posmodernidad en el nuevo mapa del mundo.

La “aldea global” sugiere que, finalmente, se formó la comunidad mundial, concretada en las realizaciones y las posibilidades de comunicación, información y fabulación abiertas por la electrónica. Sugiere que están en curso la armonización y la homogeneización progresivas. Se basa en la convicción de que la organización, el funcionamiento y el cambio de la vida social, en el sentido amplio, que comprende evidentemente la globalización, están ocasionados por la técnica y, en este caso, por la electrónica. En poco tiempo, las provincias, naciones y regiones, así como las culturas y civilizaciones, son permeadas y articuladas por los sistemas de información, comunicación y fabulación agilizados por la electrónica.

En la aldea global, además de las mercancías convencionales en formas antiguas y actuales, se empaquetan y se venden las informaciones. Se fabrican informaciones como mercancías. Son fabricadas y comercializadas en escala mundial. Las informaciones, los entretenimientos y las ideas son producidos, comercializados y consumidos como mercancías. “Hoy pasamos de la producción de artículos empaquetados al empaquetamiento de las informaciones. Antiguamente invadíamos los mercados extranjeros con mercancías. Hoy invadimos culturas enteras con paquetes de informaciones, entretenimientos e ideas. Ante la instantaneidad de los nuevos medios de imagen y sonido, hasta el periódico es lento.”³

La metáfora se vuelve más auténtica y viva cuando se reconoce que prácticamente prescinde de la palabra: vuelve a la imagen predominante como forma de comunicación, información y fabulación. La electrónica propicia no sólo la fabricación de imágenes, del mundo como un caleidoscopio de imágenes, sino que también permite jugar con las palabras en tanto imágenes. La máquina impresora es sustituida por el aparato de televisión y otras tecnologías electrónicas, tales como

³ Marshall McLuhan, “A imagen, o some a fúria”, en Bernard Rosenberg y David Manning White (compiladores), *Cultura de massa*, São Paulo, Cultrix, 1973, pp. 563-570; cita de las pp.564-565.

el ddd, el teléfono celular, el fax, la computadora, la red de computadoras; todas atraviesan fronteras; siempre *on line everywhere worldwide all time*.

En el próximo siglo, la Tierra tendrá su conciencia colectiva suspendida sobre la faz del planeta en una densa sinfonía electrónica, en la cual todas las naciones -sí aún existieran como entidades separadas- vivirán en una trama de sinestesia espontánea, y adquirirán penosamente la conciencia de los triunfos y de las mutilaciones de unos y otros. Después sé desculpabilizan de ese conocimiento. Como la era electrónica es total y abarcadora, la guerra atómica en la aldea global no puede sé limitada.⁴

En este sentido, la aldea global implica la idea de comunidad global, mundo sin fronteras, *shopping center global*, disneylandia universal. “En todos los lugares todo se parece cada vez más a todo y más, a medida que la estructura de preferencias del mundo es presionada hacia un punto común homogeneizado.”⁵

La “fábrica global” sugiere una transformación cuantitativa y cualitativa del capitalismo, más allá de todas las fronteras y subsumiendo formal o realmente todas las otras formas de organización social y técnica del trabajo, de la producción y la reproducción amplia del capital. Toda economía nacional, sea cual sea, se vuelve provincia de la economía global. El modo capitalista de producción entra en una época propiamente global, y no internacional o multinacional. Así, el mercado, las fuerzas productivas, la nueva división internacional del trabajo, la reproducción ampliada del capital, se desarrollan en escala mundial. Una globalización que progresiva y contradictoriamente subsume real o formalmente otras y diversas formas de organización de las fuerzas productivas, y abarca la producción material y espiritual.

Ya “es evidente que los países en desarrollo ahora están ofreciendo espacios para la manufactura lucrativa de productos industriales destinados al mercado mundial en escala creciente”.⁶ Esto se debe a

⁴ Marshall McLuhan y Bruce R. Powers. *The global village*. Nueva York, Oxford University Press, 1989, p. 95.

⁵ Theodore Levitt. *Aimaginação de marketing* São Paulo. Atlas, 1991, p. 43.

⁶ Folker Fropel, Jurgén Heinrichs y Otto Kreye, *The New International division of labour (Structural unemployment in industrialised countries and industrialisation in developing coun-*

varios factores, entre los cuales destacan los siguientes: “Primero, una reserva de mano de obra prácticamente inagotable se volvió disponible en los países en desarrollo en los últimos siglos... Segundo, la división y la subdivisión del proceso productivo están ahora tan avanzadas que la mayoría de estas operaciones fragmentadas pueden ser realizadas con un mínimo de cualificación profesional adquirida en poco tiempo... Tercero, el desarrollo de las técnicas de transporte y comunicaciones crea la posibilidad, en muchos casos, de producir mercancías completa o parcialmente en cualquier lugar del mundo; una posibilidad que ya no está influida por factores técnicos, de organización o de costos.”⁷

La fábrica global se instala más allá de cualquier frontera: articula capital, tecnología, fuerza de trabajo, división del trabajo social y otras fuerzas productivas. Acompañada por la publicidad, por los medios impresos y por la electrónica, la industria cultural, mezclada en periódicos, revistas, libros, programas de radio, emisiones de televisión, videoclips, fax, redes de computadoras y otros medios de comunicación, información y fabulación, disuelve fronteras, agiliza los mercados, generaliza el consumismo. Provoca la desterritorialización y la reterritorialización de las cosas, gentes e ideas. Promueve el redimensionamiento de espacios y tiempos.

Se ve de inmediato que la fábrica global es tanto metáfora como realidad. Poco a poco, su dimensión real se impone al emblema, a la poética. Lo que se impone, como fuerza avasalladora, es la realidad de la fábrica de la sociedad global, altamente determinada por las exigencias de la reproducción amplia del capital. En el ámbito de la globalización, a veces se revelan transparentes e inexorables los procesos de concentración y centralización del capital, y se articulan empresas y mercados, fuerzas productivas y centros decisorios, alianzas estratégicas y planificación de corporaciones; así se configuran provincias, naciones y continentes, islas y archipiélagos, mares y océanos.

La nave “espacial” sugiere el viaje y la travesía, el lugar y la duración, lo conocido y lo incógnito, lo destinado y lo descarriado, la aventura y la desventura. La magia de la nave espacial va junto con el destino desconocido. El deslumbramiento de la travesía trae consigo la

tries), Cambridge, Cambridge University Press, 1980, p. 13.

⁷ Consultar también, Joseph Grunwald y Kenneth Flamm, *The global factory*, Washington, The Brookings Institution. 1985.

atención de lo que puede ser imposible. Los habitantes de la nave pueden ser arrollados por una sucesión de perplejidades, y de ser capaces, entonces, de conocer su imposibilidad de descubrir o de transformarse. “Organizar una entidad que abarca el planeta no es una empresa insignificante... Proponer una asamblea que representara a todos los hombres, sería como fijar el número exacto de los arquetipos platónicos, enigma que ha ocupado durante siglos la perplejidad de los pensadores.”⁸

La metáfora de la nave espacial puede muy bien ser el emblema de cómo la modernidad se desarrolla en el siglo xx, preanunciando el xxi. Lleva consigo la dimensión pesimista introducida en la utopía nostalgia escondida en la modernidad. Por lo tanto, puede ser el producto más acabado de la razón iluminista. Después de sus desarrollos más notables, a través de los siglos xix y xx, la razón iluminista parece haber alcanzado su momento negativo extremo: se niega de modo radical, nihilista; nula toda y cualquier utopía-nostalgia. Y esto alcanza el paroxismo en la disolución del individuo como sujeto de la razón y de la historia.

La crisis de la razón se manifiesta en la crisis del individuo, por medio del cual se desarrolla. La ilusión alentada por la filosofía tradicional sobre el individuo y sobre la razón -la ilusión de su eternidad- se está disipando. El individuo otrora concebía la razón como un instrumento suyo, exclusivamente. Hoy, experimenta el reverso de esta deificación. La máquina expulsó al maquinista; está corriendo ciegamente por el espacio. En el momento de la consumación, la razón se volvió irracional y embrutecida. El tema de este tiempo es la auto preservación, aunque ya no exista un yo que deba ser preservado.⁹

Ésta es una connotación sorprendente de la modernidad en la época de la globalización: la decadencia del individuo. Él mismo, singular o colectivo, produce y reproduce las condiciones materiales y espirituales de su subordinación y eventual disolución. La misma fábrica

⁸ Jorge Luis Borges, *El libro de arena*, Madrid, Alianza Editorial, 1981. PP. 26-27; cita de “El Congreso.”

⁹ Max Horkheimer, *Eclipse da razão*, Río de Janeiro, Editorial Labor del Brasil, 1976, p. 139. Consultar también, Theodor W Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica de esclarecimiento (Fragmentos filosóficos)*, Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 1985.

de la sociedad global, en la que se inserta y a la que ayuda a crear y recrear continuamente, se vuelve el escenario al que desaparece.

La tecnificación de las relaciones sociales, en todos los niveles, se universaliza. En la misma proporción en que se da el desarrollo extensivo e intensivo del capitalismo en el mundo, se generaliza la racionalidad formal y real inherente al modo de operación del mercado, de la empresa, del aparato estatal, del capital, de la administración de las cosas, gentes e ideas, todo codificado en los principios del derecho. Ahí se unen el derecho y la contabilidad, la lógica formal y la calculabilidad, la racionalidad y la productividad, de tal manera que en todos los grupos sociales e instituciones, en todas las acciones y relaciones sociales, tienden a predominar los fines y los valores constituidos en el ámbito del mercado, de la sociedad vista como un vasto y complejo espacio de intercambios. Éste es el reino de la nacionalidad instrumental, en el que también el individuo se revela adjetivo, subalterno. “La razón universal supuestamente absoluta se rebajó a mera racionalidad funcional, al servicio del proceso de valorización del dinero, que no tiene sujeto, hasta la actual capitulación incondicional de las llamadas ‘ciencias del espíritu’. El universalismo abstracto de la razón occidental se reveló como mero reflejo de la abstracción real objetiva el dinero.”¹⁰

En la metáfora de la nave espacial se esconde la de la “torre de Babel”, La nave puede ser babélica. Un espacio caótico, tan babélico que los individuos, singular y colectivamente, tienen dificultad para comprender que están extraviados, en decadencia, amenazados o sujetos a la disolución.

“En el inicio, todo estaba en un orden razonable en la construcción de la torre de Babel; tal vez el orden fue hasta excesivo, se pensaba demasiado en señalizaciones, interpretes, alojamientos de trabajadores y vías de comunicación, como si por delante hubiera siglos de libres posibilidades de trabajo... Lo esencial de la empresa es la idea de construir una torre que llegue el cielo. Al lado de esto todo lo demás es secundario. Una vez captada en su grandeza esta idea ya no puede desaparecer; mientras existan hombres, también existirá el fuerte deseo de construir la torre hasta el fin... Cada nacionalidad quería tener el alojamiento más bonito; de esto resulta-

¹⁰ Robert Kurts, *O colapso da modernizacao*, Sao Paulo, paz e Terra, 1992, p. 239.

ron disputas que evolucionaron hasta luchas sangrientas. Estas luchas ya no cesaron... Sin embargo, las personas no ocupaban el tiempo en batallas; en los intervalos se embelesaban con la ciudad, lo que entretanto provocaba nueva envidia y nuevas luchas... A esto se agrego que ya la segunda o tercera generación reconoció el sin sentido de la construcción de la torre del cielo, pero ya estaban todos muy ligados entre sí para abandonar la ciudad.”¹¹

La Babel escondida en el emblema de la nave espacial puede revelar aún más claramente lo que hay de trágico en el modo en que se da la globalización. A estas alturas de la historia, paradójicamente, todo se entiende. Hay incluso una lengua común, universal, que permite un mínimo de comunicación entre todos. A pesar de las diversidades civilizatorias, culturales, religiosa, lingüísticas, históricas, filosóficas, científicas, artísticas u otras, el inglés ha sido adoptado como la vulgata de la globalización. En los cuatro rincones del mundo está el mercado y la mercancía, en la imprenta y la electrónica, en la práctica y el pensamiento, en la nostalgia y la utopía. Es el idioma del mercado universal, del intelectual cosmopolita, de la epistemología oculta en la computadora, del Prometeo electrónico. “El inglés ha sido promovido con éxito y ha sido ávidamente adoptado en el mercado lingüístico global. Un síntoma del impacto del inglés es el préstamo lingüístico. El inglés se impone a todas las lenguas con las que entra en contacto.”¹²

De repente, en esa nave espacial, una especie de Babel-teatro-mundi, se instala un *pathos* sorprendente y fascinante. Arrastra a unos y otros en una travesía sin fin, con destino incierto, que corre el riesgo de seguir por el infinito. Algo inexorable y atemorizador parece tener resultado del empeño del individuo, singular y colectivo, en emanciparse. La razón parece incapaz de redimir, después de tanta promesa. Más aún, el castigo se revela mayor que el pecado. La utopía de la emancipación individual y colectiva, nacional y mundial, parece que está siendo castigada con la globalización tecnocrática, instrumental, mercantil, consumista. La misma razón que realiza el desencantamiento del mundo, para así emanciparlo, enajena más o menos inexorablemente a todo el mundo.

¹¹ Franz Kafka, “O Brasão da Cidade.”, *Folha de S. Paulo*, 3 de enero de 1993, P. 5 del cuaderno “mais”.

¹² Robert Phillipson, *Linguistic imperialism*, Oxford University Press, 1992, p.7 Véase también, Claude Truchot, *L'Anglais dans le monde contemporain*, Paris, Le Robert, 1990.

Vistas así, como emblemas de la globalización, las metáforas se vuelven trazos fundamentales de las configuraciones y de los movimientos de la sociedad global. Son facetas de un objeto caleidoscópico, que delinean fisonomías y movimientos de lo real, emblemas de la sociedad global que desafían la reflexión y la imaginación.

La metáfora está siempre en el pensamiento científico. No es un artificio poético, sino una forma de sorprender lo imponderable, fugaz, recóndito o esencial, oculto en la opacidad de lo real. La metáfora combina reflexión e imaginación. Descubre lo real de forma poética, mágica. Aunque no lo revele todo, y esto puede ser imposible, siempre revela algo fundamental. Capta una connotación insospechada, un secreto, lo esencial, el aura. Tanto es así que ayuda a comprender y explicar al mismo tiempo que a captar lo que hay de dramático y épico en la realidad, desafiando la reflexión y la imaginación. En ciertos casos, la metáfora descubre el *pathos* oculto en los movimientos de la historia.

Tal vez se pueda decir que las metáforas producidas en los horizontes de la globalización entran en diálogo unas con otras, múltiples, plurales, polifónicas. Una desafía y enriquece a otra, que confiere nuevos significados a todas. También así la sociedad global adquiere fisonomía y significados. Desde una realidad compleja, problemática y caótica, se desencantan los sentidos, se revelan las transparencias.

De metáfora en metáfora se llega a la fantasía, que ayuda a volver a encantar al mundo, para producir la utopía. Además de lo que tiene de propio, intrínseco, significado y significante, la utopía reencanta lo real problemático, difícil, caótico. Pero la utopía no es ni transcripción inmediata ni negación inmediata de lo real problemático. Exorcisa lo caótico por la sublimación. Pero sublimación de lo que ya está sublimado en la cultura, imaginario, polifonía de las metáforas que pueblan las aflicciones y las ilusiones de unos y otros.

Éste es el horizonte en el que se forman y conforman las utopías que florecen en el ámbito de la sociedad global para comprenderla y exorcizarla. Pueden ser cibernéticas, sistémicas, electrónicas, pragmáticas, prosaicas o tecnocráticas. También pueden ser románticas, nostálgicas, desencantadas, nihilistas o iluministas.

Hace tiempo que la reflexión y la imaginación se sienten desafiadas a taquigrafiar lo que podría ser la globalización del mundo. Ésta es una búsqueda antigua, que continúa en el presente y que si-

que hacia el futuro. No termina nunca. Son muchas las expresiones que denotan esa búsqueda permanente, reiterada y obsesiva, en diferentes épocas, en distintos lugares, en diversos lenguajes: civilizados y bárbaros, nativos y extranjeros, Babel y humanidad, paganismo y cristianismo; pero es Occidente y Oriente, capitalismo y socialismo, occidentalización del mundo, primero, segundo, tercer y cuarto mundos, norte y sur, mundo sin fronteras capitalismo mundial, socialismo mundial, tierra patria, planeta Tierra, ecosistema planetario, fin de la geografía, fin de la historia.

Son emblemas de alegorías de todo el mundo. Señalan ideales, horizontes, posibilidades, ilusiones, utopías, nostalgias. Expresan inquietudes sobre el presente e ilusiones sobre el futuro, y hasta comprenden muchas veces al pasado. La utopía puede ser la imaginación del futuro, así como la nostalgia puede ser la imaginación del pasado. En todos los casos, está cuestionada la promesa ante el presente o el extrañamiento frente a la realidad.

En general, la utopía y la nostalgia florecen en las épocas en que se acentúan los ritmos de las transformaciones sociales, cuando se multiplican los desencuentros entre las más diversas esferas de la vida socio-cultural, así como de las condiciones económicas y sociales. Son épocas en que los desencuentros entre lo contemporáneo y lo no contemporáneo se acentúan, se profundizan. Éste es el contexto en el que la reflexión y la imaginación se ponen en juego en la construcción de utopías y nostalgias.

Pero unas y otras no se apagan de un momento a otro. Al contrario, permanecen en el imaginario de unos y otros. Se transforman en puntos de referencia, marcas en el mapa histórico y geográfico del mundo. Incluso pueden recrearse con nuevos elementos engendrados por las configuraciones y movimientos de la sociedad global.

Éste es el horizonte en el que las más diversas utopías y nostalgias se constituyen como una red de articulaciones que trazan la historia y la geografía, el mapa del mundo. Atlántida no es un lugar en la geografía en un momento de la historia; sino una alegoría de la imaginación. Se mantiene oculta en la red de utopías y nostalgias que pueblan el mundo. Cambió de nombre, adquirió otras connotaciones, se transfiguró. Pero sigue siendo un emblema excepcional del pensamiento y de la fabulación. Babel tampoco es un lugar en la geografía en

un momento de la historia. Fluctúa en el tiempo y el espacio, al azar de la imaginación de unos y otros, y provoca las inquietudes de muchos. Ante los desencuentros que atraviesan el tiempo y el espacio, cuando se acentúan las no contemporaneidades, cuando de repente todo se precipita: se estremecen marcos de referencia, se transforman las bases sociales e imaginarias de unos y otros, se disuelven visiones del mundo, en esa época hasta la alegoría babélica permite la ilusión de un mínimo de articulación.

Las economías-mundo

La historia moderna y contemporánea puede ser vista como una historia de sistemas coloniales, sistemas imperialistas, geoeconómicas y geopolíticas. Éste es el escenario de la formación y expansión de los mercados, de la industrialización, de la urbanización y de la occidentalización, que envuelven naciones y nacionalidades, culturas y civilizaciones. En cada época, algunas de las naciones más poderosas articulan colonias, protectorados o territorios de acuerdo con sus estrategias, geoeconómicas y geopolíticas. Las guerras y revoluciones pueblan ampliamente esa historia y revelan articulaciones y tensiones que surgen y desbordan el juego de las fuerzas sociales “internas” y “externas”, en las metrópolis, colonias, protectorados, territorios, emporios, enclaves y naciones dependientes.

La historia moderna y contemporánea está punteada de países, sociedades nacionales, estados-naciones más o menos desarrolladas, articulados, institucionalizados. A lo largo de la historia, después de la segunda guerra mundial, la mayoría de los pueblos de todos los continentes, islas y archipiélagos están afiliados a estados nacionales independientes. Ésta ha sido una constante en las ciencias sociales: la historia moderna y contemporánea ha sido vista como una historia de sociedades nacionales o estados-naciones. Muchos científicos sociales se han dedicado, y siguen dedicándose, a las relaciones internacionales, diplomáticas, colonialismos, imperialismos, descolonizaciones, dependencias e interdependencias. Pero en el pensamiento de la mayoría tiende a predominar el emblema del Estado-nación. Los problemas que les preocupan, a los que dedican investigaciones, interpretaciones y debates se relacionan principalmente con la formación, organización, ascensión, ruptura o decadencia del Estado-nación en sus diversos aspectos.

Sin embargo, lo que preocupa cada vez más a muchos investigadores del siglo xx, en particular después de la segunda guerra mundial, es el conocimiento de las realidades internacionales emergentes, o realidades propiamente mundiales. Sin dejar de seguir contemplando la sociedad nacional, en sus más diversas configuraciones, muchos se empeñan en descubrir las relaciones, los procesos y las estructuras que trascienden al Estado-nación; desde los subalternos hasta los dominantes. Se empeñan en descubrir los nexos políticos, económicos, geoeconómicos, geopolíticos, culturales, religiosos, lingüísticos, étnicos, raciales y otros que articulan y tensionan las sociedades nacionales, en los ámbitos internacional, regional, multinacional, transnacional o mundial.

La idea de “economías-mundo” surge en ese horizonte, ante los desafíos de las actividades, producidas y transacciones que ocurren, tanto entre las naciones como por encima de ellas, y más allá de ellas, pero siempre involucrándolas en configuraciones más abarcadas. Cuando el investigador combina la mirada del historiador y la del geógrafo, se revelan configuraciones y movimientos de la realidad social que trascienden el feudo, la provincia y la nación, así como trascienden la isla, el archipiélago y el continente, atravesando mares y océanos.

El concepto de *economía-mundo* está presente en los estudios de Braudel y de Wallerstein, precisamente investigadores que combinan muy bien la mirada del historiador y del geógrafo. Es verdad que Wallerstein prefiere la noción de “sistema-mundo”, en tanto que Braudel la de “economía-mundo”, pero ambos trazan la geografía y la historia con base en la primacía de lo económico, en la idea de que la historia se constituye en un conjunto, o sucesión, de sistemas económicos mundiales. Mundiales en el sentido de que trascienden la localidad y la provincia, el feudo y la ciudad, la nación y la nacionalidad, creando y recreando fronteras, así como fragmentándolas o disolviéndolas. Ellos leen las configuraciones de la historia y la geografía como una sucesión, un conjunto, de economías-mundo. Describen atenta y minuciosamente los hechos, las actividades, los intercambios, los mercados, las producciones, las innovaciones, las tecnificaciones, las diversidades, las desigualdades, las tensiones y los conflictos. Entienden de inmediato la ascensión y la decadencia de economías-mundo. Muestran cómo Venecia, Holanda, Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Uni-

dos, Japón y otros países o ciudades, cada uno en su tiempo y lugar, polarizan configuraciones y movimientos mundiales. Permiten releer el mercantilismo, el colonialismo, el imperialismo, el bloque económico, la geoeconomía y la geopolítica en términos de economías-mundo. Reescriben la historia del capitalismo, como en el caso de Wallerstein, o la historia universal, como en el de Braudel, de acuerdo con la idea de economía-mundo.

Vale la pena precisar un poco los conceptos en las palabras de sus autores. De inmediato se evidencian las originalidades de cada uno, así como las consecuencias recíprocas.

Veamos inicialmente el concepto de “economía-mundo” de acuerdo con Braudel. “Por *economía mundial* se entiende la economía del mundo globalmente considerado, ‘el mercado de todo el universo’, como ya decía Sismondi. Por *economía-mundo*, término que forjé a partir del alemán *Weltwirtschaft*, entendiendo la economía de una porción de nuestro planeta solamente, desde que forma un todo económico. Hace ya mucho tiempo escribí que el Mediterráneo en el siglo xvi era, por sí solo, una...economía-mundo, o como también se podría decir en alemán... ‘un mundo en sí y para sí. Una economía-mundo puede definirse como triple realidad: ocupa un determinado espacio geográfico; por lo tanto tiene límites que la explican y que varían, aunque con bastante lentitud. De vez en cuando, con largos intervalos, también hay, inevitablemente, rupturas. Fue lo que sucedió después de los descubrimientos de finales del siglo xv. Y fue lo que sucedió en 1689, cuando Rusia, por merced de Pedro el Grande, se abrió a la economía europea. Imaginemos una franca, total y definitiva apertura de las economías de China y de la URSS hoy [1985]: se daría también una ruptura de los límites del espacio occidental tal como actualmente existe. Una *economía-mundo* se somete a un *polo*, a un centro, representado por una ciudad dominante, otrora un Estado-ciudad, hoy una gran capital, una gran capital económica, entiéndase (en Estados Unidos, por ejemplo, Nueve York y no Washington). Además, pueden existir, y hasta de forma prolongada, dos centros en una misma economía-mundo: Roma y Alejandría, en tiempos de Augusto y de Antonio y Cleopatra, Venecia y Génova, en tiempos de la guerra por la posesión de la Chioggia (1378-1381), Londres y Ámsterdam, en el siglo xviii, antes de la eliminación definitiva de Holanda. Uno de los centros acaba siempre por ser elimi-

nado. En 1929, el centro del mundo pasó de este modo, vacilante pero inequívocamente, de Londres a Nueva York. Todas las economías-mundo se dividen en zonas sucesivas. Está el corazón, es decir, la zona que se extiende en torno al centro: las Provincias Unidas, no todas, sin embargo, cuando en el siglo xvii Ámsterdam domina el mundo; Inglaterra (no toda), cuando Londres, a partir de 1780, suplantó definitivamente a Ámsterdam. Después vienen las zonas intermedias, en torno al eje central y, finalmente, surgen los márgenes vastísimos que, en la división del trabajo que caracteriza a una economía-mundo, más que participantes son subordinados y dependientes. En estas zonas periféricas, la vida de los hombres hace recordar frecuentemente al Purgatorio o al Infierno. Y esto se explica simplemente por su situación geográfica.”¹³

Cabe ahora reflexionar sobre el concepto de “sistema-mundo” a partir de las expresiones de Wallerstein. “Un sistema mundial es un sistema social, un sistema que posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación y coherencia. Su vida resulta de las fuerzas conflictivas que lo mantienen unido por tensión y lo desagregan en la medida en que cada uno de los grupos busca eternamente remodelarlo en su beneficio. Tiene las características de un organismo, en cuanto a que tiene un tiempo de vida durante el cual sus características cambian en algunos de sus aspectos y permanecen estables en otros. Se pueden definir sus estructuras como fuertes o débiles en momentos diferentes en términos de la lógica interna de su funcionamiento [...] Hasta el momento sólo han existido dos variedades de tales sistemas mundiales: imperios-mundo, en los que existe un único sistema político sobre la mayor parte del área, por más atenuado que pueda estar su control efectivo, y aquellos sistemas en los que tal sistema político único no existe sobre toda o virtualmente toda su extensión. Por conveniencia, y a falta de un término mejor, utilizamos el término ‘economía-mundo’ para definir a estos últimos. [...] La peculiaridad del sistema mundial moderno es que una economía-mundo haya sobrevivido durante quinientos años

¹³ Fernand Braudel, *A dinámica do capitalism, 2ª. Ed.*, Lisboa, Editorial Teorema, 1986 pp.85-87. La primera edición del original en francés es de 1985 ed. esp: *La dinámica del capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. Consulte también, Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo de la época de Felipe II*, 2 vols; México, Fondo de Cultura Económica, 1976. La primera edición del original en francés es de 1966, Fernan Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglo 15-18*, 3 vols; Madrid, Alianza, 1984.

y que aún no haya llegado a transformarse en un imperio-mundo, peculiaridad que es el secreto de su fortaleza. Esta peculiaridad es el aspecto político de la forma de organización económica llamada capitalismo. El capitalismo ha sido capaz de florecer precisamente porque la economía-mundo contiene dentro de sus límites, no uno, sino múltiples sistemas políticos.”¹⁴

Está claro que el pensamiento de Braudel y Wallerstein se diferencia en varios aspectos, tanto en lo que se refiere al universo empírico, como en lo relativo al enfoque teórico. Braudel propone una especie de teoría general geohistórica que contemple las más diversas configuraciones de economías-mundo. Y está influido por el funcionalismo original de Durkheim, desarrollado por Simiand y otros, y combina historia, sociología, geografía, antropología y otras disciplinas. Mientras que Wallerstein se inclina hacia el capitalismo moderno, apoyándose en recursos metodológicos muchas veces semejantes a los del estructuralismo marxista.

Los análisis de Braudel son principalmente historiográficos y geográficos. Contemplan los acontecimientos macro y micro, locales, provinciales, nacionales, regionales e internacionales, y tienen en cuenta las dinámicas y diversidades de espacios y tiempos. La noción “larga duración” es muy expresiva de las preocupaciones y descubrimientos de Braudel. La larga duración es algo que se aprehende en las temporalidades y cartografías articuladas en las tendencias seculares. “La historia tradicional, atenta el tiempo breve, al individuo, al evento, nos acostumbró hace mucho tiempo a su narrativa precipitada, dramática, de corto aliento. La nueva historia económica y social pone en el primer plano de su investigación la oscilación cíclica y se establece sobre su duración: se cautiva con el espejismo y también con la realidad de las subidas y bajadas cíclicas de los precios. Hoy hay así, al lado del relato (o del ‘recitativo’ tradicional), un recitativo de la coyuntura que pone en cuestión al pasado por largas tajadas: diez, veinte o cincuenta años.

¹⁴ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema nacional (I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo xvi)*, traducción al español de Antonio Resines, México, Siglo xxi, 1979, pp. 489-491. Consulte también, Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial (II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1600-1750)*, México, Siglo xxi, 1984; Immanuel Wallerstein, *The modern world system (III. The second era of great expansion of the capitalist world-economy, 1730-1840s)*, Nueva York, Academic Press, 1989.

Más allá de este segundo recitativo se sitúa una historia de respiración más contenida aún y, esta vez, de amplitud secular: la historia de larga y hasta larguísima duración. [...] Más allá de los ciclos e inter ciclos, está lo que los economistas llaman, sin siempre estudiarla, la tendencia secular. Pero ésta interesa apenas a unos cuantos economistas y sus consideraciones sobre las crisis estructurales, no habiendo sufrido la prueba de las verificaciones históricas, se presentan como esbozos o hipótesis, apenas aterradas en el pasado reciente, hasta 1929, o cuando mucho hasta el año de 1870. Entre tanto, ofrecen una útil introducción a la historia de larga duración. Son una primera clave. La segunda, mucho más útil, es la palabra estructura. Buena o mala, domina los problemas de la larga duración. Por estructura, los observadores de lo social entienden una organización, una coherencia, relaciones bastante fijas entre realidades y masas sociales. Para nosotros, historiadores, una estructura es sin duda articulación, arquitectura, pero más aún, una realidad que el tiempo utiliza mal y vehicula muy largamente. Ciertas estructuras, por vivir mucho tiempo, se vuelven elementos estables de una infinidad de generalizaciones: estorban la historia, la incomodan y por lo tanto, ordenan su hundimiento. Otras están más dispuestas a destruirse. Pero todas son al mismo tiempo sustentáculos y obstáculos. Obstáculos, como límites (envolventes, en el sentido matemático) de los cuales el hombre y sus experiencias no pueden liberarse. Piénsese en la dificultad de quebrar ciertos cuadros geográficos, ciertas realidades biológicas, ciertos límites de la productividad, hasta incluso algunas coerciones espirituales: los cuadros mentales también son prisiones de larga duración.”¹⁵

Wallerstein se centra prioritariamente en la anatomía y dinámica de las realidades económicas y políticas del capitalismo moderno, al que denomina capitalismo histórico. Son realidades vistas en los ámbitos nacional e internacional, que comprenden colonialismos, imperialismos, dependencias, interdependencias, hegemonías, tensiones y conflictos. Es el contexto de las guerras y revoluciones; destacan en especial los movimientos anti sistémicos. Veamos, pues, la dinámica de la economía-mundo, según la presentaba Wallerstein en 1983. “El capitalismo histórico ha operado dentro de una economía-mundo, pero no dentro de un Esta-

¹⁵ Fernand Braudel, *Escritos sobre la historia*. Sao Paulo. Perspectiva, 1978, pp.44 y 49 –50; citas del ensayo “historia e ciencias sociales; a longa Duracao”, pp. 41-78 ed. Esp; *Escritos sobre historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

do-mundo. Muy al contrario. Como hemos visto, las presiones estructurales han actuado en contra de la construcción de un Estado-mundo. Dentro de este sistema, hemos subrayado el papel crucial de los múltiples estados, a la vez que las estructura políticas más poderosas y sin embargo delimitado poder. De aquí que la reestructuración de determinados estados representara para los trabajadores la vía más prometedora para mejorar su posición y al mismo tiempo una vía de valor limitado. Debemos comenzar por examinar lo que podríamos entender por un movimiento anti sistémico. La palabra movimiento implica algún impulso colectivo de naturaleza algo más que momentánea. De hecho, en todos los sistemas históricos conocidos se han producido, por supuesto, protestas o levantamientos de algún modo espontáneos de los trabajadores. Han servido como válvulas de seguridad para la ira contenida; o en ocasiones, de un modo algo más eficaz, como mecanismos que han puesto límites secundarios a procesos de explotación. Pero en términos generales, la rebelión como técnica solo ha funcionado en los márgenes de la autoridad central, en especial cuando las burocracias centrales estaban en fase de desintegración. [...] A medida que las dos variedades de movimientos anti sistémicos se propagaban (los movimientos obreros socialistas desde unos pocos estados fuertes a todos los demás, y los movimientos nacionalistas desde unas pocas zonas periféricas a todas las demás), la distinción entre los dos tipos de movimientos se hacía cada vez mas borrosa. Los movimientos obreros socialistas descubrieron que los temas nacionales eran centrales para sus esfuerzos de movilización y su ejercicio del poder estatal. [...] Uno de los puntos fuertes de los movimientos anti sistémicos es que han llegado al poder en un gran número de estados. Esto ha cambiando la política vigente en el sistema mundial. Pero este punto fuerte ha sido también su punto débil, dado que los llamados regímenes posrevolucionarios continúan funcionando como parte de la división social del trabajo del capitalismo histórico. Por lo tanto, han actuado, queriendo o sin querer, bajo las implacables presiones de la tendencia a la acumulación incesante del capital”¹⁶

Para Wallerstein, la “economía-mundo” está organizada con base en lo que él mismo denomina “capitalismo histórico”; lo que

¹⁶ Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, México, Siglo xxi, 1989, pp. 56-57,63. La primera en ingles data 1983.

Marx había denominado simplemente “capitalismo” o “modo capitalista de producción” y Weber denominara “capitalismo moderno”. Su originalidad está en reconocer que el capitalismo se expandió continuamente por las más diversas y distantes partes del mundo, lo cual desafía al pensamiento científico en el siglo xx, particularmente en las ciencias sociales. Aunque no siempre contemple las interpretaciones que habían sido desarrolladas por Marx y Weber, en lo que es acompañado por Braudel, ofrece sugerencias importantes para el análisis de las características del capitalismo como economía-mundo. “En la historia moderna, las fronteras reales dominantes de la economía-mundo capitalista se expandieron intensamente desde sus orígenes en el siglo xvi, de tal manera que hoy cubren toda la Tierra... Una economía-mundo está constituida por una red de procesos productivos intervinclados, que podemos denominar ‘cadenas de mercancías’, de tal forma, que para cualquier proceso de producción en la cadena, hay cierto número de vínculos hacia adelante y hacia atrás, de los cuales dependen el proceso en cuestión y las personas en él involucradas [...]. En esta cadena de mercancías, articulada por lazos que se cruzan, la producción está basada en el principio de maximización de la acumulación del capital.”¹⁷

Es obvio que la economía-mundo capitalista está permeada de economías-mundo menores o regionales, organizadas en moldes coloniales, imperialistas, geoeconómicos o geopolíticos. A lo largo de la historia de la economía-mundo capitalista, hubo y sigue habiendo la ascensión y caída de grandes potencias, como centros dominantes de economías-mundo regionales. Desde el siglo xvi, se suceden economías-mundo de mayor o menor envergadura y duración, centradas en torno a Portugal, España, Holanda, Francia, Alemania, Rusia (en algunos decenios del siglo xx también la Unión Soviética), Inglaterra, Japón, Estados Unidos. Además, en los últimos decenios del siglo xx ya se pre-anuncian otros arreglos de economías-mundo regionales, en el ámbito de la economía-mundo capitalista de alcance global. En esta época ya se esbozan economías-mundo regionales polarizadas por las siguientes organizaciones o naciones: Unión Europea, con alguna influencia en el

¹⁷ Immanuel Wallerstein, *The polices of the world – economy (The states, the movements and the civilizations)*, Cambridge University Press, 1988, pp. 2 – 3; cita del capítulo 1: World networks and the politics of the world economy”.

este europeo y amplia ascendencia sobre África; Estados Unidos, con amplia influencia en todas las Américas, de Canadá a Chile y naturalmente el Caribe; Japón, con amplia influencia en los países asiáticos del Pacífico, comprendiendo también Indonesia y Australia; y Rusia, la Comunidad de Estados Independientes (CEI), aunque muy movilizados en la transición de economías nacionales con planeamiento económico centralizado hacia economías nacionales de mercado abierto. Es probable que China se vuelva el centro de otra economía-mundo regional, no solo en contrapunto con Japón y Rusia, sino también interfiriendo en el juego de los intereses de otras economías-mundo regionales ya presentes en Asia, como la norteamericana y la europea. Naturalmente, esas economías-mundo regional se encuentran en diferentes estadios de organización y dinamización; incluso interpenetrándose a veces ampliamente. Japón tiene inversiones en las otras regiones, así como Europa y Estados Unidos. En los últimos decenios del siglo xx, los contornos de las economías-mundo regionales están más o menos esbozados, pero no parecen consolidados. Esta impresión resulta aun más acentuada debido al hecho de que desde el fin de la guerra fría, cuando se desagrega la economía-mundo socialista, el mundo como un todo dejó de estar rígidamente polarizado entre el bloque soviético o comunista, por un lado, y bloque norteamericano o capitalista, por otro.

Todo este escenario, un poco real y un poco imaginario, es obviamente también un escenario de confluencias y tensiones, acomodaciones y contradicciones. Son procesos que ya se esbozan en algunos rincones de ese nuevo y sorprendente mapa del mundo en formación desde el final de la guerra fría; un mapa del mundo en el que se están diseñando varias economías-mundo regionales en el ámbito de una economía-mundo capitalista global.

Pero la economía-mundo capitalista, ya sea de alcance regional, ya sea de alcance global, sigue articulándose con base en el Estado-nación. Aunque reconozca la importancia de las corporaciones transnacionales, Wallerstein reafirma la importancia del Estado-nación soberano, aunque esa soberanía esté limitada por la interdependencia de los estados nacionales y por la preeminencia de un Estado más fuerte sobre otros. Cabe reconocer, dice él, que “la superestructura de la economía-mundo capitalista es un sistema de estados interdependientes, sistema en el cual las estructuras políticas denominadas ‘estados sobera-

nos' son legitimadas y delimitadas. Lejos de significar total autonomía decisoria, el término 'soberanía' implica en la realidad una autonomía formal, combinada con las limitaciones reales de esta autonomía, lo cual es puesto en práctica simultáneamente por las reglas explícitas e implícitas del sistema de estados interdependientes y el poder de otros estados del sistema. Ningún estado en el sistema, ni siquiera el más poderoso en un momento dado, es totalmente autónomo, pero obviamente algunos disfrutan de mayor autonomía que otros.¹⁸

Sin embargo, cabe reconocer que la soberanía del Estado-nación no es simplemente limitada, sino que está socavada en su base. Cuando se lleva a las últimas consecuencias "el principio de maximización de la acumulación del capital", esto se traduce en desarrollo intensivo y extensivo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción en escala mundial. Se desarrollan relaciones, procesos y estructuras de dominación política y apropiación económica en el ámbito global, atravesando territorios y fronteras, naciones y nacionalidades. Tanto es así que las organizaciones multilaterales pasan a ejercer las funciones de estructuras mundiales de poder, al lado de las estructuras mundiales de poder constituidas por las corporaciones transnacionales. Está claro que ni el principio de la soberanía ni el de Estado-nación se extinguen, sino que están radicalmente socavados en sus prerrogativas, tanto que se limitan drásticamente o simplemente se anulan las posibilidades de proyectos de capitalismo nacional y socialismo nacional. El capitalismo, en tanto modo de producción y procesos civilizatorio, crea y recrea el Estado-nación, así como el principio de soberanía que define su esencia. Aunque esta entidad, es decir, el Estado-nación soberano, permanezca, o incluso se recree, está cambiando de forma en el ámbito de las configuraciones y movimientos de la sociedad global. Además, no es casualidad que se multipliquen los estudios y los debates acerca de Estado-nación, en cuanto proceso histórico e invención, una realidad persistente y problemática; y que se encuentre en crisis a finales del siglo xx, cuando se da la globalización del capitalismo.¹⁹

¹⁸ Immanuel Wallerstein, *The politics of the world-economy*, cit p. 14; cita del capítulo 2: "*Patterns and perspectives of the capitalist world-economy*" Consulte también, Immanuel Wallerstein, *The capitalist world economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, especialmente parte 1: "*The inequalities of core and periphery*"

¹⁹ Joseph A. Camilleri y Jim Falk, *The end of sovereignty? (The politics of a shrinking and*

Wallerstein utiliza con más frecuencia el concepto de “sistema-mundo”, en general implícito también en las expresiones “sistema-mundial”, “economía-mundo”, “capitalismo histórico” y otras. Algunos de sus seguidores, o incluso críticos, se refieren al “paradigma” de Wallerstein como una construcción basada en el concepto de sistema-mundo. A veces Wallerstein utiliza también el concepto de “economía-mundo” en términos semejantes a los de Braudel. Hay incluso momentos de sus reflexiones en los que ambos conceptos resultan intercambiables. Están fundamentalmente apoyados en los análisis de relaciones, procesos y estructuras económicos. Más de una vez recuerdan a las reflexiones de Braudel. Esto no significa que tanto uno como otro autor dejen de contemplar aspectos sociales, políticos y culturales. Al contrario, esos aspectos de las “economías-mundo” o “sistemas-mundo”, en palabras de Wallerstein, son con frecuencia tomados en cuenta. Sin embargo, en sus líneas generales las reflexiones de Wallerstein y Braudel priorizan los aspectos económicos, en los ámbitos geográfico e histórico.

Cabe agregar, en lo que se refiere a la noción de “sistema” o “sistema mundial”, que ya que está incorporada a la teoría sistémica de las relaciones internacionales y de la sociedad mundial. La “teoría sistémica” del mundo, o la visión sistémica de las relaciones internacionales, del transnacionalismo o de la mundialización, corresponde a un abordaje funcionalista de base cibernética, en el que sobresalen actores individuales, colectivos o institucionales, que toman opciones y decisiones racionales en relación con fines, objetivos o valores definidos en términos pragmáticos, relacionados con la definición de posiciones, conquista de ventajas o afirmaciones de hegemonías. Se trata de un enfoque prioritariamente sincrónico, el cual abarca el escenario internacional o mundial en términos de agentes concebidos como actores en un todo sistémico. Se trata de una conceptualización distinta de la presente en nociones de “sistema-mundo” o “economía-mundo” con las que trabaja Wallerstein. Por ello pueden ser convenientes priorizar el concepto de “economía-mundo” cuando se trata de focalizar las contribuciones de Wallerstein. Incluso puede ser conveniente destacar las convergencias entre Wallerstein y Braudel, distinguiéndolas del abor-

fragmenting world), Aldershot, Inglaterra, Edwar Elgar Publishing, 1992; Bernardo Kliksberg, *¿Cómo transformar al Estado? Más allá de mitos y dogmas*, México. Fondo de Cultura Económica, 1993.

daje sistémico, en el que están presentes y son fundamentales conceptos originarios de la cibernética.²⁰

Además, las contribuciones de Wallerstein y Braudel confieren importancia especial a la economía política de la mundialización. Distinguen de modo particularmente atento las peculiaridades y complejidades de las tecnologías, formas de organización de la producción, intercambios entre organizaciones económicas nacionales e internacionales, polaridades y multipolaridades, ciclos, épocas y tendencias seculares de las economías-mundo. La articulación principalmente económica del concepto de economía-mundo está presente incluso en buena parte de los comentaristas, seguidores y críticos de Wallerstein y Braudel. “Las economías nacionales se están volviendo cada vez más interdependientes, y los correlativos procesos de producción, intercambio y circulación adquirirán alcance global. Muchas industrias de trabajo tipo intensivo han sido reubicadas en regiones con estructuras de costos de trabajo relativamente bajas. Aunque las nuevas tecnologías destaquen la disponibilidad de fuerza de trabajo altamente cualificada, favorecen los desarrollos recientes de capacidad productiva en países industrialmente avanzados. Esta reestructuración de las actividades económicas se beneficia de dos factores que actúan conjuntamente: el rápido cambio tecnológico y la creciente integración financiera internacional. La consiguiente división internacional del trabajo puede beneficiarse de las variaciones regionales de la infraestructura tecnológica, condiciones de mercado, relaciones industriales y clima político para realizar la producción global integrada y las estrategias de *marketing*. La corporación transnacional es el agente significativo más conspicuo, pero no el único en este proceso. Como Immanuel Wallerstein y otros observaron, de lo que somos testigos es de otro estadio en el desarrollo de un “sistema-mundo”, cuya característica principal es el propósito transnacional del capital. [...] Para Wallerstein, la “economía-mundo” es ahora universal, en el sentido de que todos los estados nacionales están, en diferentes grados, integrados en su estructura central. [...] Una

²⁰ Klaus Knorr y Sidney Verba (compiladores), *The international system (Theoretical essays)*, Princeton, Princeton University Press, 1961; Robert O. Keohane y Joseph S. Nye, *Power and interdependence*; 2ª. Ed; Nueva York, Harper Collins Publishers, 1989; George Modelski, *Long cycles in world politics, Seattle y Londres*, University of Washington Press, 1987; Karl Deutsch, *Análise das relações internacionais*, Brasília, Universidade de Brasília, 1982.

característica importante del sistema unificado de Wallerstein es el patrón de estratificación global, que divide la economía mundial en áreas centrales (beneficiarias de la acumulación del capital) y áreas periféricas (en constante desventaja por el proceso de intercambio desigual). El sistema de estados nacionales, que institucionaliza y legitima la división centro-periferia, también concreta, por medio de una intrincada red de relaciones legales, diplomáticas y militares, la distribución del poder en el centro.”²¹ Para algunos, entre los cuales destacan Wallerstein, “la hegemonía implica una situación en la que los productos de determinado Estado nacional son producidos tan eficientemente que se vuelven ampliamente competitivos incluso en otros estados centrales, lo que significa que este determinado Estado nacional será el principal beneficiario del cada vez más libre mercado mundial.”²²

Nótese sin embargo que el concepto de “economía-mundo”, o economía mundial, sistema mundial, sistema económico mundial y capitalismo histórico, según lo inspiran las investigaciones y las interpretaciones de Wallerstein y Braudel, está siempre relacionado con el emblema Estado-nación. Aunque sea evidente el empeño en develar las realidades geográficas, históricas y económicas de la mundialización, el Estado-nación aparece todo el tiempo como agente, realidad, parámetro o ilusión. Estos autores están siempre comprometidos con la idea de sociedad nacional, o Estado-nación, como emblema de la realidad y del pensamiento, o de la geografía, de la historia y de la teoría. Está claro que reconocen que la sociedad nacional no es capaz de contener las fuerzas de la economía, política, geografía, geoeconomía, geopolítica, historia, demografía, cultura, mercado, negocios, etc. Reconocen que las fronteras son continua o periódicamente rotas, rehechas, rebasadas o disueltas. Saben que la nación es un hecho histórico y geográfico, un proceso que se crea y recrea continuamente. Pero priorizan el punto de vista nacional, el emblema Estado-nación, como universo empírico y teórico.

Tanto es así que Braudel y Wallerstein, como muchos de sus comentaristas, seguidores y críticos, confieren especial atención a las condiciones no sólo económicas sino también sociales, políticas, demográficas, geográficas, culturales y otras, en el ámbito local y nacional. Distinguen y

²¹ Joseph A. Camilleri y Jim Falk, *op. Cit.*, pp. 77-78.

²² *Ibid.*, p. 89.

valorizan las diversidades y las jerarquías de las formas sociales de organización del trabajo y de la producción. Reconocen las dimensiones sociales, políticas y culturales, además de las económicas, en la producción y reproducción de las condiciones de vida en la ciudad y en el campo, incluyendo la cultura material y espiritual, la realidad y lo imaginario.

En el límite, Braudel está fascinado por lugar que Francia puede ocupar en el mundo. En todo su largo viaje por la geografía y la historia mundiales, busca el lugar y el destino de Francia. Pasa por los desafíos representados por las ciudades y nociones dominantes, centrales, metropolitanas o polos de economías-mundo: Venecia, Ámsterdam, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y otras. Reconoce el momento y la importancia de cada una, como centro de economía-mundo. Pero sigue buscando el lugar y el destino de Francia en ese viaje sin fin. “Lo digo de una vez por todas: amo a Francia con la misma pasión, exigente y complicada, de Jules Michelet.”²³

En el límite, Wallerstein está empeñado en aclarar el secreto de la primacía de los Estados Unidos de América del Norte en el mundo capitalista, conforme ésta se manifiesta a lo largo del siglo xx, particularmente desde la segunda guerra mundial. Rebusca pretéritos, antecedentes o raíces del sistemas imperialistas. Quiere aclarar el vaivén de las grandes potencias, como metrópolis de sistemas o economías-mundo. Se inclina sobre el tejido económico, político, demográfico, militar, tecnológico, cultural e ideológico que fundamenta la primacía de este o aquel sistema economía-mundo. “Parece que Dios bendijo a los Estados Unidos tres veces: en el presente, en el pasado y en el futuro. Digo que así parece porque los caminos de Dios son misteriosos, y no pretendo estar seguro de entenderlos. Las bendiciones de la que hablo son éstas: en el presente, prosperidad; en el pasado, libertad; en el futuro, igualdad... El problema es que esas bendiciones tienen su precio... Y no siempre es obvio que aquellos que reciben las bendiciones sean los que pagan su precio. [...] Estados Unidos siempre se creyó excepcional, pero la excepcionalidad Norteamérica no es excepcional. No somos el único país en la historia moderna cuyos pensadores han procurado probar que su país es históricamente único, diferente de la masa de otros

²³ Fernan Braudel, *L'identité de la France*, 3 vols; París, Arthand-Flammarion, 1986, vol. 1, p. 9.

países en el mundo. Yo encontré franceses excepcionalistas así como rusos. Hay hindúes, japoneses, italianos y portugueses, judíos y griegos, ingleses y húngaros excepcionalistas. El excepcionalismo chino y el egipcio son una verdadera marca del carácter nacional. Y el excepcionalismo polaco compite con cualquier otro. El excepcionalismo es el tuétano de los huesos de prácticamente todas las civilizaciones que nuestro mundo ha producido.”²⁴

Aunque formuladas en lenguajes diversos de los adoptados por Braudel y Wallerstein, incluso porque utilizan más ampliamente nociones provenientes del marxismo, Samir Amin y André Gunder Frank también puede situarse en la misma corriente. Examinan las características de las economías-mundo, abarcando sistemas geopolíticos, imperialismos, dependencias, trueques desiguales, luchas por la liberación nacional, revoluciones socialistas. Las contribuciones de estos autores son fundamentales para el mapeo de las nuevas características de la economía y la política mundiales. Reconocen que las transnacionales se desarrollan más allá de las fronteras geográficas y políticas, independientemente de los regímenes políticos y de las culturas nacionales. Reconocen que crean nuevos desafíos a los gobiernos, grupos sociales, clases sociales, colectividades, pueblos, naciones y nacionalidades, impregnando sus movimientos sociales, partidos políticos, corrientes de opinión pública y medios de comunicación. Incluso reconocen que las nuevas características del capitalismo mundial, como economías-mundo o sistemas-mundo, suscitan problemas teóricos nuevos, aún no ecuacionados, que cuestionan conceptos e interpretaciones. Dejan transparentar que las nociones de soberanía nacional, proyecto nacional, imperialismo y dependencia, entre otras, no dan cuenta de lo que sucede en el mundo.

Pero tanto Samir Amin como André Gunder Frank siguen interpretando las configuraciones y los movimientos de la sociedad global a partir de la perspectiva del Estado-nación. Su pensamiento sigue inspirándose en la tesis de que, en el límite, pueden realizarse proyectos nacionales, movimientos de liberación nacional o anti sistémicos, de modo que se logre la emancipación popular.²⁵

²⁴ Immanuel Wallerstein, “America and the world: Today, yesterday and tomorrow”, *Theory and society*, núm. 21, 1992, pp. 1 y 27. También, Immanuel Wallerstein, “The USA in today's world”, *Contemporary Marxism*, núm. 4, San Francisco, 1982.

²⁵ Samir Amin, Giovanni Arrighi, André Gunder Frank, Immanuel Wallerstein, *Legrand tumult*

No se trata de negar los hechos que expresan las realidades locales, nacionales, regionales o multinacionales, y que abarcan continentes, islas y archipiélagos. El siglo xx puede ser visto como un inmenso mural de luchas populares, guerras entre naciones, revoluciones nacionales y revoluciones sociales. Y todo esto sigue vigente y fundamental a finales del siglo xx, en el umbral del siglo xxi. El dilema consiste en constatar si está o no habiendo una ruptura histórica de grandes proporciones en el ámbito global, al señalar la decadencia de Estado-nación y la emergencia de nuevos y poderosos centros mundiales de poder, soberanía y hegemonía. En esta hipótesis, el Estado-nación sigue vigente, pero con significados diversos de los que tuvo por largo tiempo en el pensamiento liberal y en el pensamiento de algunas corrientes marxistas, sin olvidar socialdemócratas, neoliberales, fascistas y nazis.

Sucede que la economía-mundo, o sistema-mundo, en toda su complejidad no sólo económica, sino también social, política y cultural, siempre trasciende todo lo que es local, nacional y regional. Repercute por todos lados cerca y lejos. Los colonialismos e imperialismos español, portugués, holandés, belga, francés, alemán, ruso, japonés, inglés y norteamericano siempre constituyeron y destruyeron fronteras, soberanías y hegemonías, incluyendo tribus, clanes, naciones y nacionalidades. Son muchos los que reconocen que los estados nacionales asiáticos, africanos y latinoamericanos fueron diseñados, en casi su totalidad, por los colonialismos e imperialismos europeos según el modelo geohistórico y teórico, o ideológico, configurado en el Estado-nación que se formó y predominó en Europa.²⁶

El emblema Estado-nación siempre tuvo las características simultáneas y contradictorias de realidad geohistórica y ficción. En la

te? (*Les mouvements sociaux dans l'économie-monde*), París, La Decouverte, 1992; Samir, *La desconexión* (*Poursortir du systememondial*), París, La Decouverte, 1986 _ed. Esp: *La desconexión*, Madrid, Iepala, 1988 _; Samir Amin, *L'empire du chaos*, París, L'Harmattan, 1991; Andre Gunder Frank, *Crisis: In the world economy*, Londres, Heinemann Educacionl Books, 1980; André Gunder Frank, *Critique and anti-critique (Essays on dependence and reformism)*, Londres; The MacMillan Press, 1984.

²⁶ Hugh Seton-Watson, *Nations states*, Londres, Methuen, 1977; Dawa Norbu, *culture and the politics of Third World nationalism*, Londres, Routledge, 1992; Eric R. Wolf, *Europe and the people with out history*, Berkeley, University of California Press, 1982; Peter Worsley, *The Third World*, Chicago, *The University of Chicago Press*, 1964; Roland Oliver, *A experiencia africana*, Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 1994.

época de la globalización, probablemente más que nunca, se vuelve más ficción. Está atravesando por relaciones, procesos y estructuras altamente determinadas por la dinámica de mercados, de la desterritorialización de las cosas, gentes e ideas, cuando la reproducción ampliada del capital se globaliza debido al desarrollo extensivo e intensivo del capitalismo, al englobar fuerzas productivas como el capital, la tecnología, la fuerza de trabajo y la división social del trabajo, siempre abarcando las instituciones, los patrones socioculturales y los ideales relativos a racionalización, productividad, lucratividad y cantidad.

En varios aspectos, las interpretaciones de Braudel y Wallerstein contribuyen decisivamente al conocimiento de las configuraciones y los movimientos de la sociedad global en formación de finales del siglo xx. Es cierto que sus escritos, así como los de sus seguidores, con frecuencia priorizan los sistemas coloniales y los sistemas imperialistas, distinguiendo las grandes potencias en sus relaciones con las colonias y los países dependientes. Describen el contrapunto centro y periferia, o desarrollo y subdesarrollo. Focalizan la constitución, los desarrollos y las crisis de los centros hegemónicos, al mostrar cómo esos procesos afectan no sólo a las metrópolis sino al conjunto de los pueblos colonizados y dependientes. Señalan el juego de las relaciones que asocian, tensionan y ponen en conflicto metrópolis emergentes y dominantes, envolviendo a sus colonias y dependencias. Hacen más o menos nítidas las líneas maestras de la emergencia, transformación y crisis de los sistemas polarizados por los países metropolitanos, tales como Portugal, España, Holanda, Francia, Alemania, Bélgica, Italia, Rusia, Japón, Inglaterra y Estados Unidos. Algunas de las líneas maestras de historia de los grandes descubrimientos marítimos, continuadas por el mercantilismo, colonialismo, imperialismo, transnacionalismo y globalismo se revelan más o menos clara, articuladas y dinámicas. En este sentido las interpretaciones de Braudel y Wallerstein, junto con las de sus seguidores, contribuyen decisivamente al conocimiento de las configuraciones y movimientos de la sociedad global.

Con Wallerstein y Braudel estamos en el ámbito de la geohistoria. Las realidades locales, principales, nacionales, regionales y mundiales son vistas como simultáneamente como espaciales y temporales. Abarcan relaciones, procesos y estructuras sociales, económicos, políticos, y culturales, pero siempre centrados en su dinámica geohistórica.

ca. Los movimientos de poblaciones, mercancías, técnicas productivas, instituciones, patrones socio culturales e ideas, así como los contrapuntos ciudad y campo, agricultura e industria, metrópoli y colonia, centro y periferia, este y oeste, norte y sur, occidente y oriente, local y global, pasado y presente; esos y otros contrapuntos siempre son descritos e interpretados en términos geohistóricos.

En el ámbito de la geohistoria es donde se insertan los hechos de la geoeconomía, de la geopolítica, del ciclo económico de larga duración, de los movimientos seculares. Son hechos que se desdoblan unos en otros, se concretan en realidades locales, provinciales, nacionales, regionales y mundiales, abarcan continentes, islas y archipiélagos y producen configuraciones y movimientos de la economías-mundo siempre en moldes geohistóricos.

En buena medida, la dinámica de las economías-mundo tiene una de sus raíces en las diversidades y desigualdades con las que se constituye esa totalidad geohistórica, implicando siempre lo social, lo político y lo cultural, además del económico. Como en toda configuración social, en sentido lato, el todo geohistórico inherente a la economía-mundo es un todo en movimiento, heterogéneo, integrado, tenso y antagónico. Es siempre problemático, atravesado por los movimientos de integración y fragmentación. Sus partes, al comprender naciones y nacionalidades, grupos y clases sociales, movimientos sociales y partidos políticos, se conjugan de modo desigual, articulado y tenso, en el ámbito del todo. Simultáneamente, ese todo confiere otros y nuevos significados y movimientos a las partes. Se anulan y multiplican los espacios y los tiempos, ya que se trata de una totalidad heterogénea, contradictoria, viva, en movimiento.

En síntesis, es en la propia dinámica de las economías-mundo donde emergen y se desarrollan los procesos que configuran los ciclos geohistóricos de larga, media y corta duración. El mismo juego de las fuerzas productivas, la misma dinámica de las luchas por los mercados, el mismo empeño de innovar tecnologías y mercancías, procesos que se desarrollan continua y periódicamente en el vientre de las economías-mundo, todo eso constituye el fundamento de la dinámica progresiva y errática que conforma los siglos de larga duración, los cuales señalan el nacimiento, la transformación, la decadencia y la sucesión de las economías-mundo.

A medida que se desbordan los significados geohistóricos de la teoría de las economías-mundo, en sus implicaciones empíricas y metodológicas, se evidencian las continuidades y las rupturas entre lo nacional y lo mundial, lo próximo y lo remoto, el pasado y el presente, el espacio y el tiempo. Es como si el horizonte abierto por la globalización en curso a finales del siglo xx abriese posibilidades nuevas y desconocidas sobre las formaciones sociales pasadas, próximas y distantes, recientes y remotas. Unos buscan continuidades y rupturas, otros discontinuidades y multiplicidades en el curso de la geohistoria, del contrapunto espacio y tiempo. Es como si mucho de lo que es pasado adquiriese otro sentido, al mismo tiempo que mucho de lo que parece pasado adquiriese significado presente. Realidades y significados que parecían irrelevantes, secundarios, olvidados o escondidos, reaparecen bajo nueva luz. Y todo esto porque la ruptura geohistórica que devela la globalización del mundo, a finales del siglo xx, preanunciando configuraciones y movimientos del siglo xxi, se revela no sólo como un acontecimiento heurístico, sino como una ruptura epistemológica.

Seis ideas falsas sobre la globalización. Argumentos desde América Latina para refutar una ideología*

..... Carlos M. Vilas**

Introducción

La globalización se ha introducido en el habla cotidiana de sectores amplios de población. Aunque se trata de un fenómeno complejo cuyo conocimiento dista mucho de haberse agotado, en América Latina parece predominar la idea de que la globalización es algo extraordinariamente poderoso, que obliga a actuar a los países de la región y a su gente de un modo que no deja alternativas. Identificada generalmente con la emancipación de ataduras y rigideces del pasado, parece implicar al mismo tiempo la reducción drástica del margen de opciones públicas: hay cosas que ya no se pueden hacer, y otras que es inevitable hacer, por la globalización.

Este discurso, eufórico y determinista, se basa en un conjunto reducido de proposiciones simples que se asumen como verdades auto-evidentes; el cuestionamiento de las mismas es considerado la mejor prueba de la ignorancia, estupidez incluso, de quien aventura sus dudas.

* Texto original: Vilas, Carlos, “Seis ideas falsas sobre la globalización”, en John Saxe-Fernández (coord.) *Globalización: crítica a un paradigma*, México, UNAM-IEC-DGAPA-Plaza y Janés, 1999, pp. 69-101.

** Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales por la Universidad de Buenos Aires, se desempeña como docente en la Universidad Nacional de Lanús y de la Universidad de Buenos Aires en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Dentro de sus publicaciones destacan *La dominación imperialista en Argentina*, *Perfiles de la Revolución Sandinista* y *Después de neoliberalismo: Estado y procesos políticos en América Latina*.

Planteadas de manera muy resumida, esas proposiciones son las siguientes:

1. La globalización es un fenómeno nuevo.
2. Se trata de un proceso homogéneo.
3. Es, asimismo, un proceso homologeizadora: gracias a la globalización todos seremos, antes o después, iguales y en particular los latinoamericanos seremos iguales en desarrollo, cultura y bienestar a nuestros vecinos del norte y de Europa.
4. La globalización conduce al progreso y al bienestar universal.
5. La globalización de la economía conduce a la globalización de la democracia.
6. La globalización acarrea la desaparición progresiva del Estado, o al menos una pérdida de importancia del mismo.

En conjunto, esas proposiciones constituyen el núcleo de lo que podemos llamar la ideología de la globalización. Se trata de una ideología conservadora que encubre la realidad para inhibir la voluntad de cambiarla. Como toda ideología conservadora, enfoca selectivamente al mundo de acuerdo con una configuración de poder dada, a la que trata de preservar y consolidar. Así presenta como necesaria e inevitable una configuración contingente de la realidad, y como producto de la dinámica inmanente de la técnica lo que es en realidad producto de particulares decisiones en función de objetivos e intereses específicos. La dinámica egoísta del mercado y la búsqueda de la ganancia pecuniaria por encima de cualquier otra consideración son exaltadas como la realización de la razón y del progreso, postulando como un avance hacia la modernidad, e incluso la “posmodernidad”, lo que en muchos aspectos es un regreso a las modalidades más perversas y depredadoras del capitalismo decimonónico.

El enunciado de esta ideología está acompañado generalmente de referencias ambiguas y confusas al fin de siglo y a la inminencia de nuestro ingreso en el tercer milenio. El efectismo de estas alusiones contribuye adicionalmente a confundir a la audiencia desprevenida; el impacto de perderse la oportunidad de entrar por la puerta grande de la globalización a otros mil años de historia es demasiado fuerte incluso para ponerse a pensar que ninguno de nosotros estará vivo al final

del próximo siglo para contrastar, con el beneficio de la experiencia, la plausibilidad de las proposiciones que se enuncian en nombre de las próximas cien décadas.

Afortunadamente no será necesario esperar tanto. Las afirmaciones que integran esta ideología conservadora no se encuentran avalladas ni por la historia ni por la observación del presente; al contrario, cuando se las contrasta con la realidad la mayoría de ellas resulta desvirtuada, o por lo menos tan fuertemente acotada que pierde toda validez. Dicho llanamente: estas proposiciones están equivocadas. El de la globalización es un proceso, o mejor aún, un conjunto de procesos, que vienen desarrollándose con aceleraciones y desaceleraciones a lo largo de los últimos cinco siglos. Estos procesos tienen dinámicas y ritmos desiguales, y su efecto conjunto es profundamente diferenciador tanto dentro de los espacios económicos nacionales y regionales, como entre las regiones del mundo. Dadas ciertas condiciones ligadas a un conjunto amplio de factores socioeconómicos, culturales y políticos, la globalización puede redundar en oportunidades de mayor bienestar social, progreso técnico y desarrollo económico, pero en otras condiciones puede generar efectos exactamente opuestos y verdaderas catástrofes.

Normalmente unos y otros efectos han estado, y siguen estando, estrechamente relacionados. La globalización es una dimensión del proceso multisecular de expansión del capitalismo desde sus orígenes mercantiles en algunas ciudades de Europa en los siglos XIV y XV. Como tal, es parte integral de un modo de organización económica y social profundamente desigualador, basado en la explotación de los seres humanos y la depredación de la naturaleza: un modo de organización social y económica que asocia el progreso de algunos con la desventura de muchos; el éxito con los quebrantos; la abundancia con el empobrecimiento. El debate en torno a la etapa presente de desarrollo de la globalización debe llevarse a cabo, por lo tanto, en el marco de la etapa contemporánea de desarrollo del capitalismo.

Una de las características más destacadas de enfoque eufórico y liviano de la globalización es su ahistoricidad. La globalización como proceso y la globalidad como efecto son presentadas como una especie de gigantesca e indefinida nebulosa que lo abarca todo de manera ineluctable e irreversible y encuentra en sí misma la fuente y razón de su

dinámica: una verdadera entelequia (Ianni, 1992; 1966a; 1996b). La actitud no es nueva y más bien parece ser un rasgo recurrente en algunos ámbitos intelectuales, siempre proclives al consumo indiscriminado e irreflexivo de las ofertas de la moda. El peligro de esta propensión es conocido. Hace 500 años la fascinación por la novedad de los espejitos y las cuentas de colores acarrió no pocas tribulaciones a los hospitalarios americanos; entusiasmados por los brillos y los reflejos, no se percataron de que detrás venían los arcabuces. Ni la ignorancia ni la ingenuidad, de las que generalmente se echa mano para explicar el engaño de entonces, pueden ser invocadas honestamente en beneficio de quienes hoy hacen gala de equivalente fascinación ligera ante las últimas novedades de la modernidad financiera.

Otra característica de la ideología conservadora de la globalización es su confusión entre metáforas y realidades. El recurso a la metáfora para disimular los aspectos de la realidad que cuestionan la legitimidad de la dominación de las élites es viejo; sin ir más lejos, recordemos las figuras retóricas del “contrato” y de la “mano invisible”, en los inicios de la civilización burguesa, para encubrir las luchas sociales y los profundos conflictos sobre los que el Estado y el mercado se apoyaban. La globalización suele ser presentada, por ejemplo, como una nueva versión del “tren de la historia” al que debemos subirnos, pues de lo contrario nos quedaremos abajo para siempre viendo cómo se nos escapa el progreso.

La discusión que sigue se lleva a cabo desde una perspectiva que tiene como referente principal América Latina. El modo en que la ideología conservadora de la globalización mistifica las situaciones y procesos de otras áreas del mundo cae, por limitaciones propias del autor, fuera de los alcances de este documento. Dado que la globalización es ante todo un proceso económico y político, la discusión presta particular atención a estas dimensiones.

Refutación de las proposiciones

1. Primera idea falsa: La globalización es algo nuevo

La idea demuestra poco conocimiento de la historia económica, incluso de la historia económica del capitalismo contrariamente a lo que afirma, la globalización es un proceso de desarrollo multisecular. Se origina en Europa hacia los siglos xv y xvi como dimensión particular-

mente dinámica del capitalismo y como efecto de su vocación expansiva (Sée, 1926; Polanyi, 1944; Wallerstein, 1974; Hobsbawm, 1975; Braudel, 1979; Arrighi, 1994; Ferrer, 1996; etc.). Se ha expresado con acierto que las economías y mercados precapitalistas presentaron fuertes tendencias al dinamismo comercial, cuestión que permitió a Frank (1990), por ejemplo, plantear la tesis de un inicio muy anterior de los procesos de globalización. Es incuestionable sin embargo que los desarrollos técnicos en algunas ciudades europeas (técnicas de navegación y de orientación, por ejemplo) y su aplicación al comercio, dieron a la globalización capitalista un empuje y alcances sin paralelos, que habría de permitirle proyectarse sobre los espacios ocupados por las modalidades previas o no europeas de expansión. En particular, la incorporación de América a la economía europea y la consiguiente formación de una “economía atlántica”, constituyó un punto de inflexión de relevancia incuestionable (Hamilton, 1948; Davis, 1973).

Estamos hablando de un proceso que se extiende por lo menos durante 500 años. La globalización es un proceso ligado íntimamente al desarrollo del capitalismo como modo de producción intrínsecamente expansivo respecto de territorios, poblaciones, recursos, procesos y experiencias culturales. En el siglo xvi la dinámica expansiva del capitalismo europeo, asociada al nuevo espíritu intelectual y político de la época, impulsó la apertura de nuevas fronteras para los procesos metropolitanos de acumulación. El desarrollo de la ciencia y su aplicación a la producción favoreció la conquista de nuevas fuentes de materias primas y de productos de consumo suntuario, así como la implantación política en territorios cuyas poblaciones fueron incorporadas a esta primera ola de globalización por la vía del sojuzgamiento colonial y la mutación cultural. En un típico esquema de intercambio desigual, sus recursos y sus vidas pasaron a ser parte de la economía, de la política y la cultura centradas en Europa, y éstas entraron a depender de los recursos de las áreas coloniales. La primera revolución industrial a fines del siglo xviii dotó de renovado dinamismo a este proceso; la producción masiva de minerales, recursos forestales y alimentos se convirtió en una de las piezas centrales del capitalismo europeo. En el último tercio del siglo xix la llamada segunda revolución industrial (el desarrollo de nuevos medios de transporte terrestre y naval, la aplicación de la energía eléctrica a la producción industrial, las nuevas técnicas de conservación de

alimentos, entre otros) estimuló masivos desplazamientos de población excedente de Europa hacia América y Oceanía. A los flujos de capital y del comercio se sumaron las grandes corrientes de población.

Incluso la “globalización” actual de los consumos asociada a la difusión internacional de franquicias comerciales carece del impacto y la proyección que tuvo la globalización alimentaria detonada a partir del siglo xvi con el acceso a Europa de una enorme variedad de productos originarios del mundo colonial: café, cacao, papas, tomates, plátanos, arroz y azúcar de caña, entre otros. ¿Qué harían los italianos sin el tomate para condimentar sus espaguetis, o los centroeuropeos si no pudieran acompañar con papas el goulash? ¿Y qué haríamos los argentinos sin nuestros churrascos, los cubanos si no pudieran saturar de azúcar sus “buchitos” de café, o los mexicanos sin crema de leche para sus chilaquiles o para las populares “enchiladas suizas”?

La forma correcta de enfocar la globalización es partiendo de la evidencia de la extraordinaria movilidad de capital, de su tremenda fuerza expansiva cuando se lo abandona a su propio dinamismo. Esa expansión combina la dimensión local con la proyección global. Los periodos de aparente aquietamiento trasnacional del capital son también periodos de profundización del capital en los espacios nacionales; tras lo cual vuelve alzar el vuelo hacia lo internacional. El periodo 1930-1970 de “nacionalización” del capitalismo fue también una época de extraordinario desarrollo de sus fuerzas productivas, y de conversión de amplios segmentos de recursos naturales, población y espacios físicos, en mercancías. La movilidad trasnacional no desapareció, pero resulta un ingrediente de relevancia secundaria cuando se la compara con la magnitud de este proceso de profundización capitalista en escalas nacionales.

La alternancia entre estos periodos de movilidad trasnacional y de profundización nacional involucra la metamorfosis del capital. Para profundizar sus raíces y su expansión dentro de fronteras nacionales, el capital debe asumir ante todo la forma de capital productivo y comercial; los activos financieros asumen un papel complementario. Al contrario, para poder moverse de un mercado a otro en escala global, el capital debe liquidarse y asumir la forma de activos financieros; así ocurrió en el periodo 1870-1914, y así vuelve a ocurrir en nuestros días. Con el beneficio que otorga una perspectiva de largo plazo, es posible

afirmar que estos períodos de vertiginosa expansión trasnacional y de manifestación como capital financiero constituyen la norma del capital. Recuérdese que Braudel se refirió a la producción como “el terreno ajeno” del capitalismo, por contraste con la esfera de la circulación que sería su terreno propio.

La idea de la novedad contemporánea de la globalización parte de una contraposición banal, ahistórica, entre el dinamismo presente y la aparente falta de movimiento de la economía mundial en el periodo anterior. Al revés de Francis Fukuyama, que planteaba que la historia se había acabado, la ideología de la globalización afirma que, ¡por fin! la historia se puso en movimiento. Debe reconocerse sin embargo, a la luz de la historia larga del capitalismo, que esos momentos de relativa estabilización son atípicos, como también lo son los periodos largos de crecimiento sostenido como el que tuvo lugar entre la segunda guerra mundial y la década de los setenta.

2. Segunda idea falsa: La globalización es un proceso homogéneo

Enfocada desde una perspectiva de historia larga, la globalización resulta ser un proceso de desenvolvimiento desigual. La historia presenta períodos de tremenda aceleración de la expansión capitalista en lo que toca a los flujos internacionales comerciales y financieros por ejemplo, seguidos por periodos de relativa estabilización y mayor concentración en mercados nacionales, a los que suceden nuevos periodos de aceleración. Estamos en la actualidad viviendo un periodo de particular aceleración de la globalización que sucede a un periodo de algo más de medio siglo de estabilización “nacional”, que a su turno fue precedido por una etapa (1870-1914/años veinte) de aceleración sin precedentes hasta entonces. Simplificando mucho, la aceleración contemporánea de la globalización fue detonada por la enorme liquidez de la economía internacional a partir de los choques petroleros de la década de los setenta y la aplicación a la economía y las finanzas de los desarrollos en materia tecno-informática vinculados a la guerra de Vietnam.

La globalización es asimismo un proceso de desarrollo desigual en sus diferentes niveles o dimensiones. En su etapa actual se encuentra mucho más desarrollada en materia financiera que en la de producción o de comercio. Se calcula que el valor anual de todas las transacciones financieras del mundo es entre 12 y 15 veces mayor que el valor de la

producción mundial de bienes y servicios no financieros, y alrededor de 60 o 70 veces mayor que el valor conjunto de todas las exportaciones mundiales de esos mismos rubros (Vilas, 1994a). La práctica financiera acelerada y creciente de la economía mundial marca una diferencia importante con el modo de organización previo al capitalismo. Las finanzas dejan de ser el complemento necesario de la economía real para convertirse en la fuerza conductora de la misma, subordinándola. Puede afirmarse, en este sentido, que estamos en presencia del tercer nivel de globalización del capital, después de la comercial (primer nivel) y de la productiva (segundo nivel). La globalización financiera introduce en el sistema económico una marcada volatilidad, agravada por el carácter de corto plazo que predomina en las corrientes de la inversión financiera – en este sentido, hay una clara diferencia entre la inversión financiera de nuestros días y la del periodo entre los años setenta del siglo pasado y los veinte del actual. Además, la cuestión financiera actualmente está a cargo de un conjunto de inversores de tipo nuevo: fondos mutuos, compañías de seguros, fondos de pensión, fondos contingentes, inversores individuales, que movilizan nuevos “productos financieros” (*swaps* y derivados, entre otros). El resultado de la enorme volatilidad es el perfil marcadamente especulativo de la economía mundial, que recuerda mucho a la “economía de casino” a la que se refería con preocupación John Maynard Keynes. El colapso de las divisas europeas en septiembre de 1992; el crac mexicano de diciembre de 1994 y su “efecto tequila” sobre algunas economías de América del Sur, y la quiebra de la firma inglesa Baring en 1995 ilustran de manera dramática la vulnerabilidad de la economía a los juegos financieros de la globalización.

A su vez, el valor del comercio mundial es apenas un tercio del valor del producto bruto mundial conjunto (respectivamente 8.7 y 25.2 millones de millones de dólares), lo cual indica que dos tercios del producto se realizan en los mercados nacionales respectivos y no en un supuesto mercado global, a pesar de los esfuerzos y la retórica en favor del crecimiento exportador. La apertura externa de las economías $[(X+M)/PIB]$ es menor en los países más desarrollados que en los de desarrollo menor: 0.32 y 0.40 respectivamente (Banco Mundial, 1996). La idea de que los mercados nacionales son irrelevantes para el desarrollo y que lo verdaderamente importante es el mercado global no resulta avalada por la realidad de la economía internacional. El comer-

cio mundial ha crecido en años recientes a ritmos más rápidos que los del producto, pero la diferencia en las tasas de dinamismo no alcanza ni con mucho a compensar las enormes diferencias absolutas.

En tercer lugar, la globalización opera de manera desigual para diferentes actores o sujetos. Es globalización del capital mucho más que de la fuerza de trabajo, como se advierte en el avance de las legislaciones proteccionistas –frecuentemente fundamentadas en argumentos racistas– de los mercados de trabajo de los países más desarrollados. El capital financiero puede moverse de país en país buscando las tasas de ganancias y las condiciones de operación más atractivas, pero los trabajadores no pueden migrar con similar libertad para gozar de mejores condiciones de trabajo y de ingreso. Es posible afirmar incluso que la ilegalidad impuesta a las migraciones laborales constituye una fuente de renta laboral diferencial para las empresas, puesto que les permite contratar a los trabajadores en condiciones de mayor precariedad para éstos. Los ideólogos de la globalización no han sido capaces hasta ahora de explicar el auge de la xenofobia y de las trabas impuestas por las economías más desarrolladas (Estados Unidos, Unión Europea, Japón) a las migraciones laborales provenientes de los países menos desarrollados.

En cuarto lugar, la globalización es un proceso sometido a las tensiones y presiones recíprocas de sus principales protagonistas. En términos geo-económicos: Estados Unidos, la Unión Europea y Japón fundamentalmente, y sus tensiones, conflictos y acuerdos recíprocos. Las reuniones periódicas del Grupo de los Siete representan la instancia más evidente de coordinación y orientación gubernamental de los procesos del mercado mundial. La hipótesis de una regionalización económica del mundo en torno a tres grandes polos –Estados Unidos en el hemisferio occidental; Alemania y la Unión Europea en el viejo continente, y Japón (y posiblemente China en el largo plazo) en el Asia/Pacífico se apoya en la evidencia de que los flujos económicos internacionales tienden a centrarse en torno a estos tres puntos de referencia. Las transacciones comerciales y financieras dentro de cada una de estas tres áreas son mucho más significativas que entre las tres áreas, y esto es lo que define a un área económica (o bloque). En consecuencia, más que una globalización entendida como transacciones de todos con todos en niveles más o menos similares de valor e intensidad, estaríamos en presencia de la constitución, o reconstitución, de grandes

espacios económicos regionales, cada uno de ellos orientado por uno de sus miembros. La relación regionalización/globalización actuaría como una instancia o nivel de mediación entre cada economía nacional en particular, y la economía globalizada (Sapir, 1992; Guerra Borges, 1994; Guillén Romo, 1994). En América Latina, TLC y Mercosur pueden ser interpretados en este sentido como instancias de mediación entre las economías y sociedades que integran cada uno de estos acuerdos regionales, y la economía global.

Finalmente debe señalarse que la expansión mundial del capital se lleva a cabo combinando elementos de progreso y novedad con ingredientes de retroceso y primitivismo. Cabe recordar por ejemplo la reintroducción de la esclavitud como centro del sistema de plantaciones capitalistas en los siglos XVIII y XIX, o la conjugación de servidumbre laboral y capitalismo mercantil persistente hasta bien entrado nuestro siglo. La etapa actual de la globalización conjuga tecnologías informáticas de punta con condiciones laborales decimonónicas. La globalización ilustra así la pertinencia de la tesis del carácter “desigual y combinado” del desarrollo capitalista.

3. Tercera idea falsa: La globalización conduce a la homogeneización de la economía mundial, superando a la larga las diferencias entre desarrollo y subdesarrollo, y entre países y regiones ricos y pobres. La globalización permite ingresar progresivamente en el “Primer Mundo”.

Esta es una idea falsa que se difunde con mucho entusiasmo cuanto más subdesarrollado, pobre y atrasado es un país. La interpretación de la globalización como un proceso “de homogeneización en los planos económico, social y político” (Alfie, 1995) y la creencia en la capacidad de la globalización para cerrar las brechas económicas y técnicas internacionales carecen de sustento en los hechos, incluso en el largo plazo. Esto es algo que ya fue advertido a fines de la década de los cuarenta por algunos economistas vinculados a la recientemente creada Organización de las Naciones Unidas, como Raúl Prebisch y Hans Singer (CEPAL, 1949; Singer, 1950), posteriormente retomadas, complementadas y adaptadas al desenvolvimiento ulterior de la economía mundial por un número amplio de economistas: Samir Amin, Arrighi,

Emmanuel y Oscar Braun, entre otros. En conjunto, y con diferencias de énfasis o de enfoques particulares, estos trabajos coinciden en que, por su propia dinámica, la expansión mundial del capitalismo conduce a diferenciaciones crecientes entre regiones del mundo con desiguales niveles de desarrollo.

De acuerdo con un informe del PNUD, entre 1960 y 1989 la diferencia de niveles de ingreso entre países ricos y pobres se duplicó; el ingreso medio de los países donde vivía el 20% más rico de la población era en el primero de esos años 30 veces mayor que el de los países donde vivía el 20% más pobre de la población mundial; en 1989, la diferencia era de 60 veces (PNUD, 1992:85). La tendencia se mantiene. Los países que el Banco Mundial considera pobres —es decir, con ingreso medio por habitante de menos de un dólar al día, que en conjunto representan más de la mitad de la población del mundo, captan 7% del producto mundial, mientras que los países ricos, con 8% de la población mundial, concentran casi 70% del producto del mundo, y 80% del comercio mundial —más de dos tercios del cual se transa entre países desarrollados—, y recibe más de 80% de la inversión extranjera directa (Vilas, 1994b). Los marcados desniveles educativos, técnicos, de bienestar y productivos en unas y otras áreas contribuyen a explicar estas agudas y crecientes diferencias, y comprueban que la dinámica inercial de la globalización, lejos de homogeneizar, ahonda las disparidades.

En contra de esta conclusión podría argumentarse que esta configuración sesgada es el resultado del pasado mucho más que un dato del nuevo orden globalizado que se está configurando en los años recientes. Sin embargo hasta los más entusiastas portadores de la ideología de la globalización reconocen que la distribución desigual de recursos, valores, transacciones y beneficios se mantendrá en el futuro previsible. Después de admitir que los países más desarrollados extraen de la creciente integración comercial mayores beneficios que los países en desarrollo, el Banco Mundial proyecta un muy reducido incremento de la participación de las áreas en desarrollo en los intercambios mundiales. De acuerdo con sus propias proyecciones, la participación de estas áreas pasaría del 20% actual a alrededor de 30% a lo largo del periodo 1994-2010 (Banco Mundial, 1995a).

Cuadro 1			
PIB por habitante en el mundo, por áreas de desarrollo (en dólares corrientes)			
Áreas de desarrollo	1980	1994	Diferencia en %
Bajo	312	380	+22
Medio	1,988	5,292	+30
Bajo + medio	882	1,110	+26
Alto	10,178	23,674	+132
Mundo	2,441	4,503	+84
Fuente: Banco Mundial			

El cuadro 1 apoya esta misma conclusión, al enfocar la dinámica de las desigualdades en el PIB por habitante entre diferentes áreas de desarrollo en los últimos 15 años de globalización acelerada. El producto mundial creció 134.4% acumulado en todo el periodo frente a 26.5% de crecimiento acumulado de la población mundial, sin embargo el crecimiento del producto en los países de mayor desarrollo fue considerablemente mayor que en el conjunto del mundo y, por supuesto, que en las áreas de ingresos medios y bajos, ahondándose las diferencias entre ricos y pobres. En contra de lo que plantean los argumentos neomalthusianos que adjudican el atraso de los países menos desarrollados a tasas excesivamente altas de crecimiento demográfico, debe señalarse que las diferencias en tasas de crecimiento poblacional entre países desarrollados y en desarrollados son mucho menores que la diferencia en las tasas de crecimiento del producto.

Cuadro 2			
Evolución reciente de las desigualdades de ingreso entre áreas de desarrollo en el mundo			
Diferencia entre áreas de desarrollo	1980	1994	Diferencia %
Alto/bajo	32.6	62.3	91
Alto/medio	6.0	9.0	50

Cuadro 2			
Evolución reciente de las desigualdades de ingreso entre áreas de desarrollo en el mundo			
Medio/bajo	6.4	6.8	6
Alto/bajo+medio	11.5	21.3	85

Las tasas diferenciales de crecimiento a partir de “pisos” de ingreso tan desiguales incrementan el efecto desigualador de la globalización. El cuadro 2 muestra de manera sencilla el crecimiento de las desigualdades entre áreas de desarrollo en el mismo periodo. En 1980 el PIB por habitante en las áreas de alto nivel de desarrollo era casi 33 veces mayor que en las áreas de bajo nivel de desarrollo, mientras que en 1994 era 62 veces mayor, con un aumento de la desigualdad de 91%. Con menor intensidad, las áreas más desarrolladas continuaron diferenciándose también de las de nivel medio de desarrollo.

Al mismo tiempo se ha estado registrando una cierta diferenciación del Tercer Mundo entre los países más pobres (los llamados “de ingreso bajo”), y los de “ingreso medio”. Es éste un proceso que se viene registrando desde hace casi cuatro décadas, impulsado sobre todo por el avance de algunas economías del Sureste Asiático. En años recientes se sumaron a estas economías de ingreso medio algunas de América Latina (Brasil, México, Argentina y Chile principalmente) y del este de Europa. En qué medida la activación de estas economías es algo más que coyuntural, y qué tan representativas son de un movimiento más amplio, son cuestiones sujetas a discusión (vid por ejemplo Harris, 1987; Broad y Landi, 1996). Debe señalarse, en todo caso, que la distancia que separa a estos países de los de ingreso alto sigue siendo abismal y creciente, y reduce muy poco las desigualdades del sistema en su conjunto. A lo largo de la última década y media el abismo entre las regiones más desarrolladas y el resto del mundo creció 85 por ciento.

La persistencia y ahondamiento del abismo entre ricos y pobres es el resultado del mantenimiento de los mecanismos de explotación internacional de tipo imperialista o neocolonial: saqueo de recursos naturales y degradación del ambiente; adopción de medidas proteccionistas en los países desarrollados en contra de las exportaciones primarias de

los países periféricos; fijación de términos desiguales de intercambio; operaciones militares punitivas contra gobiernos “discolos”.

Vale la pena señalar que hasta uno de los más entusiastas partidarios de la inevitabilidad de la globalización en clave neoliberal debe admitir que ella

no apaga las desigualdades ni las contradicciones que constituyen una parte importante del tejido de la vida social nacional y mundial. Al contrario, desenvuelve unas y otras, recreándolas en otros niveles, con otros ingredientes (...) Si hay algo que se reproduce y acentúa, en escala mundial, es el desarrollo desigual y combinado de las relaciones y producciones materiales y culturales (...) la globalización nunca es un proceso histórico-social de homogeneización (Ianni, 1992:125-127).

El escenario político internacional que se está configurando en los años recientes también se contradice con la idea de una globalización homogenizadora. Debe señalarse en este sentido la crisis de la ONU y su tendencial conversión en una agencia de política exterior del gobierno de Estados Unidos. Ciertamente, esta crisis es el efecto de cambios profundos en las relaciones de poder en el plano internacional a partir del fin del sistema de la guerra fría, pero entre tanto el gobierno de Estados Unidos ha sido capaz de subordinar a la organización – sobre todo al Consejo de Seguridad– a sus tentativas de erigirse en fuerza hegemónica universal –una especie de reedición de lo que fue la hegemonía mundial británica desde las postrimerías de las guerras napoleónicas hasta la guerra de 1914. Destacan en este aspecto las acciones punitivas desarrolladas en Medio Oriente y en el Caribe en los años recientes –y en nuestros propios días–, las pretensiones de otorgar validez extraterritorial a su legislación doméstica (Johnson, 1994), o las presiones hasta conseguir la salida de Boutros B. Galhi como secretario general de la ONU.

Esta regresión imperial del gobierno de Estados Unidos –que en los casos de las leyes Helms- Burton y D’Amato vulnera directamente el principio global del libre comercio– esta siendo acompañada por algunas voces en el ámbito académico de ese país justificando la reasunción del “destino manifiesto” (Johnson, 1993; Lefever, 1993). No está de más recordar en este sentido que en 1993, en su debate tele-

visivo con el ex candidato presidencial Ross Perot respecto de la conveniencia de que el Congreso de Estados Unidos aprobará el tratado de libre comercio con México el vicepresidente Albert Gore comparó dicho tratado con la compra de Luisiana y Alaska en el siglo pasado.

En general el énfasis en una supuesta homogeneización producto de la globalización apunta a las dimensiones simbólicas del proceso: la globalización como “hibridización”, según la define Pieterse: la emergencia de formas nuevas de interacción, el desarrollo de una *mélange* translocal de culturas (Pieterse, 1994). Pero también es este aspecto existen profundas diferenciaciones: en la hibridización de la “cultura global” algunos actores se insertan como productores y otros como simples consumidores; la diferente calidad de la “oferta cultural” discrimina entre clases sociales y países. El sentido, el contenido y las proyecciones de la inserción en esta “cultura global” siguen variando según hablemos de pobres y de ricos, de varones y de mujeres, de habitantes de países pobres y de habitantes de países ricos (Vilas, 1995a).

Puede concluirse por lo tanto que la creencia en la virtualidad homogeneizadora de la globalización carece de fundamentos, y choca contra el desenvolvimiento efectivo del proceso. El aumento de las desigualdades a partir de las cuales las regiones y los países resultan incorporados a la etapa actual de la globalización, es una de las características de este proceso, a falta de factores que intervengan y que definan contratendencias eficaces.

4. Cuarta idea falsa: La globalización es la clave del progreso y del bienestar; del mismo modo que conduce a cerrar las brechas internacionales, promueve el ascenso de los grupos menos favorecidos a crecientes niveles de bienestar y calidad de vida

Al contrario, se registra una persistencia, e incluso agravamiento, de las disparidades socioeconómicas y educativas en la mayoría de los países de América Latina: crecimiento de la pobreza, cifras récord de desempleo y subempleo, tugurización de las grandes ciudades, etc. En general, puede afirmarse que se ahondan las diferencias de todo tipo entre los segmentos de población que logran insertarse en los ámbitos dinámicos de la economía, y los que resultan excluidos.

El crecimiento de la pobreza en la región, o las dificultades para reducir sus niveles, obedecen a varios factores, todos ellos derivados del sesgo predominante en el proceso de globalización. Entre ellos:

1. Cambia la relación empleo/producto. En el pasado, el comportamiento de ambos factores presentaba una marcada relación positiva: cuando el producto crecía también crecía el empleo; cuando aquél caía, este también se reducía, hasta que la reactivación de la producción reactivaba el empleo. Ahora la situación ha cambiado: en fases de recesión el empleo cae más abruptamente que el producto y cuando éste se reactiva, el empleo no lo hace, o lo hace a la zaga y en condiciones de mayor precariedad. Vale la pena señalar en este sentido que mientras en el periodo 1991-1995 el PIB conjunto de América Latina y el Caribe creció casi 15% acumulado, la generación de empleos se movió a una tasa mucho menor, además de que 85% de los nuevos puestos de trabajo pertenece al llamado sector informal, donde las condiciones de precariedad son mayores. La tendencia al desempleo crónico, que fue considerada por la Teoría General de John Maynard Keynes una de las dos características centrales de las economías capitalistas, se mantiene firme, y acentuada, en la etapa actual de la globalización.
2. Las políticas estatales que fomentan la llamada flexibilización laboral, es decir la pérdida de las condiciones institucionales de seguridad laboral resultado de casi un siglo de luchas y negociaciones sindicales. Hay una progresiva sustitución del derecho laboral por el derecho civil o comercial, lo cual implica la desprotección institucional de los trabajadores. El tratamiento formalmente igual a sujetos que se encuentran en situaciones de enorme desigualdad socioeconómica implica institucionalizar la injusticia social. Asimismo, se registra una abierta hostilidad estatal hacia las organizaciones sindicales, y al contrario, una promoción abierta de las posiciones de las organizaciones patronales, incluyendo subsidios, desgravaciones impositivas, y similares.
3. Deterioro de los salarios reales, sin perjuicio de algunas alzas recientes que de todos modos no logran recuperar los niveles históricos. El trabajo deja de ser remunerador, es decir, deja de ser la llave que permite hacerle frente, en condiciones de dignidad, a las adversidades de

la vida, y acceder a niveles aceptables de bienestar. Unido a la globalización de la “flexibilización” de los mercados de trabajo, este deterioro demuestra que, sin perjuicio del discurso de la modernidad y de los impresionantes avances técnicos y científicos, la competencia por bajar los costos laborales es un recurso permanente de la racionalidad capitalista.

4. En la medida en que la población en condiciones de pobreza crece más rápido que la población total, estamos en presencia de un fenómeno de exclusión social. El crecimiento desmesurado del sector informal agrava la redundancia de los empobrecidos. Se ha afirmado, en este sentido, que se trata de sectores de población innecesarios para el funcionamiento del capitalismo de nuestros días (Dahrendorf, 1994); en todo caso, es gente que se desempeña en actividades prescindibles. La propia masividad del fenómeno quita relevancia al modo en que se discutió el tema de la marginalidad en la América Latina de la década de los sesenta. Si hace más de 30 años, en otro patrón de desarrollo capitalista, podía argumentarse que se trataba en realidad de la versión criolla del ejército industrial de reserva, hoy es evidente que la mayoría de ellos es reserva de nada, y que la articulación que alguna vez se señaló entre el sector informal y el formal, o entre el “tradicional” y el “moderno”, hoy ya no se registra.
5. Las políticas estatales de privatización y de desregulación, que reducen los niveles de empleo y deterioran las condiciones de trabajo; además, la privatización de muchas empresas estatales implica la cancelación o arancelamiento de servicios sociales que antes se prestaban de manera gratuita a las familias de los trabajadores (por ejemplo, guarderías infantiles, subsidios alimentarios, prestaciones de salud), deteriorando adicionalmente sus ingresos. Vinculado con esto, hay que mencionar la contracción de los presupuestos públicos destinados a servicios sociales como educación, salud, seguridad, deportes, y al mantenimiento de infraestructura.
6. El acelerado deterioro ambiental tolerado o estimulado por los estados, en beneficio de corporaciones nacionales y transnacionales, es causa directa del empobrecimiento de amplios sectores de las poblaciones rurales (desertización de suelos, contaminación o agotamiento de cauces de agua, deforestación, etcétera).

Nada hay en el escenario definido por los procesos contemporáneos de globalización que permita anticipar una reversión de estos resultados y, al contrario, todo sugiere su continuidad. El propio Banco Mundial, una de las instituciones más involucradas en la promoción de estos procesos, lo reconoce sin ambages:

La desigualdad, tanto entre las distintas regiones como dentro de los países, sigue siendo una característica significativa de la economía mundial (Banco Mundial, 1995b: 11). Es muy probable que en los próximos decenios la disparidad entre ricos y pobres aumente y se agudice la Pobreza (Ibid.:9).

La idea de la homogeneización de los estilos de vida como resultado de la globalización deriva de la indudable sofisticación de las condiciones de vida y de las posibilidades que brinda el consumo suntuario en el 20 o 25% más rico de la población de los países más atrasados. No es un dato novedoso que estos segmentos tienen acceso a niveles de gasto similares e incluso superiores a los de sus contrapartes en el mundo desarrollado —con el agravante para la cohesión social de que son niveles de consumo iguales o mayores que los de las élites del Primer Mundo, en países con ingresos nacionales de Tercer Mundo. Estos grupos privilegiados son también los que influyen de manera preferencial en los medios de comunicación y en las instituciones de educación y de cultura, desde donde se difunde, precisamente, la retórica de la homogeneización.

En verdad, si de homogeneización se trata, ésta es una dualizadora. Por un lado, tenemos la homogeneización “por arriba” de las élites del privilegio. Por el otro, la perversa de la exclusión social, de la marginación y los *underclass*. Una homogeneización dualizadora que, por lo tanto, ahonda las desigualdades del sistema globalizado en su conjunto.

Se advierte que este conjunto de elementos establece una clara continuidad entre la problemática de la etapa actual de la globalización y la del imperialismo económico tal como fue discutida a principios de siglo por algunos economistas socialdemócratas como Hobson y Hilferding, y por socialistas como Luxemburgo y Lenin, y retomada posteriormente por un espectro amplio de especialistas —es decir la problemática de la apropiación internacional desigual de los frutos de la

acumulación y del progreso técnico, y su vinculación con la dinámica interna de cada una de las unidades del sistema internacional (Barratt-Brown, 1975). La insistencia en el carácter inevitable e irreversible de la globalización se vincula a este panorama de distribución desigual de beneficios y perjuicios en el que una minoría de la población mundial accede a niveles superiores de bienestar mientras la mayoría se enfrenta a un descenso irrefrenable en sus niveles de vida. A falta de un argumento mejor, el énfasis se coloca en la supuesta inevitabilidad de este tipo de globalización.

5. Quinta idea falsa: La globalización de la economía favorece la globalización de la democracia

Ésta es una concepción errónea derivada de la hipótesis de que lo que está ocurriendo en la antigua Unión Soviética y en Europa del Este es, sin más, una “transición a la democracia”. Es posible que algo de esto ocurra en algunos de esos países; también es cierto que en muchos de ellos se están institucionalizando prácticas electorales. Pero la relación entre elecciones y democracia es similar a la que existe entre mercados y capitalismo: éste no existe sin mercados pero la existencia de mercados no es sinónimo de economía capitalista –algo que el antiguo bloque soviético permite comprobar con mucha claridad. Del mismo modo, la práctica de las elecciones es compatible con una variedad muy amplia de regímenes políticos que no son democráticos; pensemos simplemente en Anastasio Somoza en Nicaragua, en Francois Duvalier en Haití, o en Alfredo Stroessner en Paraguay (vid, por ejemplo, Hermet, Rouquié y Linz, 1982; Hermet, 1989; Vilas, 1997).

La idea de una funcionalidad de la globalización económica con la democracia es típica de una concepción vulgar de una y otra, notoriamente auspiciada, difundida y financiada por algunos *think tanks* del establishment político conservador de Estados Unidos, como el National Endowment for Democracy, y recogida por agencias financieras internacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y, más recientemente, el Banco Interamericano de Desarrollo (vid, por ejemplo, Diamond, 1993; Diamond y Plattner, 1996). Esta idea aspira a dar cierto lustre académico a la llamada política de “exportación de la democracia” de Washington, consistente en promover

a determinados actores políticos e implantar las “democracias de mercado”. Son éstos regímenes políticos donde el ingrediente democrático viene dado por la promoción y consolidación de la economía de mercado en su versión neoliberal (Robinson, 1996). Lo democrático va en relación con determinadas garantías institucionales a la libre expansión del capital y a la institucionalización de los ajustes macroeconómicos neoliberales, mucho más que con un conjunto de derechos y garantías individuales y sociales (vid, por ejemplo, Williamson, 1993). Por lo tanto, la idea de una asociación orgánica entre globalización y democracia implica una petición de principio.

En realidad, lo que se observa es la capacidad de la globalización capitalista para imponerse en una gran variedad de contextos institucionales en los que la característica común es el carácter restringido de la participación popular, o su mediatización por una red de mecanismos institucionales o de facto.

Contra la fantasía conservadora de Enrique Krauze de una “democracia sin adjetivos”, la multiplicidad de adjetivaciones que rodea a estos regímenes ilustra la desorientación de muchos observadores; “democracias delegativas” (Guillermo O’Donnell); democracias “de baja intensidad” (Edelberto Torres Rivas); “democracias autoritarias” (James Mittelman, Ricardo Pozas Horcasitas); democracias “prestadas” (Sergio Bitar) [Vilas, 1996, 1997]. La forma de estas democracias es algún tipo de procedimiento electoral, y el mercado desregulado es su contenido.

En escenarios de amplio empobrecimiento y profunda polarización social, la priorización del mercado por encima de la democracia tiene efectos conocidos. Incluso en su mínima definición como participación electoral, la democracia es un régimen de inclusión; la pobreza es, al contrario, un régimen de exclusión. El concepto de ciudadano como sujeto de la democracia, implica por lo menos cuatro dimensiones: autonomía, igualdad, sentimiento de eficacia y responsabilidad. Al contrario, la exclusión social se caracteriza por un sentimiento de ineficacia personal para salir adelante en la vida, de inseguridad frente a la falta de trabajo, a la prepotencia policiaca o a los peligros de las ciudades turgurizadas (inundaciones, delincuencia...); la responsabilidad se restringe a lo inmediato: la familia, el vecindario a lo sumo; la igualdad no subsiste ni siquiera de manera simbólica frente a la evidencia de las

desigualdades en todos los órdenes de la vida. Además, se degrada el acceso a información que se supone condición para la toma de decisiones ciudadanas.

En estas condiciones el ejercicio de la ciudadanía se deteriora; hay una reversión de la ciudadanía hacia el clientelismo. La propia vulnerabilidad de la situación de vida lleva a privilegiar el valor de la seguridad y a esperar de la intervención de un agente externo la solución a los propios problemas. La desconfianza en el sistema político oficial suele acompañarse en estos casos por la búsqueda de liderazgos fuertemente personalizados, que proyecten imágenes de eficacia, de fuerza, de seguridad. La ruptura del pacto social implícito en cualquier sociedad moderna —la ruptura del sistema implícito de reciprocidades sociales— lleva a los excluidos a intentar vincularse a los poderosos (es decir a los que son vistos con capacidad de resolver los problemas cotidianos) de manera directa, sin mediaciones: elecciones plebiscitarias en apoyo de caudillos electorales sin trayectoria política previa; volatilidad del comportamiento electoral; intercambio del voto por favores concretos.

Debe señalarse que, al contrario de lo que sugiere la versión elitista de esta cuestión, el deterioro de la ciudadanía no se circunscribe exclusivamente a los más pobres. Se registra también, y a menudo de manera más acusada, en los niveles más altos de la riqueza, el prestigio y el poder: el intercambio del apoyo político por la posibilidad de obtener beneficios económicos en gran escala, o la movilización del poder corporativo para conseguir decisiones específicas; la evasión impositiva en gran escala; la impunidad...

6. Sexta idea falsa: la globalización acarrea la desaparición progresiva del Estado, o al menos una pérdida de importancia del mismo

Esta idea revela el parentesco directo entre la ideología ligera de la globalización y el neoliberalismo. La idea es expresada de manera maniquea: la expansión global de los mercados tiene como contracara la retracción de los estados; la economía, los negocios, la cultura, el consumo se “desterritorializan” y en consecuencia el principio de la autoridad soberana estatal tiende a desvanecerse.

La idea de la desaparición del Estado es vieja en la teoría política; en los tiempos modernos la retomaron el anarquismo y el socia-

lismo marxista, aunque con enfoques diferentes; hoy reaparece en la ideología neoliberal y en las versiones light del globalismo (Schwartz, 1995). Hay incluso una exageración culturalista de esta idea falsa: la que afirma que hemos dejado atrás a la política, y que la nuestra sería una época “pos-política” (García Canclini, 1991).

La discusión precedente entrega algunos elementos para la refutación de esta idea a partir de datos elementales de la realidad contemporánea. Se mantiene la diferenciación nacional/territorial de la fuerza de trabajo, de sus remuneraciones y condiciones de empleo como condición de aumento de los beneficios empresariales a nivel global, y en esta diferenciación la intervención política de los estados sigue siendo fundamental. Es asimismo importante la diferenciación territorial de los estados y el mantenimiento de las fronteras estatales para la generación de precios nacionalmente diferenciados de bienes “no transables”, es decir que no circulan a través de las fronteras o cuya circulación transnacional es muy reducida: por ejemplo, tarifas de servicios nacionales (comunicaciones, combustibles, rentas inmobiliarias, etc.); estructura de precios en la industria de la construcción, y otros similares. Los recursos político-militares de los estados siguen siendo estratégicos para mantener o ampliar los espacios económicos y comerciales (por ejemplo, las ya mencionadas leyes Helms-Burton y D’Amato). La disolución de la Unión Soviética y los procesos de fragmentación en los Balcanes han incrementado vertiginosamente desde 1990 el número de estados, e incluso la dispersión del poder militar nuclear. Durante la década actual la membresía de organismos internacionales como la ONU, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional creció a un ritmo sólo comparable al de la década de los sesenta de la descolonización de África y Asia. En resumen, la componente estatal del mundo actual de los mercados globalizados es la mayor de la historia.

También es cierto que la familia de organismos supraestatales ha aumentado enormemente en el último medio siglo; a ella se agrega un número creciente de organismos no gubernamentales de proyección internacional que introducen mayor complejidad en la política mundial (Held, 1991:360ss; 1993:13-52; Morss, 1991). Se afirma incluso el progresivo surgimiento de una clase capitalista transnacional integrada por los ejecutivos de las corporaciones transnacionales, las burocracias

estatales globalizadas, los políticos y profesionales inspirados en el capitalismo global y las élites del consumismo (por ejemplo, medios de comunicación y élites comerciales) [Isklair, 1995].

Es indudable que la relación Estado/mercados se ha transformado, pero lo cierto es que siempre ha tenido una enorme variabilidad, independientemente de lo que los voceros de los estados y de los mercados hayan dicho y digan al respecto. El carácter y contenido de esta relación, sus alcances y limitaciones, sus medios y objetivos, están definidos en última instancia por los actores que impulsan a unos y otros. En los últimos 500 años el mundo ha presenciado el paso del estatismo mercantilista al liberalismo de los “burgueses conquistadores” retornando luego al intervencionismo imperialista de fines del siglo XIX, pasando al “libreempresismo” de la década de los veinte que condujo a la crisis de 1929, para regresar al intervencionismo keynesiano y socialdemócrata, y ahora redescubrir las virtudes del mercado (Cox, 1992).

Hoy, lo importante no es quitar de en medio al Estado sino redefinir su articulación al mercado y sus actores, y el modo de ejercer sus funciones respecto del capital. Hay en consecuencia una reformulación drástica de la relación –y de las tensiones– entre Estado y mercado. Esto lo expresa bien el Banco Mundial, que desde inicios de esta década enfatiza la necesidad de que el Estado lleve a cabo “reformas económicas amistosas hacia el mercado” (market-friendly economic reforms). La cuestión por lo tanto es qué tipo de relación está construyéndose entre estados nacionales, organismos supraestatales y mercados globales, mucho más que una supuesta disolución de lo estatal-nacional en lo mercantil-global (Cox, 1987; Callaghy, 1993; Piccioto, 1991; Saxe-Fernández, 1993; Bienefeld, 1994; Halloway, 1994; Panitch, 1994).

Las funciones o servicios que presta el Estado al capital son conocidos; en su mayor nivel de abstracción consisten en brindar seguridad a la propiedad capitalista (legislación interna y defensa exterior, transacción de conflictos de intereses), generar economías externas (por ejemplo, inversiones en infraestructura, capacitación de la fuerza de trabajo, producción de insumos, etc.) para la acumulación privada, y legitimar el sistema social organizado a partir de la primacía del capital (educación, medios de información y similares). Constantes otros factores (por ejemplo tradiciones histórico-culturales; dotación de factores y otros), diferentes estilos de acumulación de capital determinan

modalidades de intervención estatal específicas. El esquema neoliberal globalizante actual no es una excepción. El Estado cambia sus modalidades, alcances y estilos de articulación con el mercado para consolidar la reestructuración de las economías locales, su mayor apertura externa y una integración más amplia a las corrientes transnacionales de capital.

El economista mexicano David Ibarra lo resume con relación a México, pero sus señalamientos son válidos para el conjunto de América Latina y el Caribe:

Quiérase o no, casi de manera autónoma el gobierno seleccionó los objetivos sociales de importancia y, mas recientemente, la naturaleza de la remodelación de las instituciones económicas. Además, determinó no sólo el sentido, sino también el ritmo de estas reformas. En virtud de ese poder autoritario, en los años ochenta se exageraron y apresuraron los cambios estructurales, ya sea con el propósito de evitar o limitar las reacciones adversas, contrarrestar fuerzas e intereses encontrados o concluir rápidamente la etapa sistémica de transición (Ibarra, 1996:12).

Vale decir que el Estado interviene en favor de los grupos mejor articulados a los procesos de globalización para fortalecer su posición en el mercado y promover sus intereses, perspectivas y objetivos. La globalización de los actores, los intereses y los capitales es tanto función de los mercados como resultado de la gestión política del Estado.

La etapa actual de la globalización en clave financiera y neoliberal ofrece ante todo una reorientación en el sentido de la gestión del Estado. Esta reorientación tiene lugar respecto de actores e intereses; cambia el referente social y político de la gestión estatal, y con ese cambio tiene lugar el de las modalidades de la intervención estatal. Un elemento importante de esta reorientación en América Latina y el Caribe deriva de la crisis de inicios de la década pasada y del modo en que fue manejada por los estados de la región: el Estado se hizo cargo de la deuda externa privada de las empresas y la convirtió en deuda pública. El recurso ulterior a mayor endeudamiento externo agravó la subordinación de los estados nacionales respecto de los mercados financieros donde se contrae la deuda y en los que cotiza. En este nuevo escenario, se incrementaron la capacidad de decisión y el poder político de las agencias estatales más directamente vinculadas a esos mercados: ban-

cos centrales, ministerios o secretarías de finanzas, entre otros. En contraste, se reduce la gravitación institucional de las agencias más ligadas a los actores en retroceso: secretarías o ministerios del trabajo y de industria; organismos estatales de bienestar y seguridad social, etcétera.

Hay ciertamente una contracción de la presencia empresarial del Estado en la economía. Sin embargo deben efectuarse al respecto dos precisiones. La primera es que esta retracción es mucho más marcada en las economías menos desarrolladas que en las más industrializadas, donde el Estado mantiene amplios márgenes de intervención directa e indirecta, incluyendo la propiedad de activos (vid, Calcagno, 1993).

La segunda se refiere a que el “achicamiento” estatal no implica un paralelo o equivalente retroceso del Estado en su carácter de institucionalización del poder político de determinados actores. ¿Cómo explicarse la globalización del sistema bancario y financiero mexicano sin la intervención directa del Estado para rescatarlo de la crisis, hacerse cargo de sus pasivos, y conectarlo con la banca europea, asiática y canadiense? Más aún: ¿Cómo habría podido salvarse la economía mexicana de lo que el propio FMI llamó “la primera crisis financiera de la globalización” sin la intervención de la Reserva Federal de Estados Unidos, y sin la garantía del Estado mexicano de sus exportaciones de petróleo? ¿Cómo explicar la creciente globalización de la burguesía chilena sin tomar en cuenta el Estado pinochetista y su drástica redefinición del poder político, especialmente en lo referente al dismantelamiento de las organizaciones sindicales y políticas de los trabajadores? ¿De qué manera explicar el retroceso político de la fuerza de trabajo y sus organizaciones sin hacer referencia a las transformaciones en la legislación laboral de los estados?

La historia del capitalismo muestra como una constante que cada vez que la economía entró en crisis a causa de la especulación desenfrenada de los mercados, fue la intervención de los estados lo que hizo posible salir de la crisis. Sin necesidad de retroceder mucho, esto es lo que enseñan las experiencias de 1929, 1987 y 1994. Más en general, cada vez que una economía se enfrentó a un punto de viraje en los estilos de acumulación predominantes, el paso de un estilo a otro fue posible por la gestión del Estado en función de los actores económicos emergentes, para que éstos pudieran romper con el apoyo de los recur-

sos públicos –el poder coactivo, el manejo de la moneda y el crédito, entre otros–, los equilibrios pre-existentes y ganar posiciones de poder en el mercado (Vilas, 1995b).

Argentina es hoy, en América Latina, una de las ilustraciones más crudas del nuevo tipo de involucramiento del Estado en la economía y en la promoción de la integración del país a la globalización financiera. Por un lado, el Estado se deshizo apresuradamente de las empresas de bienes y servicios que creó en el pasado o de las que por razones diversas se había convertido en propietario. En términos formales, el Estado “se achicó”. Al mismo tiempo, interviene en el mercado de cambios fijando mediante una ley del Parlamento una paridad determinada, que decide políticamente cuáles actores de la economía estarán en condiciones de insertarse en la economía transnacionalizada, y cuáles no. Finalmente, el Estado interviene en el mercado de trabajo desde la perspectiva de las corporaciones de negocios, eliminando los mecanismos de protección social de la fuerza de trabajo.

No se trata solamente de la ejecución estatal de políticas determinadas, sino de la movilización de la esencia política del Estado –la coacción– en función de la dinámica globalizada del capital. Las reformas “amistosas al mercado” a través del cambio en el sentido de la gestión estatal han debido ser apuntaladas no tanto en la plausibilidad de las argumentaciones doctrinarias como en la contundencia de los gases lacrimógenos, los chorros de agua coloreada, el encarcelamiento de quienes protestan, e incluso su eliminación física.

La reorientación del funcionamiento del Estado puede resumirse en lo que Stephen Gill denomina “un nuevo constitucionalismo para un neoliberalismo disciplinario” (Gill, 1992). Por tal, Gill hace referencia aun régimen institucional transnacional generado por los estados que define y garantiza mediante tratados interestatales de jerarquía constitucional, los derechos globales y nacionales del capital: la Unión Europea, el TLC de América del Norte y el Mercosur, para mencionar a los más conocidos. Estos espacios ampliados de circulación supranacional del capital no habrían podido construirse sin la intervención del Estado, o bien del predominio político de unos actores –las corporaciones de negocios con mejor inserción en la globalización– sobre otros –los trabajadores y campesinos, los sectores medios, el público consumidor...– difícilmente habrían alcanzado los extremos y la fisonomía actual.

En momentos en que el capital recupera posibilidades de circulación desconocidas en los últimos 70 años, y cuando la especulación financiera desestabiliza mercados y países, destacan las reuniones periódicas del Grupo de los Siete (G-7) y sus intervenciones macroeconómicas para la regulación de los mercados internacionales y los flujos globales de capital. Contrariamente a lo que sería de esperar según la ideología conservadora de la globalización, el G-7 no agrupa a hombres de negocios, ejecutivos de grandes corporaciones u operadores de los mercados de valores. Al contrario, el G-7 es la reunión bianual de jefes de Estado y de gobierno y de los altos burócratas estatales de los países más industrializados del globo (Estados Unidos, Japón, Alemania, Gran Bretaña, Francia, Canadá e Italia). En estas reuniones políticas se definen las tasas de interés, se negocian los tipos de cambio, se formulan proyecciones que inciden en las apuestas de los especuladores financieros, y se orienta indirectamente el movimiento del capital. Si se quiere simplificar una cuestión muy compleja, puede decirse que el G-7 es la instancia interestatal de gobierno colegiado de los mercados globalizados.

En resumen: esta idea falsa presenta como un dato lo que es una vieja aspiración de deseos del capital financiero.

Después de todo: si los estados y la política fueran tan irrelevantes en este mundo globalizado, ¿cómo explicar el interés y los recursos dedicados por las élites empresariales globalizadas al control político de los estados?

La globalización como escenario y como oportunidad

Abandonada a su propia dinámica, sobre todo a la dinámica de sus ingredientes económicos y financieros, y al impulso de los países más desarrollados, la globalización monta un escenario sumamente desnivelado, con actores que ingresan a él de manera desigual, y cargando sobre sus hombros desigualdades que se arrastran desde la etapa anterior de configuración del capitalismo en escala mundial. Lo que generalmente se presenta como un proceso que aunque doloroso, hará ingresar a América Latina en la “modernidad” e incluso en la “posmodernidad”, significa en verdad una regresión a las condiciones de trabajo y de vida del siglo XIX o de principios del actual para entre un tercio y dos de la población, según los países.

El informe antes citado del Banco Mundial no deja lugar a dudas (Banco Mundial, 1995b). Abandonada a su propia dinámica, la globalización conducida por el capital financiero, las corporaciones transnacionales, los organismos financieros multilaterales, y la ideología neoliberal, sólo puede producir más de lo mismo: es decir, más empobrecimiento, más degradación ambiental, más degradación humana, y por lo tanto, mayor tendencia a la violencia, a la inseguridad, a la regresión hacia la guerra de todos contra todos donde, como en la condición prepolítica descrita por Hobbes sólo existe “el miedo y el peligro de la muerte violenta”.

Al mismo tiempo, debe considerarse que la globalización ofrece la oportunidad para un desarrollo más humano y más respetuoso del medio ambiente.

En primer lugar, el proceso de globalización pone de relieve la existencia de un conjunto amplio de temas y problemas de proyección universal que sólo pueden ser encarados de manera eficaz reconociendo esa proyección, y adoptando acciones y estrategias también de proyección global, o por lo menos regional. Es, por supuesto, el caso del medio ambiente. A él podemos agregar la problemática de los derechos humanos, de los trabajadores migrantes, del desarme; los derechos de la infancia; la violencia contra las mujeres; el lavado de dinero producto de actividades ilícitas; el endeudamiento externo y las condiciones leoninas de pago impuestas a los países deudores. En conjunto, estos lemas y problemas, y otros que sin duda podrían agregarse, diseñan lo que podríamos denominar “agenda hacia una ciudadanía global” o, si esto parece demasiado osado todavía, “agenda para una conciencia global de la ciudadanía” que convoque a la acción por encima de las fronteras nacionales.

En segundo lugar, junto con el desarrollo progresivo de la agenda hacia una ciudadanía global, tiene lugar el crecimiento de amplias redes de expresiones asociativas, genéricamente denominadas “organizaciones no gubernamentales”, que abarcan una enorme variedad de casos: locales, nacionales, transnacionales; orientadas hacia temas específicos o sectoriales o hacia cuestiones globales. La eficacia de estas organizaciones, su autonomía efectiva respecto del Estado y las corporaciones, así como el tipo de relaciones que mantienen con la gente, son extremadamente variadas y han motivado discusiones intensas. Muchas

de ellas han probado ser simples fachadas de los grandes actores de la globalización financiera y de la penetración neocolonial de las grandes potencias —o, por lo menos, un *modus vivendi* disimulado tras la máscara de la beneficencia—, pero en otros casos, y es fundamentalmente en ellos en los que estoy pensando ahora, esas organizaciones probaron ser de un valor estratégico para la introducción y la promoción muchos de los temas de una agenda global alternativa —derechos humanos, medio ambiente, derechos laborales, derechos de las minorías étnicas, la problemática de la opresión de género de las mujeres...— incluyendo la lenta pero progresiva sensibilización de algunas organizaciones e instituciones políticas respecto de tal agenda.

En tercer lugar, algunos aspectos del sesgo y de los efectos desigualadores de la globalización “realmente existente” ayudan, contradictoriamente, al progresivo desarrollo de lo que en una ocasión anterior denominé “globalización de la idea de justicia” (Vilas, 1994a). La desregulación de los medios de comunicación, el internet, etc., permiten el tráfico de mucha chatarra informativa e incluso su utilización con fines atentatorios a la dignidad y la libertad humanas (por ejemplo, la utilización del internet por “páginas” de pornografía infantil); pero también permiten la socialización de información alternativa, o de confrontación con los poderes autoritarios del Estado y de las corporaciones, que ya no puede ser censurado por aquél o por éstas. No todo lo que circula por estos canales puede considerarse como proveniente de los ámbitos más democráticos o progresistas de la sociedad, pero parte importante de lo que circula es de confrontación con los intereses de las fuerzas que impulsan la globalización financiera del capital y sus efectos más negativos. En particular incrementa y acelera el acceso de información entre los nuevos actores de la agenda global a los que me referí en el párrafo anterior.

La enunciación podría extenderse pero me parece que lo apuntado hasta aquí sirve explícitamente para considerar la posibilidad, y de hecho la necesidad, de ver en la globalización, además del conjunto de sesgos e inercias negativas ya discutidas, el desafío para encontrar vías de oposición y alternativas a tales sesgos e inercias. Por supuesto, los avances en el conocimiento y en la gestación de una conciencia de ciudadanía global son todavía mucho mayores que en términos de capacidad para generar impactos en las políticas estatales y en el com-

portamiento de las corporaciones depredadoras. Pero sin el desarrollo de esta conciencia es imposible pensar en avanzar en el terreno de los resultados concretos. Y esta misma conciencia es un extraordinario desarrollo concreto: posiblemente por primera vez en la historia, enormes cantidades de seres humanos estamos pensando en términos de humanidad, proyectando nuestro sentido de responsabilidad y nuestros deseos de justicia hasta los últimos confines de esa humanidad.

Ahora bien: esta ciudadanía global no surge espontáneamente o por inercia de la globalización en curso. Como toda ciudadanía, es el producto de la resistencia a la opresión y de la lucha por algo mejor que lo realmente existente. Sin una voluntad de confrontación a lo presente, hasta la idea de futuro carece de sentido.

Bibliografía

- Alfie, Miriam (1995), “Movimientos sociales y globalización”, en *Sociológica*, núm. 27, enero- abril, pp. 195-210.
- Arrighi, Giovanni (1994), *The Long Twentieth Century. Money, Power, and the Origins of Our times*, Londres, Verso.
- Banco Mundial (1991). *Informe sobre el desarrollo mundial: La tarea acusante del desarrollo*, Washington D.C., Banco Mundial.
- (1995a), *Les perspectives économiques Mondiales et les pays en développement*, París, Económica.
 - (1995b), *Informe sobre el desarrollo mundial. El mundo del trabajo en una economía integrada*. Washington D.C., Banco Mundial.
 - (1996), *Informe sobre el desarrollo mundial. De la planificación centralizada a la economía de mercado*, Washington, D.C., Banco Mundial.
- Barrat-Brown, Michael (1975), *Teoría económica del imperialismo*, Madrid, Alianza Universidad.
- Bienefeld, Manfred (1994), “Capitalism and the Nation State in the Dog Days of the Twentieth Century”, en Ralph Miliband y Leo Panitch (eds.), *Between Globalism and Nationalism. The socialist Register 1994*, Londres, Merlin Press, pp. 94-129.
- Braudel, Fernand (1979), *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, xv-xvii siècle*, París, Armand Collin (hay traducción de Alianza Editorial).
- Broad, Robin y Christina Melhorn Landi (1996), “Whither the North-South Gap?” *Third World Quarterly* 17 (1), pp7-17.

- Calcagno, Alfredo Eric (1993), *El Estado en países desarrollados. La acción pública en Alemania, Estados Unidos, Francia y Japón: Enseñanzas Para América Latina*, Santiago, Cuadernos del IL-PES, núm. 38 (documento LC/IP/G. 69-71 p.).
- Callaghi, Thomas R. (1993), "Vision and Politics in the Transformation of the Global Political Economy: Lessons from the Second and Third Worlds", en R.O., Slater, B.M. Schultz y A. R. Dorr (eds.), *Global Transformation and the Third World*, Boulder, Co.: Lynne Rienner, pp. 161- 257.
- CEPAL (1949), *Estudio Económico de América Latina*, 1949, Nueva York, ONU, Departamento de Estudios Económicos.
- Cox, Robert W. (1987), *Production, Power, and World Order*, Nueva York, Columbia University Press.
- (1992), "Global perestroika", en Ralph Miliband y Leo Panitch (eds.), *New World Order? The Socialist Register 1992*, op. cit., pp 26-43.
- Dahrendorf, Ralph (1994), "The changing Quality of Citizenship", en Bart van Steenbergen (ed.), *The Condition of Citizenship*, Londres, Sage, pp10-19.
- Davis, Ralph (1973) *The Rise of the Atlantic Economies*, Ithaca, Cornell University Press.
- Diamond, Larry (1993), "The globalization of Democracy", en Robert O. Slater et. al. (eds.), *Global Transformation and the Third World*, Boulder, Lynne Rienner, pp. 31-69.
- Diamond, Larry y Marc F. Plattner (comps.) (1996), *El resurgimiento global de la democracia*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- Ferrer, Aldo (1996), *Historia de la globalización. Orígenes del orden económico mundial*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Frank, André Gunder (1990), "A Theoretical Introduction to 5 000 Years of World System History" *REVIEW XIII* (2), primavera, pp 155-248.
- García Canclini, Néstor (comp.) (1991), *Cultura y pospolítica. El debate sobre la posmodernidad en América Latina*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Gill, Stephen (1992), "The Emerging World Order and European Change", en Ralph Miliband y

- Leo Panitch (eds.), *New World Order? The Socialist Register*, 1992, op. cit., pp. 157-196.
- Guerra-Borges, Alfredo (Coord.) (1994), *Nuevo orden mundial: reto para la inserción de América Latina*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.
- Gillen Romo, Arturo (1994), "Bloques regionales y globalización de la economía", en *Comercio Exterior*. Vol. 4, núm. 5 (mayo), pp 379-386.
- Halloway, Jhon (1994), "Global Capital and the National State", *Capital •Class* 52, primavera, pp. 23-49.
- Hamilton, Earl J. (1948). *El florecimiento del capitalismo*, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente.
- Harris, Nigel (1987), *The end of the Third World*, Hardmondsworth, Penguin.
- Held, David (1991), *Modelos de democracia*, Madrid, Alianza.
- (1993), *Prospects for Democracy*, Stanford, Stanford University Press.
- Hermet, Guy (1989), *En las fronteras de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Hermet, Guy, Alain Rioquie y Juan Linz (1982), *¿Para qué sirven las elecciones?*, México, Fondo de Cultura Económica .
- Hobsbawn, Eric (1975), *The Age of Capital 1848-1875*, Nueva York, Charles Scribner's Sons.
- Ianni, Octavio (1992), *A Sociedade Global, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira*.
- (1996a), *Teorías de la globalización*, México, CEIICH-UNAM/Siglo XXI.
- (1996b), *A era do globalismo*. São Paulo, Civilização Brasileira.
- Ibarra, David (1996), *¿Transición o crisis? Las contradicciones de la política económica y el bienestar social*, México, Aguilar.
- Johnson, Paul (1993), "Colonialism's back -and Not a Moment Too Soon", *The New York Times Magazine*, 18 de abril de 1993.
- Johnson, Sterling (1994), *Global Search and Seizure. The U.S. National Interest vs. International Law*, Hampshire, Dartmouth.
- Lefever, Ernest W. (1993), "Reigning in the U.N. Mistaking the Instrument for the Actor", *Foreign Affairs* 73 (2), verano, pp. 17-20.
- Morss, Elliot R. (1991), "The New Global Players: How they Compete and Collaborate", *World Development* 19 (1), pp. 55-64.
- Panitch, Leo (1994), "Globalisation and the State", en Ralph Miliband y Leo Panitch (eds.), *Between Globalism and Nationalism. The Socialist Register 1994*, op. cit., pp 60-93.

- Piccioto, Sol (1991), "The Internationalisation of the State", *Capital • Class* 43, primavera, pp. 43-63.
- PNUD, Programa de la naciones Unidas Para el Desarrollo (1992), *Desarrollo Humano: Informe 1992*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
- Polanyi, Karl (1944), *The Great Transformation*, Nueva York, Basic Books (hay traducción del Fondo de Cultura Económica).
- Robinson, William I. (1996), *Promoting Polyarchy. Globalization, US Intervention, and Hegemony*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Sapir, André (1992), "Regional Integration in Europe", en *The Economic Journal* 102, noviembre, pp. 1491-1505.
- Saxe-Fernández, John (1993), "Globalización; procesos de integración y desintegración", en J. Estay (comp.), *La reestructuración Mundial y América Latina*, México, Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM, pp 36-63.
- Sklair, Leslie (1995), "Social Movements and Global Capitalism", *Sociology* 29 (3), agosto, pp. 495-512.
- Schwartz, Joseph M. (1995), *The Permanence of the political*, Princeton N.J., Princeton University Press.
- Sée, Henri (1926), *Orígenes del capitalismo moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1937.
- Singer, Hans W. (1950), "The distribution of Gains Between Investing and Borrowing Countries", en *American Economic Review* XL, 2 de mayo, pp 473-485.
- Vilas, Carlos M. (1994a), *América Latina en el "Nuevo orden mundial"*, México, CEIICH-UNAM.
- (1994b), "Política y poder en el nuevo orden mundial", en A. Guerra-Borges, 1994, op. cit., pp. 9-83
 - (1995a), "Acotando la globalización", en *Etcétera* 141 (12 de octubre), pp. 19-21.
 - (1995b), "Después del ajuste: La política social entre el Estado y el mercado", C.M:
- Vilas (ed), *Estado y políticas sociales después del ajuste*, Caracas, Nueva Sociedad, pp. 9-29.
- (1996), "Violencia política, legitimidad y fragmentación social", Documento presentado en el Foro Violencia y políticas públicas en América Latina, Carcas, CENDES, octubre.

- (1997), “Participation, inequality, and the Whereabouts of Democracy”, en D. Chalmers, C. M. Vilas et, al. (eds.), *The New Politics of Inequality in Latin America*, Oxford, Oxford University Press, pp. 3-42.
- Wallerstein, Immanuel (1974), *The Modern World System*, Nueva York, Academic Press.
- Williamson, John (1993), “Democracy and the ‘Washington Consensus’”, en *World Development* 21 (8), pp. 1329-1336.

Regionalismo vs. Globalización: ¿Es posible un multilateralismo por bloques?*

.....
María Cristina Rosas González **

Resumen

Las transformaciones sufridas en los últimos años obligan a observar, discutir y revisar los alcances y límites de los procesos regionales. Que implican nuevas formas de negociación.

La autora plantea, a través de un análisis de la situación internacional, las posibilidades y trabas de un “multilateralismo por bloques”, en el marco de la Organización Mundial de Comercio.

Los procesos de regionalización económica¹ son consecuencia de, y a la vez facilitan, la globalización² al unir los mercados nacionales de diversos países o territorios con los que se crean

* Texto original: Rosas, María Cristina, "Regionalismo VS globalización: ¿Es posible un multilateralismo por bloques?", en *Relaciones Internacionales*, número 73, FCPys UNAM, México D.F., enero-abril de 1997, pp. 43-54.

Ponencia presentada en el X Congreso Nacional de la Asociación Mexicana de Estudios Internacionales (AMEI) que con el tema general *Identidad y Globalización* se llevó a cabo del 28 al 30 de noviembre de 1996 en Oaxtepec, Morelos, México.

** Profesora adscrita a la Coordinación de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y es miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

¹ Para los fines de la presente reflexión, la regionalización económica es considerada como el proceso de cooperación y/o integración que dos o más Estados, o territorios geográficamente cercanos entre sí, conviene llevar a cabo.

² Aun cuando existen distintas definiciones en torno al concepto de globalización, para efectos del presente análisis se le utilizará como sinónimo de transnacionalización y como proceso carac-

espacios económicos de productores, consumidores, distribuidores e inversionistas más amplios en virtud de las necesidades que tiene el proceso de reproducción y expansión del capital a escala planetaria. La competencia intercapitalista ya no solo se libra entre los estados nacionales, sino entre esos grandes mercados ampliados, también llamados “regiones económicas” o “bloques”, que se le imprimen un sello característico a la economía internacional de finales de siglo y milenio.

El propósito del presente ensayo es discutir y revisar los alcances y límites de los procesos de regionalización y debatir si ante la llamada crisis del multilateralismo clásico,³ es posible que las regiones desplacen paulatinamente a los estados-nacionales como actores económicos preponderantes en las relaciones internacionales, haciendo necesario debatir en foros como el Acuerdo general sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), o la ahora Organización Mundial de Comercio (OMC), la pertinencia de un multilateralismo interregional o por bloques.

El lugar de los procesos de regionalización económica en las relaciones internacionales

En la historia del sistema capitalista incluso, con anterioridad a éste, diversas naciones han convenido en suscribir acuerdos en materia de cooperación y/o integración económica a escala regional.⁴

terizado por la integración creciente de los mercados mundiales de bienes, servicios y capitales. Véase, *The World Bank, Global Economic Prospects and the Developing Countries*, Washington D.C., The World Bank, 1996, p.3.

³ El multilateralismo clásico referido al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) es aquel que se producía teniendo como actores fundamentales a los Estados-nacionales. En la medida en que nuevos actores se han incorporado al comercio internacional, por ejemplo, las empresas transnacionales y las mismas regiones, además del tan llevado y traído deterioro del Estado-nación, se habla de la crisis del multilateralismo clásico. Para un análisis más profundo en torno a este tema véase María Cristina Rosas, *Crisis del multilateralismo clásico: política comercial externa estadounidense y zonas de libre comercio*, México, Instituto de Investigaciones Económicas/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1995.

⁴ Los historiadores registran, por ejemplo, el caso de Gran Bretaña y Escocia, quienes propusieron una unión entre 1547 y 1548, así como la unión real en 1603; cien años después, el Acta de Unión entre Inglaterra y Escocia estableció una unidad política y económica. En Francia, Colbert había planeado hacia 1664, unir todas las provincias del reino integrando una unión aduanera, plan que fracasó. Empero, todas las barreras internas fueron abolidas por el gobierno revolucionario entre 1789 y 1790. En Canadá, que se encontraba bajo la dominación británica, las provincias de Quebec, Ontario, Nueva Escocia y Nueva Brunswick convinieron en concretar el libre comercio en alimentos y materias primas hacia 1850, y más tarde fue suscrito el Tratado de

Empero, en la medida en que los Estados-nacionales eran el núcleo básico en que se producía el proceso de acumulación originaria de la capital, los acuerdos de cooperación e integración económicas de carácter interestatal eran más bien excepcionales. Hoy la situación ha cambiado porque el Estado-nación representa un espacio económico muy reducido para los requerimientos del sistema capitalista. Cada vez más se asume que el abaratamiento en los costos de la producción, la concreción de la competitividad, y la eficiencia e incremento en la productividad se puede alcanzar en espacios económicos mayores, esto es sumando diversos mercados nacionales en las zonas geográficas claramente identificables y aboliendo las fronteras y limitaciones que existen entre ellos en terrenos como el flujo de bienes, servicios, capitales y, en algunos casos, personas. Los factores de la producción adquieren una extraordinaria movilidad a escala planetaria porque el mundo se ha transformado en una gigantesca fábrica que demanda que los Estados-nacionales intervengan lo menos posible en esta dinámica económica.

Ramón Tamames explica las ventajas de la asociación de los Estados-nacionales en iniciativas de cooperación y/o integración económicas regionales a saber:

1. La conformación de economías derivadas de la producción en gran escala;

Reciprocidad con Estados Unidos a fin de erradicar todas las barreras a los productos naturales de ambas naciones en 1854. En 1867, al crearse la Confederación Canadiense, con el Acta Británica de América del Norte, se estableció el libre comercio en todo el territorio canadiense. En Estados Unidos, los colonos habían fijado diferentes aranceles a distintos productos, pero la adopción de la Constitución en 1789, los estados en lo individual dismantelaron sus impuestos arancelarios para el comercio mutuo. Los principados alemanes, entre 1813 y 1815 no lograron concretar una unión aduanera dado que en ese tiempo estaban creando aranceles en sus 38 fronteras. Prusia abolíó los aranceles en 1818 y a través de acuerdos bilaterales o plurilaterales entre 1818 y 1828 creó tres uniones aduaneras a saber: 1) la de Württemberg-Bavaria; 2) la de Prusia-Hesse-Darmstadt; y 3) la Unión Germana Central. Finalmente en 1833, se creó el Zollverein Germano Único, que estuvo vigente de 1834 a 1871. Otros ejemplos de uniones aduaneras en Europa han sido la que Austria instituyó con los países vecinos entre 1775 y 1879; la Confederación Suiza, creada en 1848 con una unión económica; la unión de los estados italianos en una unificación aduanera durante 1860 a 1866; la unión aduanera instituida entre Suecia y Noruega en 1874-1875; la unión aduanera formada por Bélgica y Luxemburgo en 1921; y la unión aduanera del BENELUX nacida en 1944 (y cuya entrada en vigor se produjo en 1947) entre Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo. Véase *World Trade Organization, Regionalism and the World Trading System*, Belgium, WTO, 1995, p.6.

2. La intensificación de la competencia dentro del nuevo mercado ampliado;
3. La disminución en los problemas en las balanzas de pagos debido al ahorro de divisas convertibles;
4. La posibilidad de abordar actividades que difícilmente podrían efectuar determinados países de manera individual o por separado debido a la escasa dimensión de sus mercados nacionales, insuficiencia tecnológica, incapacidad financiera, etcétera;
5. El aumento del poder de negociación frente a terceros países o ciertas agrupaciones regionales, así como una formulación más coherente de las políticas económicas;
6. La necesidad de introducir, en el mediano o largo plazos, reformas estructurales que en el contexto nacional podrían aplazarse *sine die*;
7. La posibilidad de lograr, sobre la base de un rápido proceso de integración, la aceleración del desarrollo económico (no simplemente del crecimiento, y para ello, véase el cuadro 1).⁵

Cuadro 1				
Relación entre crecimiento e integración, 1991-1995 (porcentajes)				
Región	Crecimiento del PIB <i>per cápita</i> 1991-1995	Crecimiento de las exportaciones <i>per cápita</i> 1991-1995	Flujos de inversión extranjera directa como porcentaje del PIB, 1993-1995	Otros flujos privados de capital como porcentaje del PIB, 1993-1995
Este de Asia	8.0	14.1	3.1	2.5
Sur de Asia	2.2	8.4	0.3	1.2
Países de altos ingresos	1.2	5.0	0.6	0.4
América Latina y el Caribe	1.1	7.2	1.1	2.0

⁵ Ramón Tamames. "Integración y desintegración económicas en Europa y en las Américas" en IMRED, Paradojas de un mundo en transición, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1993, pp. 81-82.

Cuadro 1				
Relación entre crecimiento e integración, 1991-1995 (porcentajes)				
Oriente Cerca- no y Norte de África	-0.2	0.4	0.4	0.3
África subsahariana	-1.5	-1.6	0.9	0.1
Europa y Asia Central	-7.7	1.0	1.4	2.1

Fuente: Elaborado con datos del Banco Mundial y estimaciones de los analistas de la misma institución.

Hay ciertamente otras razones que son ponderadas por los países que convienen en involucrarse en una dinámica de cooperación y/o integración económica. Para Fred Bergsten, director del Instituto de Economía Internacional con sede en Washington, es menos complicado suscribir arreglos de preferencias comerciales mutuas con unos cuantos vecinos que con 123 naciones como las que permanecen a la OMC.⁶

Asimismo, en buena parte de los procesos de cooperación y/o integración regionales existentes, se ha convenido en suscribir compromisos tan ambiciosos como los acuerdos totales de libre comercio, algo que en las negociaciones comerciales multilaterales no ha podido concretarse. También resulta evidente que los procesos de regionalización han sido posibles gracias a la decisión de los países de privilegiar la cooperación sobre el conflicto y, claro, rivalidades tan amargas como las que han existido entre Francia y Alemania, Argentina y Brasil, India y Pakistán son mitigadas por la dinámica existente en la Unión Europea (UE), el Mercado Común del Cono Sur (Mercosur) y la Asociación del Sur de Asia para la cooperación Regional (SAARC), respectivamente.⁷

Así las cosas, y aunque existe una cierta discrepancia en torno a las cifras, se calcula que entre un 50 y un 60 por ciento del co-

⁶ Esta es una de las razones frecuentemente citadas como causante de alargamiento que comenzaron a experimentar sobre todo las últimas dos rondas de negociaciones comerciales multilaterales celebradas al amparo del GATT: la Tokyo (que tuvo duración de 1973 a 1979) y la Uruguay (que se inició en 1986 y terminó hasta 1993).

⁷ C. Fred Bergsten, "Globalizing Free Trade" en Foreign Affairs, May/June 1996, Volume 75, Number 3, p. 106.

mercio mundial ocurre en el contexto de acuerdos comerciales o entre países que han decidido buscar la integración económica de una fecha determinada (Véase el cuadro 4).⁸ En la actualidad hay un centenar de acuerdos comerciales de cooperación y/o integración a nivel regional que habían sido notificados al GATT⁹ y de los que naturalmente ya tiene conocimiento la OMC. Empero, sería necesario destacar que alrededor de una tercera parte de todos esos acuerdos, fueron suscritos en un lapso de cinco años, esto es, entre 1990 y 1994, época en que la Ronda Uruguay del GATT, al decir de los expertos, estuvo a punto de fracasar, avivando las negociaciones bilaterales en que los países se enfrascaron a manera de “protección” en el caso de que el sistema multilateral de comercio se colapsara. En ese periodo de cinco años fueron signados importantes acuerdos regionales, tales como: el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN, en 1994), el Mercado Común del Cono Sur (Mercosur, en 1991), el Consejo Económico Asia-Pacífico (APEC, en 1989), el Acuerdo de Libre Comercio Centroeuropeo (CEFTA, en 1992), la Unión Monetaria y Económica de África Occidental (UMEAO, en 1994), la Unión Árabe del Maghreb (UAM, en 1989), la Comunidad Económica Africana (CEA, en 1991), el Mercado Común para África del Sur y Oriental (COMESA, en 1993), el Sistema de Integración Centroamericano (SICA, en 1991) y la Asociación de Estados del Caribe (AEC, en 1994), entre los principales.¹⁰

⁸ *Ibidem*, La Organización Mundial de Comercio, calcula en un 50.4 por ciento el comercio intrarregional respecto al comercio internacional. Véase World Trade Organization, *op. Cit.*, p. 39

⁹ Bergsten se queja de que esos 100 acuerdos notificados al GATT, ninguno ha sido rechazado y sólo dos han sido aprobados y sugiere que el regionalismo en la actualidad, sigue tan dominante, demanda de la OMC disposiciones más enérgicas a fin de garantizar que los acuerdos regionales bilaterales evolucionen de manera abierta. Véase C. Fred Bergsten, *op. cit.*, p. 110.

¹⁰ Para un recuento detallado de las instituciones de cooperación y/o integración regional existentes, por ejemplo, en los países de menor desarrollo, véase UNCTAD, *State of South-South Cooperation. Statistical Pocket Book and Index of Cooperation Organizations*, Geneva, UNCTAD, 1995.

Cuadro 2			
Miembros de la Organización Mundial del Comercio (Lista actualizada al 26 de julio de 1996-123 países)			
ANTIGUA Y BARBUDA	INDIA	SUDÁFRICA	ECUADOR
GRANADA	RUANDA	COSTA RICA	MAURICIO
NORUEGA	BOTSWANA	LIECHTENSTEIN	TÚNEZ
ARGENTINA	INDONESIA	ESPAÑA	EGIPTO
GUATEMALA	SAN CRISTÓBAL Y NEVIS	COSTA DE MARFIL	MÉXICO
PAKISTÁN	BRASIL	LUXEMBURGO	TURQUÍA
AUSTRALIA	IRLANDA	SRI LANKA	EL SALVADOR
GUINEA BISSAU	SANTA LUCÍA	CUBA	MARRUECOS
PAPÚA NUEVA GUI-NEA	BRUNEI DARUSSALAM	MACAO	UGANDA
AUSTRIA	ISRAEL	SURINAM	FIJI
REPÚBLICA DE GUI-NEA	SAN VICENTE Y LAS GRANADINAS	CHIPRE	MOZAMBIQUE
PARAGUAY	BURKINA FASO	MADAGASCAR	REINO UNIDO
BAHREIN	ITALIA	SWAZILANDIA	FINLANDIA
GUYANA	SENEGAL	REPÚBLICA CHECA	MYANMAR
PERÚ	BURUNDI	MALAWI	EMIRATOS ÁRABES UNIDOS
BANGLADESH	JAMAICA	SUECIA	FRANCIA
HAITÍ	SIERRA LEONA	DINAMARCA	NAMIBIA
FILIPINAS	CAMERÚN	MALASIA	ESTADOS UNIDOS
BARBADOS	JAPÓN	SUIZA	GABÓN
HONDURAS	SINGAPUR	DJIBOUTI	PAÍSES BAJOS
POLONIA	CANADÁ	MALDIVAS	URUGUAY
BÉLGICA	KENYA	TANZANIA	ALEMANIA
HONG KONG	REPÚBLICA ESLOVACA	DOMINICA	NUEVA ZELANDA VENEZUELA
Gobiernos con status de observadores: Albania, Argelia, Armenia, Bielorrusia, Bulgaria, Cambodia, Chad, República Popular China, Estonia, Macedonia, Gambia, Georgia, Jordania, Kazajstán, Kirgizstán, Letonia, Lituania, Moldova, Mongolia, Nepal, Níger, Omán, Panamá, Rusia, Saudi Arabia, Seychelles, Sudán, Taiwán, Tonga, Ucrania, Uzbekistán, Vanuatu, Viet Nam y Zaire.			

Cuadro 2			
Miembros de la Organización Mundial del Comercio (Lista actualizada al 26 de julio de 1996-123 países)			
PORTUGAL	REPÚBLICA CENTROAFRICANA	MALÍ	GHANA
BELICE	REPÚBLICA DE COREA	TAILANDIA	NICARAGUA
HUNGRÍA	ESLOVENIA	REPÚBLICA DOMINICANA	ZAMBIA
QATAR	CHILE	MALTA	GRECIA
BENIN	KUWAIT	TOGO	NIGERIA
ISLANDIA	ISLAS SALOMÓN	UNIÓN EUROPEA	ZIMBABWE
RUMANIA	COLOMBIA	MAURITANIA	
BOLIVIA	LESOTHO	TRINIDAD Y TOBAGO	
Gobiernos con status de observadores: Albania, Argelia, Armenia, Bielorrusia, Bulgaria, Cambodia, Chad, República Popular China, Estonia, Macedonia, Gambia, Georgia, Jordania, Kazajstán, Kirgizstán, Letonia, Lituania, Moldova, Mongolia, Nepal, Níger, Omán, Panamá, Rusia, Saudi Arabia, Seychelles, Sudán, Taiwán, Tonga, Ucrania, Uzbekistán, Vanuatu, Viet Nam y Zaire.			

Pese a lo que podría pensarse, los acuerdos regionales referidos no son ilegales dado que desde los tiempos en que el GATT fue creado (1974), el artículo XXIV de sus estatutos ya contemplaba la posibilidad de que dos o más naciones convinieran en otorgarse un tratamiento preferencial que no tendrían que hacer extensivo a terceros. Dicho artículo es el que principalmente se refería a las uniones aduaneras y a las zonas de libre comercio. Proporcionaba una serie de normas que debían ser atacadas por dichos acuerdos, incluyendo la notificación y la revisión que las partes contratantes habrían de efectuar de manera conjunta con la institución. Los acuerdos amparados en el artículo XXIV del GATT debían cumplir con el requisito de cubrir “todas las esferas comerciales importantes” y los miembros de un diseño regional de este tipo tendrían que poseer una política comercial respecto a terceros países que no fuera más restrictiva que las políticas individuales previas a la suscripción de dichos acuerdos regionales.¹¹

¹¹ World Trade Organization, *op. cit.*, p. 7.

Cuadro 3			
Acuerdos comerciales regionales sujetos a revisión por la Organización Mundial de Comercio en 1996			
Orden Progresivo	Nombre del acuerdo comercial	Orden Progresivo	Nombre del acuerdo comercial
1	Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) México, Estados Unidos, Canadá (bienes)	17	República Checa- Eslovenia
2	TLCAN (servicios)	18	EFTA- Hungría
3	Mercado Común del Cono sur (Mercosur) Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay	19	UE- Rumania
4	Unión Europea (UE)- República Checa	20	UE- Bulgaria
5	UE-República Eslovaca	21	UE- Letonia
6	UE- Hungría	22	UE- Estonia
7	UE- Polonia	23	UE- Lituania
8	Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA)-Israel	24	Hungría- Eslovenia
9	EFTA- Rumania	25	Acuerdo de Libre Comercio Centroeuropeo (CEFTA) República Checa, Hungría, Polonia, República Eslovaca*
10	EFTA- Bulgaria	26	EFTA- Eslovenia
11	EFTA- Polonia	27	UE- Islas Ferøe
12	Ampliación de la UE (bienes)	28	Ampliación de la UE (servicios)
13	Suiza-Estonia	29	UE- Turquía
14	Suiza- Letonia	30	Islandia- Islas Ferøe
*La OMC fue notificada que en mayo la República de Eslovenia se convertiría en miembro de la CEFTA: De la lista aquí presentada, 23 acuerdos serían revisados en 1996, incluyendo el TLCAN y el Mercosur, así como los que plantean la ampliación de la Unión Europea.			
Fuente: Organización Mundial del Comercio.			

Cuadro 3			
Acuerdos comerciales regionales sujetos a revisión por la Organización Mundial de Comercio en 1996			
15	Suiza- Lituania	31	Suiza- Islas Ferøe
16	República Eslovaca- Eslovenia	32	Noruega- Islas Ferøe
*La OMC fue notificada que en mayo la República de Eslovenia se convertiría en miembro de la CEFTA. De la lista aquí presentada, 23 acuerdos serían revisados en 1996, incluyendo el TLCAN y el Mercosur, así como los que plantean la ampliación de la Unión Europea.			
Fuente: Organización Mundial del Comercio.			

En los primeros años de existencia del GATT, el artículo XXIV no pareció presentar mayores desafíos. La regla que era atacada por los miembros de la institución era la promoción de un libre comercio multilateral. La hegemonía estadounidense hizo su parte al liderar al sistema capitalista, obligando a sus socios comerciales a dismantelar los obstáculos (principalmente arancelarios) al comercio internacional. Pero al paso del tiempo, con la recuperación económica de Europa Occidental, concretada hacia finales de la década de los cincuenta, y el consiguiente nacimiento de las entonces Comunidades Europeas (CE), el artículo XXIV del GATT empezó a ser invocado cada vez con más frecuencia. Tan sólo en la década de los sesenta surgieron instituciones como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC, en 1960), el Pacto Andino (PA, en 1969) la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA, en 1960), la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ANSEA, en 1967), el Mercado Común Centroamericano (MCCA, en 1960), el Mercado Común Árabe (MCA, en 1964), y la Unión Económica y Aduanera de África Central (UEAAC, en 1964), entre otros. Esta primera ola de regionalismos fue motivada, en gran medida, por la suscripción del Tratado de Roma por seis importantes economías europeas occidentales –la República Federal de Alemania, Italia, Francia, Luxemburgo, Bélgica y Países Bajos- temiendo que la integración de las mismas tuviera un efecto negativo en el sistema multilateral de comercio.

La segunda ola de regionalismos, esto es, la que se produjo en el marco del estancamiento de la Ronda de Uruguay del GATT, se convirtió sin embargo, en la más preocupante, ya que fue en esta etapa que las

regiones comenzaron a despuntar no sólo como agrupaciones de Estados sino como mercados ampliados en una era de transnacionalización creciente, donde adquirieron personalidad propia al punto de mostrarse como actores en las relaciones económicas internacionales.

Si de actores se trata, el lugar más destacado correspondería a la Unión Europea, que participó como tal en la Ronda de Uruguay del GATT, al tiempo que, en el seno de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) circulaba el rumor de que en la restructuración del Consejo de Seguridad —y a efecto de terminar con el debate en torno a la pertinencia de darle o no un asiento como miembro permanente a Alemania en ese foro— debería ponderarse la posibilidad de que Bruselas tuviera un asiento en representación de todos los integrantes de la UE. La UE no es la única entidad aglutinadora de las aspiraciones económicas, políticas y sociales de un grupo de Estados que empieza a concretar posturas comunes en la escena mundial. Tal vez de manera menos visible, pero igualmente importante, los socios del Mercosur, la ANSEA y el Acuerdo para el Establecimiento de Relaciones Económicas más estrechas entre Australia y Nueva Zelanda (ANZCERTA)¹² también están actuando en una dinámica que presagia un mayor diálogo interregional o inter-bloques en el que, naturalmente, las regiones tendrán cada vez más relevancia y acciones concretas en la escena mundial.

¿Hacia un multilateralismo por bloques?

Según los acuerdos negociados en la Ronda de Uruguay, se convino en la desaparición del GATT —cuya obsolescencia se aceleró en la posguerra fría— y en la creación de la OMC. En el transcurso de 1995, en la medida en que el GATT oficialmente dejó de existir. Hoy por hoy, la OMC es la única entidad encargada de velar por la promoción de un comercio libre de obstáculos desde la óptica multilateral.

¹² El ANZCERTA fue creado en 1938. Se le considera uno de los acuerdos de liberalización comercial más exitosos del mundo desde el punto de vista de que todas las barreras al comercio en bienes entre los dos países fueron desmanteladas en 1990 en vez de 1995, como se tenía originalmente planeado. En 1988, el Protocolo sobre Comercio en Servicios liberalizó el flujo en servicios comerciales y cada vez se ha puesto más atención a la armonización de legislaciones empresariales, procedimientos aduanales y cualquier otra cosa que contribuya a expandir o inhibir la relación económica entre estos dos países del Pacífico Sur. Véase Gareth Evans y Bruce Grant, *Australia's Foreign Relations in the World of the 1990s*, Melbourne, Melbourne University Press, 1995, p. 177.

Sin embargo, los momentos en que surge la OMC son quizá los menos propicios para promover el multilateralismo comercial. No sería exagerado afirmar que la OMC se encuentra atrapada entre los bloques, esto es, que ha nacido en medio de un centenar de acuerdos comerciales discriminatorios hacia terceros y ello dota a la Organización de una gran debilidad, misma que ha quedado de manifiesto en la controversia automotriz suscitada entre Japón y Estados Unidos en 1995 y, actualmente, en la disputa que debido a la extraterritorialidad de la llamada Ley Helms-Burton encabezan Estados Unidos y la Unión Europea. De seguir así, la OMC alentará las voces neo-aislacionistas que se dejan escuchar en diversas latitudes, y entonces en cada región potará por entablar negociaciones con sus similares, al margen de lo que Renato Ruggiero, director general de la OMC y las burocracias de Ginebra opinen.

En principio, si hay una crisis del multilateralismo que involucra a los Estados-nacionales como actores clave en las relaciones económicas internacionales, sería razonable asumir que las regiones se enfrasquen en negociaciones entre sí, en lo que podría denominarse multilateralismo interregional o por bloques. Ya algunas regiones lo han hecho. Como se ilustra en el cuadro 5, la ANSEA ha venido desarrollando una actividad diplomática que la ha llevado a acercarse hasta la Unión Europea, en un diálogo interregional.

Cuadro 4	
Proporción que representan los acuerdos comerciales regionales respecto al comercio mundial, 1994	
Nombre del acuerdo o pacto regional	Porcentaje que representa del comercio mundial total
Unión Europea (UE)	22.8
Países Mediterráneos (EUROMED)	2.3
Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN)	7.9
Mercado Común del Cono Sur (Mercosur)	0.3
Área de Libre Comercio de las Américas (FTAA)	2.6*
*Excluye acuerdos subregionales.	
Fuente: C.FredBergsten, “Globalizing Free Trade” en ForeignAffairs, May/June 1996, Volume 75, Number 3, p. 106.	

Cuadro 4	
Proporción que representan los acuerdos comerciales regionales respecto al comercio mundial, 1994	
Nombre del acuerdo o pacto regional	Porcentaje que representa del comercio mundial total
Área de Libre Comercio de la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (AFTA)	1.3
Acuerdo para el Establecimiento de Relaciones Económicas más Estrechas entre Australia y Nueva Zelanda (ANZCERTA)	0.1
Consejo Económico Asia-Pacífico (APEC)	23.7*
Totales	61.0
*Excluye acuerdos subregionales.	
Fuente: C.FredBergsten, “Globalizing Free Trade” en ForeignAffairs, May/June 1996, Volume 75, Number 3, p. 106.	

En este sentido, el 15 de diciembre de 1995, el Mercosur y la UE suscribieron el Acuerdo Marco Interregional de Cooperación. También el Mercosur y el ANZCERTA están explorando la posibilidad de establecer vínculos más estrechos,¹³ si bien lo más escandaloso ha sido la Nueva Agenda Transatlántica signada en diciembre de 1995 entre Estados Unidos y la Unión Europea, en lo que algunos considerarían el preámbulo a un acuerdo interregional TLCAN-UE (el North Atlantic Free Trade Agreement, NAFTA, también denominado Transatlantic Free Trade Agreement, TAFTA).¹⁴

Esta ola de acuerdos interregionales no deja de despertar algunas dudas en torno a su efectividad. Se piensa que si operan de esa manera, contribuirán a deteriorar aún más a la débil OMC en el entendido de que en vez de negociar en el seno de ese foro a la vista de sus

¹³ Véase “Australia, New Zeland, and South American Countries seek closer trade links” en *Media Release*, The Deputy Prime Minister and Minister for Trade, 1 May, 1996.

¹⁴ Esta nueva agenda comprende unos 150 rubros que plantean esfuerzos conjuntos en esferas que van desde la promoción de la democracia hasta la estabilidad en Europa Oriental, pasando por la reducción de barreras comerciales, el combate al crimen internacional, la lucha contra el deterioro ecológico y los flujos migratorios, entre otras cosas. Véase Gary Hufbauer y Barbara Kotsewhar, “Transatlantic Free Trade” en *The Washington Quarterly*, Spring 1996, p. 117.

123 miembros, lo hacen y harán de región a región, esto es, entre un número muy reducido de países. Lo que es más: ha llegado a afirmarse que si Estados Unidos y la UE concretaran el NAFTA o TAFTA, destruirían el sistema multilateral de comercio, dado el enorme peso comercial y financiero de ambas potencias en la economía global.

Una solución razonable sería la propuesta por Australia, desde el momento mismo en que concibió al APEC. El gobierno de Canberra considera que los procesos de regionalización cerrados, que sólo privilegiaban a sus miembros y discriminan al resto del mundo, son nocivos para el sistema multilateral de comercio y, en consecuencia, para las naciones del orbe. Los australianos han venido sugiriendo que el APEC evolucione con base en el principio del regionalismo abierto, esto es, uno en el que las metas de sus 18 miembros –en términos de la liberalización comercial y apertura de mercados–, se concreten buscando la compatibilidad con los objetivos de la OMC.¹⁵ Ciertamente, en la Conferencia Ministerial de la OMC que se llevó a cabo del 9 al 13 de diciembre de 1996 en Singapur, el tema fue debatido,¹⁶ sobre todo porque en la

¹⁵ Para una revisión más detallada acerca del regionalismo abierto y la importancia que Australia y otros países dan a este concepto en el seno de APEC véanse: P.J. Lloyd, “International Trade and Economic Regionalisation”, ponencia presentada por el autor en la *Conference on India's New Economic Policy* patrocinada por la Jawaharla Nehru University y el American Committee on Asian Economic Studies, Nueva Delhi, marzo 11 al 14 de 1996; Hadi Soesastro (editor), *Indonesian Perspectives on APEC and Regional Cooperation in Asia Pacific*, Jakarta, Centre for Strategic and International Studies, 1994; John Ravenhill, “Competing logics of Regionalism in the Asia Pacific” en *Révue d'intégration européenne/Journal of European Integration*, 1995, XVIII, núms. 2-3, Canada, pp. 180-199; y el ya clásico texto de Peter Drysdale, investigador de la Universidad Nacional de Australia, quien ha sido el gran ideólogo del regionalismo abierto con documentos como *Open Regionalism: A Key to East Asia's Economic Future*, sin fecha, sin editor.

¹⁶ En la Declaración Ministerial de Singapur dada a conocer el 13 de diciembre de 1996, el punto 7 se refiere al regionalismo. Textualmente dice: “Hacemos notar que las relaciones comerciales de los miembros de OMC están siendo influenciadas crecientemente por los acuerdos comerciales regionales que se han extendido en número, espectro, y cobertura. Dichas iniciativas pueden promover una liberalización adicional y podrían ayudar a las economías menos desarrolladas, en desarrollo y en transición a su integración al sistema internacional de comercio. En este contexto, destacamos la importancia de los acuerdos regionales existentes que involucran a países en desarrollo y de menor desarrollo. La expansión y extensión de los acuerdos comerciales regionales hace importante analizar si en el sistema de derechos y obligaciones de la OMC, en la forma en que se relaciona con los acuerdos comerciales regionales requiere ser aclarado aún más. Reafirmamos la primacía del sistema multilateral del comercio, que incluye un marco para el desarrollo de acuerdos comerciales regionales, y renovamos nuestro compromiso para asegurar que los acuerdos comerciales regionales sean complementarios y consistentes con sus reglas. En este sentido, damos la bienvenida al establecimiento y adopción del nuevo Comité sobre Acuerdos Comerciales Regionales. Continuaremos nuestro trabajo a través de la liberalización progresiva

reciente cumbre del APEC celebrada en Manila, Filipinas, buena parte de las economías participantes se pronunciaron a favor de un regionalismo abierto.¹⁷

Desafortunadamente el APEC parece ser uno de los pocos foros en los que existe una cierta disposición a discutir la creación de compatibilidades entre sus miembros¹⁸ y la OMC, dado que en el resto del mundo la mayor parte de los procesos de regionalización se comportan de conformidad con el artículo XXIV del GATT y no consideran los impactos de sus acciones en terceros.

Por ejemplo, piénsese en lo que NAFTA o TAFTA entre Estados Unidos y la UE implicaría: en principio albergaría a los países ricos del orbe. Ahora bien, tanto Bruselas como Washington privilegian los regionalismos cerrados, lo cual significa que el tratado preferencial que se otorgarían entre sí, sólo los beneficiaría a ellos, hecho que ensancharía la de por sí creciente brecha Norte-Sur. Y desafortunadamente, parece existir un consenso importante a favor de un acuerdo comercial entre ambas entidades, según se desprende del análisis más reciente de Samuel P. Huntington quien concluye en un artículo publicado en la revista *Foreign Affairs* con las siguientes palabras:

ni el globalismo ni el aislacionismo, ni el multilateralismo ni el unilateralismo serán adecuados para los intereses de Estados Unidos. Sus intereses serán promovidos adecuadamente si Estados Unidos evita esos extremos y en cambio adopta una política atlántica de cooperación estrecha con sus

en la OMC dado que estamos comprometidos con el acuerdo y decisiones de la OMC adoptadas en Marrakesh, y a facilitar los procesos de globalización y liberalización comercial regional que se apoyan mutuamente.” Véase World Trade Organization, Singapore Ministerial Declaration, Adopted on 13 December 1996, 18 December 1996, WT/MIN(96)/DEC.

¹⁷ México, a pesar de pertenecer a un esquema que como el TLCAN favorece los regionalismos cerrados, discriminatorios y excluyentes respecto a terceros, se ha pronunciado a favor del regionalismo abierto. Véase “Regionalismos cerrados provocan atraso; urge libertad de intercambio: Zedillo” en *Uno más uno*, 27 de noviembre de 1996, pp. 1,9.

¹⁸ Las voces discordantes en el APEC ciertamente existen. Una de las dificultades de este foro es la participación de varias potencias económicas que, naturalmente, desean que prevalezcan sus opiniones en torno a la manera en que debería desarrollarse la liberalización comercial en la región. Dichas potencias son: la República Popular China, Japón y Estados Unidos. Australia, el país más proclive a un regionalismo abierto, encuentra aliados entre las economías más pequeñas involucradas en el APEC. Pero ese consenso a favor de Australia, podría no ser suficiente.

socios europeos, la cual protegerá y promoverá sus intereses, valores y cultura en la extraordinaria y singular civilización que comparten.¹⁹

Así, queda claro que los procesos de cooperación y/o integración económica que se desarrollan en diversas partes del mundo, reproducen los problemas que siempre aquejan a las sociedades, tales como el desigual reparto de la riqueza, la pésima distribución de los recursos (naturales y humanos) existentes, y, como lo señala Huntington, la percepción de que Occidente se encuentra amenazado por el resto de las culturas no-occidentales. Por eso, en esta lógica, no es plausible un acuerdo de libre comercio entre Japón y Estados Unidos, dado que los japoneses no son occidentales.

Si el NAFTA o TAFTA se concretara, el único contrapeso posible a su dinámica sería, posiblemente, el APEC, donde un buen número de sus miembros son países no-occidentales pero poseedores de las tasas de crecimiento más altas del orbe. Sólo hay un pequeño problema: la República Popular China que, según la Oficina del Tesoro del Reino Unido, desplazará a Estados Unidos en el año 2015 como la mayor economía del mundo,²⁰ no ha podido ingresar a la OMC. ¿Cómo esperar, entonces, que siendo un socio vital del APEC pueda hacer compatibles sus metas con las de la OMC, institución con la que no tiene suscrito compromiso alguno por el momento? No es ningún secreto que las razones por las que la República Popular China no pertenece a la OMC son, esencialmente políticas, aun cuando su ausencia es un grave error que el sistema multilateral de comercio ya empieza a lamentar.

Consideraciones finales

Es necesario dar a las regiones la importancia que merecen en las relaciones económicas internacionales, como actores, con personalidad propia e influencias crecientes. Empero, en el marco de la crisis del sistema multilateral de comercio deben buscarse los mecanismos necesarios para lograr que las regiones, especialmente aquellas donde participen grandes potencias económicas, adopten compromisos en torno a

¹⁹ Samuel P. Huntington, "The West. Unique, Not Universal", *Foreign Affairs*, November/December 1996, Volume 75, Number 6, 46p.

²⁰ Véase "Elecciones 1996. La órbita Clinton-Dole. Una fuga en el espacio mundial" en *Visión*, 12 de octubre de 1996, volumen 87, núm. 7, p. 9.

la liberalización del comercio internacional sobre bases multilaterales, de conformidad con las responsabilidades que les corresponden.

Un problema adicional es el perfil de los procesos de regionalización. Los hay del Norte (esto es, integrados por países industrializados, tales como la UE y la EFTA) y los hay del Sur (conformados por países pobres o en desarrollo, como el MCCA, la CARICOM, el PACTO ANDINO, la ANSEA, el Mercosur). Hay algunos también, que entre sus miembros incluyen a economías desarrolladas y del llamado Tercer Mundo (como el TLCAN o el APEC). Es por esto que resulta oportuno señalar que los procesos de regionalización no resuelven los problemas de pésima distribución y apropiación de la riqueza a escala planetaria y que, al contrario, los reproducen dado que, al final de cuentas, las regiones son instrumentos del proceso de reproducción y expansión del capital de fines de siglo y milenio.

Pero en el entendido de que las regiones son una realidad plausible, hoy por hoy la opción más razonable es, naturalmente, el regionalismo abierto, si bien su futuro se torna incierto en momentos en que tres grandes potencias económicas (Estados Unidos, Japón y Alemania) favorecen diseños regionales cerrados, en tanto la República Popular China ni siquiera ha logrado concretar su ingreso a la OMC. Así, si se produce un multilateralismo interregional o por bloques cuyos participantes privilegien el regionalismo cerrado, la OMC desaparecerá abrumada por una gama de acuerdos entre los bloques que naturalmente tenderán a ignorar a este foro. En cambio, si, como se ha planteado por parte de algunos miembros del APEC, se privilegia el regionalismo abierto, la OMC se revitalizará y podrá iniciarse el largo camino en la promoción del comercio internacional, sin barreras, como uno de los diversos medios para promover el desarrollo de las naciones.

Cuadro 5	
Ejemplo de la importancia que adquieren los vínculos internacionales de las regiones. El caso de la ANSEA	
Nombre del diálogo permanente	Características
ANSEA-Australia	Se inició en 1974 con el Programa de Cooperación Económica ANSEA-Australia. Dicho programa ha apoyado significativamente los proyectos en ciencia y tecnología, medio ambiente, población, educación y capacitación, y sobre todo desarrollo social. Los sectores privados de los países miembros de la ANSEA y Australia han creado un Consejo Empresarial para promover el comercio y los vínculos de inversión en el Foro ANSEA-Australia.
ANSEA-Canadá	Si bien el diálogo se remonta al año de 1977, se formalizó hasta 1981 a través del establecimiento del Comité de Cooperación Conjunta ANSEA-Canadá. El Comité Conjunto de Planeación y Monitoreo fue instituido en 1994 a fin de supervisar los diversos proyectos a nivel de implantación y planeación. Canadá ha proporcionado asistencia técnica a la ANSEA en proyectos sobre ciencia y tecnología, desarrollo de recursos humanos, información y cultura, y mujeres y desarrollo, poniendo énfasis en la ciencia y la tecnología. Se ha dado un gran impulso a la inversión entre la ANSEA y Canadá.

Cuadro 5	
Ejemplo de la importancia que adquieren los vínculos internacionales de las regiones. El caso de la ANSEA	
ANSEA-Unión Europea	Aunque los vínculos entre ambas entidades se formalizaron hasta 1980, la relación se remonta a 1972. En 1980 fue suscrito el Acuerdo de Cooperación ANSEA-Comunidades Europeas a través del cual la hoy Unión Europea apoya programas y vínculos institucionales con la ANSEA en terrenos como el medio ambiente, el desarrollo de recursos humanos, el intercambio científico y tecnológico, y el control en el tráfico de estupefacientes. Al profundizarse los vínculos entre la ANSEA y la Unión Europea se han tomado medidas para buscar la complementariedad industrial, el mayor involucramiento de las instituciones financieras de la Unión Europea en proyectos de la ANSEA y un mejor acceso de la ANSEA a la tecnología de la Europa comunitaria. Se llevan a cabo encuentros frecuentes entre los ministros de asuntos exteriores de la ANSEA y sus contrapartes en la Unión Europea a fin de explorar una mayor cooperación en diversos ámbitos.
ANSEA-Japón	Las relaciones entre la ANSEA y Japón se iniciaron en 1973 y fueron institucionalizadas hasta 1977. El Foro ANSEA-Japón cubre rubros como comercio, bienes, inversiones, transferencia de tecnología y asistencia para el desarrollo. La cooperación en el sector privado se ha fortalecido a través del Centro de Promoción del Comercio, la Inversión y el Turismo de la ANSEA que se asienta en Japón. El gobierno de Tokyo también a proporcionado fondos para el establecimiento del Fondo Cultural ANSEA (FCA), el Programa de Intercambio Japón-ANSEA (PIJA), el Fondo de Becas de Japón para los jóvenes de ANSEA y el Programa de Intercambio en el Desarrollo de Recursos Humanos e Inter-ANSEA.
Nombre del diálogo permanente	Características

Cuadro 5	
Ejemplo de la importancia que adquieren los vínculos internacionales de las regiones. El caso de la ANSEA	
ANSEA-Nueva Zelanda	Las primeras actividades de colaboración entre los socios <i>an-seáticos</i> y Nueva Zelanda se iniciaron en 1975. El gobierno de Wellington ha apoyado programas y vínculos institucionales en áreas como energía, ciencia y tecnología, detección de narcóticos y desarrollo social. Los principales resultados de la cooperación entre ambas partes son el Programa de Vínculos Inter-Institucionales (PVII) y el Programa para la Promoción del Comercio y la Inversión (PPCI). Nueva Zelanda, que apoya el desarrollo de la ciencia y la tecnología hace una aportación significativa al Fondo para la Ciencia de ANSEA.
ANSEA-República de Corea	La cooperación entre ambas partes se instituyó en 1991 y cubre esferas como el comercio, el turismo, la inversión, la ciencia y la tecnología, la cooperación para el desarrollo y la capacitación de los recursos humanos. El Fondo de Cooperación Especial promueve la cooperación técnica entre la ANSEA y la República de Corea. Los logros de esta colaboración, son, entre otros, la Feria de Turismo de la ANSEA montada en Seúl en 1993. Hay planes en puerta para establecer en la capital sudcoreana el Centro de Promoción de la ANSEA en Información, Cultura y Turismo.
ANSEA-Estados Unidos	Formalizado en 1977, el diálogo entre la ANSEA y Washington promueve la participación activa del sector privado en la cooperación. A través del proyecto denominado Oportunidades Comerciales e Inversión Privada de la ANSEA, la cooperación para el desarrollo, el comercio y la transferencia de tecnología, el desarrollo de recursos humanos, el medio ambiente, la ciencia y la tecnología y el control de los narcóticos son esferas a las cuales se han asignado recursos. En este diálogo también existe un foro para la discusión de los asuntos en materia de seguridad y política regional e internacional.

Cuadro 5	
Ejemplo de la importancia que adquieren los vínculos internacionales de las regiones. El caso de la ANSEA	
ANSEA-Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)	Desde 1977 el PNUD , que es la única institución multilateral con la que la ANSEA mantiene un diálogo, ha proporcionado apoyos a proyectos sobre medio ambiente, transferencia de tecnología, desarrollo de recursos humanos, desarrollo social, cultura e información, y control de estupefacientes. El Programa Subregional ANSEA-PNUD ayuda a los países miembros de la asociación en sus esfuerzos para fortalecer la cooperación regional. El PNUD ha proporcionado asistencia técnica en el fortalecimiento del Secretariado de la ANSEA y el establecimiento de la Unidad de Cooperación de la ANSEA.
ANSEA-India	El diálogo sectorial entre la ANSEA e India se instituyó en 1993 en tres áreas, a saber: comercio, inversión y turismo. En 1994, el Comité Conjunto de Cooperación Sectorial ANSEA-India incluyó a la ciencia y la tecnología como una nueva esfera de cooperación. Los programas y los proyectos en los diversos campos serán implantados a partir de la iniciativa denominada Cooperación Económica y Técnica de India. Se ha echado a andar el Fondo ANSEA-India para financiar el desarrollo del programa.

Nombre del diálogo permanente	Características
ANSEA-Pakistán	Como resultado de las pláticas exploratorias entre el Secretario General de la ANSEA y las autoridades pakistaníes, el gobierno de Islamabad acordó efectuar un profundo estudio en torno al estado que guardan las relaciones entre los miembros de la ANSEA y Pakistán particularmente en ciertos sectores como el comercio, la inversión, la industria y el medio ambiente. El estudio servirá como base para la discusión de un programa de cooperación entre la ANSEA y Pakistán.
<i>Fuente:</i> Cuadro elaborado a partir de la información que aparece en ASEAN. <i>An Overview</i> , Jakarta, ASEAN Secretariat, 1995, pp. 27-32 y “Basic Information on ASEAN” (mimeo), prepared by Office of ASEAN Affairs, Department of Foreign Affairs, Republic of the Philippines, July 1992, pp. 15-21.	

Nombre del diálogo permanente	Características
ANSEA-República Popular China	En el año de 1993, el Secretario General de la ANSEA encabezó una delegación que viajó a Pekín a fin de sostener pláticas con altas autoridades del gobierno chino en torno a la manera de desarrollar una relación más intensa entre la ANSEA y la República Popular China. Los Comités Conjuntos en Cooperación Científica y Tecnológica se hicieron operativos luego de un intercambio formal de comunicaciones entre el Secretario General de la ANSEA y el ministro chino de relaciones exteriores durante una reunión celebrada en Bangkok en julio de 1994.
Laos y Cambodia	La ANSEA otorgó a Laos y Cambodia el <i>status</i> de observadores luego de que ambos países suscribieron el Tratado de Amistad y Cooperación en el sureste de Asia en 1922 y 1995, respectivamente. Laos ya se ha incorporado a algunos encuentros de la ANSEA y a ciertos proyectos de cooperación y es miembro activo del Plan de Acción Triannual sobre Educación Preventiva acerca de las Drogas de la ANSEA. Laos ha anunciado su intención de ingresar a la ANSEA en 1997. Se espera que Cambodia siga los mismos pasos a la brevedad. Los países miembros de la ANSEA están ayudando a los gobiernos de Vientiane y PhomPehn para que se familiaricen con las actividades de la Asociación.
Myanmar	Las relaciones bilaterales entre los países que integran a la ANSEA y Myanmar han crecido de manera sostenida a través del incremento del comercio, las inversiones y el intercambio de visitas de alto nivel. Myanmar ha solicitado su ingreso a la ANSEA en calidad de observador y dicha solicitud está siendo evaluada en Jakarta.
<i>Fuente:</i> Cuadro elaborado a partir de la información que aparece en ASEAN. <i>An Overview</i> , Jakarta, ASEAN Secretariat, 1995, pp. 27-32 y “Basic Information on ASEAN” (mimeo), prepared by Office of ASEAN Affairs, Department of Foreign Affairs, Republic of the Philippines, July 1992, pp. 15-21.	

Hacia la regionalización del mundo en el contexto del orden internacional del siglo XXI*

.....
.....Pedro Manuel Rodríguez Suárez**

Resumen

En el texto se analiza el fenómeno del regionalismo y sus transformaciones a través de la historia. Se indagan las variables que han jugado un papel fundamental en relación con la edificación de los regionalismos. Después de la Guerra Fría las agrupaciones regionales se han expandido por todo el mundo, en gran medida debido al fin de la división Este-Oeste, los procesos de democratización en un gran número de países de África, América, Asia y Europa, los problemas transnacionales que afectan a las regiones, así como por los retos inherentes a la globalización. El objetivo cardinal es evaluar las variables que han propiciado la formación de los regionalismos, así como analizar los elementos que conllevan a que algunas agrupaciones regionales sean exitosas y otras fracasen.

* Texto original: Rodríguez Suárez, Pedro Manuel, “Hacia la regionalización del mundo en el contexto del orden internacional del siglo XXI”, en *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, número 115, FCPYS UNAM, México D.F., enero-abril de 2013, pp. 129-145.

** Doctor en Estudios de Integración Europea por la Universidad de Varsovia, Polonia, y diplomado en Estudios Europeos por el Instituto Tecnológico Autónomo de México. Actualmente es profesor-investigador de tiempo completo en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. El autor agradece los comentarios y las sugerencias de los dictaminadores y evaluadores de este texto, así como del alumno de la licenciatura en Relaciones Internacionales, de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Daniel Augusto Martínez Figueroa. Este estudio es el resultado de un proyecto de investigación financiado por la Secretaría de Educación Pública y PROMEP, México, número 103.5/11/4476. Correo electrónico: pedrosuarezbuap@yahoo.com.mx.

Para tal efecto, este estudio se fundamenta en la Teoría de Juegos de Karl W. Deutsch, la Teoría Neoinstitucional de Sven Steinmo, así como en la Teoría del Nuevo Institucionalismo de Guy Peters.

Introducción

En las décadas de los ochenta y noventa del siglo xx hubo una serie de factores que impactaron directamente en la agenda económica, política y de seguridad de los Estados, entre los que resaltan: la tercera ola de transiciones hacia la democracia, el fin de la Guerra Fría, el acelerado proceso de globalización, el reconocimiento de los Estados en torno a las nuevas amenazas de carácter transnacional y multidimensional a su seguridad, así como el ascenso de los regionalismos, en particular en África, América, Asia, Eurasia y Europa.

El fin de la Guerra Fría transformó radicalmente las relaciones internacionales y, como consecuencia, han surgido nuevas teorías que intentan comprender y definir el nuevo orden internacional. Asimismo, ha sido necesario replantear el rol de la cooperación internacional e interregional, la importancia de los países emergentes y la viabilidad de los organismos internacionales como la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), la Organización Mundial del Comercio (OMC), debido a que la gran mayoría de estos organismos ya no reflejan el *status quo* del siglo xxi sino el *status quo ante*: en suma, el orden internacional que se estableció cuando concluyó la Segunda Guerra Mundial. En adición, la prioridad actual de la gran mayoría de los países de la comunidad internacional es buscar nuevas formas de cooperación desde un punto de vista cuantitativo y cualitativo, en particular desde un ámbito regional.

El fenómeno del regionalismo no es nada nuevo y tiene una fuerte tradición, cuyos orígenes provienen desde antes de la historia del capitalismo. Sin embargo, después de la Guerra Fría las integraciones regionales han proliferado por todo el mundo, en gran medida debido al fin de la confrontación ideológica, los procesos de democratización que tuvieron efecto en un gran número de países de África, América, Asia y Europa del Este, la nueva interdependencia transfronteriza, así como por los retos inherentes a la globalización.

La reciente propagación de los regionalismos demuestra la convicción empírica de que los Estados ya no tienen la capacidad in-

dividual para satisfacer sus necesidades, responder a los desafíos internacionales del nuevo siglo, proyectar sus intereses ante la comunidad internacional, solucionar problemas transfronterizos, así como en incrementar su competitividad *vis-à-vis* otras regiones del mundo.

Es importante subrayar que el regionalismo, al menos desde su fundamento teórico, connota la antítesis de la autarquía y del unilateralismo, debido a que incorpora entre sus prioridades la promoción de la cooperación en detrimento de las acciones unilaterales. El regionalismo puede ser definido como una forma de cooperación internacional intermedia que se establece por medio de la creación de alianzas y de la cooperación interregional entre Estados que, por lo general, comparten un espacio geográfico determinado. Aunado a lo anterior, puede ser considerado como una acción del Estado, e inclusive de la sociedad civil, así como de los actores de las relaciones internacionales, cuya finalidad es promover el incremento de la cooperación interregional. De igual manera, las integraciones regionales se fundamentan en valores, en un sentido de pertenencia e intereses compartidos, cuya finalidad es contrarrestar los múltiples retos que enfrentan los Estados desde una óptica regional. Las bases para que se establezca el regionalismo o -como algunos autores lo llaman- el “minilateralismo” radican en intereses compartidos, similitud de sistemas económicos y políticos, complementariedad económica, afinidad de idiomas, cultura, tradición histórica y religión.

Resulta importante mencionar que la mayor parte de la opinión pública considera que no es posible establecer integraciones regionales cuando existen notorias asimetrías en términos de desarrollo económico o importantes diferencias culturales entre los países que pretenden establecerlas. Sin embargo, la integración de Europa Occidental en el marco de la Unión Europea (UE) ha demostrado que sí es factible y que los resultados pueden ser altamente positivos, en particular *vis-à-vis* los países emergentes o menos desarrollados, como se puede apreciar con los resultados que ha tenido la integración de Europa Occidental en lugares como España, Estonia, Hungría, Irlanda, Letonia, Lituania, Polonia, Portugal, etc.¹

¹ Pedro Manuel Rodríguez Suárez, *Hacia una nueva Europa: la integración de los países de Europa Central y Oriental en la Unión Europea*, Universidad Iberoamericana/Fondo de Cultura Económica, México, 2006, pp. 20-25.

Sin embargo, para maximizar los beneficios de la integración regional, es necesario que los países manifiesten una gran voluntad política en aras de profundizar su cooperación y establezcan los mecanismos *ad hoc* que institucionalicen dicha cooperación. Este fenómeno no ha sucedido en otras partes del mundo, como en América del Norte, particularmente con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), o bien, en Europa Oriental, con la Comunidad de Estados Independientes (CEI).²

Este artículo presenta tres objetivos fundamentales: primero, analiza cómo fueron los regionalismos durante la Guerra Fría y cómo se han transformado después del conflicto ideológico Este-Oeste; segundo, indaga las variables que han jugado un papel *sine qua non* frente la edificación de los regionalismos que se han establecido en las últimas décadas; y tercero, evalúa los factores que conllevan a que algunas integraciones regionales sean exitosas, mientras otras fracasan o permanecen en el olvido.

Marco teórico

Este artículo se fundamenta en tres teorías que nos auxilian a comprender los regionalismos de la Guerra Fría, la esencia de los regionalismos del siglo xxi y su éxito o fracaso. La primera es la Teoría de Juegos que postula Karl W. Deutsch, la segunda es la Teoría Neoinstitucional que sustenta Sven Steinmo y la tercera es la Teoría del Nuevo Institucionalismo de Guy Peters.

La Teoría de Juegos plantea el juego de suma variable y el juego de suma cero. En el juego de suma variable los actores que deciden formar una integración regional establecen el contexto propicio para obtener beneficios equitativos y mutuos. Por el contrario, en el juego de suma cero sólo uno o dos países obtienen los mejores resultados de la integración en detrimento de los menos desarrollados. Este contexto frecuentemente se presenta en las integraciones regionales que tienen poco nivel de integración, de cooperación, así como de institucionalización, como en los Tratados de Libre Comercio (TLC). De igual manera,

² Stephen Clarkson, “¿Existe América del Norte?” en Revista mexicana de política exterior, núm. 87, SRE, México, julio-octubre 2009, núm. 87, pp. 85-89.

en éstos no existen Fondos Estructurales ni tampoco Fondos de Cohesión; por lo tanto, no hay mecanismos que auxilien para establecer una cohesión en términos de desarrollo económico y social entre los países que establecen este tipo de mecanismos de cooperación interregional.³

Para la Teoría Neoinstitucional que plantea Steinmo, las instituciones connotan un grupo de reglas persistentes y conectadas que prescriben roles de comportamiento, constriñen la actividad y moldean las expectativas; en pocas palabras, establecen “reglas del juego”. De igual manera, moldean el nivel de cooperación y muy probablemente definen las posibilidades en relación con el éxito o fracaso de los regionalismos.⁴ Cabe resaltar que las instituciones, al ser parte del proceso dinámico de los regionalismos regulan el comportamiento de los Estados miembros. Adicionalmente, supervisan el escenario para que los Estados actúen de manera recíproca, haciendo racionales sus interacciones. En este sentido, para la Teoría Neoinstitucional el éxito o fracaso de los regionalismos depende en gran medida del establecimiento in situ de las instituciones, que acompañarán a la cooperación interregional desde una perspectiva cuantitativa y cualitativa.

Finalmente, la Teoría del Nuevo Institucionalismo que postula Guy Peters conceptualiza lo que anteriormente se conocía como el “viejo institucionalismo” a través de cinco fundamentos básicos. Primero, el legalismo, que aplicará las leyes para el buen gobierno. Segundo, el formalismo, que considera a las instituciones políticas como un factor determinante de un sistema. Tercero, el holismo, el cual alude a que para comprender cada uno de los sistemas políticos se tiende a comparar éstos con otros de manera íntegra. Cuarto, el historicismo, que pone especial atención al desarrollo histórico y al contexto cultural y socioeconómico de las instituciones. El quinto concepto es el normativo, el cual comúnmente vincula las consideraciones descriptivas con la preocupación por el buen gobierno.⁵

³ Karl Deutsch, *El análisis de las relaciones internacionales*, Gernika, México, 1974, pp. 32-40.

⁴ Sven Steinmo, Kathleen Thelen and Frank Longstreth (eds.), *Structuring Politics: Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, Cambridge University Press, Melbourne, 1992, pp. 200-230

⁵ B. Guy Peters, *El nuevo institucionalismo: la teoría de la Ciencia Política*, Gedisa, Barcelona, 2003, p. 134.

Regionalismos durante la Guerra Fría

Un considerable número de especialistas de las relaciones internacionales coincide en subrayar que los regionalismos se han expandido en el marco del nuevo orden internacional, en términos cuantitativos y cualitativos, y que actualmente las integraciones regionales son muy diferentes a las que existían en el *statu quo ante*, debido a un considerable número de factores.

Desde la perspectiva de Fred Halliday,⁶ durante la Guerra Fría la gran mayoría de los regionalismos estaban subordinados a la confrontación ideológica y a la lucha por el poder mundial entre Estados Unidos y la otrora Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Ambas potencias mantenían un poder hegemónico en la mayoría de las agrupaciones regionales. En este tenor, la edificación de los regionalismos durante el conflicto Este-Oeste estuvo fuertemente inspirada en la lucha ideológica, así como en las doctrinas de seguridad que imperaban en la política exterior de Moscú y de Washington.⁷ Los regionalismos de la “era bipolar” en la mayoría de las ocasiones no respondían a los intereses de los miembros que los conformaban y, por ende, predominaban los de las potencias hegemónicas. Un ejemplo empírico sobre la esencia de estos esquemas de integración lo constituyeron el Pacto de Varsovia, el Consejo de Ayuda Mutua Económica, la Organización de Estados Americanos, la Organización del Tratado del Sudeste Asiático, la Organización del Tratado Central, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y la ANZUS, y en algunas ocasiones la Organización del Tratado del Atlántico Norte.⁸

Es importante subrayar que el sistema de organizaciones regionales previsto por la ONU, alude en el capítulo VIII de la Carta Constitutiva de esta organización a que las finalidades de estas agrupaciones son las de propiciar la paz y la estabilidad regional por medio de la cooperación y la solución pacífica de las controversias regionales. Empero, a pesar de las buenas intenciones de los arquitectos de la ONU, la mayoría de las organizaciones regionales durante la Guerra Fría fueron utiliza-

⁶ Fred Halliday, *The Making of the Second Cold War*, Verso, 1986, Londres.

⁷ John George Stoessinger, *El poderío de las naciones: política mundial de nuestro tiempo*, Gernika, México, 1994, p. 32.

⁸ GrazynaBernatowicz, “Europe of Regions” en *The Polish Quarterly of International Affairs*, vol. 3, Varsovia, octubre-diciembre 1994, pp. 27-32.

das para maximizar los recursos de poder de las grandes potencias en el contexto de la lucha por el dominio mundial y la confrontación ideológica entre Estados Unidos y la URSS.⁹

Aunque los regionalismos de la época de la Guerra Fría contaban con un amplio esquema de institucionalización, la “cooperación” estaba sujeta al juego de suma cero y los beneficios e intereses estaban supeditados a los de las dos superpotencias, en detrimento de los países periféricos, los cuales no tenían mayor campo de acción.

Regionalismos del siglo **xxi**

El fin de la Guerra Fría y el nuevo orden hexapolar han creado un escenario muy diferente al que prevaleció de 1947 hasta 1991. Sin duda alguna, la conclusión del mundo bipolar generó un orden multipolar, lo que ha permitido que los Estados posean mayor campo de acción para proyectar su política exterior sin la interferencia de las superpotencias hegemónicas.¹⁰

Asimismo, la pérdida de la hegemonía de Estados Unidos en muchas esferas del poder mundial, como en la economía, la ciencia y la tecnología y el comercio exterior, ha favorecido al surgimiento de lo que Rocha y Rubalcaba denominan “las potencias mundiales, medias y regionales”,¹¹ que intentan incrementar su peso político y económico en sus respectivas regiones, como bien lo ejemplifica el caso de Alemania y Francia en Europa Occidental, Rusia en Europa Oriental, Brasil en América del Sur, México en América Central y el Caribe, y China y Japón en Asia.

En este orden de ideas, Walt Rostow se pregunta si la diversificación del poder mundial que han experimentado las relaciones internacionales en el siglo **xxi** traerá consigo mayor estabilidad o inestabilidad al escenario internacional. Según Rostow la multiplicidad del poder y la proliferación de los regionalismos promueven la estabilidad debido a que fortalecen el multilateralismo en detrimento del unilateralismo que proliferaba durante la Guerra Fría.

⁹ John George Stoessinger, op. cit., p. 32.

¹⁰ GrazynaBernatowicz, op. cit., p. 59-62.

¹¹ Alberto Rocha Valencia y Daniel Efrén Ruvalcaba Morales, “Potencias medias, potencias regionales en el sistema político internacional de la Guerra Fría y Posguerra Fría: propuesta de dos modelos teóricos” en Revista de estudios sobre espacio y poder, vol. 1, núm. 2, Universidad Complutense de Madrid, España, 2011.

Por otro lado, un elemento adicional que nos ayuda a comprender la esencia de los regionalismos del siglo xxi es que la geoeconomía posee un peso mayor que la geopolítica. Al respecto, la gran mayoría de los países otorga mayor prioridad a las relaciones económicas internacionales que a las relaciones políticas o de seguridad. En ese sentido, los intereses de la cooperación interregional se basan actualmente en aprovechar los beneficios inherentes a la cercanía geográfica y a los mercados regionales, así como en maximizar las ventajas competitivas que poseen las economías regionales.

Resulta importante mencionar que hoy en día los Estados que intentan establecer una integración regional con sus vecinos cercanos por lo general presentan los siguientes intereses:

- a) incrementar su competitividad y su desarrollo, así como su peso en el escenario internacional;
- b) aprovechar al máximo sus ventajas competitivas en aras de atraer mayores y mejores inversiones. En este sentido, la cercanía geográfica, las similitudes culturales y los gustos de los consumidores juegan un papel fundamental; y
- c) propiciar las condiciones económicas *ad hoc* que permitan incrementar la calidad de vida de las personas, por medio de más y mejores empleos y el libre tránsito de bienes y servicios;

Por su parte, Ramón Tamames¹² explica las variables que en las últimas décadas han sido determinantes frente a la constitución de los regionalismos:

- a) la conformación de economías derivadas de la producción en gran escala;
- b) la intensificación de la competencia dentro del mercado ampliado;
- c) la posibilidad de desarrollar actividades que difícilmente podrían llevarse a cabo por algunos países de manera individual, debido a la escasa dimensión de sus mercados, insuficiencia en materia de desarrollo científico y tecnológico, y poca capacidad económica;
- d) el incremento del poder de negociación *vis-à-vis* terceros países u otros bloques regionales; y

¹² Ramón Tamames, *Estructura económica mundial*, Alianza Editorial, Barcelona, 2010, p. 35.

- e) la posibilidad de lograr sobre la base de la cooperación interregional la aceleración del desarrollo económico (no simplemente del crecimiento).

Por otro lado, un gran número de especialistas afirma que las integraciones regionales contribuyen a resolver los problemas transfronterizos que enfrentan los Estados que comparten una misma región geográfica, como migración indocumentada, trata de personas, crimen organizado, epidemias, así como problemáticas del medio ambiente.¹³

En este mismo orden de ideas los regionalismos, al menos en América del Sur y en Europa Occidental, han auxiliado a fortalecer el sistema político democrático, contrarrestar el unilateralismo de las superpotencias y a incrementar de manera notoria la cooperación política y económica entre los Estados, que anteriormente se percibían como rivales e inclusive como un peligro para su seguridad nacional, como lo evidencian las otrora (*sic.*) relaciones entre Argentina y Brasil, Argentina y Chile, Alemania y Francia, Alemania y Polonia, y la India y Pakistán, lo que demuestra empíricamente algunos de los beneficios positivos que puede generar la cooperación, en particular en el ámbito de la cooperación interregional.¹⁴

Es importante señalar que en el caso de Europa Occidental, la UE ha servido para inhabilitar por más de medio siglo cualquier posibilidad de conflicto bélico entre sus Estados miembros. En adición, algunas de sus economías, anteriormente devastadas por la Segunda Guerra Mundial, lograron transformarse en forma radical e inclusive en la actualidad figuran entre las más ricas y prósperas del mundo, como bien lo ejemplifican los casos de Alemania y Francia. Asimismo, las economías periféricas de Europa Occidental, como España, Irlanda, Portugal y los países postcomunistas de Europa del Este, han logrado transformarse de manera sorprendente, amén de los Fondos Estructurales y los Fondos de Cohesión.¹⁵ Por último, otro de los resultados sobresalientes de la integración

¹³ Alessandro Politi, “Nouveaux Risques Transnationaux et Sécurité Européenne” en *Cahiers de Chaillot, Institut d'études de Sécurité-Union de l'Europe Occidentale*, París, 1997, pp. 2-10.

¹⁴ Yadira Gálvez, “Una comunidad de seguridad y defensa” en Alejandro Chanona Burguete (ed.), *Los regionalismos frente a la agenda de seguridad internacional*, Miguel Ángel Porrúa, México, 2011, pp. 229-263.

¹⁵ Pedro Manuel Rodríguez Suárez, *Hacia una nueva Europa: la integración de los países de Europa Central y Oriental en la Unión Europea*, Universidad Iberoamericana/Fondo de Cultura

de los países de Europa Occidental ha sido la abolición de las fronteras físicas, lo que ha contribuido a fortalecer las cuatro libertades de la UE: libre circulación de bienes, servicios, capitales y personas.

Es importante mencionar que no todos los regionalismos que se observan actualmente en el escenario internacional son iguales, ni tampoco han tenido los mismos resultados; por lo tanto, resultaría un grave error considerar que todos han sido exitosos. Por el contrario, los regionalismos de inicios del siglo xxi presentan enormes diferencias. Éstas son el resultado del nivel de integración y cooperación, así como del grado de institucionalización que posee cada uno de estos regionalismos, así como desde la perspectiva histórica en los que fueron creados.

Al respecto, los regionalismos del siglo xxi podrían diferenciarse desde las siguientes aristas:

- a) regionalismos cerrados y abiertos: los regionalismos cerrados son los que limitan su membresía a Estados que se ubican en una misma región geográfica. Este tipo de regionalismos no están abiertos a Estados que se encuentran en otros continentes o regiones del mundo. En pocas palabras, su membresía es inherente al sentido de pertenencia geográfica, como es el caso de la UE o de la CEI. Por el contrario, los regionalismos abiertos son esquemas de integración cuya ubicación geográfica no constituye un elemento *sine qua non* para obtener su membresía, como lo ejemplifica la ANZUS;
- b) tratados preferenciales de comercio: sólo implican la disminución de aranceles y un nivel de cooperación e institucionalización prácticamente inexistente;
- c) áreas de libre comercio: connotan la eliminación de aranceles entre los países miembros. En este tipo de integración regional el nivel de cooperación e institucionalización por lo general es muy endeble; tampoco existen instituciones supranacionales, ni mucho menos Fondos Estructurales ni Fondos de Cohesión que auxilien al desarrollo equitativo entre los Estados, ni tampoco a la cohesión social. Asimismo, en las áreas de libre comercio los países miembros no aplican un arancel externo común hacia terceros países. Tal es el caso del TLCAN, la Asociación Europea de Libre Comercio (AELC) y el G2;

- d) uniones aduaneras: además de establecer un área de libre comercio y eliminar aranceles, en las uniones aduaneras los Estados miembros aplican un arancel externo común hacia terceros países. La Unión Aduanera Centroamericana y la Comunidad Andina de Naciones representan un claro ejemplo de este tipo de cooperación interregional;
- e) mercados comunes: además de poseer las características de las áreas de libre comercio y las uniones aduaneras, los mercados comunes establecen la libre circulación de factores productivos, tales como bienes, servicios, mano de obra y capitales. En este tipo de integraciones regionales existe una cooperación y una institucionalización mucho más amplia que en las áreas de libre comercio y las uniones aduaneras, y en algunos casos existen instituciones supranacionales y Fondos Estructurales y Fondos Regionales, cuyo objetivo es propiciar un equilibrio en términos de desarrollo y cohesión entre los Estados miembros. El Mercado Común del Sur (Mercosur) representa un claro ejemplo de mercados comunes;
- f) unión económica y monetaria: este tipo de integración comprende cuatro libertades: libre movimiento de personas, de bienes, capitales y servicios. Asimismo, existe una cooperación transfronteriza muy amplia e inclusive instituciones supranacionales. Las uniones económica y monetaria connotan la penúltima fase de integración regional e incluyen la coordinación de políticas micro y macroeconómicas, así como una unión monetaria. La UE es un claro ejemplo de una unión económica y monetaria;
- g) unión económica, monetaria y política: connotan la última fase en relación con las integraciones regionales. Poseen las características de áreas de libre comercio, uniones aduaneras, mercados comunes y unión económica y monetaria. Lo que va a diferenciar a la unión económica, monetaria y política de las otras etapas de integración es que incorpora la integración política. Hasta el día de hoy no existe ninguna unión económica, monetaria y política. Sólo la UE ha intentado arribar a este tipo de cooperación. El intento más importante para consolidar este objetivo lo constituyó la Constitución Europea de 2003. Sin embargo, este proyecto fracasó por la renuncia de Dinamarca, Holanda y Reino Unido, así como de los nuevos miembros de la UE de Europa del Este debido a su rechazo a compartir soberanía en temas clave como la seguridad y política exterior.

Regionalismos económicos en la era de la globalización

Antes de que iniciara la historia del sistema económico capitalista algunos Estados ya habían establecido acuerdos en materia de integración económica. Sin embargo, como los Estados-nación constituían el núcleo básico del proceso de acumulación originaria de capital, los acuerdos de cooperación e integración regional eran sumamente escasos.

En la actualidad, esta situación se ha transformado radicalmente debido a que el Estado-nación representa un espacio económico muy reducido para las necesidades y la naturaleza del sistema capitalista, así como para las interacciones económicas del siglo xxi. En este sentido, cada vez más se asume la idea de que la disminución en los costos de producción, el incremento de la competitividad y la generación de más y mejores empleos, se puede alcanzar por medio de la cooperación internacional y en particular de la integración económica regional. En este orden de ideas, desde finales del siglo xx hasta nuestros días la mayoría de los Estados han incrementado sus esfuerzos en aras de ampliar su cooperación, particularmente con los Estados con los cuales comparten un determinado espacio geográfico.

Desde la perspectiva económica, los objetivos que desean obtener los países en materia de integración regional son los siguientes:

- a) la diversificación de mercados; y
- b) erradicar cualquier impedimento hacia el libre flujo de bienes y servicios, capitales y en algunos casos hasta la movilidad de personas, en el ámbito regional.

En este contexto los regionalismos económicos de finales del siglo xx e inicios del siglo xxi nacen con la lógica de la distribución de la producción y del uso máximo de los recursos, del aprovechamiento de la revolución tecnológica, así como de los retos económicos que enfrentan las regiones de cara a la globalización.

Cabe subrayar que anteriormente los capitales internacionales tenían una participación internacional restringida. Con la apertura de los mercados internacionales y la revolución tecnológica, aunada a las transformaciones políticas y económicas que tuvieron efecto en África, América, Asia y Europa a finales de la década de los ochenta y noventa, el incremento del comercio internacional ha tenido un impulso como nunca antes visto en la historia de la humanidad. Este escenario ha sido

decisivo frente la regionalización de los mercados, que en el pasado se encontraban divididos por cuestiones políticas, económicas e inclusive ideológicas.

Aunque no existe una cifra exacta, se estima que entre 50 y 60 por ciento del comercio mundial circula entre las economías que han establecido acuerdos de cooperación interregional. De acuerdo a la OMC, actualmente hay más de 100 acuerdos de integración regional. Cabe destacar que entre 1990 y 1994 se suscribieron el mayor número de acuerdos regionales, lo que pone de manifiesto que las transformaciones mundiales que ocurrieron durante las décadas de los ochenta y noventa, tuvieron un efecto mayúsculo frente la edificación de los regionalismos de carácter económico.

Entre las integraciones regionales más importantes que se establecieron a finales del siglo XX, resaltan: el TLCAN (1994), el Mercosur (1991), el Consejo Económico Asia-Pacífico (1989), el Área Centro Europea de Libre Comercio (1992), la Unión Monetaria y Económica de África Occidental (1994), la Unión del Magreb Árabe (UMA, 1989), la Comunidad Económica Africana (1991), el Mercado Común para África del Sur y Oriental (1993), el Sistema de Integración Centroamericano (1991), la Asociación de Estados del Caribe (1994) y la CEI, entre otros.

Desde la perspectiva de la OMC las integraciones regionales no son ilegales, ni tampoco constituyen un impedimento para el libre comercio. Al respecto, según los acuerdos firmados por los miembros de esta organización, se contempla la posibilidad de que dos o más países que se ubican en una misma región geográfica convengan establecer un tratamiento preferencial que no tiene que ser obligatoriamente extensivo hacia terceros países. Asimismo, se estableció una serie de normas que deberían ser acatadas, incluyendo la notificación que los países deben hacer a la OMC cuando dos o más Estados decidan establecer una integración regional.

En este sentido, desde la perspectiva de la OMC los acuerdos de cooperación regional deben cumplir con el requisito de cubrir todas las esferas comerciales y establecer una política comercial respecto a terceros países que no sea más restrictiva que las políticas individuales previas a la suscripción de dichos acuerdos regionales.

En este sentido, la OMC estableció la siguiente normatividad en torno a la creación de las integraciones regionales:

- a) los regionalismos económicos pueden instituirse siempre y cuando no discriminen a terceras partes;
- b) los acuerdos regionales deben promover la liberalización comercial y no pueden discriminar a terceros países; y
- c) los regionalismos económicos no lesionarán la liberalización de la economía mundial; por el contrario, promoverán la apertura de los mercados internacionales.

A pesar de las sugerencias emitidas por la OMC, en la *praxis* la gran mayoría de los regionalismos económicos pueden convertirse en un factor disfuncional y discriminatorio del comercio internacional. Al respecto, la mayoría de las agrupaciones económicas regionales que se han establecido son por su esencia preferenciales y en realidad segregan a terceros países frente al acceso de sus bienes y servicios en los mercados integrados debido a las “reglas de origen” que aplican hacia estos terceros países, tal y como sucede con el TLCAN, con sus políticas de reglas de origen y la Política Agrícola Común de la UE.

Durante los primeros años de existencia de la OMC, la observancia de los acuerdos establecidos en torno a las agrupaciones regionales no presentaba grandes problemas, ya que de *facto* los miembros de este organismo acataban la idea en torno a la promoción del libre comercio. Asimismo, Estados Unidos poseía la hegemonía mundial de la economía capitalista, por lo que forzaba a las economías internacionales a abrir sus mercados al comercio, por medio de instituciones como el FMI, el BM e inclusive de la misma OMC.

Con el surgimiento de las Comunidades Económicas Europeas (CEE) en la década de los cincuenta, la normatividad de la OMC (entonces GATT) empezó a ser cada vez más invocada por los socios de dicho mecanismo, debido al enorme temor que expresaban en torno al ingreso de sus bienes y servicios en la economía comunitaria. Ante este escenario, otras regiones del mundo comenzarían a integrarse, entre otras causas debido a la sospecha que tenían sobre el nuevo proteccionismo europeo.¹⁶

¹⁶ Thomas Legler, “*El perfil del multilateralismo latinoamericano*” en Foreign Affairs Latinoamérica, abril-junio 2010, vol. 10, núm. 3, pp. 2-5.

En este orden de ideas, para un número considerable de especialistas en la década de los sesenta surgió la primera ola de regionalismos con mecanismos de cooperación regional como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (1960), el Pacto Andino (1969), la Asociación de Libre Comercio del Caribe (1967), la Asociación Europea de Libre Comercio (1960), la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (1967), el Mercado Común Centroamericano (1960), el Mercado Común Árabe (1964) y la Unión Económica y Aduanera de África Central (1964), entre otros.

Como se puede observar la primera ola de regionalismos fue en gran medida una respuesta a la suscripción del Tratado de Roma que establecieron seis importantes economías europeas en 1957 (Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo, los Países Bajos y la República Federal de Alemania). La segunda ola de regionalismos tuvo efecto a finales de la década de los ochenta y en la de los noventa, y ha sido la más preocupante, debido a que algunas regiones del mundo se empezaron a integrar como mercados ampliados e inclusive adquirían personalidad jurídica propia al punto de participar como bloques de países en los foros internacionales más importantes, como ha sido el caso de la UE en el FMI, el BM y la OMC. Sin duda alguna, la segunda ola de regionalismos surgió por los cambios tan radicales que ha experimentado el contexto internacional inherentes al fin de la Guerra Fría, la revolución tecnológica, así como a los retos que enfrentan los países *vis-à-vis* los problemas transfronterizos y la globalización.

Reflexiones finales

Sin duda alguna los regionalismos del siglo xx fueron radicalmente diferentes a los que existen en el actual orden internacional. En los años de la Guerra Fría lo que imperaba eran los regionalismos que constituyeron el reflejo de la lucha ideológica por el poder mundial, entre Estados Unidos y la URSS. Desde esta perspectiva, la gran mayoría de las agrupaciones regionales se edificaron desde la óptica del juego de suma cero. Es decir, prevalecían los intereses y la hegemonía de ambas potencias, en detrimento de los países que pertenecían a sus zonas de influencia.

Cabe destacar que, si bien existía un cierto grado de institucionalización y de cooperación en la gran mayoría de las integraciones regionales, predominaban los intereses de ambas superpotencias. En

adición, la esencia de las agrupaciones regionales fue más política y de seguridad que económica.

Con el surgimiento de un nuevo orden internacional en 1991, aparecen nuevas variables que transformarían al mundo radicalmente, tales como la tercera ola de transiciones hacia el sistema político democrático, el fin de la Guerra Fría, el acelerado proceso de globalización, el reconocimiento de los Estados en torno a las amenazas en materia de seguridad de carácter transfronterizo y multidimensional, así como el ascenso de los regionalismos.

Desde el punto de vista funcional-estructural, el regionalismo es una manifestación del multilateralismo, así como del gran número de actores que intervienen actualmente en las interacciones internacionales.

Como se ha tratado de demostrar en este estudio, los regionalismos juegan un papel fundamental en las relaciones internacionales del siglo xxi, y pueden constituir una herramienta de desarrollo *vis-à-vis* los países emergentes o menos desarrollados, debido a que tratan de eliminar la exclusión de algunos Estados, fomentan el desarrollo, profundizan las relaciones de cooperación e incrementan el peso político de una región en el escenario internacional, así como su competitividad.

Por otro lado, los regionalismos han contribuido a erradicar las rivalidades e incluso los antagonismos históricos que han prevalecido entre un gran número de países, como Alemania y Francia, Alemania y Polonia, Francia y el Reino Unido, Argentina y Brasil, y Argentina y Chile, así como entre la India y Pakistán. Sin embargo, para que este tipo de regionalismos tenga éxito, deben ser edificados desde la óptica de la teoría de suma variable y deben poseer un alto nivel de cooperación e institucionalización en aras de incrementar la cooperación interregional, tal y como lo postula la Teoría de Juegos de suma variable de Karl. W. Deutsch, la Teoría Neoinstitucional de Sven Steinmo, así como la Teoría del Nuevo Institucionalismo de Guy Peters.

Sin duda alguna, para que los regionalismos tengan éxito, éstos deben poseer cierto grado de institucionalización, desde un punto de vista cuantitativo y cualitativo. La UE representa el ejemplo empírico en torno al regionalismo más exitoso que ha existido en toda la historia de la humanidad. En gran medida, este éxito ha sido acompañado por sus instituciones, que moldean su gobernanza y la cooperación entre sus Estados miembros.

Los regionalismos en donde los resultados han sido menos exitosos, con frecuencia presentan un escenario radicalmente diferente al de la UE. En suma, poco nivel de cooperación e institucionalización, así como una endeble voluntad política por parte de los Estados miembros en aras de incrementar e institucionalizar dicha cooperación.

Desde la perspectiva de la Teoría de Juegos de suma cero de Karl W. Deutsch y de la Teoría Neoinstitucional que defiende Sven Steinmo, a menudo en este tipo de regionalismos existen uno o dos Estados que se favorecen más que el resto de los miembros o de las economías menos desarrolladas. Este tipo de integraciones regionales pueden ser ejemplificadas con el caso de América del Norte y el TLCAN, en donde los resultados de la integración han sido exitosos en términos del gran incremento de las interacciones económicas, que según cifras oficiales se han triplicado. Sin embargo, las contribuciones del TLCAN hacia la mejora de la competitividad de América del Norte, así como para fortalecer la cohesión social y disminuir la pobreza, han sido por lo general inexistentes, particularmente en México, que es el miembro menos desarrollado del TLCAN.

Asimismo, existen regionalismos que, a pesar de emerger con una gran voluntad política, por lo general generan muy pocos resultados y prevalecen las “buenas intenciones”, así como la “retórica política”. De acuerdo a la Teoría Neoinstitucional, su funcionalidad y operatividad son muy propensas al fracaso, al no existir instituciones que regulen su *modus operandi*. Este tipo de regionalismos han proliferado en América Latina en las últimas décadas, como bien lo ejemplifica la Comunidad de Naciones de América Latina y el Caribe y la Comunidad Andina de Naciones.

El panorama expuesto en este artículo nos obliga a reflexionar en torno a los regionalismos del siglo xxi y su papel en el actual orden internacional. Al respecto, aún no hay una visión común entre los especialistas y se observan importantes diferencias en torno a sus posiciones sobre los efectos inherentes a las integraciones regionales. Para algunos, los regionalismos son disfuncionales y discriminatorios, debido a que sólo responden a los intereses de la economía neoliberal y son discriminatorios, así como disfuncionales para el comercio internacional. Sin embargo, otra corriente de especialistas considera que las integraciones regionales constituyen el inicio de la gran gobernanza mundial,

en donde, en un futuro todavía muy lejano, no existirán fronteras para la libre circulación de bienes, servicios, capitales y hasta de personas.

Sin duda alguna, la fortaleza y los buenos resultados de los regionalismos depende no sólo de la evolución de la economía mundial, la revolución tecnológica, la globalización y las interacciones económicas entre los Estados, sino también de la voluntad política de sus miembros en aras de incrementar e institucionalizar su cooperación. Ejemplos empíricos de esta afirmación lo constituyen la UE y el TLCAN. La primera ha sido exitosa al haber alcanzado los objetivos por los cuales fue creada: la paz, la prosperidad y la estabilidad de Europa. Dichos objetivos se han convertido en una realidad amén del establecimiento de una gran cooperación interregional que se traduce en la edificación de instituciones supranacionales.

En relación con otros regionalismos, como el TLCAN, ni Canadá ni Estados Unidos, ni tampoco México han logrado ir más allá de un área de libre comercio. Al respecto, la Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte (ASPAN), formalmente instaurada en 2005, tenía como objetivo fortalecer el regionalismo norteamericano y convertir a dicha región en la más competitiva del mundo, por medio del fortalecimiento de la infraestructura y de la institucionalización de la cooperación tripartita. Sin embargo, a más de siete años de haberse establecido la ASPAN, esta alianza continúa siendo muy cuestionada y su funcionamiento ha sido poco relevante, debido a la falta de voluntad política, el poco fomento que existe para la participación de la sociedad civil, así como la falta de instituciones que regulen la integración en América del Norte.

Como se puede observar en este artículo, la Teoría de Juegos, la Teoría Neoinstitucional y la Teoría del Nuevo Institucionalismo nos ayudan a comprender, al menos desde una perspectiva teórica, que difícilmente los regionalismos pueden ser exitosos al prevalecer el juego de suma cero y cuando no poseen instituciones sólidas que propicien una buena gobernanza y una sólida cooperación interregional que auxilie a promover la cohesión económica y social entre los Estados miembros. Sin duda, lo expuesto en esta investigación nos ayuda a comprender por qué algunos regionalismos son exitosos, mientras otros fracasan o permanecen en el olvido.

Bibliografía

- Bernatowicz, Grazyna, "Europe of Regions" en *The Polish Quarterly of International Affairs*, vol. 3, Varsovia, octubre-diciembre 1994.
- Borbón, Josette Altmann, "La Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América" en *Foreign Affairs Latinoamérica*, ITAM, México, enero-marzo 2010.
- Clarkson, Stephen, "¿Existe América del Norte?" en *Revista mexicana de política exterior*, núm. 87, SRE, México, julio-octubre 2009.
- Deutsch, Karl, *El análisis de las relaciones internacionales*, Gernika, México, 1974.
- Halizak, Edward, "Regionalism in International Relations" en *The Polish Quarterly of International Affairs*, vol. 5, núm. 2, Varsovia, 1996.
- Halliday, Fred, *The Making of the Second Cold War*, Verso, Londres.
- Gálvez, Yadira, "Una comunidad de seguridad y defensa" en Alejandro Chanona Burguete (ed.), *Los regionalismos frente a la agenda de seguridad internacional*, Miguel Ángel Porrúa, México, 2011.
- Legler, Thomas, "El perfil del multilateralismo latinoamericano" en *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 10, núm. 3, ITAM, México, abril-junio 2010.
- Milne, David, *America's Rasputin: Walt Rostow and the Vietnam War*, Macmillan, New York, 2008.
- Peters, B. Guy, *El nuevo institucionalismo: la teoría de la Ciencia Política*, Gedisa, Barcelona, 2003.
- Politi, Alessandro, "Nouveaux Risques Transnationaux et Sécurité Européenne" en *Cahiers de Chaillot, Institut d'études de Sécurité-Union de l'Europe Occidentale*, París, 1997.
- Rocha Valencia, Alberto y Daniel Efrén Ruvalcaba Morales, "Potencias medias, potencias regionales en el sistema político internacional de la Guerra Fría y Posguerra Fría: propuesta de dos modelos teóricos" en *Revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 1, núm. 2, Universidad Complutense de Madrid, España, 2011.
- Rodríguez Suárez, Pedro Manuel, *Hacia una nueva Europa: la integración de los países de Europa Central y Oriental en la Unión Europea*, Universidad Iberoamericana/Fondo de Cultura Económica, México, 2006.
- S/a, "Brasil en el marco de la integración latinoamericana" en Carlos Figueroa Ibarra (coord.), *¿Posneoliberalismo en América Lati-*

na: los límites de la hegemonía neoliberal en la región?, Juan Pablos Editores, México, 2011.

Steinmo, Sven, Kathleen Thelen and Frank Longstreth (eds.), *Structuring Politics: Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, Cambridge University Press, Melbourne, 1992.

Stoessinger, John George, *El poderío de las naciones: política mundial de nuestro tiempo*, Gernika, México, 1994.

Tamames, Ramón, *Estructura económica mundial*, Alianza Editorial Barcelona, 2010.

El nuevo regionalismo*

..... Björn Hettne**

En la década pasada, el tema del regionalismo regresó nuevamente aunque de manera distinta comparado con el debate sobre la integración regional de hace tres décadas. Así, estamos frente a un “nuevo” regionalismo. Este descubrimiento ha dado nacimiento a una serie de definiciones, algunas entusiastas, pero algunas más alarmistas. Para los críticos, la tendencia al regionalismo constituye una amenaza al sistema multilateral. Para los entusiastas, por otro lado, el nuevo regionalismo crea las bases para mejorar el sistema multilateral.

El nuevo regionalismo difiere del “viejo” regionalismo en una serie de aspectos:

- 1.) Mientras que el viejo regionalismo se formó en un contexto bipolar de *Guerra Fría*, el nuevo está tomando forma en el orden mundial multipolar. El regionalismo y la multipolaridad son, de hecho, dos caras de la misma moneda.

El declive de la hegemonía estadounidense y el colapso del subsistema comunista crearon un espacio en el que el nuevo regionalismo pudo desarrollarse. Nunca habría sido compatible con el sistema de *Guerra Fría*, dado que las “*quasi regiones*” de ese sistema tendieron a reproducir la bipolaridad entre sí.

* Björn Hettne, “El Nuevo regionalismo”, en *Relaciones Internacionales*, número 73, FCPys UNAM, México D.F., enero-abril de 1997, pp. 155-162.

** Björn Hettne es catedrático del Departamento de Paz y Desarrollo de la Universidad de Göteborg, Suecia. Funge, asimismo, como jefe de la oficina de Relaciones Internacionales de la misma Universidad.

Este viejo patrón de regionalismo hegemónico fue, desde luego, más evidente en Europa antes de 1989, pero en la cúspide de la Guerra Fría se manifestó en todas las regiones del mundo.

- 2.) Mientras que el viejo regionalismo fue creado “desde arriba” (a menudo a través de la intervención de las grandes potencias), el nuevo es un proceso más espontáneo, desde el interior de la región, y también “desde abajo” en el sentido de que no sólo los Estados partes sino crecientemente otros actores, ahora sienten la necesidad de la cooperación regional a fin de hacer frente a los nuevos desafíos.
- 3.) Mientras que el viejo regionalismo fue de orientación interna y proteccionista, el nuevo es a menudo descrito como “abierto” y por lo tanto compatible que la mayoría de los Estados carecen de la capacidad y los medios para encarar esa tarea a nivel “nacional”. Sin embargo, la idea de un cierto grado de tratamiento preferencial de los países en el interior de la región está implícito en el regionalismo abierto. La forma en la que este equilibrio un tanto cuanto contradictorio entre el multilateralismo y un regionalismo más particular pueda ser mantenido todavía está a discusión. Yo prefiero, en cambio, plantear la ambigüedad entre el regionalismo “abierto” y “cerrado.”
- 4.) Mientras que el viejo regionalismo fue específico respecto a sus orígenes (algunas organizaciones orientadas en asuntos de seguridad, otras en aspectos económicos), el nuevo es un proceso más amplio y multidimensional. Este proceso incluye no sólo la integración económica y comercial, sino también el medio ambiente, la política social, la seguridad y la democracia. Estos son imperativos que empujan a los países y las comunidades hacia la cooperación con nuevos tipos de marcos regionales.
- 5.) Mientras que el viejo regionalismo sólo se refería a las relaciones entre Estados-naciones, el nuevo forma parte de una transformación estructural global en la que los actores no estatales (diferentes tipos de instituciones, organizaciones y movimientos) se encuentran activos y operan a distintos niveles del sistema global.

Por lo tanto, el nuevo regionalismo no puede ser entendido desde el punto de vista de una simple región. Debe ser revisado como un concepto del orden mundial, dado que cualquier proceso particular de

regionalización en cualquier parte del mundo tiene repercusiones sistémicas en el interior de y respecto a otras regiones, influyendo así en la manera en que el mundo se está organizando. Es más probable que presenciemos una estructura de poder global que estaría definida por distintos tipos de regiones.

Centro y periferia

Se puede hacer una cruda distinción entre regiones centrales, regiones periféricas y, entre ambas, regiones intermedias.

Las regiones centrales son políticamente estables y económicamente dinámicas y organizadas de tal manera que son capaces de controlar el mundo fuera de sus propias regiones.

Las regiones intermedias están cercanamente vinculadas a las regiones centro y están en proceso de ser incorporadas tan pronto como cumplan con el criterio de “centralidad”, esto es, de desarrollo económico y estabilidad política.

Las regiones periféricas, en contraste, son políticamente turbulentas y económicamente estancadas; en consecuencia deben organizarse a fin de evitar un proceso de marginación, en tanto sus arreglos regionales son frágiles y poco efectivos. Son, necesariamente, más introvertidas. Su situación general hace al “regionalismo en materia de seguridad” y al “regionalismo desarrollista” más importantes que la creación de regímenes de libre comercio.

Así, el centro lo constituyen las regiones que poseen capacidades políticas, ya sea que esta capacidad se manifieste en una organización política formal o no. Por ahora sólo una de las tres regiones centrales, Europa, aspira a edificar una organización de este tipo. Las otras dos, América del Norte y Asia Oriental, son económicamente fuertes, pero carecen de un orden político regional, lo cual puede tornarse en un problema.

Cerca del centro están las regiones intermedias en proceso de ser incorporadas, a saber: Europa Central, esperando en primera línea la membresía en la Unión Europea; América Latina y el Caribe, en proceso de “norteamericanizarse”; y Asia suroriental, el Pacífico *européo* (Australia y Nueva Zelanda) y el Pacífico Sur, que actualmente están siendo incorporados al espacio económico de Asia Oriental por el capital japonés.

En la periferia se encuentran, por lo pronto, cinco regiones: el área postsoviética, la mayor parte de la cual está ahora en proceso de reintegrarse bajo la forma de Comunidad de Estados Independientes (tal vez sentando las bases para la conformación de una región central a futuro); los Balcanes, donde los países han perdido hasta la más mínima tradición de cooperación que alguna vez hayan tenido; el Cercano Oriente, definido desde fuera y con una estructura regional muy indefinida; el sur de Asia, también con un bajo grado de regionalidad debido a la *Guerra Fría* (que a veces se calienta) entre grandes potencias como India y Pakistán; y, finalmente, África, donde en muchos países las estructuras políticas llamadas “Estados” están colapsándose.

Por lo tanto, las regiones periféricas son periféricas porque están estancadas, y son proclives a la turbulencia y a la guerra. Algunas de ellas fueron imperios con una tradición reciente y frágil de Estados-naciones. Esto les hereda una tradición de numerosos conflictos internos y pocos vínculos externos. La única manera de que sean menos periféricos es que se regionalicen más, es decir, que incrementen su nivel de regionalidad. De otra manera, su único recurso de poder residiría en su capacidad para crear problemas a las regiones centrales (“poder del caos”), y por lo tanto invitarían a una cierta forma de injerencia externa.

Niveles de regionalidad

Hay cinco niveles de “regionalidad”:

1. La región como una unidad geográfica, delimitada por barreras más o menos físicas y naturales, marcada por características ecológicas; “Europa desde el Atlántico hasta los Urales”, “África subsahariana”, “subcontinente indio”. El primer nivel puede ser definido como el de una “proto-región” o “zona pre-regional”, dado que no hay una sociedad organizada. A fin de que se regionalice, este territorio particular debe, necesariamente, ser habitado por seres humanos, lo cual nos lleva a una dimensión humana.
2. La región como un sistema social implica relaciones translocales de naturaleza variada entre los grupos humanos. Estas relaciones constituyen un complejo término de seguridad, en el que las unidades constituyentes, en la medida en que su propia seguridad está involucrada,

son dependientes entre sí, así como la estabilidad en conjunto del sistema regional. Por lo tanto, las relaciones podrían ser hostiles. La región, al igual que el sistema internacional del que forma parte, pueden ser descritos como anárquicos. El caso clásico de un orden regional de este tipo es la Europa del siglo XIX. A este nivel tan bajo de organización, un equilibrio de poder, o un cierto tipo de concertación, es la única garantía de seguridad. Este es un sistema de seguridad más bien primitivo, por lo tanto, podríamos hablar de una región anárquica, o bien, “primitiva”.

3. La región como cooperación organizada en cualquiera de los ámbitos culturales, económico, político o militar. En este caso, la región es definida por la membresía en la organización regional en cuestión. Ante la ausencia de cooperación organizada, el concepto de regionalismo no tiene sentido. Esta región más organizada podría denominarse región “formal”. Debería ser posible vincular la “región formal” (definida por la membresía en la organización) con la “región real” (que ha sido definida en términos de potencialidades y a través de un criterio menos preciso) a fin de establecer la relevancia y potencial a futuro de una organización regional particular.
4. La región como sociedad civil que toma forma cuando el marco organizativo promueve la comunicación social y la convergencia de valores en la región. Desde luego la pre-existencia de una tradición cultural compartida en una región particular es de crucial importancia aquí, pero la cultura no es algo dado, sino que continuamente es creada y recreada. Sin embargo, el elemento definitorio aquí es la calidad multidimensional de la cooperación regional y las características sociales indicando el surgimiento de una “sociedad regional anárquica”, esto es, algo más que la anarquía pero algo menos que la sociedad.

La región como un sujeto activo con una identidad distintiva, capacidad de actuar, legitimidad, y estructura para formular decisiones. Las áreas cruciales para la intervención regional son la resolución de conflictos (entre y particularmente en el interior de antiguos “Estados”) y la creación de bienestar (en términos de seguridad social y equilibrio regional). Este proceso es similar a la formación de Estados y a la edificación de naciones, y el resultado último podría ser el “Estado-región”, que en términos de su proyección puede ser comparado con los

imperios clásicos, pero en términos del orden político constituye una evolución voluntaria de un grupo de unidades antiguamente soberanas y políticas a una comunidad en el terreno de la seguridad de corte supranacional, donde la soberanía es erosionada para el bienestar de todos.

Los más altos niveles de regionalidad, y las ambiciones políticas explicativas para alcanzar este propósito, definen lo que yo denomino nuevo regionalismo. Los niveles podrían expresar una cierta lógica evolutiva, pero la idea no es sugerir un Estado teórico sino un marco para el análisis comparado. Puesto que el regionalismo es un proyecto político, podría, al igual que el proyecto de un Estado-nación, fracasar. Esto también significaría una “perificación” y regionalidad decreciente para la región en cuestión. Los cambios en los términos de regionalidad también significan cambios en la posición estructural en el orden centro-periferia.

El grado de “regionalidad” de ciertas áreas, en particular, puede incrementarse o decrecer dependiendo de la dinámica regional en la que las fuerzas globales, al igual que las locales/nacionales desde luego que tienen un impacto. La regionalización afecta y es afectada por los diversos niveles del sistema mundial: el sistema, como un todo, el nivel de relaciones interregionales, y la estructura interna de una región en particular. No es posible establecer cuál de estos niveles aparece primero o cuál es más importante, dado que los cambios en los diversos niveles interactúan.

Globalismo vs regionalismo

Hay una relación estrecha entre la regionalización y la globalización. Comparado con el “regionalismo”, con una tradición teórica impresionante tras de sí, el “globalismo” es un concepto más reciente en la ciencia social. Independientemente de si sus consecuencias son vistas como catastróficas, como la unificación última del mundo, el concepto a menudo es usado en un sentido más ideológico.

Básicamente, la globalización indica una profundización cualitativa del proceso de internacionalización, fortaleciendo la dimensión funcional y debilitando la dimensión territorial del desarrollo.

Así, el globalismo implica el crecimiento del mercado mundial, penetrando y dominando las economías “nacionales”, las cuales, en el proceso, pierden parte de su “nacionalidad”. Ello significa dominación

del mercado mundial sobre las estructuras de la producción local, así como la creciente preponderancia del consumismo de corte occidental. Desde esta óptica, podría surgir la voluntad política para detener o revertir el proceso de globalización, a fin de salvaguardar un cierto nivel de control territorial y diversidad cultural. Una forma de lograr ese cambio podría ser a través del nuevo regionalismo. Los procesos de globalización y regionalización se articulan en la misma dinámica de transformación estructural global, cuyo resultado depende de un desarrollo dialéctico, más lineal. Por lo tanto, no puede ser extrapolado ni anticipado con facilidad. Pero expresa a fortaleza relativa de las fuerzas sociales contendientes que están involucradas en ambos procesos. Ellas afectan profundamente la estabilidad del sistema estatal de Wesfalia, y por lo tanto contribuyen al mismo tiempo al desorden y, posiblemente, a un orden mundial futuro.

La dinámica de la regionalización

Habiendo revisado la importancia potencial del regionalismo en su influencia de un orden mundial a futuro, la siguiente pregunta es la dinámica del regionalismo contemporáneo.

La integración regional era vista tradicionalmente como la armonización de las políticas comerciales que llevarían a profundizar la integración de las políticas comerciales que llevarían a profundizar la integración económica, con la integración política como un posible resultado a futuro.

El concepto de “nuevo regionalismo” en cambio, se refiere a la transformación de una región en particular de relativa heterogeneidad a una creciente homogeneidad respecto a un cierto número de dimensiones, siendo las más importantes la cultura, la seguridad, las políticas económicas y los regímenes políticos.

La convergencia de estas dimensiones podría ser un proceso natural o políticamente conducido, o, posiblemente, una mezcla de ambos. Un cierto nivel de “igualdad” constituye una condición necesaria pero no suficiente. A la cultura le toma mucho tiempo cambiar, aquí lo importante es la cultura inherentemente compartida, la cual usualmente es transnacional, siendo las fronteras nacionales en muchos casos, una división artificial de un área cultural más amplia. Una transformación de régimen de seguridad (de un complejo en materia de seguridad a

una comunidad en ese terreno) es tal vez un factor más importante. Los cambios en los regímenes políticos típicamente significan democratización. Los cambios en las políticas económicas hoy en día normalmente conducen a la apertura económica.

La dinámica de la regionalización puede ser encontrada a distintos niveles de la sociedad mundial:

- A nivel global, la estructura cambiante del sistema mundial proporciona un espacio de maniobra a los actores regionales, al mismo tiempo que el proceso de regionalización mismo constituye un cambio global estructural hacia la multipolaridad. La organización de superpotencias del mundo puede ser las relaciones interregionales, la conducta de una región afecta la conducta de otras. El regionalismo europeo es, por ejemplo, el gatillo de la regionalización global, al menos en dos formas distintas: una positiva (al promover el regionalismo proporcionando un modelo) y la otra negativa (al promover el regionalismo que constituye una amenaza proteccionista).
- Las regiones mismas constituyen escenarios para que algunas veces los “intereses nacionales” compitan o converjan. Si la tendencia en su conjunto en el interior de un área geográfica particular es la convergencia de intereses, podemos hablar del surgimiento de un actor regional.
- El proceso actual de regionalización es también catalizado por los acontecimientos a nivel subnacional. Un ejemplo es el síndrome del “agujero negro” o la desintegración de Estados-nacionales debido a la movilización etno-nacional. Una forma menos violenta de desintegración nacional es el surgimiento de regiones microeconómicas en la medida en que el ambiente geopolítico crea un enfoque más directo a la macro economía de regiones subnacionales dinámicas.

Aunque la región se está convirtiendo en un actor en sus propios términos, los Estados-naciones típicamente la conciben como un área en la que “los intereses nacionales” pueden ser promovidos, y estos últimos, por supuesto, son concebidos de manera distinta por los diferentes grupos podrían encontrar satisfactorio desenvolverse en un espacio supranacional, otros apoyan el espacio nacional donde tienen importantes intereses que proteger. Así, la regionalización crea sus propias fuerzas.

El papel crucial de la conducta estatal

La regionalización no se produce a menos que los Estados en una región en particular la deseen. Podría producirse a través de una convergencia más o menos espontánea o no intencionada en términos del régimen político, la política económica o la seguridad, pero a menudo uno puede identificar un elemento político detonante, el cual echa a andar el proceso. Naturalmente, este evento político está relacionado con los principales “jugadores” en la región, los formuladores de decisiones, en contraste con los tomadores de decisiones y los “jugadores” menores.

A fin de entender la regionalización en las diversas regiones del mundo, es prudente observar la conducta de los formuladores de decisiones.

Podemos dividir a los formuladores de decisiones en dos categorías: aquéllos cuya influencia va más allá de una región particular, las potencias mundiales, y aquéllos cuya influencia queda confinada a una región, en particular, las potencias regionales. Las potencias regionales no serían capaces de lograr la hegemonía a nivel mundial, puesto que el nivel de su influencia no está definido y varía, significa que habrá una cierta competencia entre ellas.

En las potencias regionales, los formuladores de decisiones podrían ser hegemónicos en sus propias regiones (lo que implica una aceptación general, o por lo menos una tolerancia su liderazgo en la región), o simplemente dominantes (lo que significa que son vistas con sospecha y temor de parte de los jugadores menores). Los tomadores de decisiones pueden subdividirse entre los que apoyan el proceso de regionalización (algunas veces los jugadores más pequeños son los principales opositores), los que tratan de encontrar su propio sendero o tal vez diversos caminos (dado que serían bienvenidos en diversas organizaciones regionales), los “multirastreadores” y aquéllos que son abandonados (puesto que son vistos como pasivos, no como activos).

En algunos casos el regionalismo crece de las relaciones bilaterales ampliadas, por ejemplo en el Continente Americano, donde tanto el NAFTA como el Mercosur resultaron de una situación en que terceras partes (Canadá y Uruguay) se mostraron preocupados por la posibilidad de ser marginados. Las potencias regionales (en estos casos Estados Unidos y Brasil) usualmente prefieren el bilateralismo al regionalismo.

Este es también el caso en el sur de Asia, donde los jugadores más pequeños suavemente impusieron el regionalismo a la potencia regional, India, que siempre estuvo a favor del bilateralismo.

El cambio del bilateralismo al regionalismo es, por lo tanto, un indicador fundamental de la creciente regionalidad de una región, pero como se le definió aquí, la creciente regionalidad también puede derivar en un traslape de acuerdos bilaterales en el interior de una región, dado que dichos acuerdos implican convergencias políticas en diversos campos. Por lo tanto es importante tomar como punto de partida el área geográfica como tal y no los acuerdos regionales formales. Sin embargo, en altos niveles de regionalidad, los acuerdos más formales y la edificación de instituciones se tornan necesarios.

Los resultados

El tema que quiero discutir por último tiene que ver con las consecuencias de la regionalización en términos de la seguridad y desarrollo. ¿Cuáles son, en primer lugar, los problemas en materia de seguridad a los que la regionalización podría encontrar una solución? Pueden ser ubicados en la metáfora del “agujero negro”, o en lo que en la terminología de Naciones Unidas se denomina como “Estados fallidos”.

El colapso de la autoridad política a un nivel de la sociedad tiende a abrir una lucha por el poder latente a niveles más bajos, y el proceso de desintegración en una entidad multiétnica podría continuar de manera indefinida. Sin embargo, tarde o temprano debe producirse una reorganización del poder social y de la autoridad política a un nivel más alto de la organización social, posiblemente en la región.

Es posible que ello esté precedido por una cierta forma de intervención externa con el propósito de revertir el proceso de desintegración. De nuevo, la región podría desempeñar un papel, pero hay también otros actores más importantes.

Puede hacerse una distinción entre cinco diferentes formas de intervención externa: unilateral, bilateral, plurilateral, regional y multilateral.

La unilateral puede ser efectuada por un vecino preocupado que trata de evitar una ola de refugiados, o por una superpotencia regional que mantiene intereses estratégicos en la región. En el caso bilateral, hay un cierto tipo de acuerdo (más o menos voluntario) entre el interventor

y el país en el que la intervención es efectuada. La variante plurilateral puede consistir en un grupo *ad hoc* de países o en la formación de una alianza más o menos permanente. La intervención regional es llevada a cabo por una organización regional y de esa forma asume una orientación regional. Por último, la multilateral normalmente significa una operación encabezada o por lo menos sancionada por Naciones Unidas.

Estas distinciones no son muy claras, y en situaciones del mundo real diversos actores o distintos niveles podrían estar involucrados, incrementándose el número con la complejidad del conflicto mismo. Empero, considero que las intervenciones externas futuras serán una combinación de operaciones regionales y multilaterales, pero con una creciente importancia en el papel que desempeñen las primeras.

El registro de la intervención regional en conflictos internos y en la resolución de conflictos regionales es reciente y, por lo tanto, las bases empíricas para hacer un análisis son débiles. Los incidentes de desintegración nacional pueden hacer o romper las organizaciones regionales, dependiendo de la naturaleza de los arreglos regionales existentes. En casi todas las regiones del mundo ha habido intentos de resolución de conflictos con un elemento más o menos significativo de intervención regional, a menudo en combinación con el multilateralismo (involucramiento de Naciones Unidas). ¿Tal vez el orden mundial a futuro pueda caracterizarse por el multilateralismo o el regionalismo multilateral?

En segundo lugar, el nuevo regionalismo estaría facultado para dar solución a los problemas del desarrollo, que, de hecho, puede ser visto como una forma de prevención del conflicto, dado que muchos de los conflictos internos tienen sus raíces en los problemas del desarrollo de distintos tipos. En el viejo regionalismo, los acuerdos de libre comercio reprodujeron las tensiones centro-periferia en el interior de las regiones, lo que provocó que las organizaciones regionales se desintegraran o cayeran en una especie de estado somnoliento.

Permítaseme proponer los siguientes siete argumentos a favor del regionalismo del desarrollo:

- Aunque la cuestión del tamaño del territorio nacional es de menor importancia en un mundo altamente interdependiente, la cooperación regional es necesaria, particularmente en el caso de microestados que

deben cooperar o bien para resolver sus problemas comunes o para convertirse en Estados clientes de los “países centrales” (argumento de la viabilidad económica).

- Las confianza en sí misma, rara vez viable a nivel nacional, podría ser una estrategia de desarrollo deseable a escala regional, si se le define como coordinación de producción, mejoramiento de la infraestructura y haciendo uso de las complementariedades (argumento de la viabilidad económica).
- Las políticas económicas podrían ser más estables y consistentes si son apuntaladas por acuerdos regionales que no puedan ser rotos por un país participante sin provocar algún tipo de sanciones de parte de los otros (argumento de credibilidad).
- La capacidad de negociación colectiva al nivel de la región podría mejorar la posición económica de los países marginados en el sistema mundial, o proteger la posición estructural y el acceso al mercado de exitosos países exportadores (argumento de la articulación efectiva).
- El regionalismo puede reforzar la viabilidad social al incluir aspectos de seguridad social y un elemento de redistribución (por fondos regionales) o bancos especializados) en el proyecto regionalista (argumento de la estabilidad social).
- Las fronteras políticas y económicas rara vez coinciden. Pocos problemas ambientales serios pueden ser resueltos en el marco del Estado-nación. Algunos problemas son bilaterales, algunos son globales, en tanto algunos son regionales, siendo los últimos los relacionados con el agua: aguas costeras, ríos, aguas territoriales.
- El hecho de que los programas operativos a nivel regional existen y persisten a pesar de las rivalidades nacionales, muestra la necesidad imperativa de la cooperación ambiental (argumento del manejo de los recursos).
- Finalmente, la resolución de conflictos regionales, si es durable y exitosa, elimina los patrones de inversión distorsionada, dado que el “fondo en materia de seguridad” (gastos militares) puede ser canalizado para un uso más productivo (argumento de los dividendos de la paz).

Aquí se cierra el círculo: la cooperación regional para el desarrollo reduce el nivel de conflicto y el dividendo de la paz facilita

una mayor cooperación para el desarrollo. Este círculo positivo puede convertirse también en un círculo vicioso donde los conflictos y el sub-desarrollo se alimentan uno al otro.

El caso de los Balcanes

¿Dónde está la relevancia de todo lo expuesto para el caso de los Balcanes? Los Balcanes es una “no-región”, o una región que sólo puede ser negativamente definida como un complejo explosivo de seguridad regional. No hay cooperación regional, y difícilmente se ha producido un acercamiento cooperativo en esos términos. La palabra “balcanización” se ha integrado al vocabulario político como sinónimo de desintegración. Pero entonces, el concepto “balcanización” es típicamente aplicado a otras regiones como una advertencia, como ejemplo negativo. Aplicado a los Balcanes, la “balcanización” debería significar creciente regionalidad, de manera análoga a cuando hablamos de la europeización de Europa. Pero, ¿podría haber una “balcanización” de los Balcanes en un sentido positivo de la palabra? El grado actual de regionalidad en los Balcanes es verdaderamente bajo. Uno puede hablar desde luego de una región geográfica, y de un complejo de seguridad regional (con alta dependencia en materia de seguridad), pero no hay un regionalismo formal, tampoco hay una sociedad civil, y los Balcanes están muy lejos de ser un actor en su propio derecho con una agenda propia. Sin embargo, al igual que en el caso del sur de Asia, hay una sociedad civil inherente en términos de una cultura compartida heredada (incluyendo el lenguaje), y al igual que en el sur de Asia, este importante potencial para la regionalidad es destruido por la política actual de los Estados-naciones.

¿Qué formas podría asumir la regionalización?, existen, si excluimos la opción catastrófica del aislamiento y la desintegración a ultranza, tres rutas futuras:

1. La cooperación formal de los gobiernos
2. La cooperación informal, hecha posible al incrementar la homogeneidad a través de la convergencia en términos de regímenes políticos, políticas económicas y arreglos en materia de seguridad.
3. Integración pasiva a través de la participación en estructuras *europeas*.

Naturalmente, la cooperación entre los gobiernos tendrán lugar sobre las bases bilaterales, y ha ocurrido en otras regiones que el bilateralismo se transforma en trilateralismo y regionalismo. Es más probable que existen alianzas hostiles, tal vez basadas en líneas históricas o religiosas, obstruyendo la totalidad de la integración regional en la subregión. La integración pasiva no es una forma ideal puesto que las condiciones serán decididas por completo por actores externos. Sería como una situación colonial, o para ponerlo en términos menos grotescos, un protectorado.

Lo anterior deja a la cooperación espontánea a través de la convergencia más o menos espontánea en distintas esferas políticas como el camino más viable. La convergencia en estas áreas políticas no será totalmente espontánea. Dependerá de un número importante de condiciones externas asociadas con la participación de estructuras europeas: democracia, derechos humanos, gobierno limpio, economía de mercado, y claro, la no-agresión.

La urgencia de ser parte de Europa parece ser una meta común para todos los países balcánicos, y esta parece ser la primera vez que todos los países en la subregión están compartiendo la misma meta. Para asegurar esa meta, deben concretarse a ciertos estándares, y aquí encontramos las convergencias que constituyen la regionalización balcánica, la “balcanización” positiva de hoy.

Conclusiones

El nuevo regionalismo incluye aspectos económicos, políticos, sociales y culturales, y va más allá del libre comercio. En cambio, la ambición política de establecer la coherencia y la identidad regionales parece ser de primera importancia.

La desintegración nacional parece reforzar el proceso de regionalización a través de las amenazas a la seguridad regional, provocando un tipo de reacción a nivel regional. Podría incluso formar parte del proceso de regionalización, dado que la ampliación del espacio político proporciona oportunidades para distintas fuerzas subnacionales y microregionales, previamente encerradas en las estructuras estatales, para que se reafirmen a sí mismas.

El regionalismo del desarrollo contiene los argumentos tradicionales para la cooperación regional, tales como el tamaño territorial

y las economías de escala, pero, de manera más significativa, añade algunas preocupaciones e incertidumbres nuevas en la actual transformación del orden y la economía mundiales.

Los asuntos de la seguridad y el desarrollo forman un complejo integrado al mismo tiempo que constituyen imperativos, distintos para la cooperación regional. Los niveles de regionalidad entre las regiones en el proceso de su formación, seguirán siendo desiguales. Sólo el futuro decidirá dónde estarán los niveles y dónde se producirá el equilibrio entre la regionalización y la globalización. Sin embargo, la voluntad y la acción políticas ciertamente desempeñarán un papel en la ruptura del círculo vicioso del conflicto, la inseguridad y el subdesarrollo regionales.

Teorías políticas de la integración*

..... Nicolás Mariscal**

Introducción

I. Realidad y reflexión teórica

La Comunidad Europea/Unión Europea (CE/UE) ha cumplido cincuenta años al entrar en el siglo XXI. Toda una aventura ha transcurrido y sigue aconteciendo desde el Tratado de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero de 1951 al euro en los bolsillos de los ciudadanos a partir de enero de 2002, a la ampliación a los países de Europa central y oriental y la Conferencia Intergubernamental de 2004 y a un probable tratado constitucional. Medio siglo es la mayor parte de la propia vida para casi todas las personas físicas, pero edad juvenil para no pocas organizaciones políticas, personas jurídicas e instituciones sociales. La aventura juvenil de la CE/UE no ha sido irreflexiva, aunque las ideas no sean en las personas ni en las organizaciones los factores exclusivos ni frecuentemente los más poderosos condicionantes de su trayectoria y de su realidad. El

* Texto original: Mariscal, Nicolás, *Teorías políticas de la integración europea*, Tecnos, España, 2003, pp. 14-41.

** Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid, actualmente es Catedrático de Sociología Política en la Universidad de Deusto y profesor Jean Monnet emérito de Integración Política Europea. Dentro de sus últimas publicaciones se encuentran *25 de marzo de 1957: el proceso confirma el proyecto*, *25 de marzo de 2007: el proceso cuestiona el proyecto*; y colaboraciones en *Cuadernos Europeos de Deusto* como “Tratado de Lisboa: reforma institucional, sin aliento constitucional” y “Gobernanza multinivel y plural en las políticas del Tratado Constitucional de la Unión Europea”.

proceso de integración europea siempre ha estado acompañado de reflexión y de teorización políticas.

Ya antes del nacimiento de las Comunidades Europeas –sin remontarnos siglos– en el período entre las dos guerras mundiales las ideas federalistas de Coudenhove-Kalergi y las primeras elaboraciones funcionalistas de Mitrany fueron precursoras ingenuas y fecundas de la moderna teoría de la integración.

El período clásico de la teoría de la integración regional internacional, como la llamaron los internacionalistas estadounidenses vinculados al behaviorismo que la produjeron, comienza con la multiplicación de las Comunidades [del Carbón y del Acero (CECA), Económica Europea (CEE) y de Energía Atómica (CEEA)] a partir de 1957 y va a extenderse hasta mediados de la década de los setenta. El surgimiento, los actores, la dinámica, las condiciones y la meta final de la integración son los interrogantes centrales, a los que fueron tratando de responder el neofuncionalismo de Haas y las revisiones de sus sistémicos discípulos, el transaccionalismo de Deutsch o el sistema de concordancia de su crítico e innovador ex seguidor Puchala.

Sin embargo, comenzando ya en los propios sesenta, especialmente tras la crisis de «la silla vacía» y el Acuerdo de Luxemburgo, a lo largo del turbulento decenio de los setenta, en el que se creó el Consejo Europeo, y hasta mediados de los ochenta, el intergubernamentalismo, centrado en la acción y las relaciones de poder entre los Estados miembros, cuestionó críticamente al neofuncionalismo. Hoffmann en los primeros años y posteriormente Moravcsik en los noventa han mantenido siempre una poderosa visión estatocéntrica de la integración europea.

El Acta Única Europea de 1986 con su proyecto de mercado interior y la innovación político-jurídica del Tratado de la Unión Europea de Maastricht de 1992 son ocasión de un renacimiento y nueva elaboración neofederalista en el último decenio del siglo xx, vinculada a autores como Sidjanski, Fischer o Von Bogdandy, mientras otros retomaban algunos elementos y lecturas del neofuncionalismo, que ahora parecen avalados por el relanzamiento de la integración europea.

Este nuevo impulso de una integración, que ha duplicado ya el número inicial de sus miembros y se ha hecho cualitativamente mucho más diversa, y el horizonte de una ampliación a numerosos y muy diferentes países de Europa central y oriental –posible tras el derrum-

bamiento del muro de Berlín en 1989 y la posterior desaparición de la Unión Soviética— confieren urgente actualidad al problema siempre latente de la integración de tan diferentes elementos y vuelven a aflorar antiguas y nuevas ideas y estrategias de flexibilidad: Europa a la carta, varias velocidades, geometría variable, etc.

En el último decenio del siglo xx sobre la innovadora y provisional Unión Europea de Maastricht, Ámsterdam y Niza y ante los desafíos del desempleo, las desigualdades regionales, la inmigración, el alejamiento de los ciudadanos europeos, su escasa, participación política, la protección de los consumidores y del medio ambiente, la ampliación a los países de Europa central y oriental o la globalización han seguido abiertos e inciertos para la teoría interrogantes concernientes tanto a la propia configuración de la *politeya* europea: actores, niveles, arenas, participación y democracia, como a su eficacia y eficiencia para la resolución de problemas. La gobernanza multinivel de Marks y otros, el nuevo institucionalismo de Bulmer, Sandholtz y Stone Sweet y el Estado regulador de Majone han sido algunos de los más elaborados intentos de afrontarlos.

Desde una aproximación macropolítica dinámica de alcance medio, la teoría de la fusión de los últimos años noventa ha analizado la trayectoria fundamental de la integración de Europa occidental desde el nacimiento de la CECA. Wessels descubre tendencias de crecimiento y diferenciación estructurales de largo plazo, bajo las que subyace un proceso de fusión de instrumentos públicos de diversos niveles, impulsado por la voluntad de los Estados de bienestar europeos de salir de los dilemas que tienen planteados, y una europeización de los actores.

En los albores del siglo xxi apuntan el constructivismo, consociacionismo, giro normativo e incluso en una reflexión sobre la reflexión la «sociología del conocimiento» de las teorías¹ y la «meta-teoría» o epistemología y ontología de la integración.²

Tal vez incluso después de medio siglo de lúcidas y brillantes elaboraciones no pueda olvidarse la modesta calificación de preteorías que Haas les atribuyó hace largo tiempo.³ La difícilmente aprehensible

¹ Ben ROSAMOND, *Theories of European Integration*, Macmillan, Houndmills, 2000.

² Dimitris N. CHRYSOCHOU, *Theorizing European Integration*, SAGE, London, 2001, pp. 173 ss.

³ Ernst B. HAAS, «El estudio de la integración regional: reflexiones acerca de la alegría y la

multidimensionalidad de la integración, la complejidad de las dinámicas, la globalización que la desafía y cuestiona como unidad de análisis, los desmentidos de la realidad a sus prospectivas y el desconcierto ante las nuevas cuestiones parecen corroborarlo. Por otra parte, sin embargo, no han sido desdeñables las elaboraciones y los avances científicos logrados, como como el propio Haas lo ha reconocido,⁴ y el grado de reflexión y teorización alcanzado no es inferior al de otras áreas de ciencias sociales.

Algunas teorías se han centrado sobre todo en lo que ha sido y/o es, buscando evidencia empírica y tratando de describirlo, explicarlo e incluso a veces interpretado, mientras otras han pretendido prescribir el trayecto y las estrategias para ir realizando lo que será o al menos se quiere que sea.

En las primeras décadas se reflexionó y teorizó sobre todo en torno a los actores, al proceso y al resultado, mientras en los últimos lustros del siglo xx la exploración se ha centrado preferentemente en la pluralidad de niveles en la gobernanza de la CE/UE. Los Gobiernos de los Estados miembros y las instituciones comunitarias, así como sus relaciones mutuas, han sido y son permanente objeto de estudio, aunque con muy diferentes énfasis. La nueva *politeya*, el *demos* emergente, la democracia y la participación, el modelo social y cultural, los valores y la acción de la Unión Europea en el mundo plantean nuevos interrogantes ya y probablemente en el próximo futuro.

II. Utilidad y aplicación de las teorías

Las teorías sirven para hacer consciente al analista de sus propios supuestos, para la observación ordenada de los fenómenos sociales, para la explicitación de las generalizaciones a las que la investigación aspira a llegar y en definitiva para la afirmación fundamentada de cualquier relación acerca de los fenómenos sociales.⁵ Cabría tal vez añadir que las teorías ayudan además a percibir y plantear la complejidad de los panoramas y problemas en contra de las visiones simplistas, exigen y proporcionan rigor analítico frente a los saltos en el vacío y pueden fomentar la imaginación creativa contra la sabiduría convencional y la burocratización intelectual.

angustia de pre-teorizar», Revista de la Integración, n.º 10, mayo 1972. pp. 85-139 (edición original en International Organization, vol. 24, n.º 4, 1970, pp. 607-646).

⁴ B. ROSAMOND, *op. cit.*, p. 192.

⁵ *Ibid.*, pp. 4 ss.

Al final del siglo xx y comienzos del xxi se tiende a una visión más amplia y flexible que en la época clásica de la teoría de la integración regional internacional, contextualizada en el behaviorismo estadounidense y la contrastación empírica de hipótesis. Actualmente se indican diversas comprensiones y orientaciones de las teorías en ciencias sociales, por ejemplo: *a)* la tendente a la formulación de «leyes», que buscan regularidades dentro de contextos específicos y privilegia la comprobación; *b)* la idealizadora, creadora de «tipos ideales» y centrada en la construcción de modelos, *c)* la político-ética, crítica del presente y comprometida con principios éticos, privilegiando la formación de la teoría en estas dimensiones, y *d)* la teorización sobre el propio proceso de teorización.⁶ Chryssochoou ha expresado sintéticamente este rico y multifacético universo de las teorías aplicándolo a la integración europea:

En resumen, teorizar acerca del pasado, presente y futuro de la integración se refiere tanto a la explicación de la causalidad de interacciones múltiples, como al desarrollo de sensibilidades para el juego de la gobernanza colectiva europea y la construcción de la *politeya* (*polity-building*), como también a las inevitables cuestiones normativas y éticas que estos procesos suscitan»⁷

¿Las teorías políticas de la integración iluminan, ayudan a ver con mayor amplitud y profundidad, a descubrir relaciones, procesos y tendencias, a idear creativa e innovadoramente? ¿Proporcionan diferente y específica luz para mirar, explicar y proyectar la integración europea? Éstas son en principio algunas de las expectativas, que habrá que comprobar si las teorías hábilmente utilizadas llegan a cumplir. A su vez la integración real —aunque no es el único criterio de evaluación— cuestiona y critica las teorías haciéndolas más o menos útiles, más o menos relevantes, más o menos cercanas a los «hechos».

Por otra parte, las teorías expuestas en el presente libro son predominantemente politológicas, mientras la integración real es un complejo fenómeno multidimensional: político, económico, jurídico,

⁶ D. N. CHRYSSDCHOU, *op. cit.*, pp. 6 y 7; B. ROSAMOND, *op. cit.*, p. 8.

⁷ D. N. CHRYSSOCHOÛ, *op. cit.*, pp. 8 y 9.

social, cultural, ecológico, militar, etc. Se privilegia aquí la dimensión política, bajo la que subyace frecuentemente la social y la económica y que cristaliza no pocas veces en la jurídica. Analíticamente parece conveniente mantener la distinción entre lo político, lo social, lo económico y lo jurídico, pero desde el punto de vista sintético también su relación, de modo que no se confunda lo diferente, pero tampoco se empobrezca lo relacional con el aislamiento.

Estas teorías además no han sido ni son amplias cosmovisiones o macroconstructos intelectuales, sino sobre todo instrumentos heurísticos o de búsqueda más o menos útiles para aprehender la integración, aunque algunas de ellas llevan no pocas prescripciones normativas. Una actitud utilitaria de ensayo-error parece conveniente para su aplicación: sí o no, en tanto en cuanto ayuden a describir, explicar, interpretar, proyectar, idear o realizar la integración europea o aspectos relevantes de ella. Tampoco la experiencia histórica incita al rupturismo radical. Las primeras preteorías matrices: federalismo, funcionalismo y realismo se renovaron y desarrollaron como neofederalismo, neofuncionalismo e intergubernamentalismo e incluso posteriormente han apuntado a nuevos «neos». Ninguna de ellas, por otra parte, ni las primeras ni las más recientes, puede pretender la exclusividad ante el fenómeno complejo y dinámico de la integración europea. La actitud teórica inicial más racional, razonable y fecunda parece ser la de un utilitarismo inclusivo.

Finalmente, las teorías políticas de la integración han estado estrechamente vinculadas a la historia real de ésta, inicialmente de la integración regional internacional y sus avatares en diferentes intentos en casi todos los continentes y posteriormente casi en exclusiva de la integración en Europa occidental. -La historia en cierto sentido única de la experiencia europea es breve -medio siglo-, actual, dinámica -cuatro modificaciones político-jurídicas mayores entre 1986 y 2001 - y compleja.

III. Teorías Políticas de la Integración Europea

1. Federalismo

Es una teoría, pero no menos un movimiento político. Sus raíces ideológicas y ciertas prácticas se remontan muy atrás en la historia de Europa,⁸ y menos lejanamente a autores como Kant, Proudhon o los de

⁸ Stefan SCHEPERS, *Le droit fédéral en Europe: un essai historique*, Institut Européen d'

Federalist Papers y a la tradición iusnaturalista cristiana y socialista, En el periodo entre las dos guerras mundiales Coudenhove-Kalergi con su libro *Pan-Europa* (1923)⁹ le infundió ilusionado horizonte intelectual y político. Sus referentes empíricos han sido los Estados Unidos de América, Suiza y la República Federal de Alemania con una valoración positiva y negativamente los Estados nacionales europeos con pretendida soberanía ilimitada y grave culpabilidad en los conflictos mundiales del siglo xx. Trágicas rupturas recientes como la de la federación de la antigua Yugoslavia le han vuelto más autocritico.

Como teoría política el federalismo mantiene una aproximación ideológica y se sitúa en el nivel prescriptivo, lo que hay que hacer para realizar la federación. Se basa en una concepción «filosófica» de la persona humana y de la sociedad y de su relación, que supera el individualismo, pero no se diluye en el colectivismo. La «Decisión sobre política general» del Congreso de Montreux (1947) logró una de las mejores formulaciones: «el desarrollo de la personalidad humana por medio de las comunidades de vida diaria».¹⁰ Sobre esa base se erige el principio político fundamental: la relación unidad-diversidad, solidaridad-libertad, el todo y las partes. No es una dialéctica antagónica, en la que un término niega al otro, sino complementaria, siendo positivo o negativo para un elemento de la relación lo que es positivo o negativo para el otro.

El primer federalismo aplicado a la Europa de después de la Segunda Guerra Mundial concebía como método para su realización un acto político-jurídico decisivo -bien un pacto federal entre los Estados o bien una asamblea constituyente- generador de una Constitución federal. Algunos pensadores y movimientos ante la tozuda realidad tendieron, sin embargo, a extender mas en el tiempo la transición a la federación y acabaron concibiéndola como un proceso social y político de federalización.

Administration Public-Bruylant, Bruxelles, 1991.

⁹ Richard N. COUDENHOVE-KALERGI, *PanEuropa*. Dedicado a la juventud de Europa, Tecnos, Madrid, 2002.

¹⁰ Walter LIPGENS, *45 Jahre Ringen um die Europäische Verfassungsg. Dokumente 1939-1984*. Von den Schriften der Widerstandsbewegung his zum Vertrags entwurf des Europäische Parlaments, Europa Union Verlag, Bonn, 1986, p. 220 y *Die Anfänge der Europäischen Einigungspolitik 1945-1950* (I. Teil 1945- 1947), Ernst Keller Verlag, Stuttgart, 1977, p. 520.

Inicialmente el resultado o meta de llegada pretendida por el federalismo de la posguerra era un Estado federal, designado por no pocos autores y movimientos como los Estados Unidos de Europa, a imagen y semejanza de los de América, que ya antes de la Segunda Guerra Mundial habían servido de modelo a algunos federalistas¹¹ y después de esta aparecían revestidos con el aura de la victoria, la democracia y la hegemonía. Esas formula y forma van siendo abandonadas poco a poco, dadas las evidentes y grandes diferencias entre América y Europa, proponiéndose en su lugar una federación *sui generis*, sin que bajo tal vaguedad exista un consenso preciso entre los múltiples y diversos federalismos europeos, aunque sí cierto acuerdo respecto a algunas características comunes a una organización político jurídica de varios niveles: alguna transferencia de poder soberano de los Estados a la federación europea, algunas competencias exclusivas de ésta, algunos órganos típicamente federares como un parlamento bicameral, un ejecutivo de varios niveles y un tribunal, y la apertura en un principio a todos los pueblos de Europa. Dentro de la federación y de acuerdo con su Constitución, cada Estado podría resolver sus problemas según sus peculiaridades internas y culturales y sería necesario proteger a los pequeños ante los grandes. Algunos autores y movimientos mencionan el federalismo integral, que rebasa lo político para transcender a lo social, económico y cultural. La federación podría ser una unión más estrecha o más laxa, pero pocas veces se menciona la confederación. Con el nacimiento y desarrollo de las Comunidades Europeas en las décadas siguientes, para algunos teóricos de una Europa federal va adquiriendo especial relevancia la problemática del reparto de competencias entre la federación europea y los Estados miembros, detectándose cierta tensión entre una concepción dual, que las asigna con claridad y rigidez a uno u otro nivel y otra cooperativa, en la que no pocos ámbitos cooperan ambos niveles. Se va abriendo camino además la reivindicación de un tercer nivel subestatal: *lander*, regiones, comunidades autónomas, que empieza a ser tomado en cuenta en el diseño teórico de la futura federación. Finalmente en los tiempos más recientes cada vez se va formulando con mayor nitidez la diferencia y distancia entre el eventual futuro

¹¹ Antonio TRUYOL Y SERRA, *La integración europea: idea y realidad*, Tecnos, Madrid, 1972, pp. 21 ss; R. N. COUDENHOVE-KALERGI, *op. cit.*

federal de Europa y cualquiera de los modelos confederales o federales estatales existentes, apuntando algunos neofederalistas a una federación supranacional con estructuras federales policéntricas y pluralistas.¹²

A partir de 2000 ha tenido lugar un debate político sobre la Unión Europea, tanto respecto al proceso o método de construcción de ésta, como al horizonte último que se vislumbra o desea. La problemática fundamental la formuló Jacques Delors en unas declaraciones a *Le Monde*: «si se quiere mantener el objetivo de una Europa política, hay que permitir que una vanguardia constituya lo que yo llamo una federación de Estados-nación». No faltaron en los meses siguientes algunos posicionamientos acerca del nacimiento de la Europa política, los fines de la Unión, las varias velocidades o la Constitución de una federación de Estados. Fue, sin embargo, a comienzos de mayo, en torno al 50 aniversario del Plan Schuman, cuando el debate se avivó extraordinariamente centrándose alrededor de la propuesta del ministro de asuntos exteriores alemán. El Sr. Joschka Fischer la enunció por primera vez en su discurso en la Universidad de Humbolt de Berlín el 12 de mayo de 2000.¹³ Era una reflexión general conceptual sobre la conformación de la futura Europa, a largo plazo, después de la ampliación de la UE. Las consideraciones de Fischer se referían, por una parte, a la naturaleza de lo que llamaba la finalidad de Europa (*Finalität Europas*) y, por otra, al camino para ir acercándose a ella. La propuesta tuvo enorme resonancia inmediata y al inaugurarse poco después la presidencia semestral francesa de la Unión Europea, líderes nacionales franceses, italianos, británicos y otros, así como dirigentes comunitarios, expresaron sus opiniones al respecto y volvieron a poner sobre el tapete del debate político europeo las dos velocidades, la vanguardia, el grupo pionero, las cooperaciones reforzadas, la Europa unida de los Estados, la Carta de los Derechos Fundamentales, la Constitución europea, la federación, etc.

¹² Armin VON BOGDANDY, *Supranationaler Federalismus als Wirklichkeit und Idee einer neuen Herrschaftsform. Zur Gestalt der Europäischen Union nach Amsterdam*, Noirios Verlagsgesellschaft, Baden-Baden, 1999; José MARTÍN Y PÉREZ DE NANCLARES, *El federalismo supranacional: ¿un nuevo modelo para la Unión Europea?*, Europako Mugimenduen Euskal Kontseilua/Consejo Vasco del Movimiento Europeo (EMEK/CVME), Bilbao, 2003.

¹³ Joschka FISCHER, «Vom Staatenverbund zur Föderation – Gedanken über die Finalität der europäischen Integration», *Integration* 3/00, pp. 149-156.

Actualmente están ya funcionando desde los primeros meses de 2002 una Convención, que presentara las cuestiones esenciales y posibles respuestas a la Conferencia Intergubernamental de 2004, y un foro para que los ciudadanos y la sociedad civil puedan participar en la formulación del futuro de Europa. Algunas de las cuestiones a abordar —entre otras posibles— han sido ya señaladas: reparto de competencias entre la UE y los Estados miembros; estatuto de la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea; simplificación de los tratados; y función de los parlamentos nacionales en la arquitectura europea.¹⁴ No pocos líderes políticos y organizaciones se han posicionado en los últimos dos años: Delors, Fischer, Schröder, Jospin, Prodi, el PSOE, Juncker, el Partido Popular Europeo (PPE), etc.¹⁵ En estos últimos años, también una pequeña parte del mundo académico, algunos funcionarios comunitarios o estatales y diversos intelectuales han seguido analizando, interpretando, sugiriendo ideas y estrategias para la construcción europea y específicamente de cara a 2004. El federalismo ciertamente no está ausente.

2. Funcionalismo y Neofuncionalismo

El funcionalismo originario de Mitrany en el periodo entreguerras prescribía lo que se debería hacer para evitar nuevos conflictos armados e incrementar la probabilidad de paz universal: establecer sucesivamente organizaciones funcionales puramente técnicas en el ámbito internacional, las cuales expandiéndose «funcionalmente» irían copando ese espacio y drenando el poder de los Estados. El punto de llegada sería una constelación de esas organizaciones funcionales despolitizadas, que incluso podrían dotarse de cierta coordinación, siempre que evitasen el surgimiento de un nuevo y gigantesco Leviatán.¹⁶ Muchos años después, ya constituidas las tres Comunidades Europeas, Mitrany desde su funcionalismo universal denunciará las falacias regional y federal.¹⁷

¹⁴ Tratado de Niza, Declaración relativa al futuro de la Unión, punto 4.

¹⁵ Pueden verse por ejemplo: Michael KREILE, «Zur nationalen Geburtenheit europapolitischer Visionen: Das Schröder-Papier und die Jospin-Rede», *Integration* 3/2001, pp. 250-257; Daniel THYM, «“A Superpower, not a Superstate” - Der britische Beitrag zur europäischen Verfassungsdiskussion», *Integration* 4/2001, pp. 356-368; y *Frankfurter Allgemeine Zeitung* 02/08/2001.

¹⁶ David MITRANY, *The Progress of International Government*, Yale University Press, New Haven, 1993; *A Working Peace System*, Quadrangle Books, Chicago, 1966.

¹⁷ David MITRANY, «The Prospect of Integration: Federal Functional», *Journal of Common*

En 1958, poco después de nacidas la segunda y tercera Comunidades Europeas, CEE y CEEA (Euratom), Haas en *The Uniting of Europe* se aproxima empíricamente a la primera, la CECA, situándose inicialmente en el nivel descriptivo de ésta, pero desde su pretensión de haber descubierto la explicación del dinamismo de la integración el neofuncionalismo se va volviendo prescriptivo. La integración es un proceso de crecimiento sector por sector, mediante «desbordamiento» (*spillover*) desde sectores técnicos exitosos a otros técnicos y políticos; tanto el análisis interno de la CECA, como su superación por la CEE y CEEA lo prueban. Pero no es un desarrollo mecanicista ni automático, sino obra principalmente de los agentes económico-sociales y del juego de las instituciones comunitarias. Se trata de un desbordamiento que suele calificarse de «político»:

[...] no hay modo de obviar la necesidad de explorar los cambios de demandas y expectativas que se desarrollaron después que las instituciones supranacionales comenzaran su trabajo, y no se puede evitar la tarea de proyectar la pauta futura de integración en términos de las esperanzas y demandas liberadas por la unificación del sector carbón-acero. El éxito de la integración debe ser evaluado en términos de las percepciones de los actores cruciales.¹⁸

De los sectores inicialmente fusionados emerge un proceso demostrable de extensión de las expectativas grupales entre industriales, comerciantes y sindicatos. Un desbordamiento (*spillover*) en áreas económicas aún no integradas y una preocupación acerca de las técnicas apropiadas para el control de problemas nuevos y mayores es manifiesta.¹⁹

La meta de llegada a la que tiende esta dinámica es una comunidad política supranacional institucionalizada, es decir, una organización, que tanto estructuralmente como desde el punto de vista de la acción está más allá de una organización internacional, pero más de una federal, y a cuyas instituciones centrales muestran mayor lealtad

Market Studies, vol. IV, n.º1, 1965-1966. Pp. 119-149.

¹⁸ Ernst B. Haas, *The Uniting of Europe. Political, Social and Economical Forces 1950-1957*, Stevens and Sons, London, 1958, pp. 286-287.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 313.

que a cualquier otra autoridad política grupos e individuos específicos. Años después, abierto al futuro, Haas sugirió variables dependientes o estados finales que reflejaran una profunda transformación, fueran provisionales y tuvieran valor heurístico.²⁰

Las dificultades que los procesos de integración afrontaban en todo el mundo y la nueva contribución del análisis de sistemas a la ciencia política propiciaron que los discípulos de Haas: Lindberg, Nye y Schmitter revisaran el neofuncionalismo, lo enriquecieran con diversas aportaciones y lo llevaran al límite teórico y metodológico en los complejos modelos que elaboraron. Se cuestiona ahora el desbordamiento (*spillover*) ante la aparición de tensiones, de crisis y de la política pura y dura. El liderazgo, la legitimidad, los actores, mecanismos, condiciones y secuencias probables del proceso adquieren gran relevancia. El resultado final o variable dependiente se concibe como un sistema decisorio colectivo entre naciones.

Lindberg se interesó en descubrir las consecuencias de la integración económica para la integración política, que centraba en las decisiones colectivas, en «la evolución en el tiempo de un sistema decisorio colectivo entre naciones».²¹ La integración política era un proceso interactivo multidimensional y como tal requería una descripción multivariada. Junto con Scheingold señaló después como diferentes secuencias del proceso decisorio conducían a diferentes pautas de resultados y a diferentes consecuencias para el sistema, aunque el comunitario de momento parecía capaz de arreglárselas con pequeñas alteraciones del alcance funcional y de la capacidad institucional, teniendo así hacia un equilibrio general. No estaban cerrados, no obstante, a la configuración de un nuevo orden político en Europa en el futuro, en el que la Comunidad podría desempeñar un papel importante.

Schmitter, por su parte, a partir de la casualidad fundamental del modelo funcionalista trató de completarlo aclarando la selección de la variable dependiente, cuyas dimensiones básicas eran el objetivo o meta (*scope*) –tipo de cuestiones a resolver conjuntamente– y el nivel (*level*) –autoridad de las instituciones regionales. El proceso, por el que un centro emergente de integración aumenta o disminuye su objetivo y nivel de au-

²⁰ E. B. Haas, «El estudio de la integración regional...», op. cit., pp. 123 ss.

²¹ Leon N. LINDBERG, «Political Integration as a Multidimensional Phenomenon Requiring Multivariate Measurement», *International Organization*, vol. 24, n.º. 4, 1970, p. 650.

toridad, es concebido como una serie de ciclos decisionales, provocados por crisis, en los que las autoridades nacionales y regionales revisan sus estrategias y deciden la expansión o contracción de las nuevas instituciones regionales. Los actores pueden aumentar el objetivo y el nivel de comprometimiento (*spillover* o desbordamiento); aumentar el objetivo manteniendo constante o en la zona de indiferencia el nivel de autoridad *spill-around* o desparramo); retroceder en objetivo y nivel (*spill-back* o retroceso); o responder a las crisis con modificaciones marginales dentro de la zona de indiferencia (*encapsulation* o enquistamiento).²²

En el desierto que la integración y la teoría atravesara a lo largo de los setenta y primeros ochenta, el neofuncionalismo prácticamente desapareció. Sin embargo, unos años después la integración volvió a ser relanzada y el neofuncionalismo revisado. El «Libro blanco» sobre el mercado interior (1985), la Comisión Delors, la reacción de grandes grupos industriales y el Acta Única Europea (1986) fueron leídos por algunos autores como un desbordamiento «cultivado», que culminó en el mercado único para el final de 1992 y políticamente en el Tratado de la Unión Europea de Maastricht. Se apuntaba incluso a una transformación del sistema.

La introducción del euro, la ampliación a los países de Europa central y oriental, los tratados de Ámsterdam y Niza, la Carta de los Derechos Fundamentales, un posible tratado constitucional dan pie hoy para las lecturas de la integración europea desde un neofuncionalismo revisado.

3. *Transaccionalismo*

Se suele calificar más como teoría sociológica que politológica, compartimentalización que hubiera resultado estrecha y extraña a su formulador Karl Deutsch.

Su aproximación es histórica en unas obras y en otras empírico-positiva y el nivel descriptivo. El incremento del volumen de transacciones societales (cartas, comunicaciones telefónicas, turismo, migraciones, intercambio de estudiantes, transferencias monetarias, importaciones y exportaciones, etc.) entre individuos y grupos de diversos países, cuando se percibe recompensado positivamente genera con el

²² Philippe C. Schmitter, «A Revised Theory of Regional Integration», *International Organization*, vol. 24, n.º 4, 1970, p. 840.

aprendizaje sentido de comunidad (nosotros colectivo), hacia la cual se van transfiriendo lealtades. Se aplica un índice para medir esas transacciones como aceptación relativa. El proceso apunta como resultado a la creación de una comunidad de seguridad: pluralista o amalgamada.

Objeto de duras críticas teóricas y metodológicas, el transaccionalismo fue abandonado pronto. Sin embargo es sensible a dimensiones de la integración, que hoy aparecen echar de menos individuos y grupos socio-políticos europeos. Aun aceptando que los flujos de transacciones no causan la integración, tampoco parece que la gente esté interesada en una integración que, por un lado, no le proporcione comunicaciones y transacciones gratificantes y por otro apenas le escuche y tome en cuenta. Además con la ampliación a Europa central y oriental y con acontecimientos como los del 11 de septiembre de 2001 la comunidad de seguridad ha cobrado actualidad.

4. Intergubernamentalismo

Para el realismo clásico de las relaciones internacionales la integración no ofrecía novedad. Se reducía a lo de siempre: los actores eran los Estados, las relaciones basadas en el poder y las organizaciones internacionales dominadas por los Estados-parte.

El intergubernamentalismo, sin embargo, con una aproximación histórica y empírico-positiva y situado en el nivel descriptivo-explicativo, se va a ir abriendo a la novedad de los cambios en la capacidad de acción y soberanía de los Estados durante la segunda mitad del siglo xx. Además, ¿las relaciones entre los miembros de la integración europea son reductibles a sólo la fuerza y el poder? ¿Qué poder tienen y qué rol desempeñan las instituciones comunitarias? Por otra parte, desde mediados de los años sesenta con De Gaulle, la crisis de «la silla vacía» y el Acuerdo de Luxemburgo, a lo largo de la turbulencia internacional y el europesimismo de los setenta, que presenciaron la creación del Consejo Europeo, el languidecer de la Comisión y el nacimiento de la Cooperación Política Europea rigidamente separada de la Comunidad, y hasta mediados de los ochenta, la acción de los Estados miembros aparecía preponderante.

Hoffmann sostuvo la obstinada supervivencia y preeminencia de los Estados como actores, no obstante haberse quedado obsoletos para el cumplimiento de sus funciones. Precisamente las Comunidades

Europeas pueden ser toleradas y les resultan útiles para posibilitar su permanencia como Estados nacionales. Hoffmann contrapone a la lógica neofuncionalista de la integración la intergubernamentalista de la diversidad: las naciones sobreviven en Europa, indudablemente transformadas por la integración, pero viviendo como tales naciones. Resulta más adecuado, por tanto, analizar la CEE, no desde la teoría tradicional de la integración, sino desde la óptica de un régimen internacional, que impone limitaciones, pero ofrece oportunidades, que recorta la capacidad estatal para la acción individual, pero preserva a los Estados como el sujeto básico en el escenario mundial y les ayuda a realizar sus tareas domésticas, en una palabra, que les regenera y adapta al mundo actual.

La dinámica promovida por el Acta Única Europea de 1986, que habría de conducir al mercado único y tender posteriormente hacia la unión monetaria, supuso una sorpresa inesperada y acicate para nuevos esfuerzos teóricos. Keohane y Hoffmann formularon entonces la hipótesis de la convergencia de preferencias: «[...] condición necesaria para nuevas políticas comunitarias o procedimientos decisorios más centralizados es la convergencia de preferencias de los Gobiernos sobre política económica[...].»²³ Moravcsik la aplicó a continuación al análisis de la negociación del Acta Única Europea y dio un paso ulterior decantándose por el institucionalismo intergubernamental: «[...] la aproximación intergubernamental, basada en el poder relativo de los Estados miembros y en la convergencia de sus preferencias políticas nacionales, da cuenta satisfactoriamente de las negociaciones del AUE [...]».²⁴ Firmado ya el Tratado de Maastricht (1992), planteó una explicación teórica de esos grandes tratos, esos tratados intergubernamentales, que han jalonado y constituido la integración europea, y comenzó a elaborar el intergubernamentalismo liberal.²⁵

A lo largo del último decenio del siglo XX, desde la ciencia política, las relaciones internacionales y la historia ha recorrido Mo-

²³ Robert O. KEOHANE y Stanley HOFFMANN, «Institutional Change in Europe in the 1980s», en R. O. KEOHANE y St. HOFFMANN (eds.), *The New European Community. Decisionmaking and Institutional Change*, Westview Press, Boulder, 1991, p. 18.

²⁴ Andrew Moravcsik, «Negotiating the Single European Act», en R. O. KEOHANE y St. HOFFMANN (eds.), op. cit., p. 69.

²⁵ Andrew MORAVCSIK, «Preferences and Power in the European Community: A Liberal Intergovernmentalist Approach», *Journal of Common Market Studies*, vol. 31, n° 4, Dec. 1993, pp. 473-524.

ra vesik una trayectoria, no exenta de debate y polémica, que cuaja en *The Choice for Europe*, una de las obras teóricas clave de la integración europea.²⁶

El punto de partida es la confección de un marco racionalista, en términos de maximización de beneficios y minimización de costos, así como de adecuación de medios a fines. Los Gobiernos racionales formulan primero las preferencias nacionales, que son confrontadas posteriormente con las de otros Gobiernos miembros en negociaciones interestatales y finalmente se elige poner en común o delegar soberanía o no en las instituciones supranacionales a fin de garantizar los acuerdos. Esta secuencia tripartita es, a juicio del autor, la única consistente con los supuestos racionalistas de la mayoría de las grandes teorías de relaciones internacionales.

El primer estadio en la explicación de las cinco negociaciones sobresalientes seleccionadas es la formación de las preferencias nacionales, qué reflejan los objetivos e intereses de los grupos internos influyentes en el Estado. Dos grandes categorías de motivaciones subyacen a las preferencias nacionales a favor o en contra de la integración europea: geopolíticas y económicas. Estas diversas categorías de motivaciones provienen de diferentes teorías de la cooperación general y de ellas se derivan hipótesis en competencia.

La propia negociación interestatal constituye el segundo estadio. Dada la heterogeneidad de las preferencias nacionales, se hace necesario emprender negociaciones entre los Gobiernos, a fin de configurar una cooperación mutuamente beneficiosa. ¿Cómo se explican los términos específicos del acuerdo? Es preciso tener en cuenta dos dimensiones: eficiencia y distribución de las ganancias, diferentemente explicadas por dos teorías de la negociación distintas y en competencia: la teoría supranacional y la intergubernamental.

El tercer estadio es la elección institucional. Conseguido el acuerdo, ¿cuándo y por qué los Gobiernos nacionales deciden poner en común o delegar soberanía en las instituciones comunitarias? Tres posibles explicaciones: ideología federalista, gestión tecnocrática y credibilidad de los comprometimientos formulan diferentes hipótesis en competencia.

²⁶ Andrew MORAVCSIK, *The Choice for Europe. Social Purpose and State Power from Messina to Maastricht*, UCL Press, London, 1999.

El marco racionalista tripartito y los principios metodológicos se aplican a continuación al análisis histórico-politológico de cinco negociaciones sobresalientes o decisiones mayores de la construcción de la Comunidad Europea, desagregadas ahora por cuestiones: negociación de los Tratados de Roma, consolidación del mercado común, la integración monetaria, el Acta Única Europea y el Tratado de Maastricht. Posteriormente Moravcsik junto con Nicolaïdis ha llevado a cabo una aplicación del intergubernamentalismo liberal al Tratado de Ámsterdam, pudiendo considerarse un sexto caso que viene a añadirse a los analizados en *The Choice for Europe*.

Maastricht (1992), Ámsterdam (1997) y Niza (2001) son grandes tratos y tratados relativamente recientes en los que los Gobiernos de los Estados miembros han desempeñado un papel decisivo, que sin duda de nuevo desempeñarán en el previsible, tratado constitucional. En el proceso de configuración político-jurídica que la Unión Europea tiene ya abierto, se está desarrollando ante nosotros en estos momentos y va a condicionar el futuro europeo, la teoría intergubernamentalista adquiere particular actualidad y relevancia.

5. *Flexibilidad*

Ya antes del nacimiento de las Comunidades Europeas, al iniciarse la cooperación a finales de los años cuarenta, se planteó la problemática relación unidad-diversidad entre los Estados que iban a formar parte de las nuevas organizaciones de cooperación y los que no. Poco después, dentro ya de las Comunidades, la unión propiciada por la integración europea iba a ser concebida en los tratados constitutivos y practicada en la realidad con cierta flexibilidad les permitía ajustar la diversidad existente entre los Estados miembros. Ésta aumentó cuantitativa y cualitativamente con la primera adhesión (Reino Unido, Irlanda y Dinamarca), llevada a cabo en un turbulento contexto político-económico internacional con grave y fuerte impacto en los diversos Estados miembros. Las concepciones, los intereses, las voluntades, las capacidades se diversificaron esta diversidad empezó a ser tematizada explícitamente produciendo en los años setenta una eclosión de ideas y estrategias sobre gestión. En la década de los ochenta con las adhesiones de los países del sur de Europa (Grecia, Portugal y España) la diversidad económica, política, cultural y social volvió a incrementarse. Aunque tal vez cualitativamente menor,

los últimos ingresos del siglo xx (Austria, Finlandia y Suecia) llevaron a la concepción original y a las instituciones iniciales de las Comunidades Europeas/Unión Europea al imite de sus posibilidades. Éstas se verán sin duda rebasadas con las ampliaciones a los países de Europa central y oriental al iniciarse el siglo xx y en una Unión que puede llegar a tener en poco tiempo cerca de treinta Estados miembros.

Podríamos ubicar la floración de ideas o estrategias comprendidas bajo la denominación de flexibilidad en el nivel prescriptivo, pero en sentido *light*, pues acentúa no menos lo que se puede que lo que se debe hacer. Intenta responder a la problemática relación unidad-diversidad, central, aunque no exclusiva, de la integración. Esta es construir unión, atendiendo y respetando al mismo tiempo la diversidad. En el intento de responder a esa problemática se han ido elaborando en los últimos treinta años una pléyade de ideas o estrategias, una auténtica primavera de la diversidad. *Europa a la carta*: cada Estado coge lo que le interesa y deja lo que no le interesa. *Europa a varias velocidades*: los que ya pueden van adelante, mientras los que todavía no pueden irán después. *Integración graduada*: no se fijan plazos para que los rebasados alcancen el grado de los avanzados. Geometría variable en sentido estricto: un número reducido de Estados miembros de la CE lleva a cabo proyectos (industriales, tecnológicos) comunes con la posible participación de Estados no-miembros, o en sentido amplio: sinónima de variadas ideas o estrategias de flexibilidad. *Círculos concéntricos* exteriores: diversas áreas o zonas compuestas por países terceros más o menos cercanas al círculo central que es la CE, o interiores: diversos ámbitos de políticas de la CE. *Círculos excéntricos*: referidos tanto a la dimensión interior como a la exterior simultáneamente. *Núcleo de Europa*: un centro reducido y fuerte más comunitariamente comprometido y avanzado que los demás. Todas ellas, más allá de sus divergencias y matices, mantienen una básica coherencia de concepción.²⁷

La dinámica o método de integración que proponen es diferencial. No todos los Estados miembros recorren el camino con el mismo comprometimiento en los mismos ámbitos al mismo tiempo, sino que es necesario atender a sus diferencias de capacidad, de voluntad, de

²⁷ Claus GIERING, «Vertiefung durch Differenzierung - Flexibilisierungskonzepte in der aktuellen Reformdebatte», *Integration* 2/97, p. 72.

tiempo, de sectores, ámbitos o espacios, de comprometimiento participativo, de aceptación del acervo comunitario, participación en las decisiones, de concepción de Europa, etc.

Según algunas de estas estrategias el resultado final acaba siendo el mismo para todos los miembros, como lo afirma sin ambigüedad la Europa a varias velocidades o se lee en la estrategia del núcleo de Europa. Para otras ideas o estrategias de flexibilidad, por el contrario, el resultado final no es el mismo, pudiendo ser fundamentalmente diferente, como en las concepciones de los círculos y sobre todo en la Europa a la carta, que rebasa ya los límites de tolerancia de la integración flexible.

Ante tan exuberante floración de ideas y estrategias se fue haciendo operativamente necesario ordenar las variaciones, tarea que intentaron diversos autores en los últimos lustros del siglo xx. La ordenación de variaciones vinculante -ya no académica, ni teórica, sino político-jurídica- ha sido la llevada a cabo por los Tratados de Ámsterdam y Niza, que regulan la ahora oficialmente denominada cooperación reforzada. Parece extendida, sin embargo, la opinión de que ambos Tratados, mantenedores del mismo planteamiento básico, no han acertado todavía con la forma política y la regulación jurídica de la flexibilidad. Una Europa de cerca de una treintena de Estados miembros muy diferentes en un futuro próximo la hacen, no obstante, inequívoca.

6. Gobernanza multinivel

Las denuncias de malestar y frustraciones en algún Estado federal y en las Comunidades Europeas por parte de Scharpf, así como su búsqueda de posibles modos de superarlos, han sido una de las vías de acercamiento a la contemporánea gobernanza de la CE/UE. Marks y Hooghe, Jeffery, Kohler-Koch y Grande, por su parte, han formulado la gobernanza multinivel. En 1986 el Acta Única Europea añadía a la integración la cohesión económica y social, cuya realización se apoyaba en los fondos estructurales. Los paquetes Delors I y II de 1988 y 1992 no sólo incrementaron las asignaciones económicas para éstos, sino que introdujeron innovaciones político-administrativas creando por primera vez redes, que incluían a Gobiernos subestatales y a actores privados e implicaban la alteración de previas relaciones de poder y autoridad. Algunos propugnaban además una estructura de tres niveles, convirtiéndose el tercero en una aspiración e intento político de consolidar un supuesto derecho de los Gobiernos re-

gionales a un *input* autónomo y directo en el proceso decisorio. La emergencia de sistemas funcionales parciales, la creciente interdependencia internacional, la disminución de la capacidad jerárquica del Estado y la acción de actores corporativos en los subsistemas van generando redes en la UE, en las que los actores de diferentes sistemas parciales tratan en común de alcanzar decisiones vinculantes.

Más propia y menos a equívoca que la adjetivación multinivel parece, sin embargo, a algunos teóricos la de pluralidad de arenas para referirse a la compleja interacción de arenas políticas, actores públicos y privados y ámbitos diversos, formalmente independientes, pero funcionalmente interdependientes, que interactúan en la Unión Europea.

En julio de 2001 la Comisión Europea presentaba su «Libro Blanco» sobre la, gobernanza, reelaboración técnica y política de doce informes preparatorios internos, que, sin embargo, no tiene mucha relación con la gobernanza multinivel o de pluralidad de arenas de los teóricos. Una propuesta más político-estructural es tal vez la que formula el Consejo Europeo en la Declaración de Laeken sobre el futuro de la Unión Europea. En cualquier caso la gobernanza con sus variados significados, contenidos y alcances es hoy objeto del debate europeo.

7. Nuevo institucionalismo

Bulmer y Armstrong, Sandholtz y Stone Sweet, Majone y otros han elaborado y aplicado un institucionalismo nuevo a la integración europea. El énfasis se pone ahora en el día a día de la Unión, en una cotidianidad que sugiere menos una organización internacional en mutación que un sistema en el que destaca el papel de las instituciones: las instituciones cuentan (*institutions matter*). Éstas deben entenderse con mayor amplitud que la estrictamente jurídica, abarcando las formales y las informales, normas y símbolos, instrumentos y procedimientos de políticas, creencias, códigos, cultura y conocimiento. Si, las instituciones-estructuras políticas (*polity*) cuentan y son relevantes, porque condicionan los insumos (*inputs*) de las fuerzas sociales, económicas y políticas, contribuyen a conformar el propio juego político (*politics*), pudiendo también devenir ellas mismas actores políticos, y tienen un impacto sobre el resultado de las políticas (*policy outcome*). Además son capaces de proveer liderazgo y pueden modificarse y reformarse a sí mismas, así como también contribuir a la institucionalización.

Una reciente y creciente novedad institucional es la regulación administrativa, llevada a cabo por agencias independientes de la línea de control jerárquico o de supervisión de la administración central. Tal delegación de poderes a instituciones independientes sólo se justifica en cuestiones de eficiencia, donde prima el conocimiento experto, mientras que en las cuestiones redistributivas la legitimidad democrática sólo puede ser asegurada por procedimientos mayoritarios.

Democracia y eficiencia de las instituciones vienen siendo problemas y preocupaciones centrales de la integración europea desde hace no poco tiempo y han devenido tareas urgentes, necesarias y trascendentes ante las próximas ampliaciones a los países de Europa central y oriental. Los esfuerzos llevados a cabo en el pasado han sido técnicamente difíciles y políticamente conflictivos, como lo ha vuelto a poner de manifiesto en los últimos tiempos el Tratado de Niza. No sólo en el ámbito institucional, pero también en él y fundamentalmente, la Conferencia Intergubernamental de 2004 y el eventual tratado constitucional volverán a encontrarse con el desafío de la democracia y la eficiencia de la Unión.

8. Teoría de la fusión

A comienzos de la década de los noventa se preguntó Wessels por la evolución de los Estados de Europa occidental y de la Comunidad Europea desde la Segunda Guerra Mundial y como respuesta formuló la tesis de la fusión. El supuesto básico de ésta es la vinculación de sus trayectorias. Los Estados se han topado con un doble dilema que racionalmente intentan resolver por medio de la Comunidad Europea: «los Gobiernos y administraciones de los interdependientes Estados eurocidentales de bienestar y prestación de servicios fusionan en medida creciente instrumentos de acción estatal dentro de y a través de la Comunidad Europea para el dominio de un creciente (doble) dilema de niveles y de decisiones».²⁸ Iba generándose así lo que Wessels entonces llamó el Estado federal fusionado, que se manifestaba en formas de actuación conjunta de los actores estatales y comunitarios y en una doble base de legitimación comunitaria.

²⁸ Wolfgang WESSELS, «Staat und (westeuropäische) integration. Die Fusionsthese», en M. KREILE (Hrsg.), *Die Integration Europas*, PVS-Sonderheft 23, Opladen, 1992, p. 40.

Rebasada ya la mitad del decenio de los noventa, en su teoría de la fusión elabora Wessels una aproximación macropolítica dinámica de alcance medio. El análisis se concentra en las tendencias fundamentales de la integración en Europa occidental desde la CECA a la UE. Partiendo del examen de las instituciones, procedimientos, asociaciones, grupos intermediarios, extensión de tareas, transferencia de competencias y ampliación de instrumentos se constatan tendencias de crecimiento y diferenciación estructurales de largo plazo y difícilmente reversibles. La dinámica a ellas subyacente es un proceso de fusión de los recursos públicos de diversos niveles estatales, impulsado por la voluntad de los Estados de bienestar europeos de salir de un doble dilema, quedando en adelante esos instrumentos fusionados en poder de los Estados y de las instituciones de la Unión. Cuantos más instrumentos transfieren los Estados y comparten con las instituciones más tratan de controlar los procesos decisorios de éstas, comportando todo esto simultáneamente una creciente europeización de los actores.

La administración de la CE/UE, típica y de momento exclusiva de ella, parece corresponder a un modelo de administración fusionada, en la que varios niveles administrativos participan colaborando estrechamente y apuntan a una cierta fusión sin diluirse: «[...] los funcionarios de órganos CE independientes y de los Estados miembros juntos introducen instrumentos establecidos inter e interestatalmente y para ello usan intensamente formas muy diferenciadas de mutua participación en cada fase del proceso de elaboración CE». ²⁹

IV. Reflexiones inconclusas

A lo largo y en parte también a lo ancho de más de medio siglo se viene desenvolviendo el proceso de integración de Europa, acompañado siempre —aunque a veces con ciertas escisiones temporales y temáticas— por las teorías. El conjunto de éstas, en cuanto secuencia en el tiempo de elaboraciones intelectuales vinculadas en el doble sentido de su relación a la integración histórica real y de las relaciones entre las propias teorías, puede ser conceptualizado como el proceso de teorización de la integración.

²⁹ Wolfgang WESSELS, *Die Öffnung des Staates. Modelle und Wirklichkeit grenzüberschreitender Verwaltungspraxis 1960-1995*, Leske+Budrich, Opladen, 2000, p. 430.

La relación entre las teorías y la integración real ha sido ya escuetamente indicada, explicitándose algo más en las páginas siguientes del presente libro. Algunas relaciones entre algunas de las teorías siempre han sido señaladas por teóricos y comentaristas y Rosamond ha ido más allá publicando recientemente una «sociología del conocimiento» al respecto.

Entre las diversas teorías de la integración ha habido discrepancias, conflictos, casi odios algunas veces, por ejemplo, entre funcionalismo y federalismo, neofuncionalismo e intergubernamentalismo, y también intentos de compatibilización. Se han producido rebeldías desde las estrategias de flexibilidad ante las concepciones más unitarias de los padres fundadores de la integración, desde la gobernanza multinivel y el nuevo institucionalismo ante las teorías más clásicas, y, dentro de éstas, de aventajados discípulos ante innovadores viejos maestros. Se han reivindicado herencias genéticas y recordado genealogías como la de la gobernanza multinivel respecto al federalismo o la del nuevo institucionalismo en relación al neofuncionalismo y transaccionalismo. Se han señalado temas claves comunes o frecuentes en muchas de ellas: el referente estatal, la toma colectiva de decisiones vinculantes, el carácter procesal y dinámico y la dimensión normativa (legitimidad, democracia, identidad, etc.). Algunos han propuesto e intentado síntesis de las diferentes longitudes de onda de las teorías, buscando una más clara iluminación de la integración europea, mientras otros las han rechazado estimándolas prematuras y empobrecedoras de la diversidad necesaria para aprehender la riqueza y complejidad de la integración.

La viva andadura del proceso de teorización –no exenta de contradicciones– ha ido sedimentando también un consenso respecto a las teorías de la integración europea. Ninguna por sí sola es suficiente para entender, ni siquiera describir, la integración real crecientemente compleja y multidimensional. Todas, sin embargo, revelan algunos aspectos significativos y relevantes del proceso de integración. No pocas de las contradicciones entre las diversas teorías son más aparentes que insolubles incompatibilidades, refiriéndose estrictamente a aspectos diferentes de una multifacética realidad. Resulta fecundo y necesario abrirse a aproximaciones y teorías politológicas y de relaciones internacionales con objetos de estudio más amplios que la integración europea y no es adecuado ni conveniente cerrarse a las contribuciones históricas, ju-

rídicas, económicas, sociológicas, etc. La propia teoría política de la integración ha recorrido un largo trayecto desde las preteorías iniciales y actualmente el acervo teórico dispone de instrumentos intelectuales no desdeñables para contribuir al conocimiento y mediatamente a la praxis de la integración.

El proceso de integración de Europa sigue adelante y también el proceso de teorización de la integración. Queda por construir y recorrer un largo y ancho camino hacia... De momento no hay conclusión de la integración, ni conclusiones de la teorización, sino modestas reflexiones inconclusas, abiertas.

3. Enfoques contemporáneos

3.1 Posmodernismo

Sánchez Mugica, Alfonso., “Posmodernidad y ruptura epistemológica en las Relaciones Internacionales”, en *Relaciones Internacionales*, FCPYS UNAM, México D.F., número 78, septiembre-diciembre 1998, pp. 29-36.

Habermas, Jünger, “La modernidad, un proyecto incompleto”, en *La posmodernidad*, Ed. Kairos/Colofón, México, 1998, pp.19-36.

3.2 Posmarxismo y Teoría Crítica

Cox, Robert W. “History, theory and World Politics today”, ponencia presentada en el *XXX Coloquio Internacional de Primavera*, CRI, FCPYS, UNAM, 17 de mayo de 2005.

3.3 Feminismo

Lozano Vázquez, Alberto “El feminismo en la teoría de relaciones internacionales: un breve repaso”, en *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, número 114, FCPYS UNAM, México D.F., septiembre-diciembre 2012, pp. 143-152.

3.4 Constructivismo

Enrique Sánchez, Leandro, “¿De qué se habla cuando se habla de Constructivismo? Revisión de sus clasificaciones y categorías, en *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, número 114, FCPYS UNAM, México D.F., septiembre-diciembre de 2012, pp. 107-129.

Tras la desintegración del bloque socialista y los profundos cambios que se vivieron en el ámbito internacional, así como en respuesta a una crítica a la manera en cómo se había venido desarrollando el estudio de Relaciones Internacionales, se recurre a teorías de otras disciplinas para dar una explicación a los fenómenos internacionales. A finales de los años noventa surgirá el cuarto debate de la disciplina, en el que se enfrentará el paradigma tradicional con las teorías reflectivistas, las cuales centrarán el interés en dilucidar los

orígenes de las relaciones que se presentan en el ámbito internacional sea desde la creación misma de los conceptos empleados en la disciplina hasta la relación de las clases sociales, pasando por la relaciones de dominación entre hombres y mujeres y la participación de éstas en la política internacional. De ello tenemos que la posmodernidad, la teoría social crítica y el feminismo se convertirán en recursos para entender el conflictivo mundo de inicios del siglo xxi. En un punto intermedio, Alexander Wendt, hará la propuesta del Constructivismo para el estudio de las relaciones internacionales.

Posmodernidad y ruptura epistemológica en las Relaciones Internacionales*

.....
..... Alfonso Sánchez Mugica**

Resumen

El pensamiento posmoderno, como respuesta integral a la modernidad, considera que la especificidad del mundo contemporáneo no se explica sólo en términos de racionalidad en la vida social y en el conocimiento, como lo había propuesto la modernidad (Kant y Hegel). Esto representa una ruptura epistemológica en las ciencias sociales. En la historia, con Foucault y White, la posmodernidad se ha expresado en términos del discurso histórico: la narración. La postura posmoderna en las ciencias sociales supone, entonces, el análisis y la interpretación de su propia retórica. Para las Relaciones internacionales, la posmodernidad implica no sólo la *desconstrucción* de algunos de sus postulados principales, sino la construcción de un nuevo aparato epistemológico más amplio.

El presente aparece ante nuestros ojos como un enigma cambiante y ajeno que es necesario desentrañar. Este trabajo intenta esclarecer dicha visión mediante el análisis de dos conceptos que, no obstante su reciente acuñación —y precisamente por ello, se revelan

* Texto original: Sánchez Mugica, Alfonso., “Posmodernidad y ruptura epistemológica en las Relaciones Internacionales”, en *Relaciones Internacionales*, FCPYS UNAM, México D.F., número 78, septiembre-diciembre 1998, pp. 29-36.

** Licenciado en Relaciones Internacionales por la UNAM. Cuenta con estudios de Maestría en Historia y Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Relaciones Internacionales, ambos por la UNAM. Profesor adscrito al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.

ambiguos y confusos—, constituyen los temas imprescindibles del debate actual en las Relaciones internacionales: posmodernidad y globalización. Tal preocupación conceptual también indaga sobre sus zonas comunes y posibles vínculos, así como sobre la manera en que se convierten en objeto de estudio y se les puede llegar a conocer.

Sobre el fenómeno de la posmodernidad existe una multitud de referencias de sus comisarios y adversarios que han embreñado el panorama, donde es fácil perderse, entendiendo cosas diversas, y con mayor razón cuando se le vincula al conocimiento de las Relaciones Internacionales. Pero pensando en que los límites de nuestro mundo son los límites de la modernidad, se indagará en primer lugar el concepto de “modernidad”.

Escalando los niveles de la etimología, el término nos remite al adverbio latino de tiempo *modo* (hace poco, recientemente, ahora); de *modo* (a la medida, exactamente) ablativo de *modus* (medida, manera), de donde se formó el adjetivo *modernus* (de ahora, de recién, moderno) por analogía de *hodiernus* (de hoy), de *hesternus* (de ayer) y de *nocturnus* (de la noche), y para marcar una diferencia esencial con la antigüedad. Su significado amplio conserva la idea de tiempo, es lo que ha sucedido recientemente, que no es antiguo. Este término,¹ sin embargo, llega a referirse a una identidad epocal (*sic.*) cuando aparece el sustantivo de calidad de lo moderno, la condición de lo de ahora, las formas del hoy, es decir, *modernidad*, término que se refiere a la condición particular referida a una época específica.

De tal manera se puede entender el fenómeno de la modernidad como una conciencia sobre el tiempo, una conciencia histórica, como lo fue el Renacimiento, pero no solamente eso, sino que lo específico de esta conciencia de época es su especial sensibilidad al cambio y su relación con el mundo; sus referentes serán entonces la naturaleza y una reflexión sobre ella y su conocimiento, una epistemología particular. No sólo es una conciencia histórica, sino también una conciencia del mundo.

¹ Sobre la documentación del término “moderno” y sus primeros significado, que se relacionaban con una determinada corriente de pensamiento, véase Rafael Jiménez Cataño, “Nosotros, modernos del siglo xii” en *Vuelta*, núm. 240, noviembre de 1996, pp. 28-31.

Modernidad e ilustración

Pero, ¿a qué mundo está referido el concepto?, ¿qué relación establece con él? Se trata de un mundo descubierto en sus dimensiones astronómicas a partir de los estudios de Copérnico, Galileo y Newton, cuya configuración geográfica quedó establecida merced a los grandes descubrimientos del siglo XVI y XVII; su dimensión humana se perfiló gracias al encuentro con el hombre americano, donde era posible conocerlo en virtud del desarrollo de un tipo de pensamiento que privilegió algunos de los aspectos de la cultura grecolatina y judeocristiana que había heredado. El hombre que se pensó a sí mismo moderno consideró estos aspectos de su particularidad inmediata como de carácter universal. En buena medida, por su efectividad en la relación que mantenían con el mundo físico; las ciencias experimentales le permitieron alcanzar un mejor dominio de la naturaleza y gracias a ello pensó que la realidad respondía a una normatividad tan amplia como el propio universo. Newton concilió razón y mundo físico en una breve fórmula, su retórica fue clara como el lenguaje lógico-matemático en que expresó la ley de la gravitación universal.

Los resultados fueron tan patentes que el ejemplo de la experiencia científica significó el camino correcto para todo el pensamiento. René Descartes lo adoptó incluso para el pensamiento especulativo; así se representa el filósofo ante el mundo físico y el mundo humano, ante la naturaleza y la historia, con la experiencia de los sentidos propios externos (el empirismo) y su conducción por la razón.

Sin embargo, la reflexión del filósofo ante la realidad humana no fue tan precisa como ante el mundo físico. La sociedad presentaba un enorme dilema. Emmanuel Kant, el filósofo de Königsberg (1724-1804), hubiera querido demostrar, según su sistema racional y formal, que la historia, la realidad social, tenía un sentido: el bien del hombre; pero esta teleología no era evidente para la experiencia particular, la historia aparecía como una grave contradicción. Hasta su tranquila ciudad llegaban los sonidos de los lejanos cañones y revueltas de la Revolución Francesa, conoció el derrumbe de la monarquía más fuerte de Europa, la más racionalista e ilustrada, y el sucederse de gobiernos cada vez más sangrientos e ineficientes que destruían lo que el anterior había edificado, incluyendo los logros de la ilustración. La nación más civilizada y culta de Europa parecía precipitarse a la mayor barbarie y consumirse en la autoaniquilación. El filósofo escribió en 1789 que:

Un médico no hacía sino consolar a su enfermo todos los días con el anuncio de la próxima curación, hoy diciéndole que el pulso iba mejor, mañana que lo que había mejorado era la excreción, pasado que el sudor era más fresco, etc., etc. El enfermo recibe la visita de un amigo: “¿cómo va esta enfermedad?”, le pregunta nada más entrar. “¡Cómo ha de ir! ¡Me estoy muriendo de mejora!”.²

Con este ejemplo, Kant desea hacer patente la dificultad de confesar que el género humano se orienta hacia algo mejor a partir de la perspectiva personal. Aunque en el fondo confía en que no puede ser de otra manera, no puede comprobarlo.

Esta idea, apenas esbozada por George Wilhelm Friedrich Hegel, el filósofo de Berlín (1170-1831), quien se encargará de unir razón e historia; es decir, encontrar el sentido de la vida social, así como se había encontrado un sentido para el mundo físico. El problema radicaba en reconciliar la razón, necesaria y universal, con la historia que es contingencia y particularidad. Eso será posible gracias al recurso del filósofo de terciar los opuestos mediante la dialéctica.

El concepto que reconciliará razón e historia es el progreso, que implica tanto un fin como un orden, el lema hegeliano de “buscar la rosa en la cruz del presente” hallaría la forma en la secularización de la idea judeocristiana de la perfección, resolviendo el problema kantiano de la experiencia: el mal del particular se sublima en el bien del progreso, de lo general. La historia cobra sentido, hay una utopía fundada en la razón; la historia será, a partir de Hegel, una marcha de emancipación.

Progreso, razón y revolución

Estas ideas se irán plasmando en la realidad, fundarán instituciones, se traducirán en progreso material y en sistemas de pensamiento; así prevalece un optimismo que vincula la razón histórica con el progreso moral, perfección y omnipotencia del hombre.

La modernidad, no obstante, trajo paralelamente a su gestación histórica dos gérmenes de su propia destrucción: por una parte, la revolución como un modelo de la *praxis* política que aspira a la libertad y al

² Emmanuel Kant, *Filosofía de la historia*, México, FCE, Colección Popular núm. 147, 1992, p. 117.

progreso material, y por otra, la dinámica de ese progreso que implica superación constante, la sacralización del cambio o a lo que Marx se refería al señalar que todo lo sólido se desvanece en el aire, la vitalidad del capitalismo. Pero incluso esta impugnación teórica y política del socialismo que conmoverá a la historia también confiará en la razón implícita del devenir, como un derivado necesario de la propia dinámica de la naturaleza; la historia se encaminaba hacia un estadio feliz en el que las contradicciones se resolverían definitivamente.

La crisis de la modernidad

Tendrán que desarrollarse más las capacidades de esta modernidad y llevarse a sus extremos para que dicho sueño se desvanezca. Se pueden señalar algunas fracturas de este aparente orden monolítico: en el ámbito de la cultura surgen las vanguardias artísticas; en la economía, la crisis económica de 1929 que puso en tela de juicio la racionalidad del mercado y, a partir de la década de los años setenta, la generalización y expansión de los problemas financieros, de empleo y productivos; y en la política, el descubrimiento, al final de la Segunda Guerra Mundial, de que la racionalidad llevada al Estado había provocado en los regímenes totalitarios el perfeccionamiento de las técnicas políticas y administrativas para dominar, someter y aniquilar al hombre. Esta primera desilusión sobre la razón moral de la modernidad dará lugar a la escuela de la teoría Crítica de Frankfurt, que cuestionará, por primera vez de manera sistemática y dentro del molde racionalista heredado de la Ilustración y el Romanticismo, el camino cerrado de la modernidad.

La posmodernidad

Este malestar de la cultura pudo concretarse en algo más definido en el momento en que la razón histórica organizó un paisaje físico e imaginario de la posmodernidad y la razón científica produjo un sistema de conocimiento autodenominado “posmoderno”.

En el orden moral, la historia del siglo xx desgastó el optimismo de la modernidad como fuente del progreso material y moral. Éste es el siglo de las grandes catástrofes,³ de la destrucción masiva, las

³ Véase la interpretación que sobre nuestro siglo hace Eric Hobsbawm en *Historia del siglo*

contradicciones entre riqueza ofensiva y pobreza bestial, hambrunas, sobrepoblación, guerra generalizada y caída del sistema socialista. Las antinomias se expresan asimismo en términos axiológicos: la cultura reciente muestra la convivencia de la vieja ética puritana de orden y trabajo que mantiene el principio de racionalidad económica con un hedonismo individualista extremo que es, en términos de Hegel, negatividad pura; es decir, consumismo.⁴

En el orden del conocimiento, la ciencia contemporánea descubrió que el mundo no es un orden descifrable y cognoscible e inmutable, sino que es un conjunto de procesos complejos, aleatorios y en constante variación que ha obligado a la ciencia racionalista a aceptar nuevas categorías, como el azar y la incertidumbre, así como a verse a sí misma como un proceso de conocimiento accidentado, discontinuo e imperfecto, y no como una mera suma de información. A ese respecto, Khun y Lakatos han hecho una descripción de las rupturas epistemológicas del conocimiento de las ciencias exactas, mostrando su itinerario histórico como producto del devenir social.

En la psicología se incorporaron conceptos como el de inconsciente, que parte de una lógica distinta de la matemática racionalista; la pasión y la irracionalidad son elementos que crean motivaciones y hacen perder la confianza en la existencia de una voluntad consciente y de la libertad individual racional.

Al nivel del mundo material surgen también rupturas significativas: la ciencia y la tecnología contribuyeron a transformar nuestro paisaje físico, no sólo prolongando vida del hombre y haciéndola más agradable, sino precisamente al contrario, dañando considerablemente al planeta, medio en el que se desarrolla la vida humana y fuente de los recursos necesarios para la supervivencia.

La emergencia de una nueva realidad biológica amenazante acaba con la confianza moderna del control sobre la vida humana: el SIDA, las enfermedades epidémicas, la enfermedad de “las vacas locas”,

XX, Barcelona, Crítica-Grijalbo-Mondadori, Serie mayor, 1995, 614 pp., en especial el capítulo intitulado “Las grandes catástrofes”.

⁴ Véase el magnífico análisis de Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, México, CONACULTA-Alianza Editorial Mexicana, 1989. Ilustran esta mentalidad esquizofrénica desde el margen de la sociedad hegemónica, obras como *American Psycho* de Easton Ellis, Barcelona, Ediciones B, 1991, o *Generación X* de Douglas Coupland, Barcelona, Ediciones B, 1993.

el ébola, el retorno de enfermedades “controladas” como el cólera o el sarampión rompen, en un aspecto, los paradigmas de la biología y la medicina modernas y, por otro, mellan las bases de la seguridad biológica del hombre y la sociedad.

Pero el énfasis de este epocalismo radicaba en el paisaje imaginario y social que creaba un desarrollo enmarcado en un orden perfecto, vigente para los liberales y en proceso de implantación para las utopías de izquierda. La impugnación de esta conciencia inició en el holocausto, crimen nefando que se suscitó en una de las naciones más avanzadas de la tierra, cuna de la libertad de espíritu. Otros Estados, que habían “realizado” la utopía comunista, ejecutaron crímenes semejantes. En general, en el actuar del Estado liberal, el uso de la tecnología moderna y de la eficacia organizativa se llevó a cabo con el manejo de una doble ética política: indiferencia ante las desigualdades entre el desarrollo y el subdesarrollo y democracia al interior y tiranía, explotación hacia las colonias sometidas. África, el continente sin esperanza, le habla hoy a Europa.

Con este panorama por delante, el pensamiento posmoderno muestra un aspecto polisémico y ambiguo, pero referido necesariamente a esa particular conciencia histórica y sobre el mundo que llamamos “modernidad”. De este modo, el término significa superación de la modernidad, desintegración de la modernidad, contradicción de este paradigma, momento posterior a la modernidad o, simplemente el desarrollo de su máxima expresión. Y acaso— aunque algunos de estos significados sean contradictorio (*sic.*)— puede expresarlos a todos ellos también, puesto que

Para entender la desintegración de la época moderna —ha dicho el doctor Raúl Cardiel Reyes— hay que tener en cuenta que se compone de dos tendencias, aparentemente opuestas, pero que en el resultado final se complementan y apoyan, que podrían llamarse, respectivamente: las antitéticas, que contradicen algunos de los principios de la era moderna, y las radicales, que llevan alguno de esos principios a extremos tales que acaban finalmente por contradecirlos.⁵

⁵ Raúl Cardiel Reyes, “El próximo orden mundial” en Octavio Rodríguez Araujo (coord.), *Reflexiones al futuro*, México, Colegio de Ciencia Política y Administración Pública, 1994, p. 19.

El carácter contradictorio de la relación entre la posmodernidad y la modernidad, así como de sus fuerzas internas, es cosustancial a su propio contenido, y lo es, de la misma manera, del término globalización, cuya ambigüedad e imprecisión semántica tampoco son gratuitas.

Esta postura crítica está afirmando que en el presente se ha dado un divorcio entre la razón y la historia. Considera que no existe el progreso en la historia, que no hay una utopía social, por ello se autodefine “no política”; no confía en el conocimiento científico, más que en lo inmediato y fragmentario, no convive una verdad histórica. Las fracturas se convirtieron en abismos en los que se ha roto, a nivel epistemológico, la relación entre el objeto y el concepto. El objeto no encuentra correlación con el conocimiento expresado en el lenguaje.

Historia, relato y ciencias sociales

Efectivamente, la posmodernidad tiene una referencia muy fuerte al lenguaje porque busca la razón del vínculo roto de la modernidad; los filósofos actuales consideran que la narración es un tipo de explicación diferente al del modelo nomológico-deductivo dominante en las ciencias físicas, pero no menos importante. Hayden White, historiador estadounidense inspirado en Jacques Derrida, Michel Foucault y Dominik La Capra, ha dicho que el movimiento de la posmodernidad “está imbuido de un compromiso programático, aunque irónico, con el retorno a la narración como uno de sus presupuestos sustanciales”,⁶ puesto que la narración posee un contenido implícito. Esta vuelta al lenguaje y a sus expresiones retoma la preocupación de corrientes filosóficas contemporáneas de mucha trascendencia, como la de Ludwig Wittgenstein y los filósofos analíticos neopositivistas.

La propuesta general de White, expresada primero en su *Metahistoria*⁷ y posteriormente ampliada y depurada, está desarrollada en *El contenido de la forma* (1987), título por lo demás significativo y emblemático. Es importante señalar que no considera que todos los discursos de las ciencias sociales sean narrativos, sino que éste es el modo de representación de la realidad que adoptó la historia en el periodo de

⁶ Hayden, White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós Básica 58, 1992, p. 12.

⁷ Hayden, White, *Metahistory: the historical Imagination in Nineteenth-century Europe*, Baltimore, 1973.

la modernidad; pero es indiscutible admitir que las ciencias en general, incluidas las naturales, tienen un modo de representación explicativa que no escapa de los principios de lenguaje puestos al descubierto por las corrientes semiológicas actuales.

José Luis Molinuevo, en una reciente visita a nuestro país, se refirió a la novela como el género por excelencia de la modernidad;⁸ es más, Lévi-Strauss “pretendía demostrar el carácter central de la narratividad en la estructuración de todas las formas de vida cultural”,⁹ incluyendo, por supuesto, la retórica de las ciencias sociales. Ésta era una crítica a la hegemonía intelectual y al humanismo de la civilización occidental que transgredía en su propia práctica hacia lo no europeo y lo no occidental.

Se trataba del mismo humanismo que Jacques Lacan intentó socavar en su revisión de la teoría psicoanalítica, que Louis Althusser quiso extirpar del marxismo moderno, y que Michel Foucault había descartado simplemente como la ideología de la civilización occidental en su etapa más represiva y decadente.¹⁰

Aunque White trata de la narración como la representación por excelencia para la historia, varios de sus supuestos sobre esta retórica pueden ser aplicados a las ciencias sociales, en virtud de que mantienen características comunes tales como: el criterio de la coherencia, el criterio de correspondencia y el principio teleológico. En el fondo, “se considera el discurso como un aparato para la producción de significado más que meramente un vehículo para la transmisión de información sobre un referente extrínseco”.¹¹ Con esto, White lleva a su último extremo las propuestas del estructuralismo y el posestructuralismo, que se asocian con Jakobson, Todorov, Barthes, Foucault y Derrida; además amplía su campo de estudio al analizar discursos de Marx y Foucault.

⁸ En el *Tercer Encuentro Hispano-Mexicano de Filosofía y Literatura* (abril de 1997), Molinuevo vinculó a Cervantes y a Kant, a la vez que señaló emblemática de nuestro tiempo la novela de Milán Kundera, *La vida está en otra parte* (de la paternidad de Arthur Rimbaud); efectivamente, la vida, la novela, está en otra parte, no sólo en el cajón de lo racional.

⁹ White, *El contenido...* op. cit. p. 52.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Ibidem*, p. 60.

Cada ciencia, desde las naturales, las sociales y las históricas, tienen un lenguaje particular y una expresión que corresponde a su propia intención significativa y a su estructura epistemológica y metodológica. Pero en el fondo, cada una tiene un discurso y este discurso, este relato de las ciencias, es una construcción retórica que dota de significado a elementos diversos de su constelación de interés.

Las Relaciones Internacionales, que es el caso particular de estudio, toman en cuenta, por ejemplo, a los Estados nacionales, las fronteras, los organismos internacionales, la geografía y los flujos de comercio internacional, pero dejan fuera otros aspectos de la realidad que no considera relevantes dentro de su ámbito de estudio. Los unifica en sistemas, relaciones, procesos, estructuras, causas y efectos, referencias recíprocas o dicotómicas, contradicción o adición, etcétera, y al final crea una coherencia, ofrece una explicación de los acontecimientos y de las estructuras, diacrónica y sincrónica, y una propuesta profética para el futuro, merced a las regulaciones y generalizaciones que elaboró; es decir, gracias a haber dotado de significado determinados elementos, originalmente dispersos, fragmentarios.

En el fondo, la posmodernidad despierta el interés en la retórica de las ciencias sociales porque en ella se encuentra su verdadero contenido, tal como está expresado en el título de la obra de Hayden White: el contenido de la forma. Para este historiador, “toda narrativa histórica tiene como finalidad latente o manifiesta el deseo de moralizar sobre los acontecimientos de que se trata”.¹² ¿Qué significa “moralizar”? Significa dar un juicio moral sobre lo social, emitir una valoración política y ello implica un ámbito ideológico y un aparato de dominación.

Posmodernidad y Relaciones Internacionales

El ingreso de las Relaciones Internacionales como disciplina al universo de las llamadas ciencias sociales fue tardío y respondió a los requerimientos teórico-conceptuales, estratégicos y de formación de cuadros, derivados de la emergencia de Estados Unidos como país hegemónico a partir de la década de los años treinta de nuestro siglo. Este cambio en el equilibrio de las fuerzas internacionales trajo una modalidad interpretativa particular, justificativa del *statu quo*, con un gran contenido prag-

¹² *Ibidem*, p. 29.

mático y basada en una racionalidad técnica que permitiera la eficacia política. La perspectiva realista se impuso sobre la corriente normativa idealista generada como reflexión de los resultados de la Primera Guerra Mundial, y durante un buen número de años permitió fortalecer el vínculo entre teoría y hegemonía, razón imperial y razón lógica.

Como una respuesta a ese paradigma dominante, la disciplina formuló enfoques alternativos que siguieron rutas diferentes; apareció una corriente de carácter cientificista inspirada en modelos matemáticos o estructuras de sistemas y funciones. Se recurrió también a la psicología, a la historia, a la dialéctica de la dependencia, al materialismo dialéctico, así como se dio un acercamiento a las ciencias sociales antiguas para la formulación de la sociología internacional.

El sentido de la existencia de una enorme variedad de puntos de vista desde los cuales se podía conocer la realidad internacional se dirigía, según algunos, a la formulación de una teoría general unificada. Hoy puede decirse que las aportaciones teóricas tienden ya a orientarse en el sentido de elaborar una teoría de la sociedad internacional.¹³

Para otros, “no puede existir una teoría pura ni de la Ciencia Política ni de las Relaciones Internacionales”,¹⁴ como opinó Marcel Merle en 1986. Este punto era el centro del debate de la disciplina cuando hizo su aparición la posmodernidad como una entidad crítica y *deconstructiva*. Pero aún la tendencia unificadora no concebía una homogeneización, dice Celestino del Arenal, aclarando que entiende por teoría

un conjunto coherente y, en principio, sistemático de generalizaciones sobre un fenómeno o fenómenos sociales, obtenidas a partir de ciertos postulados o inducidas de la realidad, que explican lógicamente o dan sentido a esa misma realidad que es objeto de consideración [...] La utilidad de una teoría reside no sólo en su grado de correspondencia con los hechos, sino también en el grado en que sirva como plataforma para el desarrollo de nuevas hipótesis, teorías o perspectivas.¹⁵

¹³ Celestino del Arenal, *Introducción a las Relaciones Internacionales*, México, REI, 1995, p. 451.

¹⁴ Marcel Merle, *Sociología de las Relaciones Internacionales*, Madrid, Alianza Universidad, 1986, p. 143.

¹⁵ Del Arenal, *op. cit.*, p. 452, subrayado del autor del presente artículo.

Señalar este matiz permite percibir que las Relaciones Internacionales permanecían abiertas a la diversidad teórica que, de un modo u otro, es también connatural al resto de las disciplinas sociales y humanas. Es en esta situación de apertura donde se va a hacer sentir la influencia del pensamiento posmoderno en este campo.

Este pensamiento constituye de por sí una contribución interesante desde su nuevo punto de vista, pero pueden ahondar las ambigüedades que han prevalecido en el enfoque realista, estatocéntrico y pragmático, puesto que ignora al empobrecimiento y al subdesarrollo como producto de la interacción dialéctica de los elementos de la modernidad que se expresan tanto en el Estado como en el mercado.

Al parecer de Carlos Ballesteros,¹⁶ la posmodernidad es “una conciencia confusa y vaga del agotamiento del discurso unificador y legitimador de la modernidad”,¹⁷ tiene un tono apocalíptico de escepticismo e irracionalidad, renuncia a las interpretaciones universales, carece de sujetos sociales, tiene una fascinación por la muerte, es una mentalidad de indiferencia (Scherpe) y es la suma de una serie de negaciones (muerte): negación de las utopías de emancipación, negación de la historia como progreso y negación del sujeto. Y, aunque reconoce que en el ámbito europeo se encuentra una posmodernidad vanguardista o radical y una posmodernidad neoconservadora de filiación más anglosajona, afirma que la “corriente con mayor influencia en las Relaciones Internacionales es la derivada de la filosofía euro-continental posmoderna”,¹⁸ escéptica y neoconservadora.

Para Ballesteros, esta influencia ha penetrado en dos formas. Las corrientes minoritarias y marginales que adoptan la herencia de la filosofía francesa posmoderna y sus contenidos estructuralistas y posestructuralistas de Derrida y Foucault; pero que también hacen una lectura de Habermas y la escuela de Frankfurt. Su discurso es neoconservador al exaltar el fin del socialismo real como triunfo del modelo capitalista y hacen énfasis en los fenómenos transnacionales, a la vez que rechazan proyectos políticos emancipatorios tales como la democracia

¹⁶ Carlos Ballesteros, “El debate entre paradigmas y la conciencia de la modernidad” en *Relaciones Internacionales*, núm. 47, enero-abril, 1990, pp. 22-46.

¹⁷ *Ibidem*, p. 39.

¹⁸ *Ibidem*, p. 42.

participativa o la utopía socialista. Su participación en el debate no es aún significativa.

Estas corrientes hacen énfasis en los factores transnacionales, rechazan la democracia participativa así como las categorías jerárquicas y son escépticos al creer en el agotamiento de las teorías de la totalidad.

El otro nivel en que el pensamiento posmoderno ha penetrado en la teoría de las Relaciones Internacionales es en ciertas corrientes que parten de esquemas globalistas y mundialista; no se autodefinen como tales, pero reproducen el discurso posmoderno en lo esencial. Hablan de la desaparición del Estado y en general de lo político, para dar lugar a una simple administración del mercado mundial, liberándolo de sus restricciones de carácter social perciben la obsolescencia de la estructura internacional y el paso a un nuevo paisaje mundial de eficiencia y competitividad, así como un nuevo evolucionismo sin finalidad, donde los más fuertes, comercialmente hablando, sean los únicos sobrevivientes.

Este autor concibe, en consecuencia, que la posmodernidad en las Relaciones Internacionales reproduce el discurso neoconservador del enfoque realista que genera mayor desigualdad en el mundo, a la vez que ignora la polarización del actual esquema capitalista mundial. Sin embargo, sería reduccionista, por no decir equívoco, creer que el pensamiento posmoderno tiene un sentido unívoco. Precisamente, se da también el tipo de posmodernidad que él denomina vanguardista y radical, que impugna el discurso retórico —como Hayden White lo ha hecho con la historiografía del siglo XIX—, y que reconoce que la crisis de los discursos emancipatorios no invalida la teoría y el símbolo de la modernidad, y mantiene las utopías y el compromiso político. También prevalece una actitud abierta para aprovechar las potencialidades del mundo contemporáneo y sortear sus riesgos mediante la articulación teórica y práctica de la realidad emergente, en un concepto no rígido y unidireccional de racionalidad, que pueda ofrecer marcos de comprensión alternativos, no cerrados ni monolíticos, que se traduzcan en condiciones de libertad e igualdad que permitan el desarrollo de la persona humana.

La teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas o el concepto de lo razonable de John Rawls, que busca un término medio entre lo racional y la capacidad de crear consensos, son salidas de tipo no hegemónico que hacen una crítica profunda a los valores de la moderni-

dad, pero reconocen los aspectos constructivos, libertarios y utópicos de ese epocalismo de la modernidad no es un bloque monolítico tampoco, sino convergencia de una multitud de ideas desarrolladas a partir de una referencia con la modernidad, sintetizada bajo el prefijo “post”.

Posmodernidad y globalización

Pero al vincular el pensamiento posmoderno con las Relaciones Internacionales, también se toca el tema de la globalización, y el texto de Octavio Ianni, *Teorías de la globalización*,¹⁹ sería una postura posmoderna porque habla de una nueva realidad emergente llamada globalización que, como la posmodernidad, es herencia de la modernidad y a la vez contradice, la supera y la niega. Seguramente Ianni no se siente incluido en esta constelación de autores, puesto que solamente le concede a la posmodernidad referencias aisladas y marginales. Sin embargo, aquí se sigue el criterio de atención a la particularidad de la época contemporánea.

Antes de avanzar más en el análisis del texto de Ianni, se podría hacer una serie de reflexiones sobre la vinculación de estos dos temas del debate actual en la disciplina, como una especie de sugerencias que muestren la indefinición de los conceptos. ¿La globalización es un fenómeno posmoderno o la posmodernidad es un fenómeno global?, ¿qué movimiento incluye a cuál?, ¿ambos son fenómenos independientes o aún divergentes que sólo han coincidido en tiempo y lugar y darán ocasión a formaciones sociales diferentes en el futuro? Pero esto está sólo planteado aquí, sin ánimo de resolverlo más que como posibles vertientes del estudio que desviarían, por otra parte, el que aquí se lleva a cabo.

El hecho de que Octavio Ianni atienda el fenómeno de la globalización a partir del deslinde conceptual que antecede a toda construcción metodológica, permite aseverar una preocupación que linda (*sic.*) con el lenguaje y es paralela, en algunos aspectos significativos, con el deslinde de White y la retórica histórica. El capítulo primero del libro, intitulado *Metáforas de la globalización*, hace un análisis de algunos de estos preconceptos: aldea global, fábrica global, nave espacial, torre de Babel, Al iniciar con este abordamiento y seguir con otras exploraciones metodológicas tales como el estudio del marxismo en las Relacio-

¹⁹ Octavio Ianni, *Teorías de la globalización*, México, Siglo XXI-CEIICH-UNAM, 1996.

nes Internacionales, el enfoque sistémico, etcétera, el autor participa de la concepción posmoderna de que toda teoría es en el fondo una metáfora de la realidad, y que el acercamiento al mundo se hace a través de representaciones lingüísticas. En el capítulo con el que cierra su texto

“Sociología de la globalización”, afirma que la globalización es un nuevo paradigma de las ciencias sociales, es un desafío epistemológico, y también empírico, metodológico, histórico y teórico. La tesis de Octavio Ianni para demostrar que la globalización es una realidad aún no codificada ni reconocida, una entidad que se está construyendo, es que “implica un nuevo paradigma, tanto porque la sociedad global se encuentra en constitución, en sus orígenes como porque carece de conceptos, categorías, interpretaciones.”²⁰

El problema radica en que si se trata de un nuevo objeto de estudio que requiera un nuevo pensamiento sociológico y la construcción de una nueva ciencia social avocada a su estudio, o si se trata del mismo objeto macro de las Relaciones Internacionales y no amerita la violencia de crear una *globología*.²¹

Para el sociólogo brasileño, “la sociedad global es un nuevo objeto de las ciencias sociales”²² y las relaciones, procesos y estructuras de dominación, apropiación, integración y antagonismo características de la sociedad global exigen también nuevos conceptos, categorías, interpretaciones”.²³

La respuesta al dilema de la ruptura epistemológica está en distinguir si la globalización toca a la ontología y si crea un nuevo objeto de estudio, si existe un nuevo ser; para Ianni esto es evidente. Pero ése es sólo un aspecto del problema epistemológico contemporáneo, puesto que la posmodernidad toca al ser en la medida en que ha tocado la conciencia. No, no se trata exclusivamente de la existencia de un nuevo ser, sino del olvido del ser —como diría Heidegger—; se trata aquí de lo que Husserl llamó “el apartamiento de la vida”.

Este olvido del ser es lugar en que se encuentra el filósofo y el científico social, la posición del estudioso de las Relaciones Internacio-

²⁰ *Ibidem*, p. 162.

²¹ Albert Bergesen, citado por Ianni, *op. cit.*, p. 166.

²² *Ibidem*, p. 162.

²³ *Ibidem*, p. 165.

nales ante el cambio del mundo actual, así que la labor de las ciencias sociales contemporáneas está en la búsqueda de la síntesis del orden roto: vincular nuevamente la estructura teórico-conceptual con el objeto de estudio, unir la teoría social con la realidad social, unir la teoría de las Relaciones Internacionales con la realidad internacional; pero no de la manera en que la teoría hegemónica de las ciencias sociales lo ha hecho. Se ha *desconstruido* la realidad teórica para construir una nueva que incluya aquellos elementos del hombre que la modernidad dejó atrás, como los sentidos comunes internos: la imaginación, el sentimiento mágico, la conciencia religiosa.

La ruptura epistemológica que enfrentan las Relaciones Internacionales contemporáneas radica en la emergencia de la globalización, como una realidad distinta que de alguna manera confirma que el enfermo ha muerto de mejoría, que todo lo sólido se desvanece en el aire, y del hecho de que esta realidad, como dice Ianni, “espera ser pensada”,²⁴ pero a partir de los elementos positivos de la posmodernidad: su capacidad supercrítica, su relativismo tolerante, su creencia en el individuo, de la herencia libertaria y social de la historia, de la desestructuración social para formar una colectividad mundial que permanezca unida con base en relaciones fraternales y no meramente económicas. Si la modernidad gritó: *¡Sapere aude!*, Atrévete a saber!, la posmodernidad grita: *¡Atrévete a imaginar!*

²⁴ *Ibidem*, p. 162.

La modernidad, un proyecto incompleto*

Jürgen Habermas**

En la edición de 1980 de la bienal de Venecia se admitió a los arquitectos, los cuales siguieron así a los pintores y cineastas. La nota que sonó en aquella primera bienal de arquitectura fue decepción, y podríamos describirla diciendo que quienes exhibieron sus trabajos en Venecia formaban una vanguardia de frentes invertidos. Quiero decir que sacrificaban la tradición de modernidad a fin de hacer sitio a un nuevo historicismo. En aquella ocasión, un crítico del periódico alemán *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, propuso una tesis cuya importancia rebasa con mucho aquel acontecimiento en concreto para convertirse en un diagnóstico de nuestro tiempo: [La posmodernidad se presenta claramente como antimodernidad]. Esta afirmación describe una corriente emocional de nuestro tiempo que ha penetrado en todas las esferas de la vida intelectual, colocando en el orden del día teorías de postilustración, posmodernidad e incluso posthistoria.

La frase [los antiguos y los modernos] nos remite a la historia. Empecemos por definir estos conceptos. El término [moderno] tiene una larga historia, que ha sido investigada por Hans Robert Jauss.¹ La palabra

* Texto original: Habermas, Jünger, "La modernidad, un proyecto incompleto", en *La posmodernidad*, Ed. Kairos/Colofón, México, 1998, pp.19-36.

** Doctor por la Universidad de Bonn, ha sido docente de diversas universidades como la de Frankfurt, Marburgo, Heidelberg, Northwestern University y The New School. Dentro de sus publicaciones destacan *Más allá del Estado nacional*; *La constelación posnacional. Ensayos políticos y Aclaraciones a la ética del discurso*.

¹ El texto de este ensayo corresponde inicialmente a una charla dada en septiembre de 1980,

[moderno] en su forma latina [modernus] se utilizó por primera vez en el siglo v a fin de distinguir el presente, que se había vuelto oficialmente cristiano, del pasado romano y pagano. El término [moderno], con un contenido diverso, expresa una y otra vez la conciencia de una época que se relaciona con el pasado, la antigüedad, a fin de considerarse a sí misma como el resultado de una transición de lo antiguo a lo nuevo.

Algunos escritores limitan este concepto de [modernidad] al Renacimiento, pero esto, históricamente, es demasiado reducido. La gente se consideraba moderna tanto durante el periodo de Carlos el Grande, en el siglo xii, como en Francia a fines del siglo xvii, en la época de la famosa [querella de los antiguos modernos]. Es decir, que el término [moderno] apareció y reapareció en Europa exactamente en aquellos periodos en los que se formó la conciencia de una nueva época a través de una relación renovada con los antiguos y, además, siempre que la antigüedad se consideraba como un modelo a recuperar a través de alguna clase de imitación.

El hechizo que los clásicos del mundo antiguo proyectaron sobre el espíritu de tiempos posteriores se disolvió primero con los ideales de la Ilustración francesa. Específicamente, la idea de ser [moderno] dirigiendo la mirada hacia los antiguos cambió con la creencia, inspirada por la ciencia moderna, en el progreso infinito del conocimiento y el avance infinito hacia la mejoría social y moral. Otra forma de conciencia modernista se formó a raíz de este cambio. El modernista romántico quería oponerse a los ideales de la antigüedad clásica; buscaba una nueva época histórica y la encontró en la idealizada Edad Media. Sin embargo, esta nueva era ideal, establecida a principios del siglo xix, no permaneció como un ideal fijo. En el curso del xix emergió de este espíritu romántico la conciencia radicalizada de modernidad que se liberó de todos los vínculos históricos específicos. Este modernismo más reciente establece una oposición abstracta entre la tradición y el presente, y en cierto sentido, todavía somos contemporáneos de esa clase de modernidad estética que apareció

cuando la ciudad de Frankfurt galardonó a Habermas con el premio Theodor W. Adorno. En marzo de 1981 se dio como conferencia en la Universidad de Nueva York, y en el invierno de ese año fue publicado bajo el título <<Modernidad contra posmodernidad>> en *New German Critique*. Se reproduce aquí con permiso del autor y el editor.

Jaus es un destacado historiador de la literatura y crítico alemán que participa de la <<estética de recepción>>, una clase de crítica relacionada con la crítica de reacción del lector en Alemania [Ed.]

por primera vez a mediados del siglo pasado. Desde entonces, la señal distintiva de las obras que cuentan como modernas es [lo nuevo], que será superado y quedará obsoleto cuando aparezca la novedad del estilo siguiente. Pero mientras que lo que está simplemente [de moda] quedará pronto rezagado, lo moderno conserva un vínculo secreto con lo clásico. Naturalmente, todo cuanto puede sobrevivir en el tiempo siempre ha sido considerado clásico, pero lo enfáticamente moderno ya no toma prestada la fuerza de ser un clásico de la autoridad de una época pasada, sino que una obra moderna llega a ser clásica porque una vez fue auténticamente moderna. Nuestro sentido de la modernidad crea sus propios cánones del clasicismo, y en este sentido hablamos, por ejemplo, de modernidad clásica con respecto a la historia del arte moderno. La relación entre [moderno] y [clásico] ha perdido claramente una referencia histórica fija.

La disciplina de la modernidad estética

El espíritu y la disciplina de la modernidad estética asumió claros contornos en la obra de Baudelaire. Luego la modernidad se desplegó en varios movimientos de vanguardia y finalmente alcanzó su apogeo en el Café Voltaire de los dadaístas y en el surrealismo. La modernidad estética se caracteriza por actitudes que encuentran un centro común en una conciencia cambiada del tiempo. La conciencia del tiempo se expresa mediante metáforas de la vanguardia, la cual se considera como invasora de un territorio desconocido, exponiéndose a los peligros de encuentros súbitos y desconcertantes, y conquistando un futuro todavía no ocupado. La vanguardia debe encontrar una dirección en un paisaje por el que nadie parece haberse aventurado todavía.

Por estos tanteos hacia adelante, esta anticipación de un futuro no definido y el culto de lo nuevo significaban de hecho exaltación del presente. La conciencia del tiempo nuevo, que accede a la filosofía en los escritos de Bergson, hace más que expresar la experiencia de la movilidad en la sociedad, la aceleración en la historia, la discontinuidad en la vida cotidiana. El nuevo valor aplicado a lo transitorio, lo elusivo y lo efímero, la misma celebración del dinamismo, revela el anhelo de un presente impoluto, inmaculado y estable.

Esto explica el lenguaje bastante abstracto con el que el temperamento modernista ha hablado del [pasado]. Las épocas individuales pierden sus fuerzas distintivas. La memoria histórica es sustituida por

la afinidad heroica del presente con los extremos de la historia, un sentido del tiempo en el que la decadencia se reconoce de inmediato en lo bárbaro, lo salvaje y primitivo. Observamos la intención anarquista de hacer estallar la continuidad de la historia, y podemos considerarlos como la fuerza subversiva de esta nueva conciencia histórica. La modernidad se rebela contra las funciones normalizadoras de la tradición; la modernidad vive de la experiencia de rebelarse contra todo cuanto es normativo. Esta revuelta es una forma de neutralizar las pautas de la moralidad y la utilidad. La conciencia estética representa continuamente un drama dialéctico entre el secreto y el escándalo público, le fascina el horror que acompaña el acto de profanar y, no obstante, siempre huye de los resultados triviales de la profanación.

Por otro lado, la conciencia del tiempo articulada en vanguardia no es simplemente ahistórica, sino que se dirige contra lo que podría denominarse una falsa normatividad en la historia. El espíritu moderno, de vanguardia, ha tratado de usar el pasado de una forma diferente; se deshace de aquellos pasados a los que ha hecho disponibles la erudición objetivadora del historicismo, pero al mismo tiempo opone una historia neutralizada que está encerrada en el museo del historicismo.

Inspirándose en el espíritu del surrealismo, Walter Benjamin construye la relación de la modernidad con la historia en lo que podríamos llamar una actitud posthistoricista. Nos recuerda la comprensión de sí misma de la Revolución Francesa. [La Revolución citaba a la antigua Roma, de la misma manera que la moda cita un vestido antiguo. La moda tiene olfato para lo que es actual, aunque esto se mueva dentro de la espesura de lo que existió en otro tiempo]. Este es el concepto que tiene Benjamin de la *Jetztzeit*, del presente como un momento de revelación; un tiempo en el que están enredadas las esquivas de una presencia mesiánica. En este sentido, para Robespierre, la antigua Roma era un pasado cargado de revelaciones momentáneas.

Ahora bien, este espíritu de modernidad estética ha empezado recientemente a envejecer. Ha sido recitado una vez más en los años sesenta. Sin embargo, después de los setenta debemos admitir que este modernismo promueve hoy una respuesta mucho más débil que hace quince años. Octavio Paz, un compañero de viaje de la modernidad, observó ya a mediados de los sesenta que [la vanguardia de 1967 repite las acciones y gestos de la de 1917. Estamos experimentando el fin

de la idea de arte moderno]. Desde entonces la obra de Peter Bürger nos ha enseñado a hablar de arte de [posvanguardia], término elegido para indicar el fracaso de la rebelión surrealista.² Pero. ¿cuál es la significado de este fracaso? ¿Señala una despedida a la modernidad? Considerándolo de un modo más general, ¿acaso la existencia de una posvanguardia significa que hay una transición a ese fenómeno más amplio llamado posmodernidad?

De hecho, así es como Daniel Bell, el más brillante de los neo-conservadores norteamericanos, interpreta las cosas. En su libro *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Bell argumenta que la crisis de las sociedades desarrolladas de Occidente se remontan a una división entre cultura y sociedad. La cultura modernista ha llegado a penetrar los valores de la vida cotidiana; la vida del mundo está infectada por el modernismo. Debido a las fuerzas del modernismo, el principio del desarrollo y expresión ilimitados de la personalidad propia, la exigencia de una auténtica experiencia personal y el subjetivismo de una sensibilidad hiperestimulada han llegado a ser dominantes. Según Bell, este temperamento desencadena motivos hedonísticos irreconciliables con la disciplina de la vida profesional en sociedad. Además, la cultura modernista es totalmente incompatible con la base moral de un conducta racional con finalidad. De este modo, Bell aplica la carga de la responsabilidad para la disolución de la ética protestante (fenómeno que ya había preocupado a Max Weber) en la [cultura adversaria]. La cultura, en su forma moderna, incita el odio contra las convenciones y virtudes de la vida cotidiana, que ha llegado a racionalizarse bajo las presiones de los imperativos económicos y administrativos.

Hay en este planteamiento una idea compleja que llama la atención. Se nos dice, por otro lado, que el impulso de modernidad está agotado; quien se considere vanguardista puede leer su propia sentencia de muerte. Aunque se considera a la vanguardia todavía en expansión, se supone que ya no es creativa. El modernismo es dominante pero está muerto. La pregunta que se plantean los neoconservadores es ésta: ¿cómo pueden surgir normas en la sociedad que limiten el libertinaje, restablezcan la ética de la disciplina y el trabajo? ¿Qué nuevas normas consti-

² Para las opiniones de Paz sobre la vanguardia, véase en particular *Los hijos del limo* (Barcelona: Seix Barral, 1974). Sobre Bürger véase *Theory of the Avant-Garde* (Minneapolis: University of Minnesota Press, otoño 1983). [Ed.]

tuirían un freno de la nivelación producida por el estado de bienestar social de modo que las virtudes de la competencia individual para el éxito puedan dominar de nuevo? Bell ve un renacimiento religioso como la única solución. La fe religiosa unida a la fe en la tradición proporcionará individuos con identidades claramente definidas y seguridad existencial.

Modernidad cultural y modernización de la sociedad

Desde luego, no es posible hacer aparecer por arte de magia las creencias compulsivas que imponen autoridad. En consecuencia, los análisis como el de Bell sólo abocan a una actitud que se está extendiendo en Alemania tanto como en Estados Unidos: en enfrentamiento intelectual y político con los portadores de la modernidad cultural. Citaré a Peter Steinfels, un observador del nuevo estilo que los neoconservadores han impuesto en la escena intelectual en los años setenta:

La lucha toma la forma de exponer toda manifestación de lo que podría considerarse una mentalidad opositora y descubrir su <<lógica>> para vincularla a las diversas formas de extremismo: trazar la conexión entre modernismo y nihilismo... entre regulación gubernamental y totalitarismo, entre crítica de los gastos en armamento y subordinación al comunismo, entre liberación femenina y los derechos de los homosexuales y la destrucción de la familia... entre la izquierda en general y el terrorismo, antisemitismo y fascismo...³

El enfoque *ad hominem* y la amargura de estas acusaciones intelectuales han sido también voceadas ruidosamente en Alemania. No deberían explicarse tanto de acuerdo con la psicología de los escritores neoconservadores, sino que más bien están enraizados en la debilidad analítica de la misma doctrina conservadora.

El neoconservadurismo dirige hacia el modernismo cultural las incómodas cargas de una modernización capitalista con más o menos éxito de la economía y la sociedad. La doctrina neoconservadora difumina la relación entre el grato proceso de la modernización social, por un lado, y el lamentado desarrollo cultural por el otro. Los neoconservadores no revelan las causas económicas y sociales de las actitudes

³ Peter Steinfels, *The Neoconservatives* (Nueva York: Simon and Schuster, 1979), p. 65.

alteradas hacia el trabajo, el consumo, el éxito y el ocio. En consecuencia, atribuyen el hedonismo, la falta de identificación social, la falta de obediencia, el narcisismo, la retirada de la posición social y la competencia por el éxito, al dominio de la [cultura]. Pero, de hecho, la cultura interviene en la creación de todos estos problemas de una manera muy indirecta y mediadora.

Según la opinión neoconservadora, aquellos intelectuales que todavía se sienten comprometidos con el proyecto de modernidad aparecen como los sustitutos de esas causas no analizadas. El estado de ánimo que hoy alimenta el neoconservadurismo no se origina en modo alguno en el descontento por las consecuencias antinómicas de una cultura que sale de los museos y penetra en la corriente de la vida ordinaria. Este descontento no ha sido ocasionado por los intelectuales modernistas, sino que arraiga en profundas reacciones contra el proceso de modernización de la sociedad. Bajo las presiones de la dinámica del crecimiento económico y los éxitos organizativos del estado, esta modernización social penetra cada vez más profundamente en las formas anteriores de la existencia humana. Podríamos describir esta subordinación de los diversos ámbitos de la vida bajo los imperativos del sistema como algo que perturba la infraestructura comunicativa de la vida cotidiana.

Así, por ejemplo, las protestas neopopulistas sólo expresan con agudeza un temor extendido acerca de la destrucción del medio urbano y natural y de formas de sociabilidad humana. Hay cierta ironía en estas protestas bajo el punto de vista neoconservador. Las tareas de transmitir una tradición cultural, de la integración social y de la socialización requieren la adhesión a lo que denomino racionalidad comunicativa. Pero las ocasiones de protesta y descontento se originan precisamente cuando las esferas de la acción comunicativa. Pero las ocasiones de protesta y descontento se originan precisamente cuando las esferas de la acción comunicativa, centradas en la reproducción y transmisión de valores y normas, están penetradas por una forma de modernización guiada por normas de racionalidad económica y administrativa... en otras palabras, por normas de racionalización completamente distintas de las de la racionalidad comunicativa de las que dependen aquellas esferas. Pero las doctrinas neoconservadoras, precisamente, desvían nuestra atención de tales procesos sociales: proyectan las causas, que no sacan a la luz, en el plano de una cultura subversiva y sus abogados.

Sin duda la modernidad cultural genera también sus propias aporías. Con independencia de las consecuencias de la modernización social y dentro de la perspectiva del mismo desarrollo cultural, se originan motivos para dudar del proyecto de modernidad –la del neoconservadurismo– me ocuparé ahora de la modernidad y sus descontentos en un dominio diferente que afecta a esas aporías de la modernidad cultural, problemas que con frecuencia sólo sirven como pretexto de posiciones que o bien claman por una posmodernidad, o bien recomiendan el regreso a alguna forma de premodernidad, o arrojan radicalmente por la borda a la modernidad.

El proyecto de la Ilustración

La idea de modernidad va unida íntimamente al desarrollo del arte europeo, pero lo que denomino [el proyecto de modernidad] tan sólo se perfila cuando prescindimos de la habitual concentración en el arte. Iniciaré un análisis diferente recordando una idea de Max Weber, el cual caracterizaba la modernidad cultural como la separación de la razón sustantiva expresada por la religión y la metafísica en tres esferas autónomas que son la ciencia, la moralidad y el arte, que llegan a diferenciarse porque las visiones del mundo unificadas de la religión y la metafísica se separan. Desde el siglo xviii, los problemas heredados de estas visiones del mundo más antiguas podían organizarse para que quedasen bajo aspectos específicos de validez: verdad, rectitud normativa, autenticidad y belleza. Entonces podían tratarse como cuestiones de conocimiento, de justicia y moralidad, o degusto. El discurso científico, las teorías de la moralidad, la jurisprudencia y la producción y crítica de arte podían, a su vez, institucionalizarse. Cada dominio de la cultura se podía hacer corresponder con profesiones culturales, dentro de las cuales los problemas se tratarían como preocupaciones de expertos especiales. Este tratamiento profesionalizado de la tradición cultural pone en primer plano las dimensiones intrínsecas de cada una de las tres dimensiones de la cultura. Aparecen las estructuras de la racionalidad cognoscitiva-instrumental, moral-práctica y estética-expresiva, cada una de éstas bajo el control de especialistas que parecen más dotados de lógica en estos aspectos concretos que otras personas. El resultado es que aumenta la distancia entre la cultura de los expertos y la del público en general. Lo que acrecienta

la cultura a través del tratamiento especializado y la reflexión no se convierte inmediata y necesariamente en la propiedad de la praxis cotidiana. Con una racionalización cultural de esta clase aumenta la amenaza de que el común de las gentes, cuya sustancia tradicional ya ha sido devaluada se empobrezca más y más.

El proyecto de modernidad formulado en el siglo XVIII por los filósofos de la Ilustración consistió en sus esfuerzos para desarrollar una ciencia objetiva, una moralidad y leyes universales y un arte autónomo acorde con su lógica interna. Al mismo tiempo, este proyecto pretendía liberar los potenciales cognoscitivos de cada uno de estos dominios de sus formas esotéricas. Los filósofos de la Ilustración querían utilizar esta acumulación de cultura especializada para el enriquecimiento de la vida cotidiana, es decir, para la organización racional de la vida social cotidiana.

Los pensadores de la Ilustración con la mentalidad de un Condorcet aún tenían la extravagante expectativa de que las artes y las ciencias no sólo promoverían el control de las fuerzas naturales, sino también la comprensión del mundo y del yo, del progreso moral, la justicia de las instituciones e incluso la felicidad de los seres humanos. El siglo XX ha demolido este optimismo. La diferenciación de la ciencia, la moralidad y el arte ha llegado a significar la autonomía de los segmentos tratados por el especialista y su separación de la hermenéutica de la comunicación cotidiana. Esta división es el problema que ha dado origen a los esfuerzos para [negar] la cultura de los expertos. Pero el problema subsiste: ¿habríamos de tratar de asirnos a las *intenciones* de la Ilustración, por débiles que sean, o deberíamos declarar a todo el proyecto de la modernidad como una causa perdida? Ahora quiero volver al problema de la cultura artística, tras haber explicado por qué, históricamente, la modernidad estética es sólo parte de una modernidad cultural en general.

Los falsos programas de la negación de la cultura

Simplificando mucho, diría que en la historia del arte moderno es posible detectar una tendencia hacia una autonomía cada vez mayor en la definición y la práctica del arte. La categoría de [belleza] y el dominio de los objetos bellos se constituyeron inicialmente en el Renacimiento. En el curso del siglo XVIII, la literatura, las bellas artes y la música se institucionalizaron como actividades independientes de la vida religio-

sa y cortesana. Finalmente, hacia mediados del siglo xix, emergió una concepción esteticista del arte que alentó al artista a producir su obra de acuerdo con la clara conciencia del arte por el arte. La autonomía de la esfera estética podía entonces convertirse en un proyecto deliberado: el artista de talento podía prestar auténtica expresión a aquellas experiencias que tenía al encontrar su propia subjetividad descentrada, separada de las obligaciones de la cognición rutinaria y la acción cotidiana.

A mediados del siglo xix, en la pintura y la literatura, se inició un movimiento que Octavio Paz encuentra ya compendiado en la crítica de arte de Baudelaire. Color, líneas, sonidos y movimiento dejaron de servir primariamente a la causa de la representación; los medios de expresión y las técnicas de producción se convirtieron en el objeto estético. En consecuencia, Theodor W. Adorno pudo dar comienzo a su *Teoría Estética* con la siguiente frase: [Ahora se da por sentado que nada que concierna al arte puede seguir dándose por sentado: ni el mismo arte, ni el arte en su relación con la totalidad, ni siquiera el derecho del arte a existir]. Y esto es lo que el surrealismo había negado: *das Existenzrecht der Kunst als Kunst*. Desde luego, el surrealismo no habría cuestionado el derecho del arte a existir si el arte moderno ya no hubiera presentado una promesa de felicidad relativa a su propia relación [con el conjunto] de la vida. Para Schiller, esta promesa la hacía la intuición estética, pero no la cumplía. Las *Cartas sobre la educación estética del hombre*, de Schiller nos hablan de una utopía que va más allá del mismo arte. Pero en la época de Baudelaire, quien repitió esta *promesse de bonheur* a través del arte, la utopía de reconciliación se ha agriado. Ha tomado forma una relación de contrarios. El arte se ha convertido en un espejo crítico que muestra la naturaleza irreconocible de los mundos estéticos y sociales. Esta transformación modernista se realizó tanto más dolorosamente cuanto más se alienaba el arte de la vida y se retiraba en la intocabilidad de la autonomía completa. A partir de esas corrientes emocionales se reunieron al fin aquellas energías explosivas que abocaron al intento surrealista de hacer estallar la esfera autárquica del arte y forzar una reconciliación del arte y la vida.

Pero todos esos intentos de nivelar el arte y la vida, la ficción y la praxis, apariencia y realidad en un plano; los intentos de eliminar la distinción entre artefacto y objeto de uso, entre representación consciente y excitación espontánea; los intentos de declarar que todo es arte

y que todo el mundo es artista, retraer todos los criterios e igualar el juicio estético con la expresión de las experiencias subjetivas... todas estas empresas se han revelado como experimentos sin sentido. Estos experimentos han servido para revivir e iluminar con más intensidad precisamente aquellas estructuras del arte que se proponían disolver. Dieron una nueva legitimidad, como fines en sí mismas, a la apariencia como el medio de la ficción, a la trascendencia de la obra de arte sobre la sociedad, al carácter concentrado y planeado de la producción artística, así como a la condición cognoscitiva especial de los juicios sobre el gusto. El intento radical de negar el arte ha terminado irónicamente por ceder, debido exactamente a esas categorías a través de las cuales la estética de la Ilustración ha circunscrito el dominio de su objeto. Los surrealistas libraron la guerra más extrema, pero dos errores en concreto construyeron aquella revuelta. Primero, cuando se rompen los recipientes de una esfera cultural desarrollada de manera autónoma, el contenido se dispersa. Nada queda de un significado desublimado o una forma desestructurada; no se sigue un efecto emancipador.

Su segundo error tuvo consecuencias más importantes. En la comunicación cotidiana, los significados cognoscitivos, las expectativas morales, las expresiones subjetivas y las evaluaciones deben relacionarse entre sí. Los procesos de comunicación necesitan una tradición cultural que cubra todas las esferas, cognoscitiva, moral-práctica y expresiva. En consecuencia, una vida cotidiana racionalizada difícilmente podría salvarse del empobrecimiento cultural mediante la apertura de una sola esfera cultural – el arte – proporcionando así acceso a uno sólo de los complejos de conocimiento especializados. La revuelta surrealista sólo habría sustituido a una abstracción.

En las esferas del conocimiento teórico y la moralidad, existen paralelos a este intento fallido de lo que podríamos llamar la falsa negación de la cultura, sólo que son menos pronunciados. Desde los tiempos de los Jóvenes Hegelianos, se ha hablado de la negación de la filosofía. Desde Marx, la cuestión de la relación entre teoría y práctica ha quedado planteada. Sin embargo, los intelectuales marxistas formaron un movimiento social; y sólo en sus periferias hubo intentos sectarios de llevar a cabo un programa surrealista para negar el arte. Un paralelo con los errores surrealistas se hace visible en estos programas cuando uno observa las consecuencias del dogmatismo y el rigorismo moral.

Una praxis cotidiana reificada sólo puede remediarse creando una libre interacción de lo cognoscitivo con los elementos morales-prácticos y estético-expresivos. La reificación no puede superarse obligando a sólo una de esas esferas culturales altamente estilizadas a abrirse y hacerse más accesibles. Vemos, en cambio, que bajo ciertas circunstancias, emerge una relación entre las actividades terroristas y la extensión excesiva de cualquiera de estas esferas en otros dominios: serían ejemplos de ello las tendencias a estetizar la política, sustituirla por el rigorismo moral o someterlo al dogmatismo de una doctrina. Sin embargo, estos fenómenos no deberían llevarnos a denunciar las intenciones de la tradición de la Ilustración superviviente como intenciones enraizadas en una [razón terrorista].⁴ Quienes meten en el mismo saco el proyecto de modernidad con el estado de conciencia y la acción espectacular del terrorista individual no son menos cortos de vista que quienes afirman que el incomparable más persistente y extenso terror burocrático practicado en la oscuridad, en los sótanos de la policía militar y secreta, y en los campamentos e instituciones, es la *raison d'être* del estado moderno, sólo porque esta clase de terror administrativo hace uso de los medios coercitivos de las modernas burocracias.

Alternativas

Creo que en vez de abandonar la modernidad y su proyecto como una causa perdida, deberíamos aprender de los errores de esos programas extravagantes que han tratado de negar la modernidad. Tal vez los tipos de recepción del arte puedan ofrecer un ejemplo que al menos indica la dirección de una salida.

El arte burgués tuvo, a la vez, dos expectativas por parte de sus públicos. Por un lado, el lego que gozaba del arte debía educarse para llegar a ser un experto. Por otro lado, debía también comportarse como un consumidor competente que utiliza el arte y relaciona las experiencias estéticas con los problemas de su propia vida. Esta segunda, y al parecer inocua, manera de experimentar el arte ha perdido sus implica-

⁴ La frase [estetizar la política] recuerda a la famosa formulación del falso programa social de los fascistas en [La obra de arte en la era de la reproducción mecánica] Esta crítica de Habermas de los críticos de la Ilustración parece dirigida no tanto a Adorno y Max Horkheimer que a los *nouveaux philosophes* contemporáneos (Bernard-Henry Lévy, etc.) y sus equivalentes alemanes y norteamericanos. [Ed.]

ciones radicales exactamente porque tenía una relación confusa con la actitud de ser experto y profesional.

Con seguridad, la producción artística se secaría si no se llevase a cabo en forma de un tratamiento especializado de problemas autónomos y si cesara de ser la preocupación de expertos que no prestan demasiada atención a las cuestiones exotéricas. Por ello los artistas y los críticos aceptan el hecho de que tales problemas caen bajo el hechizo de lo que antes llamé la [lógica interna] de un dominio cultural. Pero esta aguda delineación, esta concentración exclusiva en un solo aspecto de validez y la exclusión de aspectos de verdad y justicia, se quiebra tan pronto como la experiencia estética se lleva a la historia de la vida individual y queda absorbida por la vida ordinaria. La recepción del arte por parte del lego, o por el [experto cotidiano], va en una dirección bastante diferente que la recepción del arte por parte del crítico profesional.

Albrecht Wellmer me ha llamado la atención hacia la manera en que una experiencia estética que no se enmarca alrededor de los juicios críticos de los expertos del gusto puede tener alterada su significación: en cuanto tal experiencia se utiliza para iluminar una situación de historia de la vida y se relaciona con problemas vitales, penetra en un juego de lenguaje que ya no es el de la crítica estética. Entonces la experiencia estética no sólo renueva la interpretación de nuestras necesidades a cuya luz percibimos el mundo. Impregna también nuestras significaciones cognoscitivas y nuestras expectativas normativas y cambia la manera en que todos estos momentos se refieren unos a otros. Pondré un ejemplo de este proceso.

Esta manera de recibir y relacionar el arte se sugiere en el primer volumen de la obra *Las estéticas de resistencia* del escritor germano-sueco Peter Weiss, el cual describe el proceso de reapropiación del arte presentando un grupo de trabajadores políticamente motivados, hambrientos de conocimiento, en Berlín, en 1937.⁵ Se trataba de jóvenes que, mediante su educación en una escuela nocturna, adquirieron los medios intelectuales para sondear la historia general y social del arte europeo. A partir del resistente edificio de esta mente objetiva, encarnado en obras de arte que veían una y otra vez en los museos

⁵ Se refiere a la novela *Die Ästhetik des Widerstands* (1975-78), por el autor de Marat/Sade. La obra de arte [reapropiada] por los trabajadores es el altar de Pérgamo, emblema de poder, clasicismo y racionalidad. [Ed.]

de Berlín, empezaron a extraer sus propios fragmentos de piedra que reunieron en el contexto de su propio medio, el cual estaba muy alejado del de la educación tradicional así como del régimen entonces existente. Estos jóvenes trabajadores iban y venían entre el edificio del arte europeo y su propio medio, hasta que fueron capaces de iluminar ambos.

En ejemplos como éste, que ilustran la reapropiación de la cultura de los expertos desde el punto de vista del común de las gentes, podemos discernir un elemento que hace justicia a las intenciones de las desesperadas rebeliones surrealistas, quizá incluso más que los intereses de Brecht y Benjamin acerca de cómo funciona el arte, los cuales, aunque han perdido su aura, aún podrían ser recibidos de maneras iluminadoras. En suma, el proyecto apunta a una nueva vinculación diferenciada de la cultura moderna con una praxis cotidiana que todavía depende de herencias vitales, pero que se empobrecería a través del mero tradicionalismo. Sin embargo, esta nueva conexión sólo puede establecerse bajo la condición de que la modernización social será también guiada en una dirección diferente. La gente ha de llegar a ser capaz a desarrollar instituciones propias que pongan límites a la dinámica interna y los imperativos de un sistema económico casi autónomo y sus complementos administrativos.

Si no me equivoco, hoy las oportunidades de lograr esto no son muy buenas. Más o menos en todo el mundo occidental se ha producido un clima que refuerza los procesos de modernización capitalista así como las tendencias críticas del modernismo cultural. La desilusión por los mismos fracasos de esos programas que pedían la negación del arte y la filosofía ha llegado a servir como pretexto de las posiciones conservadoras.

Los [jóvenes conservadores] recapitulan la experiencia básica de la modernidad estética. Afirman como propias las revelaciones de una subjetividad descentralizada, emancipada de los imperativos del trabajo y la utilidad, y con esta experiencia salen del mundo moderno. Sobre la base de las actitudes modernistas justifican un automodernismo irreconciliable. Relegan a la esfera de lo lejano y lo arcaico los poderes espontáneos de la imaginación, la propia experiencia y la emoción. De manera maniquea, yuxtaponen a la razón instrumental un principio sólo accesible a través de la evocación, ya sea la fuerza de

voluntad o la soberanía, el Ser o la fuerza dionisiaca de lo poético. En Francia esta línea conduce de Georges, a través de Michel Foucault, a Jacques Derrida.

Los [viejos conservadores] no se permiten la contaminación del modernismo cultural. Observan con tristeza el declive de la razón sustantiva, la diferenciación de la ciencia, la moralidad y el arte, la visión del mundo entero y su racionalidad meramente procesal y recomiendan una retirada a una posición *anterior* a la modernidad. El neoaristotelismo, en particular, disfruta hoy de cierto éxito. Ante la problemática de la ecología, se permite pedir una ética cosmológica. (Como pertenecientes a esta escuela, que se origina en Leo Strauss, podemos citar las interesantes obras de Hans Jonas y Robert Spaemann).

Finalmente, los neoconservadores acogen con beneplácito el desarrollo de la ciencia moderna, siempre que ésta no rebase su esfera, la de llevar adelante el progreso técnico, el crecimiento capitalista y la administración racional. Además, recomiendan una política orientada a quitar la espoleta al contenido explosivo de la modernidad cultural. Según una tesis, la ciencia, cuando se la comprende como es debido queda irrevocablemente exenta de sentido para la orientación de las masas. Otra tesis es que la política debe mantenerse lo más alejada posible de las exigencias de justificación moral-práctica. Y una tercera tesis afirma la pura inmanencia del arte, pone en tela de juicio que tenga un contenido utópico y señala su carácter ilusorio a fin de limitar a la intimidad la experiencia estética. (Aquí podríamos mencionar al primer Wittgenstein, el Carl Schmitt del período medio y el Gottfried Benn del último período). Pero con el decisivo confinamiento de la ciencia, la moralidad y el arte a esferas autónomas separadas del común de las gentes y administradas por expertos, lo que queda del proyecto de modernidad cultural es sólo lo que tendríamos si abandonáramos del todo el proyecto de modernidad. Como sustitución uno señala tradiciones que, sin embargo, se consideran inmunes a las exigencias de justificación (normativa) y validación.

Naturalmente, esta tipología, como cualquier otra, es una simplificación, pero puede que no sea del todo inútil para el análisis de las confrontaciones intelectuales y políticas contemporáneas. Me temo que las ideas de antimodernidad, junto con un toque adicional de premodernidad, se están popularizando en los círculos de cultura alternativa.

Cuando uno observa las transformaciones de la conciencia dentro de los partidos políticos en Alemania, resulta visible un nuevo cambio ideológico (*Tendenzwende*). Y ésta es la alianza de posmodernistas. Me parece que no hay ningún partido concreto que monopolice el ultraje a los intelectuales y la posición del neoconservadurismo. En consecuencia, tengo buenas razones para agradecer el espíritu liberal con el que la ciudad de Frankfurt me ofrece un premio que lleva el nombre de Theodor Adorno, uno de los hijos más significativos de esta ciudad, que como filósofo y escritor ha caracterizado la imagen del intelectual en nuestro país de una manera incomparable, y aún más, se ha convertido en la misma imagen de la emulación para el intelectual.

Historia, teoría y política internacional, hoy*

.....
..... Robert W. Cox**

Existen diferentes tradiciones en el estudio de la política internacional —unas derivan del derecho y las instituciones, otras de la diplomacia y la política, y algunas de la economía y del análisis cultural. Dos enfoques teóricos persistentes que atraviesan estas distintivas tradiciones son el Marxismo y el llamado Neorrealismo. La base común para estos dos enfoques es el modernismo filosófico: la idea de que tanto el mundo físico como el humano (o social) son gobernados por leyes, que pueden ser descubiertas por la observación científica. Ésta ha sido la base de la ciencia moderna. Los practicantes de las ciencias sociales han seguido el modelo modernista de la física con el propósito de alcanzar un estudio científico de la actividad humana, incluyendo la política internacional.

Hace casi 30 años participé en un panel de especialistas en relaciones internacionales en Washington, titulado *¿El futuro será como el pasado?* La pregunta iba en sentido a cuestionarse lo siguiente:

* “History, Theory and World Politics Today”, ponencia presentada en la mesa 4, “Evolución y cambios de la política internacional I”, del *XXX Coloquio Internacional de Primavera, Evaluación y prospectiva de las Relaciones Internacionales*, celebrado el 17 de mayo de 2005 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. por Robert W. Cox. Traducción por Lucero del Carmen Rocha González.

** Doctor en Historia por la Universidad de McGill. Sus principales líneas de investigación son la aparición de un nuevo orden mundial transnacional, el papel de los agentes transnacionales, Antonio Gramsci y su teoría política, los procesos del cambio social y los cambios en la economía mundial.

¿existe un marco establecido para el análisis de los asuntos internacionales?—¿éste sigue siendo válido para su tiempo? ¿Existe la ‘ciencia’ de la política internacional?— es decir, una estructura permanente de preposiciones válidas que pueda explicar la política internacional independientemente del tiempo y el espacio.

El Neorrealismo, que ha sido la doctrina dominante en la teorización estadounidense sobre los asuntos internacionales, responde que *sí* a esas preguntas; incluso, plantea una estructura transhistórica permanente y universal de relaciones de poder—un derecho natural de relaciones internacionales— a través del cual todas las situaciones históricas específicas pueden ser entendidas.

El Marxismo toma una postura diferente pero continúa expresándose a través de la tradición filosófica moderna europea. Plantea un proceso de cambio estructural diacrónico a través del trabajo de las leyes y de la historia. En vez de una estructura persistente como en el Neorrealismo, hay una sucesión de estructuras que son producidas una tras otra a través del medio del de la lucha de clases, dando como resultado una sociedad sin clases sociales.

Ambas son teorías de inmanencia, donde los eventos están determinados por la estructura innata del mundo humano. El Neorrealismo utiliza un enfoque sincrónico, analizando las relaciones de poder en un tiempo y espacio particular. El Marxismo utiliza un enfoque diacrónico, resaltando una lógica interna que cambia las estructuras a través del tiempo hasta que se alcanza el estado deseado.

La idea de un movimiento progresivo e intencional en la historia es trazable para la cristiandad. San Agustín, en *La ciudad de Dios*, condenó el patrón circular de la historia de la humanidad del que habla Platón y que es común para el mundo clásico hasta su propio tiempo. Para San Agustín, la encarnación —la entrada de Dios en Jesús en la historia de la humanidad— cambió totalmente. A partir de ese entonces, la historia ha tenido que ser vista como la poseedora de un propósito independiente de los objetivos humanos y las acciones. Su idea fue elaborada en el siglo xii por el monje calabrés Joaquín de Fiore en tres escenarios de procesos de cambios históricos: La era del Padre o la era del Viejo Testamento, donde Dios estableció su mandato; la era del Hijo, donde las instituciones humanas, inspiradas en Cristo, trabajaron para corregir la pecami-

nosidad de los hombres; y, finalmente, la era del Espíritu Santo, aún por llegar, que sería una unidad mística en la unidad sin la necesidad de instituciones coercitivas. El patrón tripartito fue secularizado durante la Ilustración por Hegel como un movimiento del despotismo oriental donde uno era libre, al feudalismo donde algunos eran libres, hasta la del 'Estado de derecho' de la Ilustración donde todos son, en sentido literal, libres. Marx replicó estas tres visiones como consecuencia de la esclavitud, el capitalismo y el comunismo, donde cada escenario se fue transformando dentro del siguiente a través de la dialéctica de lucha de clases.

Es bueno recalcar que la noción modernista del mundo gobernado por leyes naturales es la creación de tres siglos de historia europea, durante los cuales las ideas europeas se esparcieron por todo el mundo. Una perspectiva vieja pero recientemente revivida ve al mundo como una esfera de cambios continuos y caóticos sin un estado final – no 'el fin de la historia'. Contrario al modernismo, que establece una separación entre el sujeto como observador y el objeto como el observado, la perspectiva antigua y ahora revivida ve a ambos como observadores y observados como una interacción recíproca en un impredecible proceso de cambio.

En el siglo VI a.C., el filósofo antecesor a Sócrates, Heráclito de Efesia, contempló esta cuestión como un mundo de cambios perpetuos, de un eterno devenir. Todo cambio, pensó, viene de la dinámica y cíclica interacción de lo contrario. Cualquier par de contrarios es una unidad. Esta unidad, que contiene y trasciende a los contrarios, es la realidad definitiva. En china, en la misma época, Lao Tzu, el fundador legendario del taoísmo, estableció que la transformación y el cambio son las características esenciales de la naturaleza; y que ese cambio resulta de la interacción de polos opuestos, el *yíng* y el *yang*, quienes, irrevocablemente obligados, son la realidad definitiva, el Tao o el camino.

Heráclito y Lao Tzu fueron más lejos para explicar que el intelecto humano nunca puede comprender su realidad, que los conceptos formados por los humanos se enfocan en expresar la realidad en la que convergen. Aún más cerca a nuestra época, el filósofo francés Henri Bergson, quien había pensado profundamente sobre la evolución, habló sobre el *homo faber*, el ser humano definido en su capacidad para hacer y realizar cosas, a diferencia del *homo sapiens*, que pretende entender el significado del universo.

Me gustaría sugerir que nosotros tratamos de entender el mundo como *la gente lo está haciendo* para obtener cierto control de los lugares hacia donde nos dirigimos y para renunciar a la especulación sobre las estructuras inmanentes y los procesos que tal vez puedan convertirse en ilusiones.

La fe modernista en leyes universales comenzó a desvanecerse en la física y en la biología durante el siglo xx, socavando el modelo que había sido emulado en las ciencias sociales. Los retos básicos teóricos vinieron de la Física, de una teoría relativa y cuantitativa. Éstas preocuparon al infinito grande (astrofísica) y al infinito pequeño (partículas) y mostraron que las certezas aparentes de la mecánica clásica no aplicaban en estas áreas.

Nuevos retos vinieron del segundo principio de la termodinámica, o la tendencia hacia la entropía en el cual la pérdida de energía conlleva a una desorganización; y en biología cuando mostró cómo un movimiento hacia la desorganización en las neuronas del cerebro podría ser contrarrestado por movimientos autónomos de auto-organización. El biólogo francés Jacques monod popularizó el descubrimiento del indeterminismo, trastorno y oportunidad en su libro *Le hazard et la nécessité* (1970).

Estos descubrimientos abrieron un nuevo enfoque en las ciencias físicas y biológicas llamado ‘complejidad’. Ésta se aparta de la concepción mecánica de la causalidad contemplándose en vastas redes de interacción – un enfoque facilitado por los avances en cibernética. El filósofo y sociólogo francés Edgar Morin ha especulado sobre lo que él llama ‘híper-complejidad’: un sistema que reduce sus restricciones mientras incrementa su capacidad de auto-organización, en otras palabras, su capacidad de cambiar.

Estos desarrollos en el pensamiento científico tienen implicaciones para pensar acerca del cambio en las relaciones humanas. Como resultado, en las ciencias sociales:

- Ha habido un cambio de *ser* a *convertirse*, de hacer énfasis en las estructuras innatas a hacerlo en los procesos, y de la causalidad a la complejidad (en el sentido de redes interactivas).
- No hay causas básicas; el cambio toma lugar a través de interacciones en una red compleja en la que ninguna fuerza es determinante.

- Los procesos son irreversibles, esto es, las tendencias hacia la entropía y la desorganización pueden ser contrarrestadas por la auto-organización que significa que el futuro no reproducirá predeciblemente el pasado.
- La búsqueda por la certeza absoluta de las proposiciones científicas es abandonada a favor de determinar su ‘dominio de validez’ que convierte estas proposiciones en hipótesis exploratorias en lugar de leyes universales.
- El observador y el observado están envueltos equivalentemente en el cambio, lo que significa descartar el la dicotomía del sujeto/objeto del llamada ciencia ‘objetiva’ a favor de la búsqueda ‘epistémica’ de resultados en la ciencia través de un paradigma particular y transitorio.

El término *caos, complejidad e incertidumbre* son característicos del nuevo enfoque científico, mientras que *orden, simplicidad* (a veces llamada ‘elegancia’) y *certeza* caracterizaron la ciencia modernista. Las ciencias naturales se están moviendo a partir de la noción de que su propósito es facilitar a los humanos la ‘dominación y el control sobre la naturaleza para entender a la humanidad como parte de la naturaleza a través de una teoría emergente de vida y sistemas de auto-organización. El impacto de estos cambios en las ciencias sociales —que han sido hasta ahora contruidos bajo el modelo de la iluminación de la física— está obligado a resistir y a perdurar; pero los nuevos paradigmas están emergiendo aquí también con un enfoque más holístico, relativista e histórico-orientado.

Esto no significa historia en la irónica versión inglesa de ‘una maldita cosa después de otra’. Significa buscar por la auto-organización recurrente de las especies humanas para así discernir los patrones de reorganización que han sido creados colectivamente en respuesta a la secuencia de retos para la sociedad humana. Las estructuras que emergen en este proceso son creaciones humanas; no es algo innato dentro de la variante supuesta de ‘naturaleza humana’ y ‘orden natural’, tampoco algo inherente dentro de un proceso histórico cósmico. Lo que tenemos son estructuras *históricas*, las formas de organización colectiva, y las mentalidades que se ajustan a ellas, ambas reaccionando de condiciones materiales de la existencia de grupos humanos y adaptadas a éstas.

Fernando Braudel y la Escuela de los Annales de historiadores franceses ha sido particularmente fructífero en desarrollar este enfoque. Braudel distinguió el ‘tiempo de eventos’ de la historia tradicional del *longue durée* – ese contexto histórico y social formado a través de largos periodos de tiempo que parece a la gente ser un orden natural de cosas y que forma y constriñe sus acciones. Él también los distinguió de las estructuras conjeturales de medio plazo como los ciclos económicos. ‘El tiempo del mundo’, el ímpetu del irreversible desarrollo en escala global empuja a todas esas estructuras hacia adelante, así la historia es constreñida por estructuras prevalecientes pero impredecible en resultados así como el reto humano para la organización propia que avanza.

Como dijo Hegel: ‘El búho de Minerva extiende sus alas únicamente con la caída de la oscuridad’. La palabra no está conformada por teoría; la teoría viene de la reflexión de lo que pasa en el mundo; y ha habido mucho qué reflejar recientemente como un estímulo para pensar sobre las estructuras históricas emergentes y persistentes:

- El colapso de la Unión Soviética y, con ello, la del mundo bipolar, y el surgimiento de lo que la diplomacia llama como el *hyper-poder* de Estados Unidos;
- El crecimiento de la conciencia sobre la estabilidad de la biósfera;
- La persistente tendencia del capitalismo por ampliar la brecha entre ricos y pobres;
- La resurgente afirmación de identidades de étnicas, nacionales, religiosas o culturales;
- La nueva prominencia de actividades irregulares o extra-legales, como ‘terrorismo’ y el crimen organizado;
- Y el creciente escepticismo hacia todas las formas de autoridades establecidas.

Yo sugeriría que en el contexto de estos cambios a principios del siglo xxi, existen tres configuraciones de poder, tres estructuras históricas interactivas que circunscriben los problemas de la política internacional y el orden mundial.

La primera es la comúnmente llamada ‘Imperio Americano’, o ahora simplemente ‘Imperio’. Esto difiere del imperialismo del siglo xix y xx que significaba un control político y administrativo directo por

los poderes europeos y por los Estados Unidos de los territorios de ultramar –y en el caso de Rusia, territorios terrestres. El ‘Imperio’ penetra a través de los bordes de la soberanía formal para controlar sus acciones a través de élites compatibles en la esfera pública y privada. Penetra primero a través de los principales aliados de los Estados Unidos pero también en otros países en donde sus intereses ejercen influencia. Las corporaciones transnacionales influyen la política interna de los países en donde están colocadas; y los vínculos económicos influyen los asuntos locales de las élites. La cooperación militar entre los aliados facilita la integración de fuerzas militares bajo el liderazgo del corazón del ‘Imperio’. La cooperación entre servicios inteligentes da prioridad a las preocupaciones en materia de seguridad del liderazgo imperial. Los medios generalizan una ideología que propaga valores imperiales y justifica la expansión del ‘Imperio’ como benéfico para el mundo. Los sistemas económicos del componente de territorios del ‘Imperio’ están estructurados dentro de un vasto mercado de capital, bienes y servicios.

En el futuro imaginario del ‘Imperio’ el ‘hardpower’ de la dominación militar y la coerción económica es mantenido y trascendido por el ‘softpower’ de la atracción y la emulación. ‘Imperio’ constituye un movimiento hacia la convergencia en las prácticas políticas económicas y sociales y las actitudes básicas culturales –un movimiento tendiente a absorber el mundo completo dentro de *una civilización*. Su principio gobernante es la unidad y la homogeneidad.

La segunda configuración de poder es el sistema interestatal westfaliano que fue inaugurado en Europa en el siglo xvii y esparcido por todo el mundo durante la era del dominio europeo. El Estado soberano, aunque débil, sigue siendo una estructura resistente. La soberanía tiene una postura dual. Un aspecto es la autonomía de cada Estado soberano en la sociedad de naciones. La otra es la autoridad de cada Estado a través de su propio territorio y población. Ambos aspectos están protegidos bajo el principio de la no intervención de otros Estados. La soberanía interna y externa, continúa siendo una defensa en contra de la absorción del ‘Imperio’. Los dos frentes en los que el residuo de la estructura mundial westfaliana confrontan el impacto del ‘Imperio’ son, primero, la defensa del sistema interestatal y sus creaciones, el derecho internacional y a la Organización de las Naciones Unidas; y, en segundo lugar, el fortalecimiento de los lazos que unen a los ciudadanos

a las autoridades políticas. Esta autonomía nacional protectora en la organización económica y social sostiene un mundo plural de culturas coexistentes y civilizaciones. Los principios que gobiernan el sistema westfaliano son la diversidad pluralista y una continua búsqueda por el consenso.

La tercera configuración es la que es continuamente llamada ‘sociedad civil’, o tal vez, más específicamente, los ‘movimientos sociales’. Esto existe a través de los Estados y el ‘Imperio’ y la transnacionalidad. Esta configuración de fuerzas ha defendido al medio ambiente y los derechos de las mujeres. Se ha movilizó por paz y por combatir la pobreza. Ha sido especialmente activo en décadas recientes inicialmente como un movimiento por una alternativa a la globalización económica del poder corporativo transnacional y después como una confrontación directa del ‘Imperio’ en la movilización popular contra la invasión anglo-americana en Irak. También se ha movilizó en la forma de ‘la fuerza de la gente’, provocando cambios de regímenes en Filipinas, Serbia, Georgia, Ucrania, tal vez Kirguistán –y ahora posiblemente en Líbano. La ‘sociedad civil’ difiere del ‘Imperio’ y del sistema estatal en el cual funciona como una red descentralizada más que una estructura jerárquica disciplinada. La tecnología moderna de la información en la forma de internet y teléfonos celulares ha ayudado a desarrollar y movilizar por acción. Este carácter flexible es una fortaleza para atraer a una diversidad de grupos hacia un caso en especial. Es también debilidad por hacer difícil articular un programa claro de acción por la gran diversidad; y también por dejar el movimiento abierto a disturbios por *agentes provocadores* o por ser cooptado por una buena financiación y un buen Estado organizado, así como por intereses ideológicos, ya sean domésticos o extranjeros. El movimiento social es inherentemente opuesto a la centralización y a la fuerza homogeneizadora del ‘Imperio’ pero es siempre vulnerable de ser subvertida o manipulada.

Detrás y debajo de esas tres rivales configuraciones de poder está una cubierta del mundo que incluye el crimen organizado, organizaciones terroristas, circuitos de financiamiento ilegal, operativos de inteligencia, vendedores de armas, el comercio de drogas y el comercio sexual y varios cultos religiosos. Esta cubierta del mundo funciona en los intersticios de las tres configuraciones abiertas de poder. Algunos de sus elementos componentes, como redes ‘terroristas’, conspiran

para subvertir y destruir los poderes establecidos. Otros componentes, como el crimen organizado, son parasitarios sobre el poder establecido y viven en simbiosis con éste. La cobertura del mundo está siempre presente en alguna medida. Su expansión señala problemas del orden establecido —una pérdida de confianza en la seguridad es supuesta para garantizar a las personas en general.

Las tres configuraciones de poder en el mundo coinciden o se superponen geográficamente. Ellas no son delimitadas por fronteras territoriales. Tienen puntos de concentración geográfica pero están en disputa en todas partes haciendo valer las demandas por su legitimidad, mientras que la expansión de la cobertura mundial, en sus aspectos subversivos y parasíticos, socava la legitimidad de todo el mundo.

La legitimidad es el criterio fundamental de la gobernanza en cualquier lugar. La relación del gobierno con los gobernados —o de la naturaleza de la autoridad— es legitimar cuando la gente acepta las instituciones y procedimientos de la autoridad y las decisiones que emergen de ella, incluso si no les gustan. Cuando esa aceptación general erosiona, cuando no hay aceptación general, esas decisiones se convierten en ilegítimas.

El miedo es un indicador crítico —el miedo por parte de aquéllos en el poder, así como entre los que están sujetos a la autoridad. El tirano está en constante miedo de ser derrocado; y aquéllos sobre los cuales las reglas del tirano se mantienen en obediencia a través del miedo. La legitimidad implica miedo en ambos lados— por los gobernadores y por los gobernados. Cuando el público se apodera de un miedo que la autoridad parece impotente de calmar, la escena es establecida por un poder arbitrario —por el ‘hombre del destino’. Cuando los gobiernos provocan miedo en el público, ellos se preparan para medidas opresivas. Esta relación inversa entre el miedo y la legitimidad es la llave para el problema del orden público y social.

El Feminismo en la teoría de Relaciones Internacionales: un breve repaso*

Alberto Lozano Vázquez**

Resumen

El artículo pretende primeramente ubicar al Feminismo -como corriente intelectual dentro de los debates teóricos de Relaciones Internacionales, señalando su objetivo de desafiar al Realismo y al Liberalismo como aproximaciones teóricas tradicionales y ofreciendo una visión alternativa para entender el mundo y resolver sus problemas. Haciendo lo anterior, la teoría feminista devuelve a la mujer una posición más relevante como unidad de análisis en la dinámica contemporánea de todos los campos de la actividad humana. El artículo hace referencia también a distintas autoras y autores que han contribuido académicamente con su pensamiento teórico al desarrollo de una teoría crítica feminista. Finalmente se hace alusión a algunas referencias empíricas -mundiales y mexicanas- que podrían sugerir que el Feminismo y los estudios de género han ganado terreno no sólo en el debate intelectual, sino también en el acontecer cotidiano, en distintas esferas y a nivel global. El contenido del artículo puede ser de utilidad como ejercicio introductorio para alumnos de Relaciones Internacionales que se quieran familiarizar con el Feminismo y su vinculación con los diversos enfoques teóricos de la disciplina.

* Texto original: Lozano Vázquez Alberto "El feminismo en la teoría de relaciones internacionales: un breve repaso" en *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, número 114, FCPYS UNAM, México D.F. septiembre-diciembre 2012, pp. 143-152.

** Maestro en Estudios Internacionales por la Universidad de Miami y licenciado en Relaciones Internacionales por la UNAM. Ha desempeñado cargos tanto en el sector privado como en el público. Actualmente cursa el doctorado en Estudios Internacionales en la Universidad de Miami. Correo electrónico: alozanov@umail.miami.edu

La teoría de Relaciones Internacionales ha experimentado, principalmente en las últimas dos décadas, un grado de complejidad, sofisticación y enriquecimiento que realmente se puede apreciar una evolución de la materia desde la aparición formal del Realismo político durante el siglo xx –si tomamos a Reinhold Niebuhr, E. H. Carr, Hans J. Morgenthau y Kenneth Waltz como referencias formales y a Tucídides, San Agustín, Maquiavelo, y Hobbes como sus antecedentes fundamentales.

Después de la aparición del liberalismo como el primer competidor teórico serio del Realismo durante el mismo siglo xx, y en específico después del debate entre el Neorrealismo y Neoliberalismo¹ durante la década de los años ochenta, vinieron al escenario del análisis de la política internacional herramientas de interpretación alternativas que tienen propuestas diferentes para concebir, describir y abordar el mundo ontológica, epistemológica y metodológicamente. Entre esas aproximaciones alternativas se encuentran la Teoría crítica en Relaciones Internacionales,² entendida generalmente como una especie de Neomarxismo; la teoría del Constructivismo con un papel muy significativo; y las teorías feministas que han introducido el concepto de género como una categoría empírica relevante y una herramienta analítica para entender las relaciones de poder a nivel global. Esta última propuesta es también conocida como Feminismo.

De manera general, y para entender la posición del Feminismo dentro de los grandes debates intelectuales de Relaciones Internacionales, debemos recordar que tanto el Neorrealismo y el Neoliberalismo, a pesar de llegar a conclusiones antagónicas sobre los fines y métodos de los Estados en sus modos de operar y, en especial, diferencias sustanciales sobre la cooperación internacional, ambas comparten puntos de partida -ontológicos- sobre el análisis de la mecánica internacional, a

¹ John Locke, Montesquieu, Voltaire, Immanuel Kant, Adam Smith, David Ricardo, John Stuart Mill y Woodrow Wilson destacan entre los autores fundamentales asociados al Liberalismo, mientras que Robert O. Keohane y Joseph S. Nye se consideran fundadores del Neoliberalismo en la disciplina de Relaciones Internacionales.

² A pesar de que los orígenes de la Teoría crítica datan alrededor de 1937 con la Escuela de Frankfurt, aquí se hace referencia a la Teoría crítica de Relaciones Internacionales en relación con Robert Cox (1981), Mark Hoffman (1987) y Andrew Linklater (1992), con clara vinculación a las obras anteriores de Horkheimer, Marcuse, Adorno y Habermas. Incluso Richard Ashley (1986) podría estar considerado aquí por su clásico ensayo crítico contra el Neorrealismo.

decir, ambas asumen que los Estados viven en una situación de anarquía por la falta de un gobierno mundial que regule su comportamiento; asumen al Estado como el actor más importante en política internacional, velando únicamente por su propio interés (aunque los neoliberales reconocen también a otros actores), y le dan importancia al rol que juega la fuerza física como elemento disuasorio o de cooperación. Pero aun más importante es que tanto el Neorrealismo como el Neoliberalismo son considerados disciplinas positivistas o teorías racionalistas, explícitamente basadas en la Teoría de la elección racional (*rational choice theory*) con raíz estrictamente en el método científico, las Ciencias Naturales y estructuradas igualmente por criterios de microeconomía y Teoría de los juegos. Entonces asumimos a “los neo” como racionalistas o positivistas.

Después del fin de la Guerra Fría, esos ejes de debate fueron desplazados por dos nuevos debates: entre los racionalistas y los constructivistas, por un lado, y entre los constructivistas y los seguidores de la Teoría crítica (neomarxistas) por el otro.³ Y es que los nuevos enfoques, en especial el Constructivismo, argumentan contra el Neorrealismo y el Neoliberalismo que el mundo no funciona independientemente de los individuos, como un sistema ajeno a la voluntad del hombre y, entre otras cosas, le quita el protagonismo a los Estados como entes unitarios y autónomos en la política internacional, minimizando conceptos abstractos como “sistema”, “Estado” o “soberanía” y dando más realce a la cultura, el lenguaje, las normas, el contexto histórico, las ideas y los valores. Así, tienen más importancia los individuos -hombres y mujeres- como agentes involucrados e inmersos en contextos históricos y sociales específicos con capacidad de transformar el entorno en el nivel que sea, local, nacional, transnacional, internacional o supranacional.

Para los constructivistas,⁴ tanto los agentes (individuos) como las estructuras (instituciones, sistemas, formas de gobierno, etc.) están mutuamente constituidos, no son excluyentes entre sí, lo cual conforma

³ Christian Reus-Smit, “Constructivism” en Scott Burchill *et al.*, *Theories in International Relations*, 3ª ed., Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2005, p. 188

⁴ Los antecedentes del Constructivismo se pueden encontrar en disciplinas diferentes a Relaciones Internacionales. Entre los autores que han influido de manera decisiva están: Émile Durkheim, Max Weber, Jacques Derrida, Michel Foucault, Jürgen Habermas, Friedrich Nietzsche, John G. Ruggie, Friedrich Kratochwil, Nicholas ONUF, Vendulka Kubáľková, Niklas Luhmann y Alexander Wendt, entre otros.

uno de los desafíos principales a las escuelas tradicionales de pensamiento teórico de Relaciones Internacionales, en virtud de que “bajan” el diseño de la política internacional de lo abstracto, intangible y conceptual a lo visible, lo palpable, lo cotidiano, con nombre y apellido. Es imperativo destacar aquí que el individuo es reconocido o concebido como un agente capaz de moldear su realidad (*agency*) y de lograr estadios mejores para su especie -a veces con fines de emancipación en versiones más radicales.

Este tipo de posiciones teóricas, por diferir ontológica y epistemológicamente de aquellas positivistas, son conocidas como post-positivistas y/o postmodernas, dependiendo del autor en turno.

En toda esta complejidad teórica de la disciplina de Relaciones Internacionales, emerge el Feminismo a finales de la década de los ochenta, con propuestas que son más afines a las posiciones postmodernas, aunque es reconocido que no todas las corrientes feministas de Relaciones Internacionales son post-positivistas, es decir, no niegan posibles metodologías racionalistas.⁵ La autora Jennifer Sterling-Folker añade que la introducción de las perspectivas teóricas postmodernas y feministas ocurrió casi al mismo tiempo en Estados Unidos y que juntas abrieron el camino para el constructivismo epistemológicamente más moderado.⁶ Incluso, el mismo Alexander Wendt argumenta que diversas teorías sociales -Teoría crítica, Postmodernismo y Feminismo- co-mulgan con algunos principios básicos del Constructivismo.⁷

El Feminismo, con sus críticas y argumentos, ha ido tomando cada vez más importancia en el debate intelectual de Relaciones Internacionales desde que en 1988 Ann Tickner retó el *status quo* del Realismo como teoría dominante en política internacional afirmando que “la política internacional es un mundo de los hombres”⁸ y, de manera más

⁵ Las versiones de corrientes intelectuales feministas varían: desde el Feminismo Liberal -apegado más a las visiones tradicionales- hasta las versiones más extremas como Constructivismo Social Feminista, Teoría Crítica Feminista, Post-estructuralismo Feminista y Post-colonialismo feminista. Véase: J. Ann Tickner, “Gender in World Politics” en John Baylis y Steve Smith, *The Globalization of World Politics*, Oxford University Press, Estados Unidos, 2011, pp. 266-267.

⁶ Jennifer Sterling-Folker, “Feminism” en Jennifer Sterling-Folker (ed.), *Making Sense of International Relations Theory*, Lynne Rienner, Boulder, 2006, p. 243.

⁷ Alexander Wendt, *Social Theory of International Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, p.1.

⁸ La expresión original es: “International Politics is a man’s world (...)”. Citado en J. Ann Tickner, “Hans Morgenthau’s Principles of Political Realism: A Feminist Reformulation” en *Mi-*

contundente al rebatir, en la misma publicación, los seis puntos pilares de la obra de Hans J. Morgenthau con críticas feministas. Ahí deja claro el reclamo relacionado con la discriminación hacia las mujeres en un mundo regulado por una visión masculina, en el cual el crucial rol del aspecto femenino ha sido subestimado, *ergo* ignorado.⁹

El objetivo del Feminismo, y su característica más provocadora dentro del debate intelectual en la disciplina de Relaciones Internacionales, es desafiar al paradigma realista y liberal que argumentan y justifican la operación de un sistema internacional que mantiene al hombre en una posición superior y de ventaja sobre la mujer en un *status quo* que le es absolutamente desfavorecedor y opresivo.

Con este panorama, para los estudiosos de Relaciones Internacionales y otras disciplinas, el Feminismo en la teoría de Relaciones Internacionales puede capturar la atención no sólo por su lucha por tener un lugar propio, sino también porque puede modificar y enriquecer la manera de entender y explicar el mundo en el que hemos vivido y actuado a través de un esquema masculinizado usualmente asumido como normal.

Así, reflexiones y análisis hechos por diferentes académicas y académicos como Ann Tickner, Christine Sylvester, Mary Ann Tétreault, Cynthia Enloe, Gillian Youngs y el mismo Robert Keohane han aportado y construido lo que consideraríamos como el debate contra las teorías clásicas de Relaciones Internacionales.

Ellos toman las bases del movimiento feminista en general como objeto de estudio, principalmente en su carácter de ser expresión de resistencia a seguir y mantener los mismos patrones a través de los cuales los seres humanos han vivido por siglos, desafiando una visión del mundo donde lo femenino es lo débil, lo subjetivo y lo menos valorado, mientras lo masculino es la fuerza, lo objetivo y lo de más valor. Este movimiento, como sabemos, tomó lugar y fuerza principalmente en el siglo xx para devolver la dignidad y una mejor posición a la mujer dentro de la sociedad. “Jane Flax nos recuerda que (...) el Feminismo se trata de recuperar las actividades de las mujeres”.¹⁰

Ilennium: Journal of International Studies, 1988, vol. 17, núm. 3, p. 429.

⁹ Para ver una versión en español de las críticas de Tickner a Morgenthau, véase Esther Barbé, *Relaciones Internacionales*, 3ª ed., Tecnos, Madrid, 2007, pp. 89-90.

¹⁰ Ann Tickner, “You just don’t Understand: Troubled Engagements between Feminists and IR

Los teóricos feministas critican y desconstruyen¹¹ la visión del mundo donde la masculinidad y la feminidad se refieren a un conjunto de categorías socialmente construidas que varían en tiempo y lugar, más que a determinantes biológicas. En las dicotomías conceptuales occidentales como la objetividad vs subjetividad, razón vs emoción, mente vs cuerpo, cultura vs naturaleza, uno mismo vs el otro, autonomía vs relaciones, saber vs ser, y lo público vs lo privado, han sido típicamente usadas para describir las diferencias entre lo masculino y femenino -respectivamente- tanto por feministas como no feministas.¹²

Como vemos, la diferencia entre la superioridad y la inferioridad, entre lo importante y lo no importante, está impregnada –e incrustada- desde la misma concepción de las palabras en nuestro lenguaje, que a su vez refleja los cánones culturales por los que los individuos nos conducimos.

Un ejemplo de asociaciones para entender hasta qué punto el sentido masculino puede estar presente en la política es citado por Mary Ann Tétreault: “El libro de Helen Caldicot *La envidia de los misiles* (*Missile Envy*, 1984) ubicó la carrera armamentista entre los Estados Unidos y la URSS en el concepto de Freud de la envidia del pene, una competencia psicológicamente conducida para probar qué gobierno era más masculino”.¹³

Por lo anterior, es inevitable que encontremos una revaloración teórica feminista del concepto de poder. Su aportación radica en desafiar la concepción realista del control del hombre sobre el hombre; es decir, el poder como forma de dominación que ha sido asociada siempre con la masculinidad desde que el ejercicio del poder es visto como una actividad varonil. Las mujeres rara vez han tenido poder en el dominio público. Cuando las feministas definen el poder, éste es concebido “como la habilidad humana para actuar en concierto, o la acción que es tomada en conexión con otros quienes comparten las mismas preocupaciones”.¹⁴ Esta definición se ajusta más a un poder compartido que a

Theorists” en *International Studies Quarterly*, 1997, vol. 41, p. 615.

¹¹ En el sentido en el que Jacques Derrida lo plantea.

¹² J. Ann Tickner, “Hans Morgenthau’s Principles of Political Realism: A Feminist Reformulation”, *op. Cit.*, p. 431.

¹³ Mary Ann Tétreault, “Women in International Relations: Sediment, Trends and Agency” en *Politics and Gender*, 2008, vol. 4, núm. 1, p. 146

¹⁴ J. Ann Tickner, “Hans Morgenthau’s Principles of Political Realism: A Feminist Reformula-

un poder asertivo y monopolístico. En su propuesta denotan que la mujer es capaz de desarrollar más el sentido del poder como persuasión en vez del poder como coerción.

Por otro lado, dentro del Feminismo en Relaciones Internacionales, el tema de seguridad nacional asociado al medio ambiente no escapa a las asociaciones significativas arriba señaladas: el daño al medio ambiente global hecho por el desarrollo industrial y tecnológico explica la forma en que la ciencia moderna (lo masculino) concibe a la naturaleza (lo femenino: “madre naturaleza”), donde está claro que la segunda es prescindible por la primera. “El movimiento ecológico (...), en respuesta a estas amenazas ambientales, y el movimiento de las mujeres están profundamente interconectados. Ambos enfatizan vivir en un equilibrio con la naturaleza en vez de dominarla”.¹⁵

Así, entre otras críticas feministas al concepto de seguridad, inmerso en el pensamiento realista y liberal, encontramos las siguientes:

- a) “Muchas feministas en RI definen la seguridad ampliamente en términos multidimensionales como la disminución de todas las formas de violencia, incluyendo la física, la estructural y la ecológica”;¹⁶
- b) la perspectiva feminista sobre seguridad toma a la seguridad de la mujer como su preocupación central;
- c) la definición feminista de seguridad “comienza con el individuo o la comunidad en vez del Estado o el sistema internacional”,¹⁷ esto es debido a que las mujeres son marginales ante las estructuras de poder de la mayoría de los Estados;
- d) las desigualdades estructurales, derivadas del legado del Estado moderno y el sistema internacional contribuyen a la inseguridad de los individuos;
- e) los feministas en Relaciones Internacionales cuestionan el rol de los Estados como el proveedor adecuado de la seguridad; y
- f) los feministas en Relaciones Internacionales no ven la capacidad militar como un seguro contra las amenazas extranjeras del Estado. En

tion”, *op. cit.*, p. 434.

¹⁵ *Ibidem.*

¹⁶ J. Ann Tickner, “you just don’t Understand: Troubled Engagements between Feminist and IR theorists”, *op.cit.*, p. 624.

¹⁷ *Idem.*

vez de eso, ven a los militares como una amenaza a la seguridad de los individuos y las mujeres.¹⁸

Sin embargo, las críticas y aportaciones feministas a la teoría de Relaciones Internacionales no se limitan a los temas de poder, seguridad y medio ambiente; de hecho, hay críticas directas también a las concepciones neorrealistas de Kenneth Waltz sobre la anarquía del sistema internacional y también las hay al representante de la escuela inglesa Hedley Bull y su concepto de “sociedad de Estados”. Aunque hay escépticos al respecto, el tema del feminismo ha ido tomando un lugar importante en el campo de la teoría de Relaciones Internacionales y se vislumbra que tendrá muchas más aportaciones al campo de los estudios internacionales.

Con todo, los resultados de éxitos feministas -dentro y fuera de la literatura de Relaciones Internacionales- son empíricos y medibles. La lucha feminista por hacer una transformación en las apreciaciones basadas en un mundo masculino se ha reflejado igualmente en sus esfuerzos por alcanzar igualdad de oportunidades en lo social, lo político, lo económico, lo académico, lo militar y lo laboral, y al parecer, la lucha no ha sido para nada en vano. Aunque aún falta mucho por ver, podemos tener una aproximación de los logros a través de la presencia de las mujeres en los círculos de poder cada vez más pronunciada. Tan sólo por mencionar algo, las mujeres han alcanzado llegar a la presidencia y dirigir a sus países con carreras políticas destacadas; los ejemplos abundan: Mary McAlesse en Irlanda, Ellen Johnson-Sirleaf en Liberia, Helen Clark en Nueva Zelanda, Michelle Bachelet en Chile, Pratibha Patil en India, Angela Merkel en Alemania, Tarja Halonen en Finlandia, Cristina Kirchner en Argentina, y Laura Chinchilla en Costa Rica, seguidas de otros ejemplos en Ucrania, Letonia y Filipinas. Eso sin mencionar la destacada presencia femenina en la ciencia, la academia, los deportes y en la dirección de organismos internacionales.

En el caso de México, vale la pena mencionar a Hermila Galindo de Topete, a Juana Manrique de Lara y a Marta Lamas. La primera fue feminista defensora de ideas liberales, activa durante la Revolución Mexicana, secretaria particular de Venustiano Carranza y promotora del

¹⁸ *Ibidem*, p. 625.

derecho de la mujer al voto, actuando con vehemencia contra la inequidad y la injusticia que padecía entonces el género femenino. La segunda fue cercana colaboradora de José Vasconcelos, “considerada como la primera bibliotecaria profesional” en México,¹⁹ cuyas aportaciones fueron fundamentales a la biblioteconomía nacional. Ambas destacaron en periodos de gran rezago para la sociedad en general y más para la mujer, desafiando los mitos que existían/existen sobre las diferencias de género. Y en el tercer caso, con igual importancia, Marta Lamas ha destacado en el desarrollo del feminismo activista e intelectual contemporáneo desde una trinchera académica-editorial-práctica. Así, las mujeres mexicanas han ido ganando un lugar cada vez más importante en la vida pública y política del país, sobresaliendo como candidatas a la presidencia de la República, dirigiendo secretarías de Estado o importantes puestos -como el Archivo General de la Nación-, o cargos destacados en la academia, lo cual da cuenta de logros importantes en dicha sociedad, aunque insuficientes, tal y como lo demuestran los feminicidios en Ciudad Juárez, en donde la literatura sobre estudios de feminismo y seguridad juegan un rol muy destacado pudiendo aportar mucho a los debates internacionales al respecto.

Finalmente, de continuar esta tendencia que aleja a la mujer de la idea de ser el sexo débil y por el contrario, que demuestra que puede aportar sabiduría, eficacia, firmeza y liderazgo en los asuntos públicos y privados, no será mucho el tiempo que pase para alcanzar los anhelos arduamente perseguidos por el feminismo de lograr una sociedad con menos discriminación, más justa y con mayor equidad de género. Será de toda esta acumulación de evidencia empírica que la literatura en Relaciones Internacionales tendrá que comprobar y/o reformular hipótesis que nos ayuden a entender el adecuado papel y contribuciones del feminismo en el mundo.

Bibliografía

Barbé, Esther, *Relaciones Internacionales*, Tecnos, Madrid, España, 3ª ed., 2007. Brown, Chris, y Kirsten Ainley, *Understanding International Relations*, Palgrave Macmillan, 2005.

¹⁹ Israel Morales Becerra, “La profesionalización de la biblioteconomía en México: su historia (1912-1948)” en *Revista general de información y documentación*, Universidad Complutense de Madrid, vol. 21, 2011, pp. 283.

- Burchill, Scott *et al.*, *Theories in International Relations*, 3ª ed., Palgrave Macmillan, 2005.
- Edkins, Jenny y Nick Vaughan-Williams, *Critical Theorists and International Relations*, Routledge, Nueva York, 2009.
- Enloe, Cynthia, *Bananas, Beaches and Bases: Making Feminist Sense of International Politics*, Berkeley, University of California Press, 1989.
- Keohane, Robert, "Beyond Dichotomy: Conversations between International Relations and Feminist Theory" en *International Studies Quarterly*, vol. 42. (1), 1998.
- Lamas, Marta, *Feminism: Transmissions and Retransmissions*, John Pluecker (trad.), Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011.
- Morales Becerra, Israel, "La profesionalización de la biblioteconomía en Sylvester, Christine, *Feminist International Relations: An Unfinished Journey*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
- Tétreault, Mary Ann, "Women in International Relations: Sediment, Trends and Agency" en *Politics and Gender*, vol. 4, núm. 1, 2008.
- Tickner, J. Ann, "Gender in World Politics" en John Baylis y Steve Smith, *The Globalization of World Politics*, Oxford University Press, 2011.
- Tickner, J. Ann, "You just don't Understand: Troubled Engagements between Feminists and IR Theorists" en *International Studies Quarterly*, núm. 41, 1997.
- Tickner, J. Ann, "Hans Morgenthau's Principles of Political Realism: A Feminist Reformulation" en *Millennium: Journal of International Studies*, vol. 17, núm. 3, 1988.
- Wendt, Alexander, *Social Theory of International Politics*, Cambridge University Press, 1999.
- Youngs, Gillian, "Feminist International Relations: a Contradiction in Terms? Or: Why Women and Gender Are Essential to Understanding the World 'We' Live in" en *International Affairs*, vol. 80, issue 1, 2004.

¿De qué se habla cuando se habla de Constructivismo?

Revisión de sus clasificaciones y categorías*

..... Leandro Enrique Sánchez**

Resumen

El objetivo de este estudio es analizar brevemente la incorporación y el desarrollo del enfoque constructivista de Relaciones Internacionales y la manera en que éste ha sido categorizado. Partiendo del supuesto por el que es posible considerar que el Constructivismo no es una categoría analítica homogénea sino que, por el contrario, es posible identificar distintas versiones de este modelo de razonamiento, se intentará analizar la pertinencia de los diversos intentos por categorizarlo. A partir de ello, el propósito se centrará en los efectos que tales categorizaciones tienen para el estudio de las relaciones internacionales. El ensayo está dedicado a revisar el Constructivismo a partir de sus clasificaciones, con lo cual se intenta asegurar su importancia antes que socavarla. En la primera parte se abordará la relación entre el concepto a definir y su contexto. En la segunda parte se refiere el

*Texto original: Enrique Sánchez, Leandro, “¿De qué se habla cuando se habla de Constructivismo? Revisión de sus clasificaciones y categorías, en *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, número 114, FCPYS UNAM, México D.F., septiembre-diciembre de 2012, pp. 107-129.

**Doctorando en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata y Magister en Metodología de la Investigación Social por la Universidad de Bologna. Docente e investigador del Instituto de Investigaciones en Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata y del Centro de Reflexión en Política Internacional del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata. Correo electrónico: leandrosanchez13@yahoo.com.ar

surgimiento del Constructivismo como aproximación analítica a los estudios internacionales y su abordaje. La tercer parte se remite al núcleo duro del Constructivismo, para dar paso a los intentos de clasificación que ha tenido.

Introducción

En su libro *Philosophy in New Key* (1957), Susana Langer sostiene que ciertas ideas estallan en el paisaje intelectual con una tremenda potencia. Resuelven tantos problemas fundamentales en un determinado momento que también parece que van a resolver todos los problemas fundamentales, al menos potencialmente, al clarificar todas las cuestiones oscuras. El rápido auge de semejante *grande idée*, que eclipsa momentáneamente al resto, se debe a la necesidad inmediata de explotarla para toda finalidad.

Pero una vez familiarizados con la nueva idea, una vez que ésta forma parte de nuestra provisión general de conceptos teóricos, las expectativas se hacen más equilibradas en lo tocante a los usos reales de dicha idea, de suerte que así termina su súbita popularidad. Sólo algunos fanáticos persisten en su intento de aplicarla universalmente; pero pensadores menos impetuosos al cabo de un tiempo consideran los problemas que ésta ha generado. Tratan de aplicarla y hacerla extensiva a aquellos campos donde resulta aplicable y desisten de hacerlo en aquellos en los que la idea no es aplicable ni puede extenderse. Si era valedera se convierte entonces verdaderamente en una idea seminal, en una parte permanente y perdurable de nuestro arsenal intelectual.

Que en esa realidad esté o no el modo en que se desarrollan los conceptos científicos fundamentalmente importantes, es una incógnita. Pero ciertamente en este esquema encaja el concepto de Constructivismo, alrededor del cual nació toda una forma de concebir el estudio de las relaciones internacionales. El ensayo que sigue está dedicado a revisarlo a partir de sus clasificaciones, con lo cual se intenta asegurar su constante importancia antes que socavarla. En la primera parte se abordará la relación y coincidencia entre el concepto a definir y el contexto en el que surge. En la segunda parte se contextualiza el surgimiento del Constructivismo como aproximación analítica a los estudios internacionales y su abordaje. La tercer parte se refiere al núcleo duro del Constructivismo para dar paso a los intentos de clasificación que ha tenido.

Teoría y conceptos

Si bien toda definición es arbitraria y relativa al contexto de su elaboración, lo esencial es comprender la relación y coincidencia entre el concepto a definir y el contexto definitorio. Esto no significa que “teoría” sea un concepto imposible de definir, sino que se trata de algo polisémico. Existen múltiples definiciones del mismo, cuya arbitrariedad está sólo limitada por el contexto teórico que las contiene, de forma tal que adherir a una de estas definiciones supone la adhesión a una teoría previa.¹

La relación entre la teoría y los datos se refiere, desde diversas perspectivas, a los objetos de investigación. En algunos casos, este proceso se realiza con el objeto de contrastar una teoría con los hechos; en otros, con el propósito de generar una nueva teoría en la interacción con la realidad.

Los análisis de la teorización describen diferentes arquetipos de razonamiento. Uno de ellos es la deducción, proceso lógico mediante el cual se infieren conclusiones a partir de ciertas premisas. La deducción es exactamente un método de demostración. Si la deducción va de lo general a lo particular, la inducción, a partir de la observación y experimentación con hechos particulares enuncia proposiciones universales que constituyen leyes científicas, de forma tal que con la inducción se generaliza la experiencia. En esta perspectiva los datos adquieren un protagonismo fundamental, dejan de ser una instancia de comprobación teórica para convertirse en la fuente del descubrimiento teórico; la teoría resulta generada desde los datos.²

Uno de los desafíos en el estudio de las Ciencias Sociales (por supuesto también de Relaciones Internacionales) y su enseñanza es comprender que la ciencia es constitutivamente metódica; esto es, sólo es posible conocer científicamente a través de algún método.

Ahora bien, el método, en cada investigación, es el resultado de un diseño específico que fue construido a partir de dos elementos en principio: los conceptos que proveen el andamiaje conceptual y las

¹ Alberto Marradi, Néida Archenti y Juan Piovani, *Metodología de las Ciencias Sociales*, Emecé, Buenos Aires, 2007, p. 61.

² Anselm Strauss y Juliet Corbin, “Grounded Theory Methodology: An Overview” en Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Sage Publications, Londres, 1994, pp. 273-285.

particularidades de los datos que se dispone. Como la adecuación entre el andamiaje conceptual y los datos construidos por el investigador constituye un fenómeno único, en cada investigación tiene lugar una recreación metodológica, resultado de los criterios aplicados para la conciliación de los objetivos de investigación y la información recolectada.³

Por lo tanto, teoría y método conforman una unidad constitutiva del quehacer científico, donde la primera establece el marco conceptual dentro del que se desenvuelve el segundo y éste precisa el campo de aplicación de la primera.

Cada concepción o cosmovisión para pensar la relación entre la ciencia y la verdad parte de supuestos ontológicos y epistemológicos diversos. Los supuestos ontológicos se refieren a la forma de concebir la naturaleza de la realidad: como un mundo autónomo cuya verdad es alcanzable, como un mundo que solamente puede ser aprehendido a través de aproximaciones o como una realidad múltiple construida socialmente. Los supuestos epistemológicos, expresan la relación entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido; ya sea como una relación de independencia que sustenta la objetividad o como una relación que se construye en la interacción sujeto-objeto y que da lugar a los resultados.⁴

Dado que los conceptos conforman el andamiaje teórico y que este artículo versa sobre las clasificaciones en torno al Constructivismo, es lógico comenzar definiendo el papel de los conceptos en la teoría. Éstos conforman las herramientas con las que se piensa; pueden ser ordenados en niveles de creciente complejidad que van desde los conceptos y estructuras conceptuales, asertos, explicaciones, inferencias hasta las argumentaciones.

Toulmin⁵ sostiene que el concepto de un concepto es la cuestión que menos se enfrenta por respeto a su centralidad y eso es lo que sucede con este concepto. Por esa misma razón, antes de descomponerlo, es imprescindible resolver ciertas cuestiones específicas respecto de los conceptos en general.

A partir del planteamiento teórico de Marradi (2007), es necesario preguntarse, en primer lugar, si los conceptos representan sus

³ Alberto Marradi, Nélida Archenti y Juan Piovani, op. cit., p. 65.

⁴ Egon G. Guba e Yvonna S. Lincoln, "Competing Paradigms in Qualitative Research" en Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (comps.), op. cit., pp. 105-117.

⁵ Véase Stephen Toulmin, *La comprensión humana*, Alianza, Madrid, 1972.

referentes o son libres creaciones de la mente. Esta interrogante ha tenido respuestas diversas: por un lado, se encuentran quienes consideran que el concepto representa sus referentes, en la mente no hay nada que no fuera antes en los sentidos -excepto la mente misma- (Aristóteles, Leibniz, Putnam) y para quienes los conceptos son copias, representaciones, abstracciones, símbolos (Locke, Hume, Mill, Mach, Ryl); por otro, quienes consideran que se trata de una libre creación, algunos conceptos no tienen referente: son construcciones, no abstracciones (Kant, Cassirer, Gardner, Sartori, etc.) y finalmente, quienes entienden que la mente elige algunos aspectos de la realidad, el concepto no es un simple “pre-memoria”, una simple escenografía (Weber, Schutz, Dewey, Piaget, etc.).

A partir de dar respuesta a esta pregunta surge, inmediatamente, una segunda: ¿se puede descomponer un concepto en partes o aspectos? Sobre este punto las opiniones acuerdan. Un concepto es una unidad de pensamiento, pero no es absolutamente indivisible, se pueden identificar aspectos, o partes, que -es inevitable admitir- son a su vez conceptos.

El conjunto de estos aspectos, o partes, es llamado intención del concepto. Aunque el uso predominante atribuye intención y extensión a los términos, no a los conceptos, sería más correcto apuntar que un término tiene uno o más significados, es decir, designa uno o más conceptos cada uno de los cuales tiene una intención y una extensión. No obstante, es reconocible la existencia de motivos prácticos para hablar de intención (así como de extensión) cuando se hace referencia ya sea a conceptos, sea a términos, como hace Sartori.⁶

En el proceso mental que suele llamarse asociación de ideas se relacionan dos conceptos (o una serie de conceptos) que a veces a primera vista no tienen mucho en común. Esto sucede porque la mente, con un rápido proceso tácito, casi siempre inconsciente, y a veces difícil de reconstruir incluso a posteriori, relaciona uno o más aspectos de la intención del primer concepto con uno o más aspectos de la intención del segundo. Sartori subraya muy atinadamente que “un concepto es su intención”; es decir, el conjunto de sus aspectos y, sin embargo, distin-

⁶ Véase Giovanni Sartori, “Foreword and Guidelines for Concepts Analysis” en Giovanni Sartori (comp.), *Social Science Concepts. A Systematic Analysis*, Sage Publications, Londres, 1984, pp. 1-85.

que entre aspectos definitorios, o necesarios, y aspectos contingentes. Algunos cognitivistas distinguen entre el núcleo (core) de un concepto y procedimientos para identificar los referentes que son evocados por ese concepto.⁷

El conjunto de los referentes de un concepto se denomina extensión y siempre es relativa a un ámbito espacio temporal dado. Incluso si se fija con precisión este ámbito, la mayoría de los conceptos no están claramente delimitados. Eso vale no sólo para aquellos con referentes no tangibles, como las emociones, sino también para aquellos con referentes tangibles. La extensión de la mayoría de los conceptos no puede ser un conjunto difuminado (*fuzzy set*).

Ahora bien, ¿debe un concepto ser general o también puede tener un referente singular? Al respecto se encuentran abordajes diversos. Para Sócrates el concepto se forma por abstracción de un cierto número de experiencias particulares. Platón entiende que el concepto muestra la unidad del múltiple, unidad que es proporcionada por la mente. Epicuro lo considera una anticipación que se forma en nuestra mente después de percibir innumerables objetos que nos aparecen bastante parecidos. También para muchos filósofos del Medievo (*sic.*), los conceptos se forman por inducción de experiencias singulares, y por lo tanto tienen referentes generales. En la tradición conductista de investigación sobre formación de conceptos, iniciada por una célebre investigación de Hull según la cual el concepto es “una respuesta común a un conjunto de estímulos parecidos”.

El concepto puede tener también un referente singular. Esta tesis fue sostenida por estoicos y por los nominalistas en la “*quérelle* sobre universales”: el universal sólo existe en el pensamiento; en la realidad sólo existen referentes singulares. Para los realistas como Scoto Eriugena todos los conceptos de género son reales, cuanto más general es un concepto, tanto más es real.

El origen del punto de vista realista es el mundo de las ideas de Platón, las ideas quedan inmóviles y eternas, y los objetos sensibles son su reflejo fugaz. El obispo empirista Berkeley (1710) va más allá, y declara ilusoria la idea de que los conceptos puedan tener referentes ge-

⁷ Daniel Osherson y Edward Smith, “On the Adequacy of Prototype Theory as a Theory of Concepts” en *Cognition*, vol. 9, 1984, pp. 35-58.

nerales. Locke (1690) y Hume (1739) argumentan que los pretendidos conceptos generales son conceptos con referentes particulares tomados como símbolos de otros referentes particulares parecidos.

Ambas tesis -sólo conceptos con referentes generales o sólo conceptos con referentes particulares- aparecen forzadas. Tenía razón Durkheim (1895) en preguntarse si el pensamiento conceptual puede ser aplicado al género, a la especie, a la variedad, por qué no podría extenderse al individuo, es decir al límite hacia el que tiende la representación con el progresivo disminuir de su extensión. Ello conduce a la interrogante que versa sobre el grado de conciencia y la producción de los conceptos.

La tesis mayoritaria fue muy cuestionada por los resultados de las investigaciones cognitivistas: se comenzó a sospechar que la mayor parte de nuestros conceptos no tenga tan siquiera un nombre y que se debería realizar largas perífrasis para verbalizarlos. Se trata de un proceso que se produce, en su mayor parte, en el inconsciente. Bower⁸ y otros cognitivistas han introducido la idea de que poseer un concepto de ninguna manera significa estar en condiciones de nombrarlo, sino el ser capaces de aplicarlo de manera apropiada en las situaciones oportunas.

En la tradición filosófica, sea racionalista o empirista, el problema de la formación de los conceptos se había puesto sólo al nivel del individuo singular. Una posición totalmente radical frente a la positivista es la que plantea la génesis social de los conceptos, como sostiene Durkheim:

Un concepto no es mi concepto; es común con otros hombres (...) Si es común a todos, eso significa que es obra de la comunidad (...) Si el concepto tiene más estabilidad que las sensaciones (...) es porque las representaciones colectivas son más estables que las representaciones individuales.⁹

Estas características de los conceptos, que muchos ven con preocupación y tratan de exorcizar, es lo que les da flexibilidad, lo que les permite conceptualizar con rapidez y eficacia situaciones nuevas y for-

⁸ Véase Gordon Bower, *Theories of Learning*, Prentice Hall, Englewoods Cliffs, Nueva Jersey, 1981.

⁹ Émile Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, Rústica, Buenos Aires, 1993, p. 121.

mar inferencias muchos más complejas, penetrantes y creativas de las deducciones consentidas por la lógica formal que debe necesariamente obrar, para asegurar certeza, con conceptos cuya intensión fue definida, bloqueada y cristalizada, a saber, con conceptos artificiales y desecados.

Finalmente, para comprender las clasificaciones que el Constructivismo, como concepto y enfoque teórico, ha tenido en Relaciones Internacionales es necesario considerar los diversos estados en cada propiedad, las consecuencias de éstos en la forma en que se convierten en datos y el tipo de análisis al cual se pueden someter las variables correspondientes.

Algunas propiedades, sea cual sea la unidad de análisis, tienen un número finito de estados, claramente distinguibles unos de otros, que se denominan propiedades discretas. Las que tienen un número de Estados imperceptiblemente diferentes uno del otro se llaman propiedades continuas. Esta es la distinción más importante a la hora de recolectar la información y transformarla en datos por medio de una definición operativa.

Ahora bien, y esto es central, toda operación de creación y/o delimitación de categorías se realiza siguiendo los principios de la operación intelectual clasificación, la cual se puede realizar en abstracto (clasificación intencional), considerando los distintos aspectos que puede adoptar el objeto de estudio (en este caso, los múltiples estados que se pueden concebir en la propiedad) o bien observando los diversos ejemplares de ese objeto (es decir, las múltiples manifestaciones de una propiedad) y agrupando aquellos que son semejantes (clasificación extensional).¹⁰ El criterio que se adopta para dividir la intensión de un concepto, en este caso del Constructivismo, se denomina *fundamentum divisionis*. Si se adoptan conjuntamente dos o más criterios, dicha operación intelectual se llama tipología, pues, en ciertas ocasiones, un solo *fundamentum divisionis* se considera insuficiente para establecer las categorías de una variable y, por lo tanto, se utilizan dos o más conformando una tipología.

Lo importante es que una vez aplicado el *fundamentum divisionis* las categorías establecidas sean mutuamente excluyentes, esto es, que un estado o ejemplar pertenezca o sea asignado a una sola categoría. El otro requisito clásico de la clasificación es la exhaustividad de las categorías. Como sostiene Marradi:

¹⁰ Alberto Marradi, Nélida Archenti y Juan Piovani, op. cit., p. 117.

La mutua exclusividad es un requisito de cada pareja de clases (o tipos); la exhaustividad es un requisito de cada conjunto de clases. Consideradas conjuntamente, ellas aseguran que cada ejemplar (en nuestro caso, cada estado) sea asignado a una, y una sola, clase (o tipo).¹¹

Al considerar los requisitos clásicos y los problemas que éstos pueden acarrear pasamos a aquellos que están relacionados con los problemas prácticos de la investigación social. El primero de estos es la elección del *fundamentum divisionis*, es decir, el criterio a partir del cual se establecen las categorías; obviamente se elegirá un *fundamentum* relevante a los intereses cognitivos del investigador. Estrechamente asociado al mismo se encuentra el segundo problema, que es el de la sensibilidad. La sensibilidad es el cociente entre el número de estados en una propiedad que consideramos como categorías en el plan de codificación de la investigación y el número de Estados diferentes que tiene la misma propiedad. Sea cual sea este número, agregando una categoría se acrecienta la sensibilidad y eliminando una la sensibilidad disminuye.

Convertir una propiedad del objeto de investigación (relaciones internacionales) en un cierto tipo de variable en la matriz de datos es lo que se conoce como definición operativa, de allí la necesidad de presentar el conjunto de convenciones, mencionadas hasta aquí, que permiten dicha conversión. Sin embargo, en ciertos casos la propia naturaleza de la propiedad en examen no permite establecer una definición operativa directa, como es el caso de las propiedades derivadas de la concepción constructivista. Generalmente esto se produce cuando la unidad de análisis no se puede interrogar y los estados en la propiedad investigada no se pueden registrar directamente. El hecho de que no se pueda alcanzar una definición operativa directa no implica renunciar a recoger información sobre esa propiedad, sino que es necesario buscar propiedades que admitan definiciones operativas directas que sean aceptables y que tengan una fuerte relación semántica con la propiedad que interesa. Estas propiedades se llaman indicadores de la propiedad en estudio y a la relación que se establece entre estos y la propiedad se llama relación de indicación.

¹¹ *Ibidem*, p. 118.

A partir de aquí se ingresa en el universo más complejo de la metodología y la estadística, por lo que el propósito de este artículo se perdería de vista. Por lo tanto, a modo de pivote que articula lo hasta aquí desarrollado con lo que continúa, cabe plantear que no es de extrañar que un mismo concepto, directamente operacionalizable, sea elegido por diferentes autores o por el mismo autor en diferentes momentos como indicador de dos o más conceptos distintos no operacionalizables. Esto deriva naturalmente del hecho de que la intención de ese concepto varía de sujeto a sujeto y también en el tiempo para un mismo sujeto.

Los estudios internacionales y su abordaje

Relaciones Internacionales, en tanto campo de conocimiento científico independiente, se fue estructurando desde principios del siglo xx, más específicamente después de la Primera Guerra Mundial, como resultado no de un proceso natural de desarrollo teórico, sino principalmente del impacto causado por ese gran conflicto. Se buscó explicar y entender lo que de hecho había ocurrido, qué llevó al conflicto, qué señales no habían sido entendidas y, principalmente, qué tendría que hacerse de modo que un fenómeno similar fuera evitado.

Los años postconflicto fueron marcados por fuertes debates políticos entre una perspectiva idealista (utopista, con foco en el derecho internacional, en la organización internacional, la interdependencia, la cooperación y la paz) y una contestación realista (centrada más en la política de poder, seguridad y del conflicto).

Esta discusión ha sido definida como el primer gran debate de Relaciones Internacionales. Siguiendo a Nogueira y Messari,¹² es posible definir esta instancia como ontológica, en una disciplina incipiente, en el que las partes fluctuaban entre el deber ser de los idealistas y el ser del realismo.

Concentrándose en discutir hasta qué punto el comportamiento político y la condición anárquica de la política internacional podrían transformarse en un orden mundial fundado sobre estándares de la cooperación y de la interdependencia global. Los hechos dieron mayor fuerza a los argumentos realistas y el inicio de la Segunda Guerra

¹² Joao Nogueira y Nizar Messari, *Teoria das Relações Internacionais*, Campus, Río de Janeiro, 2005, p. 4.

Mundial corroboró la tesis de éstos. Los Estados tendrían que buscar los medios para garantizar su seguridad (y su propia existencia) en el sistema internacional, puesto que la anarquía del mismo impulsaría a los Estados, tarde o temprano, a involucrarse en conflictos. De esta manera la perspectiva, a simple vista, resultaba airosa en ese debate, cuando no victoriosa.

El período que marcó el final de la Segunda Guerra Mundial, más allá de consolidar el realismo en cuanto principal abordaje teórico en el análisis de las relaciones internacionales, abrió un espacio para un debate distinto del anterior, de carácter metodológico, donde el centro del mismo no estaba en qué se estudia, sino en la manera, los medios, cómo se aprenden los fenómenos internacionales. Ello dio lugar al abordaje clásico o tradicional por un lado, y al behaviorismo por el otro.

Según Jackson y Sorensen,¹³ la disciplina académica de las Relaciones Internacionales creció rápidamente, particularmente en Estados Unidos, en donde las fundaciones y agencias privadas del gobierno estaban dispuestas a apoyar la investigación científica en relaciones internacionales, promoviendo una nueva generación de académicos que había adoptado un riguroso comportamiento metodológica. Para esta perspectiva, sería posible tener una ciencia de las relaciones internacionales acumulativa, parsimoniosa, precisa, sofisticada, con capacidades predicativas y explicativas mayores, enmarcada en una visión de las Ciencias Sociales en la que se podría aplicar los mismos métodos analíticos de Ciencias Naturales.¹⁴ Esta revolución behaviorista, si bien no era específica de las Relaciones Internacionales, sino de Ciencias Sociales en general, no era concebida como una teoría, sino como un esfuerzo por transformar el estudio de los fenómenos internacionales “científicamente”.

En respuesta a esta manera rígida y científicamente objetiva de ocuparse de los fenómenos internacionales, se produjo un rescate y un nuevo desarrollo del abordaje tradicional (o concepción clásica), que rechazó la noción según la cual puede existir un análisis científico definitivo, válido y/o correcto de la política internacional, siendo la in-

¹³ Robert Jackson y Georg Sorensen, *Introdução às Relações Internacionais*, Zahar Editora, Rio de Janeiro, 2007, p. 75.

¹⁴ *Ibidem*, p. 310.

vestigación académica el producto de la experiencia, de la observación, de la lectura, de la reflexión sobre las relaciones internacionales. La discusión entre el tradicionalismo y el behaviorismo (cientificismo), reconocidos como un segundo gran debate de las Relaciones Internacionales, muchas veces ha sido simplificada por los manuales, perdiendo gran importancia para el desarrollo y el proceso de la afirmación de autonomía de la disciplina.

En el transcurso de la Guerra Fría algunos desafíos pusieron la teoría realista a prueba: el desarrollo de la dinámica internacional creó algunas nuevas preguntas que necesitaban respuesta. El proceso de descolonización posibilitó el surgimiento de nuevos actores, países independientes (más allá de otros nuevos agentes como las organizaciones internacionales, por ejemplo) con una agenda política diversa de la de los países predominantes (Estados Unidos y la Unión Soviética). Temas como el comercio y el desarrollo comenzaron a ganar el espacio donde antes predominaban los de seguridad. El realismo fue revisonado (principalmente por Waltz) y reestructurado en su desarrollo a partir de la incorporación de aspectos metodológicos positivistas dando lugar a la teoría neo-realista y neo-institucionalista liberal.¹⁵ Esta reconfiguración dio lugar al debate neo-neo, que duró por cerca de dos décadas, configurándose como las teorías principales (*mainstream*) en este período. Estas dos teorías, según diversas críticas¹⁶ (como el post-modernismo, la teoría crítica, el poscolonialismo y la teoría normativa) no lograron ocuparse plenamente de temas diversos como la identidad, la cultura, la ética, etc. Lapid¹⁷ marcaba la existencia de un tercer gran debate, discusión entre los positivistas y pospositivista.

Hacia finales de la década de los años ochenta el constructivismo se fue desarrollando, en el ámbito de Relaciones Internacionales, como una contribución que acabó de ser reconocida como importante en el transcurso de la década de los años noventa. Su desarrollo tuvo lugar en medio de una intensa discusión en el seno de las ciencias sociales,

¹⁵ Según Keohane (1988) ambos son racionalistas; de acuerdo a la nomenclatura de Lapid (1989) serían positivistas.

¹⁶ Keohane (1988) los clasifica como reflexivistas, mientras que Lapid (1989) utiliza el término pospositivista.

¹⁷ Yosef Lapid, "The Third Debate: On the Prospects of International Theory in Post-Positivist Era" en *International Studies Quarterly*, vol. 33, núm. 3, 1989, pp. 235-254.

discusión en torno al lugar de las ideas y los valores en el análisis los acontecimientos sociales. En Relaciones Internacionales, *Social Theory of International Politics*, la obra de Wendt, convirtió, en gran parte, la discusión disciplinar a partir de aquellos supuestos. Sin embargo, al referirse al “enfoque constructivista” de Relaciones Internacionales es necesario tener en mente que esta expresión engloba diversas visiones, ya sea en términos teórico analíticos o metodológicos.

Algunos autores han dedicado importantes esfuerzos en la tentativa de intentar sistematizar las diversas versiones del constructivismo, con el propósito de aislar su objeto del análisis. Este trabajo tiene como objeto hacer un breve análisis de las distintas versiones del constructivismo apartirde las categorizaciones de autores como Adler (1999), las versiones del constructivismo en la visión de Ruggie (1988), como las versiones definidas para Katzenstein, Keohane y Krasner (1998).

Constructivismo

Si bien el término fue introducido en la disciplina por ONUF,¹⁸ cabe señalar que fue popularizado a partir del artículo *Anarchy is What States Make of It* de Wendt, publicado en 1992. Más adelante, Wendt publicaría *Social Theory of International Politics* (1999), considerado por muchos como uno de los trabajos principales y pioneros de Relaciones Internacionales.

La premisa básica del enfoque constructivista¹⁹ es que los seres humanos viven en un mundo que construyen, en el cual son protagonistas principales, que es producto de sus propias decisiones. Este mundo, en construcción permanente, es constituido por lo que los constructivistas llaman “agentes”.²⁰ El mundo, para esta perspectiva, es socialmente construido; esto es, todo aquello que es inherente al mundo social de los individuos es elaborado por ellos mismos. El hecho de que son los hombres quienes construyen este mundo, torna a éste comprensible.

¹⁸ Nicholas ONUF, *World of our Making: Rules and Rule in Social Theory and International Relations*, University of South Carolina Press, Columbia, 1989.

¹⁹ Ciertos autores consideran el constructivismo una metateoría y no una teoría en tanto contribuye a lanzar el llamado debate pospositivista al campo de Relaciones Internacionales, en la medida que acercó a éste importantes conceptos de la teoría social, pues cuestiona el propio concepto de teoría de Relaciones Internacionales.

²⁰ En contraposición claramente con el sentido del concepto “actores”, que estarían limitados a desempeñar papeles predeterminados.

Para Finnemore y Sikkink,²¹ el Constructivismo en Relaciones Internacionales implica que: a) las relaciones humanas, también las relaciones internacionales, esencialmente consisten en pensamientos e ideas y no en fuerzas o condiciones materiales; b) las creencias intersubjetivas (ideas, conceptos, suposiciones, etc.) comunes constituyen el elemento ideológico central para el enfoque constructivista; c) esta creencia común compone y expresa los intereses y las identidades de las personas, el modo en que conciben sus relaciones; d) los constructivistas destacan la manera en la cual se forman y expresan estas relaciones. Es decir, el mundo social es un dominio intersubjetivo que, como tal, posee significados para las personas que le dan forma y viven en él.²²

El Constructivismo surgió como alternativa frente a la discusión entablada entre positivismo y pospositivismo, donde las escuelas identificadas como racionales, de un lado, acentuaban la importancia de estructuras normativas y materiales en la formación de las preferencias de los políticos, de los agentes y en la relación entre los agentes y las estructuras y, del otro lado, las alternativas más desconfiadas en la posibilidad de llegar a algo próximo al estudio científico de las relaciones internacionales.

Es en esta dirección que esta concepción es presentada. Incluso el propio Wendt²³ consideró el constructivismo como un “término medio”, “una vía intermedia”, es decir, una versión moderada de Constructivismo que pretende distanciarse de sí mismo, por un lado, de formas más radicales de idealismo (sostiene que solamente las ideas importan) y, por otro lado, de versiones puramente materialistas (esas que explican la realidad sólo en función de factores materiales).

Adler²⁴ refuerza la concepción del Constructivismo como “término medio” entre el racionalismo y posestructuralismo, una tentativa de construcción de un puente que incorpore y articule supues-

²¹ Martha Finnemore y Kathryn Sikkink, “Taking Stock: The Constructivist Research Program in International Relations and Comparative Politics” en *Annual Review of Political Science*, vol. 4, 2001, pp. 392.

²² Robert Jackson y Georg Sorensen, op. cit., p. 342.

²³ Alexander Wendt, “Anarchy Is What States Make of It: The Social Construction of Power Politics” en Paul R. Viotti y Mark V. Kauppi, *International Relations Theory*, 1999, p. 4.

²⁴ Emmanuel Adler, “O construtivismo no estudo das Relações Internacionais” en *Lua nova*, núm. 47, 1999, pp. 203-207.

tos de la filosofía social, siempre expuestos como excluyentes, tales como positivismo/materialismo e idealismo/interpretativismo. Afirma, en la misma línea de razonamiento, que el constructivismo no es antiliberal o antirrealista por convicción; no es optimista o pesimista por vocación, presentando, en consecuencia, la primera oportunidad real de creación de una teoría sintética de Relaciones Internacionales desde sus basamentos.

Lo más importante es que las identidades, los intereses y el comportamiento de los agentes políticos son construidos socialmente por los significados colectivos, interpretaciones estimadas de y en el mundo en que viven.

Sin embargo, concluir que el Constructivismo es un camino intermedio entre el realismo y el liberalismo, por una parte, y algunas posiciones pospositivistas por otro, puede ser una conclusión precipitada en exceso, debido a la diversidad dentro del constructivismo. Existen diferentes tipos de constructivismos, desde una versión declaradamente positivista hasta una posmoderna. De Wendt a Zehfuss, de Adler a Kratochwil, pasando por Ruggie, Onuf y Fierke, todos son constructivistas, aunque todos demuestran diversas relaciones con las prácticas discursivas, la ciencia y el conocimiento. Aunque ello no significa que existan tantos constructivismos cuanto autores constructivistas.

El Constructivismo, evidentemente, no es una corriente homogénea, por el contrario, si bien es posible señalar un acuerdo generalizado en el hecho de que el sistema político internacional puede ser construido, deconstruido, reconstruido o modificado por las prácticas de los agentes de distintas formas, se puede identificar algunas versiones de este modelo del razonamiento.

Es difícil, por lo tanto, hablar de un Constructivismo solamente. Zehfuss²⁵ llama la atención sobre el hecho de que al hablar de Constructivismo, en Relaciones Internacionales, como concepto homogéneo, se oculta la variedad de acercamientos que caben en éste.

A continuación se presentarán subdivisiones que se podrían considerar como grandes grupos dentro del enfoque constructivista, donde se insertarían a los diversos autores que se autodenominan cons-

²⁵ Maja Zehfuss, *Constructivism in International Relations: The Politics of Reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 54.

tructivistas (o aquellos a los que llaman como). Así, entre las diversas aproximaciones para clasificar y categorizar el constructivismo: Adler clasifica las variaciones del constructivismo como modernista, posmodernista, de conocimiento narrativo y de la versión basada en reglas; Ruggie, por su parte, utiliza una clasificación diferente, identificando las vertientes neoclásica, posmoderna y naturalista; Katzenstein, Keohane y Krasner presentan como subdivisiones del constructivismo las explicaciones convencionales, críticas y posmodernas.

Intentos de clasificación

Según lo exhibido previamente, este breve análisis se concentrará en los esfuerzos de Adler, Ruggie y Katzenstein, Keohane y Krasner por sistematizar diversas facetas del enfoque constructivista de Relaciones Internacionales. No se pretende, sin embargo, agotar el tema ni defender la idea que solamente estos autores han percibido las divergencias o las diferencias dentro del abordaje. Téngase presente, entonces, que este estudio puede ser extendido, ofreciendo visiones alternativas de otros autores o, aún más, un análisis más extenso de cada uno de los autores más ampliamente reconocidos como representantes este enfoque teórico.

El Constructivismo según Adler

Adler²⁶ al analizar el Constructivismo en relación con otras concepciones teóricas de las Relaciones Internacionales entiende que el Constructivismo puede hacer más, y no menos, que otros enfoques científicos a la hora de brindar explicaciones referentes a las relaciones internacionales, porque, más allá de sustentar la validez del conocimiento en una estructura lógico-deductiva del mismo y de la verificación, también evoca una variedad de métodos interpretativos, como abordajes narrativos²⁷ historias mediante una descripción densa de los procesos sociocognitivos para descubrir el significado del colectivo, de las identidades de los agentes y de la sustancia de los de los intereses políticos. Esta variedad de interpretaciones dentro del constructivismo se podía considerar, entonces, una de sus virtudes.

²⁶ Emmanuel Adler, op. cit., p. 222.

²⁷ Véase J. Ann Tickner, *Gender in International Relations*, Columbia University Press, Nueva York, 1992.

Para este autor el paisaje constructivista es mucho más variado de lo que parece. La diversidad de perspectivas internas al constructivismo refleja discrepancias en la extensión en la cual las estructuras y los agentes son más importantes y sobre la importancia del discurso con anterioridad a los hechos materiales.

Adler aclara que su manera de clasificar las diversas versiones de este enfoque tiene como sustento la visión de Lynch y de Klotz. Sobre esa base, el autor entiende que es posible pensar el Constructivismo en cuatro diversos grupos, demarcados principalmente para las divergencias metodológicas.²⁸

El primer campo está constituido por los modernistas, que entienden que una vez evitado el extremismo a nivel ontológico, no hay razón por la cual abstenerse del uso de métodos estandarizados de tipo interpretativo (el autor coloca en este grupo a autores como Barnett, Cederman, Finnemore, Katzenstein, Klotz, Risse-Kappen). Dentro del grupo modernista es también posible distinguir entre los constructivistas estatocéntricos (Wendt) de aquellos que toman como agentes principales de las relaciones internacionales a las naciones y los grupos étnicos, como características emergentes más que como categorías reificadas (Cederman y Weaver).

Un segundo grupo de constructivistas, el postmodernista, es el representado prominentemente por ONU y Kratochwil. Estos concentran su estudio en las penetraciones de las aplicaciones de la ley y de la jurisprudencia internacional para demostrar el impacto de las relaciones internacionales en las maneras de razonamiento y de persuasión y en el comportamiento dirigido por las reglas. Esta perspectiva cambia explícitamente el énfasis por una epistemología neopositivista, acentuando el foco en el hecho de que los cambios históricos de largo curso no se pueden explicar en términos de un mismo conjunto de factores causales, sino a través de análisis de conjeturas.

Un tercer grupo enfatiza el conocimiento narrativo. Se le presta particular atención a las narraciones basadas en el género,²⁹ a la

²⁸ Cecilia Lynch y Audie Klotz, "Constructivism: Past Agendas and Future Directions", document presentado in The Annual Meeting of the American Political Science Association, San Francisco, 1996, pp. 222-223.

²⁹ Véase J. Ann Tickner, *Gender in International Relations*, Columbia University Press, Nueva York, 1992.

acción de agentes, por ejemplo en los movimientos sociales,³⁰ y al desarrollo de los intereses en torno a la seguridad.³¹

Finalmente, los estudiosos situados en un cuarto campo son aquellos que se valen de las técnicas desarrolladas por el postmodernismo. Algunos constructivistas utilizan el método genealógico de Foucault;³² otros aparecen dedicados a la “deconstrucción de la soberanía”³³ por medio de una historia detallada de la deslegitimación de las políticas neo-occidentales de los Estados occidentales. En este sentido, la deconstrucción es sólo un preámbulo para la “reconstrucción de la soberanía”.

El Constructivismo según Ruggie

Ruggie, en *What Makes the World Hang Together? Neo-utilitarianism and the Social Constructivist Challenge*, al analizar algunos aspectos del Constructivismo, divide este enfoque en tres variantes: el neoclásico (Katzenstein), el posmoderno (Ashley) y el naturalista (Wendt).

Al comparar su visión respecto al constructivismo con la clasificación ofrecida por Adler, Ruggie considera su clasificación “más filosófica”. Mientras que la clasificación de Adler es marcada por una fuerte veta metodológica, dando por resultado cuatro perspectivas diversas, Ruggie focaliza su atención en las raíces, es decir, en los diferentes supuestos que se pueden percibir antes y como sustento de un análisis metodológico, que son intrínsecos a la visión de los autores.

Según Ruggie,³⁴ cualquier distinción en el análisis es arbitraria, incluso cuando se analiza este enfoque teórico. Comporta variantes sociológicas, feministas, abordajes basados en la jurisprudencia, abordajes genealógicos, un constructivismo emancipatorio y un tipo más interpretativo. Lo que realmente importa, entonces, desde su propia

³⁰ Véase John Ruggie, “What Makes the World Hang Together? Neo-utilitarianism and the Social Constructivist Challenge” en *International Organization*, vol. 52, núm. 4, International Organization at Fifty: Exploration and Contestation in the Study of World Politics, 1998, pp. 855-885.

³¹ Barry Buzan, Ole Weaever y Jaap de Wilde, *Security: A New Framework for Analysis*, Lynne, Rienner Publishers, Boulder, 1998.

³² Richard Price, “Interpretation and Disciplinary Orthodoxy in International Relations” en *Review of International Studies*, vol. 20, 1994, pp. 201-204.

³³ Thomas Biersteker y Cynthia Weber, *State Sovereignty as Social Construct*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

³⁴ John Ruggie, op. cit., pp. 881-882.

perspectiva, son sus bases filosóficas y su correlato con la posibilidad de construcción de las Ciencias Sociales. Es en esta dirección que Ruggie defiende la existencia de tres (y no, según lo citado arriba, de cuatro, como Adler hace).

Ruggie propone llamar a la primera versión neoclásica, para indicar que tiene sus raíces en la tradición clásica. Las (*sic.*) medios analíticos en los cuales se basa esta versión difieren entre los autores que trabajan dentro de la misma, pero incluyen típicamente una afinidad epistemológica con el pragmatismo; un sistema de herramientas analíticas necesarias de modo que los significados subjetivos tengan sentido, la teoría del acto de habla, la teoría de la acción comunicativa, sus generalizaciones en el trabajo de Searle, o la epistemología evolutiva, y un compromiso para con una idea plural de las Ciencias Sociales y más el social que las exhibidas en las teorías centrales (mainstream). Sin embargo, reconoce que sus descubrimientos son temporales e inestables. Ruggie incluye en esta categoría y clasifica como neoclásicos los trabajos de Ernst (*sic.*) y de Peter Haas, Kratochwil, Onuf, Adler, Finnemore, Katzenstein, así como abordajes feministas, como el de Elshtain.

Una segunda variante es la versión posmoderna. Aquí, las raíces intelectuales retomarían a Nietzsche, y para cualquier actualización volverían a tomar las notas de Foucault y de Derrida, marcando una decisiva ruptura epistémica con los preceptos y prácticas del modernismo. Ashley, según Ruggie, es quien primero llamó la atención sobre esta versión; otros autores que han contribuido, de acuerdo con Ruggie, han sido Campbell, dar Derian, Walker y las feministas como Peterson. En este caso la construcción lingüística de los temas es identificada como resultado de las prácticas discursivas que constituyen los principios ontológicos, o de las unidades básicas de la realidad y del análisis. Poca esperanza deposita el autor en esta forma de construcción de las Ciencias Sociales, pues en su lugar entiende que puede darse la existencia de un “discurso hegemónico” dotado de capacidades para imponer un “régimen de la verdad”, instituido a través de fuerzas de los disciplinantes en todas las direcciones del término.

Una tercera variante es la naturalista, que estaría situada en un *continuum* entre los dos tipos anteriores, combinando aspectos de ambos como las variantes neoclásicas, también comparte algunos aspectos de las teorías centrales, pero se basa en la doctrina filosófica del

realismo científico, particularmente en el trabajo de Bhaskar, Wendt y Dessler. El realismo científico, de acuerdo con Wendt, ofrece la posibilidad de una nueva ciencia social enteramente naturalista. En su base, no resulta necesario elegir entre los tipos de acción y la orden social caracterizados como “insider” y “outsider”, no porque las Ciencias Sociales ya no se construyen “para rivalizar” con las Ciencias Naturales, como sucedía con la perspectiva del antiguo monismo naturalista, sino porque existe poca diferencia en sus respectivos supuestos ontológicos. La investigación científica del mundo material como del mundo social lidia extensamente con hechos no observables, siendo estos partes de la estructura internacional, y en general del tiempo, hasta aspectos intersubjetivos de la vida social, existen independientes del estado mental de los individuos que los piensan. Ruggie llama esta versión constructivismo naturalístico.

El Constructivismo según Katzenstein, Keohane y Krasner

Katzenstein, Keohane, y Krasner, en el artículo llamado *International Organization and the Study of World Politics* de 1998, más allá de percibir diversidad al interior del constructivismo, se esforzaron, también, en generar una clasificación que permitiera la identificación de versiones dentro del enfoque en cuestión.

Según los autores,³⁵ existe un cuerpo cada vez mayor de trabajos en Relaciones Internacionales donde la conducción de la investigación empírica se realiza desde una perspectiva constructivista. Estos trabajos se dividen en tres grandes grupos: convencional, crítico y posmoderno.

Los autores conformaron estas tres categorías con claras intenciones heurísticas y con plena conciencia, según los propósitos de los autores, de que existen diferencias considerables dentro de cada uno de estos tres grupos. Las fronteras entre estos grupos son porosas y los académicos pueden moverse de posición en diversas publicaciones. Sus discusiones fueron influenciadas por Price, Guilty y Hopf.

La versión convencional insiste en que las perspectivas sociológicas ofrecen una orientación teórica general y programas específicos

³⁵ Peter Katzenstein, Robert Keohane y Stephen Krasner, “International Organization and the Study of World Politics” en *International Organization*, vol. 52, núm. 4, 1998, p. 675.

de investigación que pueden complementar el racionalismo o rivalizar con él. En esta visión, un acuerdo completo de preferencias requiere un análisis de los procesos sociales en los cuales se constituyen normas y las identidades. Desde el punto en que consideran que las estructuras normativas o las identidades constituyen a los agentes y sus intereses, los constructivistas convencionales se diferencian claramente de racionalistas en las preguntas ontológicas. Además, los constructivistas insisten en que los agentes y las estructuras están constituidos mutuamente y también esperan dar a las Ciencias Sociales un concepto más dinámico del cambio de las estructuras del sistema. En materia epistemológica y metodológica, sin embargo, existen grandes diferencias con los racionalistas.³⁶

Por otra parte, los constructivistas críticos, al rechazar las concepciones racionalistas de la naturaleza del ser humano, concuerdan con los constructivistas convencionales en materia ontológica. Como los constructivistas convencionales, están interesados en cómo se constituyen e influncian a los agentes y los sistemas uno en la evolución del otro. Sus programas de investigación se focalizan en cuestiones de la identidad que incluyen, más allá del nacionalismo, temas como raza, etnia, religión y sexualidad. El constructivismo crítico también acepta la posibilidad de un conocimiento social científico basado en la investigación empírica, son pluralistas en metodologías apropiadas de la investigación; sin embargo, es profundamente escéptico con respecto a la posibilidad de formular leyes generales.

De acuerdo con los autores, los arreglos, las normas y las identidades se sumergen en contextos históricos específicos que pueden variar de manera tan acentuada que pueden ser investigadas sólo con un enfoque ideográfico en vez de nomotético. El énfasis se pone en un estudio detallado de textos para entender los sistemas simbólicos que gobiernan los discursos de los agentes, en vez de un análisis de una gran cantidad de casos. En términos de resultados, los constructivistas críticos insisten en que los trabajos de los eruditos tengan consecuencias normativas. Entienden su proyecto no nada más con el objeto de revelar las relaciones que existen independientemente del investigador, sino como un proyecto detentor de potencial suficiente como para modificar estas relaciones.

³⁶ *Ibidem*, pp. 676-677.

Los racionalistas pueden ver el constructivismo crítico mucho más próximo al constructivismo posmoderno. Esto sería, conforme a estos autores, una impresión incorrecta.

El Constructivismo posmoderno insiste que no hay una base firme para cualquier conocimiento. Desde que no existe una posición libre de juicios científicos o éticos, el análisis posmoderno se restringe a la tarea de desenmascarar las relaciones de poder que las construcciones del conocimiento camuflan (incluyendo su propia visión), y todas las formas de racionalidad comunicativa. A través de un análisis cuidadoso del lenguaje, el postmodernismo llama la atención sobre la inestabilidad inherente de todo orden político y simbólico.

Según esta vertiente, desde la perspectiva según la cual los individuos apenas entienden el mundo con la lengua, y el control de la lengua implica poder, las presentaciones lingüísticas siempre abren procesos cognitivos y políticos de desestabilización. Los análisis posmodernos buscan estas fuentes posibles de inestabilidades, están interesados en deconstruir el discurso establecido, incluyendo su propio discurso, o prestando atención a lo que es marginal o silencioso.

Para esta versión del Constructivismo, la realidad sería una creación de las categorías analíticas e ideológicas, con las cuales la teoría percibe el mundo y en nombre de las cuales ejercen un poder coercitivo que imposibilita e inhabilita la emergencia de una racionalidad comunicativa.

Conclusiones

Aunque, por definición, los conceptos son representaciones generales y abstractas, suelen dividirse de acuerdo con la clase de los objetos a que se refieren o que designan; así, hay conceptos concretos o abstractos, singulares o colectivos.

En el ámbito científico, los conceptos se dividen fundamentalmente en clasificatorios, comparativos y métricos. Los conceptos clasificatorios sirven para distribuir los objetos de un universo determinado según grupos, o clases, ordenados y sistemáticos. Esta ordenación sistemática recibe el nombre de clasificación. Para que ésta sea adecuada, debe cumplir con determinadas condiciones formales y materiales. Las condiciones formales de una clasificación adecuada exigen: que los grupos o clases sean disjuntos (los elementos de un grupo no pertenez-

can también a otro); que la suma de los conjuntos tenga igual extensión que el universo que clasifican, de modo que no quede ningún elemento sin grupo o clase asignada, y que ningún grupo o clase sea un conjunto vacío.

Por extensión de un dominio se entiende el conjunto de elementos que contiene. Los conceptos clasificatorios se basan en una relación de equivalencia entre todos los elementos que pertenecen a un universo. Cada elemento es clasificable porque, por el hecho de compartir alguna propiedad común con otros, pertenece junto con ellos a una misma clase de equivalencia con relación a dicha propiedad. Las condiciones materiales de una clasificación adecuada exigen que el criterio con que se dividen las clases, o se establece la clasificación, sea pertinente e interesante con miras a posibles leyes científicas que puedan enunciarse sobre el tema en cuestión; esto es, que sea teóricamente fecundo.

Por otra parte, según Lakatos, la racionalidad del progreso científico exige la permanencia de un núcleo teórico (*hard core*, las leyes y los supuestos fundamentales de la ciencia) que ha de considerarse estable e inmune a la refutación, al cual acompaña un “cinturón protector” (*protective belt*) de hipótesis auxiliares, que sí pueden refutarse y cambiarse por otras más adecuadas, y un conjunto de reglas metodológicas (heurística), con las que se construye la estrategia de proteger el núcleo y reordenar o sustituir el conjunto de hipótesis auxiliares que se aceptan o desechan en función de los problemas y de las anomalías que se resuelven, o no.

Por ello, se podría afirmar que la intención de clasificar el Constructivismo descansa sobre la intención de ese concepto, entendida como el conjunto de dimensiones sobre las cuales se establece el *fundamentum* divisiones.³⁷ Es por ello que resulta poco productivo comprender el Constructivismo a partir de las clasificaciones del mismo y mucho más necesario exponer el núcleo teórico de este programa de investigación.

Ergo, el Constructivismo se puede definir como la actividad del sujeto humano que constituye al objeto conociéndolo. En todas las teorías cognoscitivas se distingue entre lo dado a la conciencia y lo

³⁷ Expresión latina que se refiere a la base o criterio con que se establece una división o una clasificación. En la tradición escolástica, es la diferencia específica.

construido por la conciencia, y por esto último se entiende la actividad propia de la mente en la formación del objeto conocido, sea en sentido racionalista, como idea innata o verdad universal y necesaria, sea en sentido empirista, como asociación de ideas y elaboración de impresiones, o sea, por último, en el sentido del apriorismo de Kant, para quien la sensibilidad y el entendimiento construyen específicamente la forma, o manera de conocer humana, del objeto.

Bibliografía

- Adler, Emmanuel, “O construtivismo no estudo das Relações Internacionais” en *Lua nova*, núm. 47, 1999.
- Dougherty, James E. y Robert L. Pfaltzgraff, *Teorías en pugna en las relaciones internacionales*, Grupo Editorial Latinoamericano, Buenos Aires.
- Duroselle, Jean-Baptiste, *Todo imperio perecerá: teoría sobre las relaciones internacionales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- Fierke, Karin M. y Knud Erik Jorgensen (eds.), *Constructing International Relations: The Next Generation*, M. E. Sharpe, Nueva York, 2001.
- Figari, Guillermo Miguel, “Teoría, epistemología y metodología de las relaciones internacionales” en *CERIR*, serie 2, núm. 2, Rosario, 1987.
- Finnemore, Martha, y Sikkink, Kathryn, “Taking Stock: The Constructivist Research Program in International Relations and Comparative Politics” en *Annual Review of Political Science*, vol. 4, 2001.
- Guba, Egon G., y Lincoln, Yvonna S., “Competing Paradigms in Qualitative Research” en Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Sage Publications, Londres, 1994.
- Hoffmann, Stanley, Jano y Minerva. *Ensayos sobre la guerra y la paz*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1987.
- Hopf, Ted, “The Promise of Constructivism in International Relations Theory” en *International Security*, vol. 23, núm. 1, 1998.
- Jackson, Robert, y Sørensen, Georg, *Introdução às Relações Internacionais*, Zahar Editora, Río de Janeiro, 2007.

- Katzenstein, Peter J., Keohane, Robert O. y Krasner, Stephen D., "International Organization and the Study of World Politics" en *International Organization*, vol. 52, núm. 4, 1998.
- Keohane, Robert O., *Instituciones internacionales y poder estatal*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1993.
- Keohane, Robert O., "International Institutions: Two Approaches" en *International Studies Quarterly*, vol. 32, núm. 4, 1988.
- Keohane, Robert O. y Joseph Nye, *Poder e independencia. La política mundial en transición*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1988.
- Kratochwil, Friedrich V., *Rules, Norms, and Decisions: On the Conditions of Practical and Legal Reasoning in International Relations and Domestic Affairs*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.
- Lapid, Yosef, "The Third Debate: On the Prospects of International Theory in Post-Positivist Era" en *International Studies Quarterly*, vol. 33, núm. 3, 1989.

*Enfoques y herramientas analíticas
para Relaciones Internacionales en el siglo XXI,*

editado por la Universidad Nacional Autónoma de México,
se terminó de imprimir el 17 de abril de 2017,
en los talleres de Master copy, S. A. de C.V.,
ubicados en Plásticos, No. 84, Loc. 2, Ala sur,
Colonia Fracc. Ind. Alce Blanco, C. P. 53370
Naucalpan de Juárez, Estado de México.

El tiro consta de 100 ejemplares impresos en offset digital
sobre papel Cultural de 75 g.
Para su composición se utilizó
la familia tipográfica Times New Roman 11/13.

El cuidado de la edición estuvo a cargo del
Departamento de Publicaciones de la FCPyS.